

01062



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
DIVISION DE ESTUDIOS DE POSGRADO

9  
2ej

DE USOS Y COSTUMBRES:  
APROXIMACION A LA VIDA COTIDIANA  
DE LAS MUJERES EN LA CIUDAD  
DE MEXICO (1821 - 1857)

T E S I S  
QUE PARA OPTAR AL GRADO DE  
MAESTRA EN HISTORIA  
D E M E X I C O  
P R E S E N T A :  
A N A L A U J A I V E N

MEXICO, D. F.  
**TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN**

1993



Universidad Nacional  
Autónoma de México



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

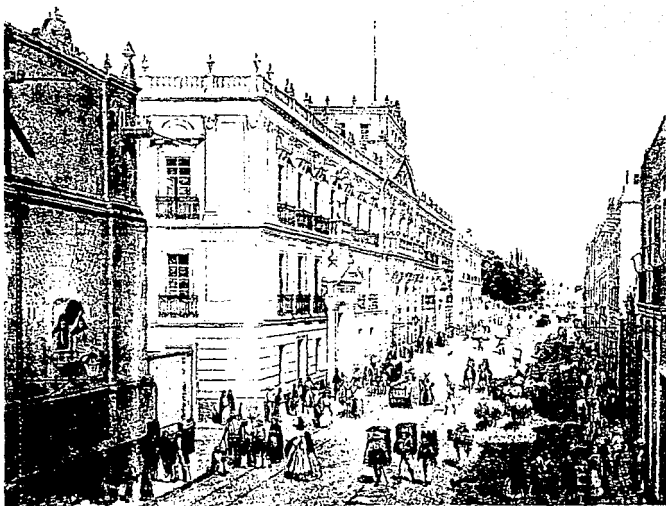
Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## INDICE

A MANERA DE INTRODUCCION.....p.	1 - 36
AGRADECIMIENTOS.....p.	37
<b>CAPITULO I: .</b>	
De Constitución a Constitución.....p.	38 - 49
Las relaciones con las naciones anglosajonas.p.	50 - 57
<b>CAPITULO II:</b>	
<b>MIRADAS EXTRAÑAS EN LA GRAN CIUDAD</b>	
Solo las ollas saben los hervores de sus caldos.....p.	58 - 69
Los habitantes .....p.	70 - 72
De lo cotidiano .....p.	72 - 86
Los contrastes.....p.	87 - 93
<b>CAPITULO III:</b>	
<b>LA VIDA COTIDIANA DE LAS MUJERES.</b>	
Niña, virgen y mártir.....p.	94 - 128
Matrimonio y mortaja del cielo baja.....p.	129 - 136
Lo que no se sabe hacer no se sabe mandar.....p.	137 - 148
Costumbres, hábitos, normas.....p.	149 - 155
Modas y modos .....p.	156 - 166
Para matar el tiempo: La tertulia.....p.	167 - 176
Juegos y apuestas.....p.	177 - 180
Hay que dejarse ver: El paseo.....p.	181 - 184
¿Todas fuman?.....p.	185 - 186
Para presumir: El teatro por la noche.....p.	187 - 195
El resto: medio pelo, obreras y léperas.....p.	196 - 210
<b>CONCLUSIONES</b> .....	p. 211 - 220
<b>APENDICE: UNA MIRADA A LOS VIAJEROS.....p.</b>	221 - 247
<b>BIBLIOGRAFIA.....p.</b>	248 - 272

EL PALACIO DE MINERIA  
DISEÑO DE CASIMIRO CASTRO



El tipo ideal de mujer a principios del siglo XIX.-

De naturaleza delicada, porque fuerte y robusta parece un tipo vulgar; de carácter humilde, dulce y débil, para que no impere en el hogar más voluntad que la del esposo, y sobre todo, que no sea sabionda, porque la ciencia vuelve a la mujer orgullosa y la descompone, lo que más importa es que sepa las labores propias de su sexo.[...]

Da gusto verla con la cabeza inclinada y los ojos bajos; cuando habla es para decirle a su marido: "Como tú quieras, lo que tú mandes". Y qué sencilla en su conversación; sólo se le oye hablar de su canario, de su gatito y de sus flores. Pero sobre todo, qué manos tan primorosas, esa criatura es una hada!

Todo esto significa que la niña está flaca y pálida, porque está anémica por indolencia, o quién sabe si indolente por anémica. Que aprueba todas las ideas de su marido porque no tiene ideas propias; que no hace su propia voluntad porque es incapaz de tenerla. Que habla del canario y del gato, porque si no fuera eso, no podría hablar de otra cosa. Y que en vez de desarrollar su inteligencia, le hicieron perder el tiempo miserablemente haciéndole aprender a pespuntar camisas; y que sabe hacer tejidos de crochet, randitas y deshilados...

Cuántas veces el marido protesta amargamente contra la mujer, cuya educación la constituye en el mucble más inservible de la casa<sup>1</sup>.

---

1.- Dolores Correa Zapata, La mujer en el hogar. Nociones de economía doméstica y deberes de la mujer, México, Imprenta de Eduardo Dublán, 1898, p. 1-2.

#### A MANERA DE INTRODUCCION

¿Es posible construir una historia de la conciencia de sí de las mujeres sin buscarla también en la manera según la cual el hombre la ha pensado?<sup>2</sup>

Este estudio examina algunos aspectos de la vida cotidiana de las mujeres durante la primera mitad del siglo XIX en la ciudad de México, desde una perspectiva de género, con el objeto de conocer y explicar cómo se fue configurando el modelo de mujer que prevaleció.

El género se concibe como el papel y relación histórico-social que se atribuye a los sexos, como un elemento constitutivo de las relaciones sociales. Por tanto, su utilización en cuanto categoría de análisis resulta de gran utilidad para desentrañar la función de las mujeres en la vida familiar, las normas, hábitos y costumbres que tradicionalmente se les imponen en el conjunto social. Estoy convencida de que a través del estudio de las prácticas femeninas es posible rastrear los valores que configuran a una sociedad determinada.

El género<sup>3</sup> por lo tanto, ofrece a los historiadores, un modo de diferenciar las prácticas sexuales de los papeles

---

2.- Rossana Rossanda, "Nuestras perlas escondidas", en Debate Feminista, México, año I, Vol. 2, septiembre 1990, p. 137.

3.- La categoría de género, en tanto elemento constitutivo de las relaciones sociales, no ha sido considerada como premisa para los estudios que giran en torno a la historia social, de ahí la necesidad de incluirla cuando buscamos nuevas formas para abordar procesos ya estudiados bajo una perspectiva diferente.

sociales asignados a mujeres y a hombres, ya que pone énfasis en el sistema de relaciones que pueden incluir al sexo, pero que no están directamente determinadas por él ni por la sexualidad. Cuando recurrimos a la historia en busca de una explicación que permita comprender la condición de las mujeres estamos asumiendo que esa condición es una cuestión social.

Por tanto, el género masculino/femenino es una construcción social que se percibe destacando las diferencias que se asignan a los sexos en la educación, la cultura, las instituciones normativas, políticas, sociales y hasta económicas.

Es histórico; se presenta en el seno de diversas macro y microesferas tales como el Estado, el mercado laboral, las escuelas, los medios de comunicación, la ley, la unidad doméstica familiar y las relaciones interpersonales; entrafña la gradación de rasgos y actividades de modo que a los relacionados con el varón se les da normalmente un valor mayor<sup>4</sup>.

Acorde con lo anterior se decidí profundizar en ese carácter genérico que la sociedad impone a las mujeres y que

4.- Lourdes Benería y Marta Roldán, Las encrucijadas de clase y género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 24. "Es un elemento constitutivo de las relaciones sociales que se sustenta en las diferencias percibidas entre los sexos (tales como, las culturales, normativas, dentro de las instituciones políticas y en la identidad subjetiva) y es también una vía para significar el reflejo de las relaciones de poder" Cfr., Joan Scott, "El género: una categoría útil para el análisis histórico" en James S. Amelang y Mary Nash (eds.) Historia y Género: Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea, España, Edicions Alfons El Magnànim/Institutió Valenciana D'Estudis I Investigació, 1990, p. 28.

fue posible extraer de los diarios de viajeros anglosajones que visitaron México entre 1821 y 1857 quienes, pudieron observarlas bajo una óptica distinta y ofrecer, en consecuencia, elementos de juicio que permitieron vislumbrar cómo se conformó esa visión femenina al través de su vida cotidiana.

Por lo tanto, se trató de ubicar en un momento histórico determinado y en un espacio urbano concreto como es la ciudad de México, el papel social que se atribuía a las mujeres -que gozaban de una posición económica desahogada, que pertenecían a la elite- y que se estructuró a partir de las actividades que realizaban todos los días.

¿Cómo vivían las mujeres en el XIX? ¿Cómo se casaban, educaban, estudiaban, compraban, salían a la calle? ¿Cómo se comportaban entre ellas? ¿Qué les estaba permitido y qué no? ¿Cuáles eran sus obligaciones y valores en la sociedad? ¿De qué manera les afectaban los cambios políticos y los levantamientos, que eran el pan de cada día durante estos años? ¿Cómo se fueron conformando las costumbres sociales que privan hasta hoy? ¿De dónde vino el "modo de ser" o identidad femenina? ¿Quién lo prescribió? ¿Por qué se portaban de tal o cuál manera? ¿Cómo se dio una continuidad?

Las dudas giraban alrededor de la vida cotidiana, aparentemente sin trascendencia y repetitiva, pero también continua y perseverante, experiencia única en la conformación de los hábitos que reflejan la manera de vivir, de actuar e



inclusive de pensar de los hombres y sobre todo, de las mujeres.

El trabajo se dedica a recrear, descubrir, explorar y comprender esa cotidianidad. Se asoma tras el velo de los acontecimientos que por "importantes" no dejan ver lo que yace por detrás.

Al centrar el estudio en las prácticas sociales de las mujeres -lo que ellas hacen o lo que de ellas se dice- fue posible conocer el tiempo y ritmo de sus vidas, dentro y fuera de la familia, en el trabajo, en la escuela, en el descanso y en el ocio. De esta manera se pudo poner de manifiesto que todas las prácticas sociales y culturales están permeadas por el género, es decir, que éste -en cuanto construcción social- es producto de dichas prácticas.

El objetivo residió en analizar la experiencia cotidiana<sup>5</sup> de esas mujeres tomando en cuenta las percepciones de los viajeros anglosajones, quienes dejaron testimonios en sus diarios, así como también en los rastros culturales factibles de encontrar en la novela costumbrista, en manuales de buena crianza o prescriptivos y en la hemerografía dedicada a la mujer. Esto con la finalidad de rescatar la presencia urbana

---

5.- "Conjunto de prácticas, regidas por reglas manifiestas o aceptadas tácitamente y de naturaleza ritual o simbólica, que buscan inculcar ciertos valores y normas de comportamiento por medio de la repetición, lo que implica de manera automática una continuidad con el pasado. De hecho, cuando es posible, estas prácticas intentan normalmente establecer una continuidad con un pasado histórico conveniente." Eric Hobsbawm, "Inventando tradiciones", en Historias, México, Dirección de Estudios Históricos del INAH, octubre-marzo 1988, núm. 19, p. 3.

de la mujer en la vida cotidiana, su papel y formas de vida, su status y actividades, e identificar características distintivas.

La cotidianidad es, ante todo, la organización, día tras día, de la vida individual de los hombres [y de las mujeres]; la reiteración de sus acciones vitales se fija en la repetición de cada día, en la distribución diaria del tiempo<sup>6</sup>.

Toda sociedad tiene su propia vida cotidiana y hombres y mujeres, sea cual sea su lugar en la escala social, participan de esa vida diaria, repetitiva, que reproduce a la sociedad en su conjunto. Agnes Heller ha explicado que en el mundo los hombres y las mujeres deben trabajar, comer y beber, amar y educar a sus hijos, además de cuidar el

rinconcito que han conquistado luchando y por el cual han dispendiado fuerzas y fatigas. En general, encuentran ya preparada la jerarquía de su actividad cotidiana; jerarquía que está normalmente estructurada de un modo conforme al lugar ocupado en la división del trabajo y por lo tanto difícilmente pueden cambiarla<sup>7</sup>.

Henri Lefebvre profundiza un poco más en la consideración: "lo cotidiano, en su trivialidad, se compone de repeticiones: gestos en el trabajo y fuera del trabajo, movimientos mecánicos (los de las manos y los del cuerpo...) horas, días, semanas, meses, años; repeticiones lineales y

6.- Karel Kosík, Diléctica de lo concreto (Estudio sobre los problemas del hombre y su mundo), México, Editorial Grijalbo, 1967, p. 92.

7.- Agnes Heller, Sociología de la vida cotidiana, Barcelona, Ediciones Península, 1977, (Historia/Ciencia/Sociedad, 144), p. 48.

repeticiones cíclicas, tiempo de la naturaleza y tiempo de la racionalidad"<sup>8</sup>.

Este análisis permite desentrañar sectores y campos de estudio particulares, al poner de manifiesto que la cotidianidad se desarrolla en la intimidad de lo familiar, en el hogar, que "es el lugar donde se formulan los problemas de la producción en sentido amplio: la forma en que es producida la existencia social de los seres humanos con las transiciones de la escasez a la abundancia y de lo precioso a lo despreciado"<sup>9</sup>.

Como lo cotidiano usualmente se refiere a lo banal, a lo intrascendente, a lo que se da por supuesto sin necesidad de explicación y, por ello constituye el conjunto de actividades ordinarias a las que nadie toma en cuenta y no se preocupa por enumerar, resulta ser la materia fundamental de la historia de la vida cotidiana<sup>10</sup> que desemboca en la explicación de los espacios donde se mueven las mujeres y el lugar de su sociabilidad. De ahí que "la cotidianidad se manifiesta como anonimidad y como tiranía de un poder impersonal que dicta a cada individuo su comportamiento, su

---

8.- Henri Lefebvre, La vida cotidiana en el mundo moderno, 3a. ed., Madrid, Alianza Editorial, 1984, p. 29.

9.- Ibid., p. 35.

10.- Hay una corriente de historiadores, sobre todo franceses que desde los años 60 se dedican a la vida cotidiana y a la historia de las mentalidades, on el objetivo de analizar la transferencia de ideas y de sensibilidad entre las distintas épocas a fin de hacer tralúcido el presente, según dice Philippe Ariès.

modo de pensar, sus gustos y su protesta contra la banalidad"<sup>11</sup>.

Por costumbre, a hombres y a mujeres, desde que nacían, se les imponían normas de comportamiento que estaban apoyadas en prescripciones genéricas y que se legitimaban mediante la repetición convirtiéndose en reglas. La educación, la familia, el entorno social estaba definido para ambos sexos, no sólo por el lugar que ocupaban dentro de una clase social sino por atribuciones meramente genéricas.

Aquí cabe insistir en lo que Heller afirma sobre las mujeres: "nacen en condiciones sociales concretas, en sistemas concretos de expectativas, dentro de instituciones concretas". Asimilan las cosas y se apropian los sistemas de usos y los sistemas de expectativas, esto es, deben proceder exactamente del modo necesario y posible en una época determinada y en el ámbito de un estrato social dado. Las exigencias las empujan a comportarse de una forma que sea acorde a lo que la sociedad espera de ellas y a lo que las prescripciones recomiendan.

Por eso al examinar a las mujeres como protagonistas del pasado, se encontró sólo lo que la ficción nos quiso mostrar, no la realidad sino el discurso sobre el modelo de mujer que imperaba en esa época.

Entre las prácticas cotidianas podemos incluir, por ejemplo: las escolares, religiosas, amorosas; el modo de

---

11.- Karel Kosík, *Dialéctica...*, *op.cit.*, p. 97-98.

comer, de habitar, de vestir, la moda y también las relaciones personales que se establecen entre hombres y mujeres.

La vida cotidiana implica la reproducción de los grupos humanos que se da de generación en generación y las necesidades de sexualidad y procreación son un aspecto a satisfacer junto con la alimentación, las tareas de reproducción social y la vida política. Estas actividades necesariamente engendran prácticas sociales que se expresan en modelos de comportamiento y de acción que encierran conjuntos de valores en los que los individuos se reconocen e identifican. Las formaciones culturales definidas por la intervención social son las que determinan la forma en que cada sociedad soluciona sus requerimientos.

En este sentido, la primera diferenciación de los seres vivos parte de su sexo biológico en masculino y femenino y es característica común a todas las sociedades humanas. A partir de aquí, la diferenciación se hace extensiva para cada sexo por oposición al otro mediante una serie de comportamientos sociales y prácticas culturales prescritos que se atribuyen a uno de los dos:

Toda sociedad tiene un sistema de sexo/género, un conjunto de disposiciones por el cual la materia prima biológica del sexo y la procreación humanas es conformada por la intervención humana y social y satisfecha en una forma

convencional, por extrañas que sean algunas de sus convenciones<sup>12</sup>.

La posibilidad de describir y rescatar la vida de las mujeres en una etapa específica adquirió sentido al contrastar la imagen que los viajeros nos transmitieron, con información prescriptiva y novela. Se partió del supuesto que las actividades desarrolladas reiteradamente son las que corresponden a ambos sexos (comer, vestirse, dormir) otras en cambio, sólo son privativas de uno de los géneros (la política y la guerra para los varones y limpiar, cocinar y lavar para las mujeres) y algunas se desarrollan en una fase determinada de la vida (cuidar niños).

La separación entre las esferas pública y privada fue otro aspecto que se tomó en cuenta ya que los viajeros, en general, hicieron esta división en sus relatos. Lo público, entendido como las cuestiones relacionadas con el Estado y considerado espacio privilegiado de lo político y lo privado, aquello que escapa al control del Estado y se manifiesta en todos los ámbitos de socialización, la casa, la escuela, la familia. Se acentuó la definición de los ámbitos y se valoró a la familia y al matrimonio y se diferenciaron los papeles sexuales al oponer entre sí hombres políticos y mujeres domésticas. En el siglo XIX, a causa de las presiones

---

12.- Gayle Rubin, "El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo", en Nueva Antropología, México, 1986, Vol.VIII, núm.30. p. 102.

económicas se separó la vida humana en una esfera profesional y otra privada<sup>13</sup>.

...un lugar en el hogar para las mujeres de la burguesía a las que, mediante revistas y consejos de médicos e higienistas se les enseña a cuidar del patrimonio y del ingreso familiar que los maridos producen ahora fuera de sus miradas; se les induce a vigilar los cuerpos propios y los de los hijos e hijas, y a incorporar hábitos de higiene en la vivienda y los quehaceres domésticos<sup>14</sup>.

El ámbito próximo que rodea al individuo no es otra cosa que la escuela que lo prepara para el mundo de fuera. Aquí se socializa y aprende lo que es necesario para poder interactuar a través de los preceptos que exige su tiempo y su clase, o sea, normas morales y convenciones predeterminadas:

Qué sistema de producción y distribución es interiorizado en la vida cotidiana, qué principios morales y qué praxis moral se convierten en partes integrantes necesarias de la vida cotidiana, en qué medida el arte y la ciencia están presentes en la vida cotidiana, y qué arte y qué ciencia; todo esto nos dice muchísimo sobre la estructura conjunta de una determinada sociedad y de su grado de desarrollo genérico<sup>15</sup>.

13.- Cfr., Norbert Elias, La sociedad cortesana, México, Fondo de Cultura Económica, 1982. ( Sección obras de Sociología), p. 155.

14.- Teresita de Barbieri, "Los ámbitos de acción de las mujeres", en Revista Mexicana de Sociología, México, IIS/UNAM, ene-mar 1991, año LIII, núm. 1, p. 210.

15.- Agnes Heller, Sociología..., op. cit., p. 111-112.

Al examinar a la sociedad urbana decimonónica fue posible desprender algunas características que, en ese momento, presentaba la vida cotidiana, para observar el funcionamiento de los hogares y los papeles que como madres, esposas, amas de casa jugaron las mujeres en tanto organizadoras de la vida familiar y reproductoras de ideología.

El afán por describir y recrear la vida de las mujeres, en esta etapa adquirió sentido cuando se logró contextualizar en un tiempo lentamente ritmado<sup>16</sup>, esa imagen que los viajeros transmitieron. La etapa 1821 a 1857 -aunque obedece a una periodización política- permitió situarnos en el tiempo histórico, para desde allí tratar de analizar si durante ese período hubo cambios significativos que afectaron a las mujeres y, al mismo tiempo, observarlas desde la óptica de los viajeros.

Buscar cómo fue la vida de las mujeres durante la primera mitad del siglo XIX mexicano no resultó una tarea fácil. Sabíamos que ellas estaban ahí, pero no podíamos reconstruir plenamente su historia particular debido a que la visión era fragmentaria e incompleta. Sin embargo, su presencia resultó determinante en el siglo de la construcción del Estado nacional mexicano.

16.- Parfraseando a Fernand Braudel, ¿será esta historia de ritmo lento, de ondas cortas o una historia estructural donde la vida cotidiana resulta de ritmo largo porque tarda en cambiar y arrastra en sí misma un pasado largo? Cfr., La historia y las ciencias sociales, 6a ed., España, Alianza Editorial, S.A., 1982, p. 53.



¿Cuáles mujeres? De entre los relatos de los viajeros consultados sólo se obtuvo una relación parcial de aquellas que hemos de llamar "las mujeres", las del "bello sexo", "las hijas de Eva". Mujeres de la elite y algunas de la clase media fueron las únicas que estos viajeros tuvieron oportunidad de tratar, o bien llamaron su atención. Con las otras, campesinas, rancheras, trabajadoras, empleadas domésticas, el contacto fue menor por lo que fueron casi ciegos a su presencia y sólo las mencionaron como parte del escenario que registraron.

Las mujeres de la elite compartían valores y rasgos comunes con los hombres de su misma clase: eran miembros de familias aristocráticas<sup>17</sup>, de burócratas prominentes, mineros o comerciantes y con alto status social; eran propietarias, ellas o sus esposos o sus familias, de casas en la capital o haciendas en el campo; entre ellas gozaban de una educación semejante, aderezada con viajes al extranjero y clases particulares de música o baile y sus matrimonios se efectuaban por interés, como elemento para preservar la clase o grupo social a la que pertenecían.

Ahora bien, en el caso que nos ocupa, la elite con base urbana, hacía uso de recursos sociales y políticos a fin de lograr que sus intereses económicos no se vieran afectados.

17.- Algunas de ellas o sus cónyuges descendían de familias nobles y siguieron utilizando sus títulos de nobleza a pesar de que éstos habían sido abolidos desde el 2 de mayo de 1826. Apud., Doris M. Ladd, La nobleza mexicana en la época de la independencia, 1780-1826, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 238.

Las relaciones sociales en que las mujeres se vieron inmersas jugaron un papel preponderante, ya que el matrimonio y la familia, sirvieron para los propósitos de concentración de poder político y económico. El sentido de pertenencia formó parte de los fundamentos constitutivos de la identidad y existencia social. La opinión social, constituía el prestigio de los individuos y se expresaba según ciertas reglas de comportamiento.

De ahí que, la conducta que debían seguir esas mujeres en sus actividades cotidianas fuera observada cuidadosamente. Los modelos de comportamiento, comunes en la elite mexicana de los primeros treinta y seis años de vida independiente, se reprodujeron, en mayor o menor medida, de forma similar en las elites regionales.

Estas características se sustentan en elementos culturales y en una concepción del mundo, en la posición social de las mujeres y en la idea generalizada que se profesaba sobre su función y su papel en la sociedad.

El desempeño de la ciudad de México en tanto que capital nacional, es una realidad histórica permanente y excepcional, dado que es la única en América Latina surgida de una tradición urbana indígena, mantenida durante el dominio colonial y confirmada en el México independiente -no sin interrupciones- y hasta la fecha, como sede del poder nacional<sup>18</sup>.

18.- Claude Bataillon, Villes et campagnes dans la région de Mexico, citado por Mira de Gortari R., "¿Un modelo de urbanización? La ciudad de México de finales del siglo XIX" en Secuencia, Revista Americana de Ciencias Sociales, México, Instituto Mora, mayo- agosto de 1987, núm. 8, p. 43.

Ahora bien, como se privilegió un espacio urbano determinado -la ciudad de México- se intentó rastrear allí, ¿cómo fue la vida de esas mujeres de la elite?, presuponiendo que las costumbres citadinas fueron y han sido modelo y ejemplo a seguir en muchas regiones de la nación.

Además, las fuentes consultadas proporcionaron más información acerca de la ciudad capital porque era el destino final de los viajeros, el espacio donde se entablaron los negocios y el lugar más atractivo, con mejores servicios, comodidades y vida social.

En la ciudad de México se concentraba el poder político y de ahí irradiaban las decisiones importantes. Las sociedades regionales se integraron y relacionaron entre sí por medio de lo que se conoce como la Nación Mexicana, en la que cada una de sus partes continuaba conservando su singularidad, aunque existiera un vínculo integrador de todas ellas a través de la sociedad global que, por cierto, sigue teniendo su centro político en la ciudad capital.

Los cambios políticos ocurridos después de 1821 repercutieron significativamente en la ciudad de México. El Distrito Federal se convirtió en lugar estratégico y problemático cuando se designó asiento de los poderes federales -el 18 de noviembre de 1824- y se transformó su estructura administrativa al corresponderle, al mismo tiempo, un gobernador y un ayuntamiento. Las dificultades que enfrentó la capital se reflejaron en los estragos dejados

---

por la guerra de independencia: pérdida de población, desempleo, escasez de trabajo y de producción local. No hubo reformas urbanas importantes que modificaran el aspecto de la ciudad, porque los asuntos políticos ocuparon la mente de los legisladores y las rebeliones y alzamientos consumieron casi por completo al erario público.

La vida cotidiana, en estas circunstancias, tuvo que haberse visto afectada. Los viajeros hablan de pobreza, destrucción, falta de empleo e insuficiencia en el abasto. Sin embargo, la representación mental que significaban estos cambios, tomarían años en modificarse.

Al pretender analizar a las mujeres en su diario quehacer se encontró que las fuentes ofrecían una visión fragmentaria e incompleta de la vida en la ciudad de México que no las incluía, por lo que el acercamiento se limitó a otra óptica: ¿cómo eran vistas por los demás?: considerando que la mujer ha estado sujeta a la idea que de ella tiene el hombre, por lo que es importante rescatar una imagen femenina que estaba todavía delineada por los cánones masculinos.

El sostén del trabajo fue suministrado por los relatos de viajeros, fuente aún no explorada suficientemente y que presenta multiplicidad de aspectos, ya que aportaba información para enfocar la problemática de género y permitía conocer el "deber ser" de aquellas mujeres que observaron. Además, se pudo rastrear cómo se entrecruzan las cuestiones de género con otras formas de jerarquización, como la clase

social, ya que ésta determinaba el grado de adhesión a los modelos ideales de conducta que los viajeros mencionaron.

Los viajeros anglosajones<sup>19</sup> permitieron examinar al mismo tiempo a las mujeres y a su cotidianidad. Al complementar esta información con relatos de los cronistas, algunas novelas del XIX y los manuales de buena crianza el panorama se amplió y fue posible captar, en el espacio urbano de la ciudad de México, a las mujeres en su hacer diario y dentro de la dicotomía mundo privado/mundo público en que se movían.

Cuando se inició la búsqueda en las fuentes para resolver las interrogantes se encontró que, las que se refieren al período apenas consignan la condición de las mujeres y que las escritas, para remediar esa carencia, no descubrían totalmente su cotidianidad. Los destellos existentes casi no rescatan lo que era común y ordinario. Por ello, como una manera alternativa, se utilizaron los relatos de los viajeros para observar la situación de las mujeres y la manera en que vivían.

Si bien la trayectoria de pensamiento de los viajeros fue la que dio el orden para la reconstrucción del acontecer femenino, hay que señalar que se consultaron otros textos para cotejar o enriquecer aquellas visiones que confundían o eran poco claras, buscando con ello hilvanar lo cotidiano.

19.- Ante la vastedad de material dejado por los viajeros, decidimos limitarnos sólo a ingleses y norteamericanos porque éstos provienen de una cultura afín y poseen una mentalidad similar.

La hemerografía, por ejemplo, al estar enfocada específicamente a las mujeres permitió hacer comparaciones en lo relativo a costumbres y a comportamientos entre hombres y mujeres. Las fuentes literarias, olvidadas en ocasiones por la historia social, contienen material abundante para recorrer los estilos de vida, las costumbres y los modelos de mujer que los viajeros describieron y que la literatura les dio vida.

¿Qué fue la novela del XIX sino una historia de familias y avatares de los individuos? Estas narraciones se usaron con cautela, ya que representan una fracción de la realidad y, por ende, no se pueden tomar al pie de la letra, cargan a cuestas un propósito implícito del autor, de ahí que la prudencia imponga utilizarlas junto con otras fuentes matizándolas y confrontándolas. Aunque la imaginación contenga siempre algo de realidad emplear estos materiales implica aproximarnos a ellos a través de un método que se concentre en la calidad más que en la cantidad, un acercamiento microhistórico más que estadístico o secuencial.

En la búsqueda de fuentes aparecieron como predominantes, los textos prescriptivos dirigidos a mujeres, se aprovecharon, tomando en cuenta que lo que proponen era un patrón ideal de conducta adoptada por los hombres, como instrumento de poder, a pesar de que las mujeres no siempre, se apegaban a esas normas.

Los trabajos escritos que tratan el tema no acaban por concretar ni rescatar esa vida cotidiana y se abocan,

cronológicamente, a la última etapa colonial, debido probablemente a que el material de archivo resulta más rico<sup>20</sup>.

Escribir la historia de las mujeres supone tomarlas en serio, otorgar a las relaciones entre los sexos un peso en los acontecimientos o en la evolución de las sociedades<sup>21</sup>.

La etapa seleccionada en lo relativo a la mujer, es una de las menos estudiadas dentro de la historiografía mexicana. Las fuentes se enfocan predominantemente a los acontecimientos políticos y muestran poco interés por los procesos sociales. Sin embargo, han empezado a publicarse investigaciones que se refieren a la historia de la familia, de la ciudad de México y de las actividades de las mujeres,

---

20.- Como ejemplo: Pilar Gonzalbo A., Las mujeres en la Nueva España. Educación y vida cotidiana, México, El Colegio de México, 1987, 323p.; John E. Kicza, "La mujer y la vida comercial en la ciudad de México a finales de la colonia" en Análisis histórico y sociedad mexicana, Revista de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, México, UAM-A, Sept-dic 1981, Vol. II, p. 39-59; Asunción Lavrin, (Comp), Las mujeres latinoamericanas. Perspectivas históricas, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, 384p.; Asunción Lavrin (Comp.) Sexualidad y matrimonio en la América hispánica. Siglo XVI-XVIII, México, CONACULTA/Grijalbo, 1991, 376p. (Col. Los Noventa, 67); Josefina Muriel, Conventos de monjas en la Nueva España, México, Editorial Santiago, 1946, 548p.; Los recogimientos de mujeres. Respuesta a una problemática social novohispana, México, IIH/UNAM, 1974, 260p. y Cultura femenina novohispana, México, UNAM, 1982, 548p.; Patricia Seed, To love, honor and obey in colonial Mexico. Conflicts over marriage choice, 1574-1821, California, Stanford University Press, 1988, 322p.

21.- George Duby y Michelle Perrot (dirs.), Historia de las mujeres en Occidente, España, Altea, Taurus, Alfaguara S.A., 1991, Vol. I, p. 11.

encontrándonos con los inicios de una historia social mexicana<sup>22</sup>.

Estos estudios no consideran la perspectiva de género. Tocan de lado las actividades de las mujeres dentro de la familia, como herederas de grandes caudales o bien la influencia que tenían como dueñas y administradoras de negocios. Las mujeres criollas eran el eslabón para que la riqueza material, el linaje, el status y el honor de una familia pudieran ser transmitidos y conservados de generación en generación.

El único estudio encaminado a analizar a las mujeres es el de Silvia Arrom<sup>23</sup>, pionero para esta etapa y que no se contrapone con las interrogantes que aquí se plantean, ya que estudia, principalmente, la participación económica de las mujeres. Al utilizar los padrones de la ciudad de México

---

22.- Larissa Adler L. y Marisol Perez-Lizaur, A mexican elite family, 1820-1980. Kinship, class and culture, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1987, 294p.; Solange Alberro y Serge Gruzinski, Introducción a la historia de las mentalidades. Seminario de historia de las mentalidades y religión en el México contemporáneo, México, INAH, 1979, 319p. (Cuaderno de trabajo, 24); John E. Kicza, Empresarios coloniales, familias y negocios en la ciudad de México durante los Borbones, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 285p.; Doris M. Ladd, La nobleza mexicana..., op. cit., 354p.; Anna Macias, Against all odds. The feminist movement in Mexico to 1940, EUA, Greenwood Press, 1982, 195p. (Contributions in women's studies, 30); Carmen Ramos (ed.), Presencia y Transparencia: La mujer en la historia de México, México, El Colegio de México, 1987, 189p.; David W. Walker, Parentesco, negocios y política. La familia Martínez del Río en México, 1823-1867, México, Alianza Editorial, 1991, 331p. (Raíces y Razones).

23.- Las mujeres en la ciudad de México, 1790-1857, México, Siglo Veintiuno Editores, 1988, 382p.



Arrom descubrió a las mujeres en el trabajo, en el status jurídico y las analizó demográficamente, sin embargo, se le quedó en el tintero la vida cotidiana de la que se ocupa este estudio.

De ahí que, la intención de este trabajo parta del supuesto de que las mujeres, a pesar de las prescripciones que se les imponían recurrieron a poderes y manejo de recursos alternativos para establecer hábitos y costumbres que persisten hasta hoy como fórmulas de saludo, etiqueta social, etc. Por lo tanto, tales actividades se entrelazan y dependen tanto del sistema socioeconómico, como del género y de la clase social.

Además, como la domesticidad fue una de las condiciones imperantes que hizo que a la mujer se la instara a permanecer en el hogar, necesariamente los cambios políticos repercutieron en las mentalidades, en las costumbres y en las relaciones entre los sexos.

Siendo la literatura producida por los viajeros anglosajones sobre México<sup>24</sup>, fecunda por los datos que aporta y constituyó - sobre todo durante el siglo XIX - una tradición que se incorporó en la cultura mexicana al imponer tópicos luego asumidos por los mexicanos, su consulta y utilización resultó de vital importancia para la configuración del trabajo. Estos textos hacen ver cuestiones

24.- Los mejores estudios que existen acerca de la estancia de estos viajeros son producto de la reflexión del Dr. Juan A. Ortega y Medina, Margo Glantz, Felipe Teixidor. Sin ellos, acercarnos al tema hubiera sido una labor más difícil.

que a fuerza de estar ante nuestros ojos no reparábamos en ellas aunque, al mismo tiempo encontremos en los comentarios, subjetividad, envidia y afán de lucro. Estas obras ofrecen un análisis social, político y económico del país que visitaron y con ellas construimos una visión de las mujeres de la ciudad de México.

A partir de la consulta de dieciséis diarios de viajeros fue posible recorrer las minucias diarias, los hábitos y las costumbres de la sociedad mexicana de la primera mitad del siglo pasado. Estas obras, seleccionadas por su información, están constituidas por los relatos de siete viajeros norteamericanos y nueve británicos que descubren ricas y variadas características cotidianas que de otra manera se hubiesen perdido.

Los viajeros que arribaron entre los años que van de 1821 a 1857, tuvieron razones diferentes para visitar México y sus ocupaciones ayudaron a descifrar sus motivaciones. Llegaron científicos, mineros, diplomáticos, espías, marinos y militares, hombres de letras, colonizadores, aristócratas, ingenieros, naturalistas, litógrafos, comerciantes, médicos, novelistas y aventureros.

Todos traían en la mente establecer relaciones con la nación recién independizada, para obtener un trato preferencial en las asuntos económicos. Otros pretendían comprobar y actualizar mediciones y los demás reunir datos y noticias a fin de incrementar la información que sus

antecesores habían encontrado. Pocos pensaron en establecerse y vivir aquí.

Un rasgo común a todos ellos fue su afán por saber y conocer, que no entender, quizá "descubrir" nuestro mundo insólito y en ello coincidieron sin importar origen ni ocupación. La búsqueda por aprehender los secretos del mundo que visitaban se convirtió en el objetivo fundamental de sus observaciones. En los relatos destacaron lo nuevo, lo sorprendente, lo inédito, la aventura, lo pintoresco y las novedades encontradas a lo largo del recorrido por tierras ignotas, extrañas y, al mismo tiempo, maravillosas:

Donde se marcan notables diferencias es en la postura que se adopta en la enunciación. Algunos viajeros privilegian todavía lo utilitario; en sus textos encontramos un cúmulo de informaciones tendientes a describir la realidad visitada con miras a un objetivo muy preciso: informar a los inversionistas de una sociedad comercial, reunir datos para una misión diplomática o científica. Otros adoptan una postura más autobiográfica; aquí, el ojo que observa es parte de un YO que también expresa sentimientos, evoca sueños, fantasías, contempla la realidad a través de la lente del humor<sup>25</sup>.

Referirnos exclusivamente a los viajeros anglosajones implicó dejar de lado a los de otras lenguas, para de esta manera centrarnos en un mismo origen y una misma conciencia, un acercamiento semejante - de ingleses y norteamericanos- frente a lo que México ofrecía a las miradas curiosas de

25.-Margarita Pierini, Viajar para (Des)conocer. Isidore Lowenstern en el México de 1838, México, UAM-I, 1990. (Cuadernos Universitarios, 32), p. 46.

fuera. Un denominador común a todos ellos residió en el hecho de que permanecieron en el país por un período corto de tiempo y de ello dejaron constancia. Muy pocos de entre los viajeros ingleses y norteamericanos fueron escritores profesionales, por consiguiente, sus relatos consisten en narraciones relativamente espontáneas, escritas a manera de diarios de viaje o bien de cartas enviadas a parientes o amigos, en las que refieren los pormenores de sus aventuras por tierras lejanas. Estas, reunidas y corregidas, fueron publicadas más tarde.

Los escritos compuestos por observaciones de primera mano registran únicamente las impresiones personales e íntimas de sus autores, aunque en ocasiones los diarios fueran concebidos a partir de un plan metódico o determinado en el cual el objetivo se disimulaba con la mezcla de temas tales como la política, la cultura, la ciencia o la religión.

Deben tomarse como fuentes de primera mano, porque registran "lo verídico" al ofrecer el testimonio de sucesos ocurridos, examinando de manera más analítica aquellas observaciones producto de la subjetividad de quien narra una parte de su vida.

Los viajeros anglosajones trajeron consigo, además de las peculiaridades citadas, un prejuicio religioso marcado por el protestantismo y, por ende, la reticencia frente al credo católico<sup>26</sup>. Los anglosajones que viajaron durante los

---

26.- Cfr., Juan A. Ortega y Medina, "Mito y realidad o de la realidad antihispánica de ciertos mitos anglosajones" en

primeros cincuenta años de la centuria pasada lo hicieron con el objetivo de entablar negocios y obtener ventajas para el intercambio mercantil o empresarial, aunque también los movía la necesidad de dar a conocer México a sus conciudadanos, dejar por escrito sus andanzas en diarios y relatos de viaje y así mostrar lo que ellos creían que era el país y lo que pensaban de él. Muchos de ellos estaban imbuidos del espíritu de aventura, sí no ¿cómo explicar que se internaran en un país convulsionado, plagado de bandidos y constantemente amenazado por enfermedades en ocasiones mortales?

La narración generalmente se iniciaba con el viaje por mar, luego describían el puerto de desembarco: Veracruz o Tampico; cruzaban las montañas en carruajes alquilados o en las pintorescas literas. Algunos, que visitaron el país por su cuenta, de manera independiente -ya que no venían en ninguna misión diplomática o comercial- cruzaban por la frontera norte y hacían el recorrido a lomo de caballo o de mula y en contadas ocasiones en carruajes.

Como la primera impresión casi siempre era desfavorable, enumeraban hasta las enfermedades que el clima causaba. A las incomodidades que encontraron a su paso se sumaban los relatos de los ladrones, los asesinos, la mugre y la corrupción, todo ello empapado de sus prejuicios puritanos y predestinatorios. De ahí que, una vez que pisaban tierra mexicana iniciaran la comparación de la realidad que

enfrentaban con la información que habían recopilado y que traían bien aprendida.

Las plantas y animales resultaban exóticos y exhibían novedades para el conocimiento; los recursos que el país ofrecía eran, por principio, fabulosos. No dejaron de manifestar su sorpresa por la fecundidad de esta tierra a la que compararon con la de sus países de origen. De acuerdo al propósito del viaje cada uno enfatizaría con mayor detalle el aspecto económico, social o religioso objeto de su misión.

El recorrido rumbo a la capital también se consignaba: destacaron la pobreza de los alojamientos, la escasez de comida, el mal estado de los caminos y, por supuesto, a los bandidos a quienes todos vacilaron en desafiar. Fue común referir, llenos de asombro, la primera impresión al contemplar desde lo alto la majestuosa ciudad de México. No obstante, su aproximación con la ciudad era dramática: la gente tenía costumbres extrañas y hacía cosas difíciles de explicar y ajenas al código de valores que ellos acostumbraban.

El pasado prehispánico ocupó un lugar preponderante en el relato y fue tema obligado en la mayoría de ellos. Este se imbricaba con la crítica a la dominación colonial y con el juicio -no siempre acertado- de los vaivenes políticos que contemplaron.

Asimismo, observaron las costumbres del país en el que desembarcaban, los hábitos, la comida, las diversiones, la cultura, los ritos religiosos, las fiestas, la ciencia y la

educación, mismas que refieren, en ocasiones, con minucia, dejando entrever opiniones de flagrante censura.

No se debe dejar de mencionar la profunda animadversión que muestran todos los viajeros hacia los grupos étnicos que componen el país y, a cual más, los comentarios denigratorios alcanzan inclusive a los blancos, a quienes estos diaristas describen con rasgos poco favorables. El mestizaje que caracterizaba a la sociedad mexicana y que venía desde la Colonia, también impresionó a éstos visitantes que solían comentarlo con cierto racismo ingenuo y como una manifestación de decadencia.

Los asuntos que abordaron los viajeros, en general, fueron los mismos, se repitieron entre ellos y en ocasiones se citan unos a otros. Ninguno dejará de lado sus quejas acerca de los alojamientos, lo condimentado de la comida, las diversiones, las razas y las rebeliones que presenciaron. Tan es así que, Brantz Mayer, por ejemplo, dio cuenta de que México ofrecía a las miradas curiosas de todo viajero tres diversiones por demás atrayentes : una corrida de toros, un temblor de tierra y una revolución<sup>27</sup>.

Los viajeros anglosajones habían leído o al menos consultado la obra del barón de Humboldt y, además, la mayoría de ellos traían un acervo de conocimientos que

---

27.- México, lo que fue y lo que es, Pról. y notas Juan A. Ortega y Medina, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, p. 85.

pensaban les sería útil para comprender el país que estaban visitando:

...la lectura de los libros y diarios de los viajeros precedentes, en especial la del famoso Ensayo del no menos famoso Humboldt, fue pasto espiritual obligado para todo posible y extraño visitante. La marquesa Calderón de la Barca agotó toda la literatura viajera que encontró a mano durante la travesía, y se zampó, como no, un tomo de Humboldt; el embajador de Inglaterra, Ward, en tanto que transcurrió la suya, tuvo tiempo para devorarse El Español de Blanco White, la Historia de América de Robertson, el Viaje a Suramérica, de Brackenridge, el Cuadro Histórico, de Bustamante, las Memorias de la Revolución de México, de William Davis Robinson y, por supuesto, la obra monumental de Humboldt (...). Los viajeros más eruditos se lanzaron sobre la historiografía de temas mexicanos[...] y los menos inclinados a la ciencia histórica, se contentaron con leer a sus más inmediatos antecesores; así Lyon a Basil Hall, Mayer a Latrobe, Thompson a Mayer, y Beaufoy a Bullock<sup>28</sup>.

Sus obras giraron alrededor de un país que era resultado de la mezcla entre la cultura española y la indígena, que dio origen a lo que consideraban como "lo mexicano" y transmitieron su asombro o repugnancia por el resultado final de este híbrido. Su concepción del mundo no se vio teñida por los valores que reconocía la sociedad que describen.

Los viajeros vinieron a conocer la manera de concebir el mundo al que arribaron difiere en cada uno de ellos, de acuerdo con sus circunstancias previas. Por lo tanto,

---

28.- Juan A. Ortega y Medina, México en la conciencia anglosajona, México, Antigua Librería Robredo, 1955, Vol. II, p. 16-17.



"algunos terminarán incorporando a su existencia nuevas formas de vida mientras que otros sentirán que lo que ven es demasiado diferente como para que pueda complacerlos y parapetados en esa actitud contemplarán el mundo"<sup>29</sup>.

Pretendieron ser objetivos, aunque mantuvieron una superioridad rara vez encubierta, que provocó un sentimiento ambivalente en el ánimo de los connacionales que oscilaba de la admiración al resentimiento. Al tratar de ser ecuanímes cayeron en frías descripciones, desdeñaron la magnificencia y el derroche que encontraron a su paso, criticaron el modo poco práctico de la vida mexicana y la falta de un sano espíritu de ahorro en todas las clases sociales. La ética protestante conformará su visión del mundo de ahí que hayan descalificado a priori lo que la realidad mexicana les ofrecía por primera vez.

Viajar por México durante la primera mitad del siglo XIX no debió ser ni fácil ni confortable. Los anglosajones que acometieron esta empresa fueron en su mayoría hombres, por los peligros que para las mujeres significaba estar expuestas a contratiempos y malestares y, como su papel las relegaba al hogar, era impensable que se aventuraran en un recorrido de éstas características. Sin embargo, entre los diaristas que se analizaron se encuentra el magnífico relato de la Marquesa Calderón de la Barca que llegó a vivir en la ciudad de México y que, desde el punto de vista femenino, observó y consignó a

---

29.- Margarita Pierini, Viajar para..., Op.Cit., p. 16-17.

la sociedad en la que participó y en donde las mujeres aparecen como sujetos actuantes.

Resulta afortunado que los viajeros hayan plasmado sus experiencias en diarios y libros, ya que - además de gozarlos y disfrutarlos - se conserva una percepción del México de entonces y de ellos mismos; un retrato de las cosas que vieron, de sus impresiones y de la manera en que retrataron a las mujeres con que se toparon y los papeles genéricos que les atribuyeron. Cada viajero reaccionó ante el país de manera individual y su respuesta estuvo condicionada por su propia emoción, prejuicios y cultura.

La opinión anglosajona viajera sobre México podría ser llamada 'historia reflexiva viajera' y está por fuerza condicionada por las circunstancias nacionales, políticas, sociales, económicas y religiosas especialmente del sujeto agente viajero y por las del sujeto paciente receptor y promotor de la curiosidad foránea, en éste caso nuestro México<sup>30</sup>.

A partir de la consumación de la independencia, la etapa viajera<sup>31</sup> anglosajona se inauguró con Joel Roberts Poinsett<sup>32</sup>

---

30.- Juan A. Ortega y Medina, México en la conciencia anglosajona, México, Porrúa y Obregón, S.A., 1953, Vol. I, p. 9.

31.- Véase el Apéndice donde se incluyen datos de cada uno de de los viajeros.

32.- El título del libro en inglés apareció como Notes on Mexico, made in the autumn of 1822. Accompanied by an historical sketch of the resolution and translations of official reports on the present state of that country. Philadelphia, C. Carey and I. Lea, 1824. Se ha utilizado la versión en español: Notas sobre México. 1822, México, Editorial Jus, 510p.

quien desembarcó en Veracruz en el otoño de 1822. Le siguen, acorde con la fecha de llegada, los británicos William Bullock<sup>33</sup>, el 2 de marzo de 1823; Henry George Ward<sup>34</sup> en diciembre de 1823 y George Francis Lyon<sup>35</sup> en marzo de 1826. Edward Thornton Tayloe<sup>36</sup>, joven secretario de Poinsett, llegó a México en mayo de 1825; el inglés William T. Penny<sup>37</sup> viajó entre 1824 a 1826 por el altiplano; en tanto que su paisano, Robert William Hale Hardy<sup>38</sup> estuvo entre 1825 y 1828.

33.- Seis meses de residencia y viajes en México. con observaciones sobre la situación presente de la Nueva España. Sus producciones naturales, condiciones sociales, manufacturas, comercio, agricultura y antigüedades, etc., Edición, estudio preliminar, notas, apéndices, croquis y revisión del texto Juan A. Ortega y Medina, México, Banco de México, 1983, 286p.

34.- México en 1827, Estudio Preliminar Maty F. de Sommer, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, 788p. (Biblioteca Americana).  
El diplomático Ward viajó con su esposa y sus hijas y por cierto ésta fue quien realizó los dibujos que ilustran el libro.

35.- Residencia en México, 1826. Diario de una gira con estancia en la República de México, Pról. María Luisa Herrera Casasús, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 298p.

36.- México 1825-1828. The journal and correspondence of Edward Thornton Tayloe, editado por C. Harvey Gardiner, The University of North Caroline Press, 1959, 212p. Las referencias a esta obra son traducción nuestra.

37.- A Sketch of the customs and society of Mexico in a series of familiar letters; and a journal of the travels in the interior during the years 1824, 1825, 1826, Londres, Longman and Co., 1828. Traducido en español como Zaguán abierto al México Republicano (1820-1830), México, UNAM, 1987, 216p.

38.- Travels in the interior of Mexico in 1825, 1826, 1827 & 1828, London, Henry Colburn and Richard Bentley, 1829, 540p. La traducción es nuestra.

En la década de los treinta solamente Charles Latrobe<sup>39</sup>, anglosajón, se aventuró a viajar a México en 1834. A fines de esa década -1839- llegó Frances Erskine Inglis, Marquesa Calderón de la Barca<sup>40</sup>.

Siguió el secretario de la legación norteamericana en México Brantz Mayer<sup>41</sup> en 1841-1842. Luego se encuentran los diarios del británico George Frederick Ruxton<sup>42</sup> (1846) y las cartas de Ethan Allen Hitchcock<sup>43</sup> y John James Peck<sup>44</sup> actores y testigos presenciales durante la contienda entre México y los Estados Unidos.

Bayard Taylor<sup>45</sup>, periodista, llegó a Mazatlán en 1850 y describió su recorrido por las ciudades de Guadalajara,

---

39.- The Rambler in Mexico, 1834, London, R.B. Seeley and W. Burnside, 1836, 309p. La traducción es nuestra.

40.- La vida en México durante una residencia de dos años en ese país, Sava ed., Trad. y pról. de Felipe Teixidor, México, Editorial Porrúa, 1987, 426p. (Sepan Cuantos...74)

41.- México, lo que fue y lo que es, ..., op. cit., 512p.

42.- Aventuras en México, 2a. ed., Trad. Raúl Trejo, México, Ediciones El Caballito, 1974, 245p.

43.- George Baker, México ante los ojos del ejército invasor de 1847 (diario del coronel Ethan Allen Hitchcock), México, UNAM, 1978, 149p.

44.- The sign of the eagle. A view of Mexico 1830 to 1855. The descriptive and poignant letters of Lieutenant John James Peck, a United States soldier in the conflict with Mexico, and the enchanting color lithographs of Mexico by John Phillips, Carl Nebel, Daniel Egerton, Casimiro Castro and Captain D.P. Whiting, Pról. y comentarios de Richard F. Pourade, San Diego, California, The Copley Press, 1970, 170p. La traducción es nuestra.

45.- Eldorado or Adventures in the path of empire, comprising a voyage to California, via Panama, Life in San Francisco and Monterey, Pictures of the Gold region, and experiences of

México y Veracruz. Y finalmente el británico R. H. Mason<sup>46</sup> (1848-1849) cuyo libro está lleno de observaciones sobre la vida diaria, y también el norteamericano Robert Anderson Wilson<sup>47</sup> (1851-1854).

No importa que las impresiones hayan sido fugaces ni que las reflexiones sean apresuradas, porque en definitiva lo que nos interesa resaltar aquí es que tales impresiones y reflexiones viajeras solamente son excusas concientes o subconcientes para autodefinirse con notas externas de referencia<sup>48</sup>.

Hay que hacer notar que los "libros de viajes" respondieron a los intereses de sus autores. Las razones que dieron estos viajeros fueron múltiples y su deseo de expresarse provino de la sorpresa o decepción frente al nuevo mundo al que se enfrentaron. Aún las páginas más ordinarias o aquéllas magistralmente inspiradas llevan implícita la subjetividad del escritor y con ello sus apetitos, sus ambiciones y sus proyectos.

Tomando en cuenta lo anterior, el planteamiento central respecto de la investigación reside en que la sociedad

mexican travel, Introd. Robert Glass Cleland, New York, Alfred Knopf, 1949, 375p. La traducción es nuestra.

46.- Pictures of life in Mexico, London, Smith Elder & Co., 1851, 2 Vols. La traducción es nuestra.

47.- Mexico and its religion with incidents of travel in that country during parts of the years 1851, 52, 53, 54, and historical notices of events connected with places visited, New York, Harper & Brothers Publishers, 1855, 406p. La traducción es nuestra.

48.- Juan A. Ortega y Medina, México en la conciencia..., *op. cit.*, Vol. I, p. 43.

mexicana que se estructuró luego de consumada la independencia en 1821, experimentó un cambio al recurrir a formas democráticas y generar instituciones. Sin embargo, éstos cambios no significaron en forma mecánica una readecuación del papel de la mujer dentro de la sociedad. Este siguió determinado por su ligazón al hogar, como madre y esposa y persistieron actitudes mentales heredadas que tomarían largo tiempo en transformarse.

Es en este sentido que se puede hablar de la construcción de un modelo de mujer que aparece en el discurso de los viajeros, en los manuales prescriptivos y en la literatura de la época y que concibe la situación de la mujer como inmutable, al asignarle funciones específicas como son la reproducción biológica y la transmisión de valores e ideología enmarcados dentro la institución familiar.

A partir de este eje ordenador es posible examinar las particularidades que asume el rol de la mujer en estos años y que al estar caracterizadas por una feminización del ámbito privado se manifiesta a partir de la dicotomía mundo público/mundo privado. Esta aseveración se desdibuja en la ciudad de México donde ambas esferas se entrelazan.

Un segundo factor se refiere a que el papel tradicional de la mujer en la sociedad no se cuestiona, se impone a través del discurso que señala cómo debe ser el ideal femenino: se concibe a la mujer fundamentalmente en el hogar como madre y esposa, aunque se reconoce su influencia como

formadora de ciudadanos y transmisora de valores tradicionales.

El análisis de los contenidos del discurso y de la percepción de los viajeros relativos a la mujer arroja luz acerca del proceso de construcción del género y, por ende, de las relaciones sociales que caracterizaron el pensamiento, actitud y acción de la sociedad decimonónica.

En este sentido, aunque en ocasiones el viajero refleja sus propios prejuicios que obedecen a una concepción particular del mundo, sus comentarios resultan de valor si hacemos a un lado la "intransigencia" y la "visión antiséptica" del mundo que manejan para extraer lo referente al tema investigado.

La realidad con que se enfrentan los viajeros es novedosa, inédita en muchos aspectos, y se les presenta, en buena medida como caótica. Para incorporarla a su conocimiento también se cifan a determinados tópicos, agrupan lo que ven en rubros que pueden distinguirse en los textos con toda la claridad<sup>49</sup>.

El trabajo se ha estructurado en tres capítulos, que presentan un mosaico de cuadros de la vida cotidiana, que habla mucho de la necesidad de construir un ser nacional y que no puede aún separarse de la tradición española y de la preocupación por lo europeo y que se manifiesta en la mirada de los viajeros anglosajones.

El calidoscopio es perceptible, en mayor medida -como se ha insistido- en la ciudad de México, la que se describe

49.- Margarita Pierini, Viajar para..., op. cit., p.48.

recorriendo sus calles, tiendas, caminos y vida diaria, intentando distinguir, como lo hacen los viajeros, los espacios públicos de los privados.

Si bien los viajeros relataron sus impresiones sobre ambos sexos, las características que impusieron a su visión de las mujeres son las que se han recogido, porque se estima que ayudan a entender a un sector de la población que no ha sido suficientemente examinado.

Estos visitantes enfocaron su atención en las mujeres de la elite, sin embargo, en ocasiones, su mirada abarcó a las otras mujeres de las clases subalternas, de ahí que esa percepción se rescate y complemente con las demás fuentes.

Las cuestiones que abordaron los viajeros dieron el ritmo del trabajo y aquellos asuntos que no mencionaron se dejaron de lado. Por ello, la disculpa anticipada ante las interrogantes que perduran y que quizá puedan ser asunto, en el futuro, para otro estudio.



**AGRADECIMIENTOS**

No quiero dejar de mencionar mi reconocimiento a aquellos que ayudaron a poner punto final a esta investigación.

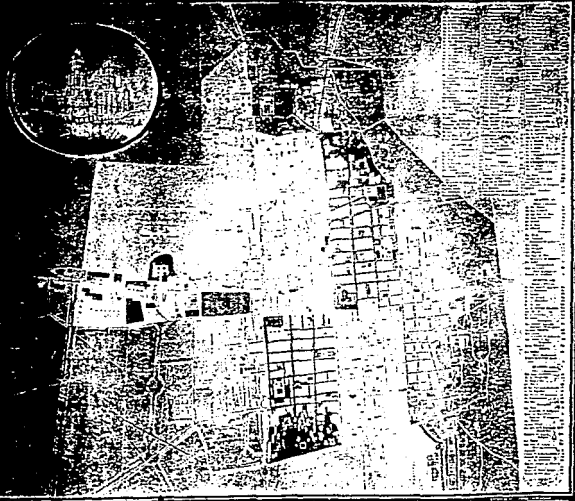
Eugenia Meyer, amiga y maestra, quien con paciencia leyó, corrigió y discutió las innumerables versiones del trabajo.

Carmen Ramos, Antonia Pi-Suñer, Pablo Serrano y Nicole Girón por sus acertados comentarios y sugerencias, que espero haber comprendido e intercalado.

A mi familia, Jack, Juan Sebastián y Pablo por su apoyo, estoicismo e impulso a lo largo del tiempo que permanecí sentada frente a la pantalla.

A mis amigas quienes compartieron conmigo dudas e inseguridades y me alentaron a concluir: Graziella Altamirano, Victoria Novelo, Guadalupe Villa, Laura Solares y Laura Suárez, Lorena Careaga, Lilia Guiot, Regina Hernández, Mary Goldsmith, Eli Bartra, María Inés García y César Navarro.

PLANO GENERAL DE LA CIUDAD DE MEJICO 1843.



HALLASE EN PARIS EN LA LIBRERIA DE ROSA.

## I.

## DE CONSTITUCION A CONSTITUCION (1821-1857)

Es muy difícil describir con exactitud a una nación como la Nueva España, que se compone de categorías tan diversas y en donde hay tantas castas diferentes. La más importante distinción civil y política, se confería tomando en cuenta el color de la piel. Blancura era, aquí, sinónimo de nobleza. El rango de las distintas castas se determina por su mayor o menor aproximación a los blancos; los últimos en la escala son los descendientes directos, y sin mezcla, de los africanos o de los indios<sup>50</sup>.

Comprender el país que los viajeros encuentran y referir algunas características generales resulta importante ya que sirve, por un lado, para ubicar el tema de estudio en un contexto más general y, por el otro, para entender el pensamiento de estos turistas que interpretaron, de modo personal y particular, la realidad que enfrentaron.

En lo interno, México en la segunda década del siglo XIX, apenas en 1821 se había emancipado de España. No obstante, la separación de la organización política, económica y social habría de tomar muchos años, sangrientas luchas civiles y tres invasiones del exterior: España en 1829, Francia en 1838 y Estados Unidos en 1847.

---

50.- Joel R. Poinsett, Notas sobre México..., op.cit., p. 178.

El cálculo estimado de los criollos de que al separarse de la tutela española automáticamente se solucionarían los problemas sociales no resultó cierto ni viable.

El principal sustento de ese optimismo y los factores que ayudaron a la formación y desarrollo de la fe criolla que apoyó a la Independencia fueron cuatro: las supuestas enormes riquezas que poseía el país, los talentos prodigiosos de los americanos, una vigorosa milicia nacional capaz de defender al territorio y la ayuda de la Providencia significada en la imagen de la virgen de Guadalupe<sup>51</sup>.

Sin embargo, a la visión optimista se tuvo que contraponer el pesimismo<sup>52</sup> que se atribuyó a tres actitudes y dos ideas: la actitud crítica (desconfianza ante lo existente); la de progreso y la confianza en la razón, y como elementos circundantes la idea de universalidad y la de igualdad humana.

El caos político, económico y social que caracterizó a la joven república, al anular, en gran parte, los manantiales de la riqueza novohispánica, dejó sin base las utopías de un Hidalgo, o de un Iturbide<sup>53</sup>.

---

51.- Luis González y González, "El optimismo nacionalista como factor de la Independencia de México", en Estudios de historiografía americana, México, el Colegio de México, 1948, p. 153-212.

52.- Jorge Alberto Manrique, "El pesimismo como factor de la Independencia de México", en Ortega y Medina, Juan (Comp.) Conciencia y autenticidad histórica. Homenaje a Edmundo O'Gorman, México, UNAM, 1968, p. 177-196.

53.- Luis González y González, "El optimismo...", op.cit., p. 199.

Fue por ello que la pugna entre liberales y conservadores se significó por retener los viejos valores (conservadores) y por cambiar, modernizar e inventar un país nuevo (liberales). El precio que hubo de pagarse al querer implantar una modernidad ajena se percibe claramente en el caótico siglo XIX.

La herencia criolla compuesta por el mundo indígena y el mundo español fue la que provocó la crisis de conciencia que explica la pugna entre liberales y conservadores. Es resultante de ese afán por integrarse a la modernidad sin perder la autonomía y conservando valores que les son comunes.

La ruina que la guerra de independencia dejó tras de sí y el caos económico posterior impidió por un largo tiempo que el país se organizara. Entre 1821 y 1857 sólo Guadalupe Victoria y José Joaquín Herrera terminaron su período de gobierno. La república se rigió por tres grupos de leyes constitutivas, presencié las acciones de veinte gobiernos y vio desfilar más de cien gabinetes. La búsqueda de una forma política nacional hizo que se ensayaran varias alternativas: la regencia, el imperio, la república federal, la república central y diversas formas dictatoriales.

La consumación de la independencia vino acompañada de una etapa de entusiasmo por el futuro que los gobernantes prometían en discursos y alocuciones. Creían que la llegada del progreso estaba próxima y como México había dejado de estar sujeto a las exacciones de España podría explotar por

si mismo sus inagotables recursos. Los libertadores aspiraban a convertir al nuevo país en "progresista y moderno" bajo la imagen de los modelos europeos y de Estados Unidos. Adoptaron la doctrina liberal y la acomodaron a las nuevas circunstancias, instaurando un sistema jurídico que propugnaba la igualdad para todos los ciudadanos asignando a la educación la tarea de formar individuos capaces de llevar a la nación a esa modernidad.

Este sueño no resultó como se esperaba. Los primeros treinta seis años de vida independiente no trajeron la paz ni la prosperidad que anhelaban conseguir los flamantes ciudadanos mexicanos. En cambio, rebeliones, divisiones intestinas y caos en las finanzas caracterizaron la vida del país en su búsqueda por consolidarse como nación.

El inicio de la vida independiente, que bajo el Plan de Iguala pretendió integrar y reconciliar los intereses entre criollos y peninsulares y dejó sin respuesta asuntos sociales y económicos. El planteamiento de cambiar para mejorar empujó a que los acontecimientos rebasaran a sus autores y propugnadores.

En estos momentos se perfilaron, además, las dos tendencias políticas que buscarían, a su manera, solucionar los problemas nacionales: escoceses y yorkinos, centralistas y federalistas y, por último, liberales y conservadores.

Los 'Escoceses', si no trataban de hacer volver al país a su antiguo régimen, cuando menos pugnaban decididamente por que se estableciese un poder central fuerte. El partido rival, o sea el de los

'Yorkinos', era enemigo jurado de toda intromisión extranjera, de las tendencias monárquicas y del centralismo, y partidario decidido de la Federación el republicanism<sup>54</sup>.

La etapa estuvo signada por la pugna entre esa posición liberal, que enaltecía la modernización y secularización del Estado y la conservadora, que sostenía que la Iglesia debía permanecer conservando sus fueros. Entre tanto, la literatura prescriptiva continuaría insistiendo en la domesticidad como forma de vida para las mujeres.

La heterogeneidad y el contraste heredados de la Colonia serán dos puntos a modificar a través de leyes y disposiciones administrativas; el discurso estatal comenzaría a cambiar, se confiaba en que la independencia y la educación podrían igualar a la sociedad. Sin embargo, las prácticas, aunque modificadas, permanecieron. La segregación antes racial tuvo entonces un tinte muy claro: la propiedad.

Como se pensaba erigir una nación compuesta con pequeños propietarios, la desigualdad se siguió manteniendo. Si bien la relación entre las castas constituyó un motivo de preocupación para los ilustrados, las relaciones entre los géneros no significaron un problema que necesitara resolverse. Cada cual tenía su lugar y el discurso imponía normas de conducta para las mujeres.

El poder que ejercían los hombres sobre las mujeres seguiría manifestándose por medio del papel social que se les

---

54.- México, lo que fue y lo que es,..., op. cit., p. 434.

atribuía en las instituciones sociales, económicas, políticas y religiosas, que las relegaba al mundo doméstico y familiar.

Antes de la última revolución, en la que triunfó, [Iturbide] tuvo el mando de una pequeña fuerza al servicio de los realistas y se le acusa de haber sido el más cruel y sanguinario perseguidor de los patriotas y de no haber perdonado nunca a un solo prisionero.[...] residió en la capital, y en una sociedad que no se distingue por su estricta moral, él se destacó por su inmoralidad<sup>55</sup>.

Comenzando con Agustín de Iturbide, los gobernantes que sucedieron. Hombres de tendencias políticas contrarias pugnaron por alcanzar la estabilidad institucional. Cuando en 1823 el Imperio iturbidista mostró su debilidad al sucumbir a la bancarrota fiscal y política, su desaparición puso al nuevo país al borde de la desintegración.

La elección de un Congreso Constituyente y la proclamación de una república federal se presentó como la alternativa viable para que el país no sucumbiera. Al año siguiente - 1824- se redactó la primera Constitución que consagraba la soberanía popular al tiempo que ordenaba el funcionamiento del gobierno, procuraba elevar al pueblo por medio de la educación y dejaba intocada a una institución tradicional: la Iglesia.

Esta organización en república representativa y federal dio pie a una serie de insurrecciones que llenaron parte de la historia del siglo. Jesús Reyes Heróles la caracteriza

---

55.- Joel R. Poinsett, Notas sobre..., op. cit., p. 116-117.



como una "sociedad fluctuante", por oscilar entre el antiguo regimen colonial y el moderno que pugnaba por otro democrático liberal y secularizante<sup>56</sup>.

La discordia civil heredada de la etapa de guerra de independencia engendró además, varios grupos de militares que no se resignarían a ocupar un papel pasivo sino que intentarían acceder al poder de la forma que fuera. Los distintos gobernantes que se sucedieron se enfrentaron a una falta de consenso entre los partidos liberal y conservador y a la persistente carencia de fondos públicos.

El país contempló innumerables cambios en la silla presidencial por periodos cortos, según los vaivenes de los golpes políticos y las insurrecciones, todos ellos cobijados bajo la sombra del contradictorio Antonio López de Santa Anna.

Santa Anna- quien estaba a la cabeza del gobierno reformista- era un hombre de poco genio o talento, pero más astuto que aquéllos que, como él, practican la intriga vil y en cuyas trampas más de uno de sus antiguos asociados, había caído<sup>57</sup>.

Luego del descalabro sufrido por los federalistas, quienes ante las reformas de 1833 fueron incomprendidos y repudiados<sup>58</sup>, en 1836 se estableció la primera república

56.- Apud, "La Sociedad fluctuante" en Jesús Reyes Heróles, El Liberalismo mexicano en pocas páginas, Selección de textos de A. Castañón y O. Granados, México, FCE/Cultura SEP, 1985. (Lecturas Mexicanas, 100), p. 129-241.

57.- Charles Joseph Latrobe, The Rambler in..., op. cit., p. 153.

58.- El programa que la reforma liberal planteaba incluía "un ataque al monopolio ideológico de la Iglesia en la universidad y la vida pública y a los privilegios de que

central amparada por un código conservador, las Siete Leyes, que a su vez sería vigilado por un organismo creado para equilibrar a los tres poderes: el Supremo Poder Conservador.

A pesar de los esfuerzos no cesaron los pronunciamientos. Es más, dos percances internacionales se tuvieron que encarar, uno fue la guerra con Texas en la que los colonos obtuvieron su independencia, para posteriormente anexarse al vecino del Norte de quien tanta ayuda había recibido. Y el otro, con Francia, en el episodio conocido como la "Guerra de los Pasteles", donde se mezclaron la incapacidad de México por hacer frente a sus deudas con el exterior y la incompetencia que Santa Anna ya había demostrado en Texas.

Parecía que la República no podría sobrevivir. Dos guerras extranjeras y la endémica 'bola', como el pueblo llamaba a los levantamientos políticos, parecían condenarla a muerte. Pero en verdad aquella sociedad se había adaptado al caos constante. [...] La gente de la ciudad se había acostumbrado al desorden, que a menudo era motivo de jolgorio<sup>59</sup>.

Revueltas, invasiones y pérdidas de territorio hacían imposible la tarea de sacar a flote al país. Seis años después de instaurado el centralismo las dudas resurgieron. ¿Era éste el sistema idóneo?

---

tanto esa Iglesia como el ejército gozaban en el marco de la organización estamentaria que se trataba de abolir", en Tulio Halperín Donghi, Reforma y disolución de los imperios ibéricos. 1750-1850, Madrid, Alianza Editorial, 1985, (Historia de América, 3), p. 300.

59.- Josefina Vázquez, "Fracaso de la republica central", en Historia de México, México, Salvat editores, 1974, t. VII, p. 72.

En la década de los cuarenta, un intento por retornar al sistema federal, a través de los liberales moderados, la crisis económica y los desplantes de Santa Anna se unieron a las reclamaciones territoriales de los Estados Unidos y las opiniones que los viajeros habían expresado en sus diarios acerca de la redención de un pueblo, inmerso en la inestabilidad política, nulo progreso y escasa productividad.

Las disputas entre ambos países llegaron al límite cuando en 1845 se conoció la noticia de que Texas se anexaría como un estado más a la Unión Americana. Era obvio pensar que este hecho desataría un conflicto armado.

La guerra no podía aparecer en peor momento, México se encontraba en tránsito otra vez al federalismo, no había ejército ni armamento suficiente y tampoco dinero para comprarlo. Santa Anna, al frente de un ejército mal pertrechado, fue derrotado en abril de 1847 y al año siguiente se firmó un tratado que establecía la pérdida de casi la mitad del territorio nacional. La justificación de la guerra fue enarbolada también por los viajeros,

La entidad política de ustedes se encuentra en la situación de un hombre con un miembro enfermo incurable y no admite más que un remedio: la amputación. Resuélvanse, mexicanos, a entregar Texas y, separándose del miembro enfermo - enfermo por lo que se refiere a ustedes-, permitan que la principal parte de su país se reanime y vuelva a la salud y la prosperidad. Admito que este paso será una ventaja para nosotros, pero creo que será una ventaja aún mayor para ustedes.<sup>60</sup>

60.- Ethan Allen Hitchcock, México ante los ojos del..., op. cit., p. 17-18.

Tras la funesta derrota, la década de 1850 se inauguró con la discusión política e ideológica acerca del proyecto de nación que las dos tendencias ideológicas, liberales y conservadoras, tratarían de imponer a fin, de resolver los problemas que aquejaban al país. Una revuelta conservadora trajo de nuevo a Santa Anna al gobierno, hasta que por última vez fue derrotado por la facción que enarbolaba principios liberales.

En 1854, un grupo de reformistas se pronunció en Ayutla, pugnando por un Congreso que constituyera a la nación en una república representativa, popular, regida por instituciones liberales. Esta revolución que no fue un movimiento homogéneo provocaría escisiones y pugnas una vez obtenido el poder.

La promulgación de la nueva Carta Magna de 1857, en donde se declaraba, entre otras disposiciones, el reconocimiento a los derechos del hombre, que no de la mujer, la libertad de enseñanza y de imprenta y se suprimían los privilegios que gozaba la Iglesia, desató la guerra civil que enfrentó, de nueva cuenta, a los liberales sustentadores de éstos principios contra los conservadores que abogaban por el regreso al statu quo anterior a la expedición de las reformas. Sin embargo, triunfadores, éstos principios modelarían por fin a la nación en una república moderna y capaz de aceptar el reto de los tiempos por venir.

En el aspecto económico los primeros treinta y seis años de vida independiente se caracterizaron por el estancamiento,

depresión y declinación de las actividades productivas. La minería tardó en recuperarse de los trastornos ocasionados por la guerra de Independencia. La agricultura de las haciendas, que dependían de la prosperidad de las minas y de las ciudades permaneció improductiva un tiempo largo, grandes fincas fueron abandonadas o divididas.

El comercio acuciado por problemas de transporte y de pésimas vías de comunicación apenas era más lucrativo que la agricultura. Los gobiernos independientes reconocieron que sin estabilidad económica difícilmente podrían alcanzar la estabilidad política, por lo que fomentaron la inversión extranjera y nacional a fin de estimular el desarrollo económico. El desequilibrio producto de un reordenamiento económico y de una nueva relación de fuerzas que pretendió ser distinta a la colonial afectó la vida política, así como los comportamientos sociales.

Habréis observado que, en el esbozo del republicanismo mexicano, no me he preocupado de hablar por extenso de cada uno de los jefes que se han puesto a la cabeza de los distintos movimientos. No lo he hecho, porque no he visto ningún vestigio de principio de progreso al través de las revoluciones. Por lo común, el Gobierno ha tenido la fuerza necesaria para contrarrestar todas las perturbaciones, salvo las patrocinadas por Santa Anna. Con el verdadero amor a la libertad que profesan unos cuantos, la ambición del poder que aqueja a otros, y la indolencia o la ignorancia supina de la gran mayoría del pueblo, el país ha ido rondando de revolución en revolución, haciendo tantos progresos en el camino de la libertad y de la ilustración, como los

barones de antaño cuando emprendían sus luchas feudales unos contra otros<sup>61</sup>.

Estos rasgos hicieron que el país continuara siendo inestable y exótico a los ojos de los extranjeros, por tanto, capaz de ser nuevamente conquistado para alcanzar los propósitos que animaban al mundo "civilizado", lo que incrementaba el atractivo para los forasteros, invitándolos a describirlo y criticarlo y darlo a conocer.

La identidad de la nueva nación se estaba moldeando y todos los visitantes se creyeron obligados a dar consejos para su mejor desempeño:

México es un país que hace poco ha despertado de un largo sueño de ignorancia y opresión; y como ya se observa gran mejoría en los residentes del país, puede con seguridad anticiparse una mayor (prosperidad)...<sup>62</sup>.

El asombro que les causa el desorden que contemplaban los llevó a concluir que el fracaso de la herencia hispana en México, la independencia y la lucha por establecer una república moderna, no se podía lograr en tanto los mexicanos no supieran hacer uso de esa libertad que habían alcanzado y del ejemplo que le ofrecían los pueblos más avanzados.

[...] si México se obstina en seguir con el viejo sistema exclusivista semejante a aquel a que estuvo sujeto mientras fue colonia de España, declaro que no veo sino muy pocas esperanzas para el futuro. Necesita la luz del ejemplo, la fuerza de la emulación<sup>63</sup>.

- 61.- Brantz Mayer, México lo que fue..., op. cit., p. 445.  
 62.- G. F. Lyon, Residencia en México..., op. cit., p. 129.  
 63.- Brantz Mayer, México lo que fue..., op. cit., p. 456.

### LAS RELACIONES CON LAS NACIONES ANGLOSAJONAS

Dueño como es de toda clase de riquezas explotables, México ofrece las mayores ventajas para el comercio. Medios de trabajo adecuado para aquellos numerosos individuos que se hallan actualmente sin empleo, junto con el talento, el capital y la maquinaria de los ingleses [...] despertarán al país de su letargo y lo harán romper definitivamente los grilletes con que durante tanto tiempo lo ha tenido atado la estrecha y bárbara política de España. Así alcanzará, entre las naciones, el rango que tiene derecho a ocupar, por su carácter, por la fertilidad de su suelo y por la casi inagotable riqueza de sus minas<sup>64</sup>.

El México independiente vio desfilar por su territorio un considerable número de extranjeros animados con la idea de testimoniar el despegue de un país pleno de riquezas en espera de ser explotadas. Llegaron en los momentos en que la nación comenzaba a conformarse luego de treientos años de dominación española.

La historiografía viajera del siglo XIX mexicano descansa en la obra monumental de Alejandro de Humboldt, cuyo texto se difundió en Europa desde 1808, convirtiéndose en el marco de referencia para los que después de él se internaron en el país.

El ensayo político sobre el reino de la Nueva España<sup>65</sup>, del científico alemán recorrió el velo que por largo tiempo

64.- México según el panorama de Burford, Introd. y Trad., de Manuel Romero de Terreros, México, Editorial Olimpo, 1959, p. 21.

65.- A efecto del presente estudio se utilizó la cuarta edición, que contiene un estudio preliminar, revisión del

había envuelto a la Nueva España aislada bajo la potestad del Imperio español, y fue el descubrimiento que avivó la curiosidad de quienes, deseosos de seguir sus pasos y descubrir el enigma, se lanzaron a la aventura, leyeron y anotaron la obra y emprendieron la travesía pensando que podrían superar los hallazgos del sabio alemán.

Humboldt quizá fue el último viajero que recorrió el país durante la colonia, y como tal registró el final de una era y "descubrió" para los novohispanos sus propias riquezas y potencialidades. En 1810 se inició el movimiento de independencia y once años después, en 1821, fue vencida la supremacía de España inaugurándose con ello una nueva etapa viajera.

El México independiente desplegó entonces sus misterios y singularidades ante esos extranjeros deseosos de descubrir las riquezas inagotables de su suelo, la belleza del paisaje, el benéfico clima y la magnificencia de sus construcciones.

Las primeras décadas del siglo XIX mostraron circunstancias atrayentes para aquellos países que intentaron algún tipo de aventura comercial, industrial o política. La disolución del imperio colonial español hizo factible la realización de un sueño alimentado hacía siglos por las naciones rivales de España. Entre las regiones recién separadas de aquel imperio ninguna prometía tanto como México.

---

texto, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina, México, Editorial Porrúa, 1984, 696p. (Sepan Cuantos...39).



Por ello, al abrirse las puertas económicas y diplomáticas a otras naciones, una abundante afluencia de extranjeros de todas las nacionalidades peregrinó por el territorio. Los anglosajones pudieron ingresar libremente a descubrir las riquezas preconizadas y tanto tiempo protegidas de la codicia de los inversionistas interesados en hacer negocios.

La rivalidad comercial entre norteamericanos y británicos se hizo patente en la segunda década del siglo XIX, cuando ambos países desarrollaron su política de penetración económica sobre las regiones menos avanzadas.

Los Estados Unidos eran durante este periodo una nación continental con intereses continentales. Su gente creía en el destino manifiesto de controlar el continente de Norteamérica y de establecer una hegemonía política sobre Latinoamérica por lo menos hasta el istmo de Tehuantepec. Gran Bretaña era por otra parte, una nación con intereses mundiales, empeñada en establecer un imperio comercial, no territorial<sup>66</sup>.

Cuando Iturbide venció al ejército colonial novohispano en 1821, los negociantes británicos que habían mantenido relaciones comerciales con España y sus colonias desde 1810, presionaron para que su gobierno reconociera la independencia, a fin de seguir conservando las ventajas mercantiles para sus manufacturas, así como la captación de

---

66.- John E. Dougherty, "México, manzana de discordia entre Gran Bretaña y Estados Unidos", en Historia Mexicana, México, El Colegio de México, oct-dic 1969, Vol. XIX, núm. 74, p. 159.

recursos mexicanos, especialmente la plata, y conseguir el trato de nación más favorecida.

Inglaterra se pronunció abiertamente por la independencia de México y de los demás países latinoamericanos, creyendo cerrar la puerta a una posible intervención de los países de la Santa Alianza en apoyo de las pretensiones de España por recuperar sus territorios perdidos.

George Canning, ministro de Relaciones Exteriores británico, consideró necesario evaluar los sucesos en México, para decidir la postura del gobierno de su Majestad. A finales de 1822 comisionó a Patrick Mackie para que viajara a reunir información sobre la situación política imperante, acerca de la disposición que el país ofrecía para entablar relaciones con Gran Bretaña y para averiguar si México estaba dispuesto a admitir agentes comerciales ingleses, concediéndoles garantías para residir en el país y practicar su religión.

Inglaterra fue, entonces, el primero en enviar diplomáticos al México independiente, alentada por las perspectivas económicas que se abrían. Las observaciones del barón de Humboldt ofrecían la imagen de un país rico en recursos aunque atrasado en tecnología, o sea una tierra llena de oportunidades para la inversión. Todo ello promovió una fiebre de especulación sobre las riquezas de un reino mayor que España y con una recaudación anual impactante.

Mackie llegó a México cuando Iturbide ya había abdicado y, a pesar de que sus instrucciones le impedían asumir alguna responsabilidad trató de convencer a Guadalupe Victoria de que las intenciones británicas iban dirigidas a apoyar al país en caso de una guerra con España. La estancia de Mackie fue corta, y aunque no concluyó acuerdo alguno, seguramente preparó el camino para que en 1823 arribara una nueva delegación compuesta por Lionel Harvey, Carlos O'Gorman y Henry George Ward, cuyo objetivo se encaminó a investigar las condiciones existentes en México con vistas a negociar un Tratado comercial.

El "Tratado de comercio, navegación y amistad entre los Estados Unidos Mexicanos y su Majestad el Rey de Gran Bretaña e Irlanda", firmado entre ambos países el 26 de diciembre de 1826, sirvió de modelo para los arreglos subsiguientes que México estableció con otras potencias europeas.

Las relaciones con Inglaterra generalmente fueron pacíficas y amigables a lo largo de la primera mitad del siglo pasado. El empuje inicial focalizado en las inversiones mineras se enfrió significativamente cuando se presentaron problemas para la extracción de los metales y hubo enérgicas protestas en relación con deudas no pagadas y pérdidas sufridas por las compañías mineras.

La geografía, la política vacilante inglesa, la fuerza creciente de los norteamericanos y la ancestral desconfianza novohispana hacia Inglaterra

frustraron tempranamente la influencia que este país quería establecer en México<sup>67</sup>.

Hay que hacer mención al otro terreno de discordia: las frágiles relaciones que México sostuvo con los Estados Unidos y que han sido ampliamente analizadas por muchos estudiosos. Para los fines de este trabajo se señalan tan sólo algunos aspectos.

El vecino del Norte reconoció la independencia de México en 1822, esperando, al igual que Gran Bretaña, obtener privilegios para su comercio semejantes a los que se otorgaran a otras naciones. Sin embargo, a estos privilegios, los norteamericanos añadirían reclamaciones territoriales no concluidas con el gobierno español y otras nuevas surgidas al calor de su política expansionista.

A fin de asegurar su predominio y minimizar la posible influencia europea en el continente el presidente en turno, James Monroe, dio a conocer al Congreso en 1823 los principios que conformarían la Doctrina Monroe: el continente americano no estaba sujeto a nuevos intentos colonialistas de las potencias extracontinentales; los gobiernos latinoamericanos eran esencialmente distintos e independientes de los de Europa; los Estados Unidos considerarían un ataque a sus intereses, cualquier intento de interferencia de las potencias extracontinentales para extender su dominio o influencia en América y, por último,

67.- E. Guadalupe Jiménez Codinach, "Las etapas económico-políticas inglesas en relación con la Independencia de México (1805-1824)", en Anuario de Historia, México, UNAM, año X, 1978-1979, p. 165.

los Estados Unidos no intervendrían en las colonias europeas existentes en esos momentos en América, ni en los asuntos internos de las potencias europeas, ni en los conflictos que se dieran entre ellas<sup>68</sup>.

Joel R. Poinsett arribó a México en 1822<sup>69</sup>, comisionado por el presidente James Monroe, para estudiar la posibilidad de fortalecer las relaciones entre ambos países. Su misión se orientaba a lograr extender las fronteras de su patria a expensas de México, antes de entablar relaciones de amistad y comercio. Su objetivo secreto consistía en mover hacia el sur la línea divisoria fijada por el tratado Adams-Onís de 1819, por el cual España había cedido la Florida a los Estados Unidos a cambio de que se le eximiera del pago de reclamaciones.

Este asunto que pudo concluirse y otro, que traería a la larga graves consecuencias al país como era la ratificación del reconocimiento a las concesiones hechas a Moisés Austin en Texas y la obtención del referendo en favor de su hijo

---

68.- Cfr. Carlos Bosch García, Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos. 1819-1848, México, Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, 1961, p. 35-40. Angela Moyano Pahissa, et.al, Estados Unidos. Síntesis de su historia, México, Instituto Mora/Alianza Editorial Mexicana, 1988, Vol. I, p. 291-292.

69.- Regresaría en 1825 como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Estados Unidos, cargo del que fue relevado en 1829, luego de que su ingerencia en los asuntos internos del país se volvió intolerable.

Estevan Austin, conformaban el portafolio que Poinsett traía bajo el brazo<sup>70</sup>.

A grandes rasgos ésta era la situación que el país vivía con respecto a sus relaciones con las potencias anglosajonas y que los viajeros de esas latitudes harían constar en sus relatos, al mismo tiempo que, ofrecen un cuadro de las vicisitudes internas que observaron.

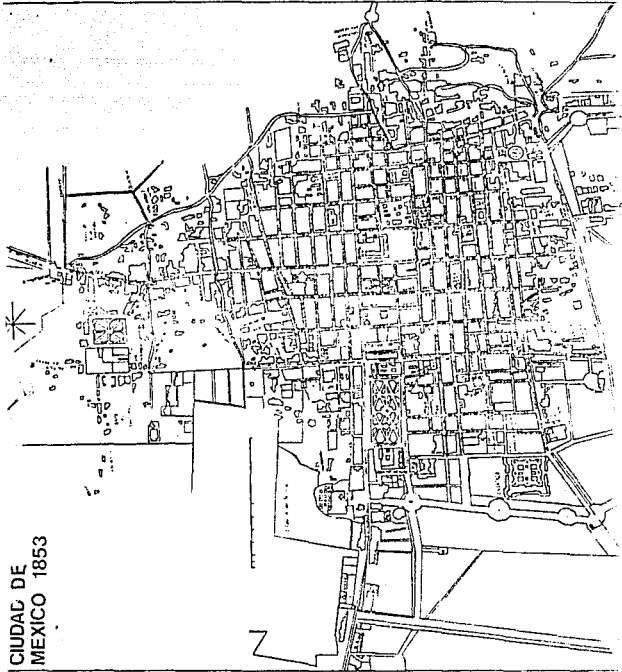
Algunos de éstos hombres relataron por escrito sus impresiones y peripecias en el país, a fin de presentar una visión global que les permitiera entender y explicar los rasgos y peculiaridades de la gente con la que estaban entablando relaciones.

Los viajeros detallaron minuciosamente hábitos, costumbres, habitantes y ciudades. La ciudad de México fue de la que más se ocuparon, por ser el centro de la vida política y económica. Una causa de curiosidad y, además, el lugar en el que estos turistas permanecieron por más tiempo.

---

70.- Apud en Francisco Javier Gaxiola, Poinsett en México. (1822-1828). Notas de un libro inconcluso, Editorial Cultura, 1936, p. 23-35.  
Hay que añadir, además al encargo de Poinsett, el comenzar a preparar el terreno para la independencia de Texas, minimizar la influencia inglesa y abrir para su país, desde México, los puertos del resto de América Latina.

CIUDAD DE  
MEXICO 1853



## II

## MIRADAS EXTRAÑAS EN LA GRAN CIUDAD.

"Solo las ollas saben  
los hervores de sus caldos"

La ciudad de México, capital de la Nueva España, primero, y sede de los supremos poderes luego de la independencia<sup>71</sup> fue destino y paso obligado de los viajeros. Objeto de descripciones y relatos, todos los visitantes se asombraron de su magnificencia, por lo que Charles J. Latrobe la bautizó como "la ciudad de los palacios"<sup>72</sup>. Pero ¿cómo era la ciudad?, ¿quienes vivían en ella? y ¿qué características tenía que asombraron a todos los que la visitaban y describían?

Los viajeros encontraron que la ciudad seguía presentando una fisonomía colonial, un mundo que en gran medida les era ajeno porque conservaba características españolas, que no presentaban las ciudades anglosajonas.

"Las capitales, y en menor medida todos los centros urbanos, cada uno a su escala, seguían siendo, por lo demás, los focos de la vida económica" y el comercio su actividad

---

71.- El 18 de noviembre de 1824 se decretó la creación del Distrito Federal para sede de los poderes de la federación, dentro de la ciudad de México. El Distrito Federal tendría un radio de dos leguas, medido desde la plaza principal. Vid, Charles W. Macune Jr., El estado de México y la federación mexicana, 1823-1835, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 24-39.

72.- Charles Latrobe, The Rambler in..., op. cit., p. 109. No sabemos la razón del por qué ésta frase se atribuye a Humboldt.



fundamental<sup>73</sup>, de aquí que resultara importante que sus habitantes se preocuparan porque la ciudad tuviera mejores condiciones de vida y su aspecto lo demostrara.

Más espero que estos tiempos están ya a punto de terminar y que se encuentra en puerta un periodo en el cual México levantará de nuevo su cabeza entre las más grandes ciudades del mundo, un rango al que tiene derecho por su propia belleza intrínseca y por ser la capital de una de las mejores porciones del globo<sup>74</sup>.

La capital del reino de Nueva España había cambiado su imagen desde fines del siglo XVIII<sup>75</sup> por la influencia que la ideología ilustrada imprimió en el ambiente novohispano incluyendo entre sus fundamentos la reorganización de la forma urbana con preocupaciones sociales.

En este sentido, y según el ideal neoclásico<sup>76</sup> - aún vigente- la ciudad capital debía mostrar a sus habitantes una imagen de comodidad y hermosura que fuese acorde a lo que se esperaba de los nuevos tiempos, para que permitiera el

73.- Cfr., José Luis Romero, Latinoamérica: las ciudades y las ideas, México, Siglo XXI editores, 1976, p. 187.

74.- William Bullock, Seis meses..., op. cit., p. 103.

75.- Partimos de la base que el siglo XIX no inicia en 1800, sino a partir de las reformas borbónicas que, no sólo propiciaron el descontento que desembocó en la Independencia sino también comenzaron por modificar la estructura social y el aspecto de la ciudad que permaneció casi inalterable hasta 1856 en que la Reforma propició cambios.

76.- El estilo neoclásico era un arte ilustrado que se inspiraba en el clasicismo grecorromano. Era un arte racional, ordenado, austero y con preferencia por las formas puras y simples. Luego de la Independencia la reacción antiespañola no afectó en el plano artístico, al sistema de ideas de la ilustración ni al neoclásico como estilo.

desarrollo pleno de actividades comerciales y políticas que la engrandecieran.

El encanto principal de México radica en la anchura y regularidad de sus calles, que se cruzan en ángulos rectos [...] Todas están bien pavimentadas, con aceras de cada lado, mientras que al centro, debajo de una fila de anchas losas, corren las aguas de albañal. Es una ciudad mucho más limpia de lo que se podría esperar; bien iluminada, y ahora bajo una buena vigilancia policiaca. Muchas de las calles son de grande y, aún inmensa escala, y todas las que se encuentran en las calles principales son bellos edificios...

Calles y caminos de la Nueva España eran de tierra suelta o apisonada con los consiguientes problemas de polvo, zanjas y agua estancada<sup>78</sup>. Mantenerlos ligeramente transitables para vehículos era obra interminable. Por eso, en el siglo XIX era frecuente encontrar en tiempo de lluvias cuadrúpedos sumergidos y carros volteados en el fango de las calzadas que rodeaban la capital.

La ciudad comenzó a transformarse cuando la parte principal se adoquinó y se introdujeron atarjeas y colectores. Además se niveló la plaza mayor donde había estado la estatua ecuestre de Carlos IV<sup>79</sup>, y que desde la

77.- G. F. Lyon, Residencia en..., op.cit., p. 209.

78.- Las mujeres de clase acomodada se abstendían de caminar por las aceras porque tenían ensuciar sus vestidos.

79.- En 1824, Guadalupe Victoria ordenó que la estatua del escultor Manuel Tolsá, fuese trasladada al patio de la Universidad. En 1852 se la sacó de allí para ubicarla a la entrada del Paseo Nuevo o de Bucareli donde ocupó el lugar de la fuente de la Victoria.

entrada del ejército trigarante se hallaba cubierta con un globo de papel.

La jura se celebró en México con gran magnificencia, y para la ceremonia del juramento, se formó en la plaza un templete decorado con pinturas y poesías, que ocultaba la estatua ecuestre de Carlos IV, que estaba entonces colocada en el centro del recinto enverjado y adornado con buen gusto que la circundaba, haciendo una plaza de armas<sup>80</sup>.

La iluminación artificial de calles y plazas públicas, también mejoró al incrementarse con más de mil faroles equidistantes y servicios de guardafaroles. A fin de lograr la limpieza que garantizara la salud de los habitantes erradicando el aire viciado<sup>81</sup>, se azolvieron acequias y canales, aunque no se solucionó el problema de la recolección de desperdicios<sup>82</sup>. El agua potable llegaba a la ciudad por medio de dos acueductos, el de Santa Fé y el de Chapultepec.

80.- Lucas Alamán, Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia el año de 1808 hasta la época presente, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, Vol. V, p. 376-377.

81.- La urbanización y el hacinamiento en las viviendas causaban muchas epidemias. Erróneamente se creía que muchas enfermedades eran causadas por sustancias e impurezas en el aire. La llamada teoría de las miasmas hacía que la cuestión del aire puro no sólo fuera asunto de comodidad sino de vida y muerte. Cfr., Witold Rybczynski, Home. A short history of an idea, Estados Unidos, Penguin Books, 1986, p. 141.

82.- Hacia mediados del siglo XIX "existían veintiocho carros para la limpia diurna y otros tantos para la nocturna, que recorrían la ciudad en todas las direcciones y arrojaban en los lugares destinados cuanto pudiera ofender a la población". Manuel Orozco y Berra, "La ciudad de México", en Diccionario Universal de Historia y Geografía, México, Imp. de F. Escalante y C./Librería de Andrade, 1854, p. 658.

Para alcanzar una mejor organización se dio nombre a las calles y números a las casas, conventos y accesorias. Para vigilarla y poder mantener el control se la dividió por cuarteles y se intentó actualizar la legislación de la policía citadina. Para que la sociedad pudiera salir a pasear y tomar aire se construyó el Paseo de Bucareli o Paseo Nuevo, y se plantaron más árboles en el tradicional paseo de la Alameda.

Al romper la dinastía borbónica con el aislamiento en que se encontraba España del resto de Europa se inauguró una etapa de afrancesamiento en las costumbres que permaneció a lo largo del XIX, sobre todo en hábitos y modas. Se multiplicaron las soirées, se afrancesaron los uniformes militares y se fomentó el aprendizaje del idioma francés. De Francia se trajeron cocineros<sup>83</sup>, peluqueros, sastres y modistas. Muchos de ellos se quedaron y durante el siglo XIX habrían de competir con reminiscencias españolas e influencias anglosajonas por lo que habrá que asociarlos siempre a la idea de lujo y aristocracia.

En los primeros años después de la Independencia, Inglaterra dio el tono a la sociedad mexicana: los trajes, las modas, los muebles, las comidas, las tertulias, todo era por entonces a la inglesa, aún las costumbres, a pesar de ser tan diversas de las del pueblo británico, empezaban a modelarse por ellas. Pero empezaron a introducirse los

---

83.- Baste recordar que la llamada "guerra de los pasteles" se conoce así por la reclamación por daños y perjuicios, presentada por un pastelero francés que tenía su negocio en Tacubaya.

franceses y como sus hábitos y modas están más en conformidad con los antiguos de México, desde luego fueron preferidos a los primeros que apenas empezaban a crearse<sup>84</sup>.

Al consumarse la Independencia las guerras intestinas retardaron el progreso de la ciudad, y las buenas intenciones que animaban a sus administradores no lograron cambiar del todo su imagen. El entusiasmo desbordante que se generó impidió que admitieran que la situación era crítica y se dejaban impresionar con la imagen de un país libre, poderoso y de recursos ilimitados.

Entre 1810 y 1839 fue el periodo más pobre en cuanto al número de edificaciones se refiere, debido a las consecuencias de las guerras de independencia, a la pérdida del predominio político y económico de la capital sobre el resto del país, a las guerras civiles, la de Texas y una epidemia de cólera morbus en 1833 y 1850<sup>85</sup>.

La fuga del capital español dejó al Ayuntamiento ciudadano sin posibilidades económicas. Sólo se atendían las obras indispensables, tales como la reparación de acueductos, atarjeas o puentes. Por ello, la capital continuó padeciendo:

---

84.- José María Luis Mora, México y sus Revoluciones, en Obras Completas de José María Luis Mora. Obra Histórica, Investigación, recopilación, selección y notas de Lillian Briseño, et. al., México, SEP/Instituto Mora, 1987, Vol 4, p. 110.

85.- Cfr., Celia Maldonado, "El control de las epidemias: modificaciones en la estructura urbana" en Alejandra Moreno Toscano (Coord.), Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia, 2a. ed., México, INAH/Departamento de Investigaciones Históricas, 1978, (Col. Científica, 61), p. 150.

abundancia de basura y estiércol en las calles sin recubrir, que sólo variaban en el año de polvorientas a lodosas, empedrados con zanjas donde se corrompía el agua, pocilgas en portales y plazas, inmundicias en los techos de los mercados, sobrantes de todo tipo en las azoteas, falta de albañales, mingitorios eventuales en cualquier rincón de los edificios aún en los que rodeaban la plaza mayor. Miles de personas amontonadas en casas de vecindad carecían de baños y de recursos para frecuentar los baños públicos<sup>86</sup>.

Los diarios de los viajeros concuerdan con la descripción que presenta una urbe que tenía los mismos problemas de antaño, y en la cual la magnificencia contrastaba con el abandono de los servicios urbanos y el descuido y suciedad de los arrabales:

Nada en los alrededores da alguna idea de la magnífica ciudad a la que se va uno acercando; todo es silencio aterrador y miserable soledad[...]. Llegamos a las barreras y pasando a través de una parte de las tropas, de aspecto zarrapastroso, que rodeaba a la ciudad, alcanzamos los suburbios que son pobres y sucios; la gente que los habita está cubierta de harapos y envuelta tan sólo en una frazada. Fue tan grande mi desilusión que difícilmente pude convencerme de que me encontraba en la capital de la Nueva España, en el gran mercado de metales preciosos, desde donde fluyen éstos hacia todas las partes del mundo habitable: unos cuantos minutos más nos trajeron al centro de la ciudad y pese a lo que yo había visto, por lo que toca a la regularidad y longitud de las calles, todo era aquí sobrepasado, sintiéndome por ello recompensado por todos los

---

86.- Israel Katzman, Arquitectura del siglo XIX en México. México, Centro de Investigaciones Arquitectónicas/UNAM, 1973, Vol. I, p. 18.

peligros y dificultades que había tenido que soportar<sup>87</sup>.

La ciudad capital siguió siendo la misma hasta bien entrado el medio siglo:

Al consumarse la independencia México conservó su apariencia monacal, en la que destacaban junto a los suntuosos palacios -que albergaron a los poderes públicos, asilaron a desvalidos, fueron sede de colegios o universidades a las que concurrió la juventud estudiosa o simples moradas- los bellos y amplísimos conventos de sólida arquitectura con sus iglesias de finísima ornamentación en las fachadas, contenidos todos ellos en la misma traza delineada por los españoles<sup>88</sup>.

Los límites de esta ciudad abarcaban por el Norte la Garita de Santiago; al oriente la de San Lázaro; al Sur San Antonio Abad y la Garita de la Piedad y por el Poniente Bucareli y San Cosme. Además, en los alrededores se encontraban los barrios indígenas cuyas calles, plazas y mercados no estaban estructurados y donde predominaban los jacales de adobe con una sola habitación y un patio trasero.

La traza urbana presentaba un buen aspecto en el centro, con calles anchas y rectas, algunas plazas empedradas y limpias e iluminación por las noches con reverberos<sup>89</sup>.

87.- William Bullock, Seis meses..., op. cit., p. 101.

88.- Elisa García Barragán, "La ciudad republicana. Siglo XIX", en La ciudad. Concepto y Obra, [VI coloquio de Historia del arte, México, UNAM, 1987, p. 129.

89.- "La zona iluminada era toda la parte de la ciudad comprendida de puentes adentro, o sea la zona limitada por los siguientes puntos: Puente del clérigo, de la misericordia, del zacate, de la mariscala, Parroquia del Salto del agua, Puente de San Pablo, San Sebastián, Espalda del Carmen, Plaza de Tenexpa hasta el punto de partida. fuera de esa zona se pusieron algunos faroles por la línea de San

La plaza mayor, llamada desde 1813 Plaza de la Constitución era el centro de actividades de la ciudad. La vida colectiva se manifestaba especialmente en esta zona. Las familias de los ricos comerciantes, de la aristocracia criolla, así como el clero, tenían sus casas en las calles aledañas. Los conventos, colegios y hospitales se ubicaban también en los límites del área central urbana. La introducción y venta de alimentos y otros artículos convergían en los mercados establecidos a un lado de la Plaza. La población sin consideraciones de clase se mezclaba en este lugar.

La Plaza Mayor de México es una de las más hermosas que existen. El lado este se halla ocupado por la gran catedral y el sagrario, o iglesia parroquial; el lado norte por el espléndido palacio del virrey; el sur, por una buena hilera de casas, en cuyo centro está el palacio construido por Cortés, llamado actualmente Casa del Estado, el lado oeste tiene una fila de edificios con soportales, en donde están establecidas muchas buenas tiendas, algunas oficinas públicas, alhóndigas, etcétera<sup>90</sup>.

La sociedad se aislaba a causa de las condiciones que presentaban las calles, que carecían de verdaderos paseos

---

Francisco hasta la Acordada, de la Mariscala a San Fernando, de Santo Domingo a Peralvillo, del rastro a San Antonio, en toda la calle de Victoria hasta el Paseo Nuevo y uno o dos faroles en la garita de la Piedad. Total 200 calles[...]. Nueve años más tarde, en 1799, la capital contaba con 1166 luces y hasta después de la Independencia este número permaneció igual. Cfr., Rafael R. Arizpe, El alumbrado público en la Ciudad de México, Estudio Histórico, México, Tip. y Lit. La Europea, 1900, p. 44-45.

90.- William Bullock, Seis meses de..., op. cit., p. 103.



públicos, diversiones, alumbrado suficiente y, sobre todo, seguridad. La ciudad tenía sus garitas que se cerraban por la noche, se daba el toque de queda y nadie salía ni entraba hasta el día siguiente.

Esta situación irá cambiando poco a poco, ya que los viajeros que llegaron después de 1830 nos dan a conocer una ciudad más limpia, segura y un poco más ordenada.

Las calles corren de norte a sur y de este a oeste - cortadas en ángulos rectos. La máxima extensión longitudinal es de cerca de dos millas - y de ancho cerca de  $1\frac{3}{4}$  de millas; pero como la ciudad tiene una figura desigual, estas medidas están lejos de ser uniformes.[...] En cada una de las direcciones la vista termina en las montañas que rodean la planicie de México. En el centro y partes más frecuentadas de la ciudad las calles están bien pavimentadas y limpias; pero las alejadas de éstas se encuentran asombrosamente sucias - las acequias que las cruzan están abiertas y son ofensivas a la vista y al olfato<sup>91</sup>.

En 1810 la capital estaba compuesta por 304 calles y 140 callejones; 64 plazas, plazuelas y pulquerías; 1 catedral, 14 parroquias, 41 conventos, 10 colegios principales, 7 hospitales, 3 recogimientos, 1 Hospicio de pobres y la Real Fábrica de puros y cigarros. Además, heredada desde 1782, persistía la misma división de la ciudad de México para su jurisdicción en 8 cuarteles mayores y 32 menores.

---

91.- Edward Thornton Tayloe, México 1825-1828..., op. cit., p. 51.

En 1836 se definió para el país la forma de gobierno centralista, incorporándose el Distrito Federal al Departamento de México con la misma capital.

El plano de la ciudad de México no es ni más ni menos que un tablero de ajedrez, con mayor número de casilleros. Calles derechas que se cortan en ángulo recto y a intervalos uniformes. Las casas están pintadas de colores alegres:[...]. Vista desde la torre de la Catedral [...] presenta un conjunto de cúpulas, campanarios y casas de techos planos, cubiertos a menudo de flores y verdura, a modo de jardines suspendidos<sup>92</sup>.

Para 1855 aumentó a 316 calles, 252 manzanas, 90 plazas y plazuelas, 12 puentes, 12 barrios y 4100 casas de piedra y se consignaba la misma división en cuarteles. Para los moradores había 6 panteones (Santa Paula, San Fernando, San Diego, Los Angeles, San Antonio de las Huertas y Campo Florido) y 2 más para los extranjeros: el inglés establecido en 1827 y el norteamericano en 1847; 10 establecimientos de beneficencia, 2 cárceles, la general de la Acordada, la de la ciudad en la Diputación y un presidio en Santiago Tlatelolco; 14 parroquias, además de conventos de religiosos, de religiosas y Colegios de Propaganda Fide. Además, la Catedral, el Palacio Nacional, el Colegio de Minería, la Universidad, la Escuela de Medicina, la Academia de San Carlos, el Palacio Arzobispal<sup>93</sup>.

92.- Brantz Mayer, México lo que fue..., op. cit., p. 59-60.

93.- Esta información se apoya en: Jesús Galindo y Villa, Historia Sumaria de la Ciudad de México, México, Editorial Cultura, 1925, p. 177; Luis González Obregón, La vida en México en 1810, Pachuca, Hgo, Editorial Eran, 1943, p. 11; Juan Nepomuceno Almonte, Guía de forasteros y repertorio de

A pesar de que entre 1830 y 1855 continuaron las dificultades económicas, aunadas a las trabas fiscales que encarecían la libre circulación de mercancías, la elite criolla no vio disminuido su poder económico. Durante el gobierno santannista, por ejemplo, se intentó mostrar una ciudad fastuosa mediante la construcción de un teatro, el de Santa Anna, después llamado Teatro Nacional. Se mandó edificar también, una nueva plaza del mercado; se solicitaron postores para obras de empedrado de calles. La ciudad se benefició con mayor cantidad de mercancías de ultramar y se mejoraron algunos paseos y entretenimientos para los privilegiados que, de esta manera pudieron hacer ostentación de sus riquezas.

A la capital entraban por los canales de Texcoco y de la Viga flores, frutas, legumbres y hortalizas provenientes de huertas, haciendas y jardines de los alrededores, así como de distintas poblaciones de la República, para abastecer las necesidades cada vez más indispensables de una parte de la población que volvía a disfrutar de un tren de vida que la guerra de independencia había interrumpido.

---

conocimientos útiles, México, Imprenta de I. Cumplido, 1852, p. 455-469; Manuel Orozco y Berra, Historia de la ciudad de México desde su fundación hasta 1854, México, SEP, 1973. (SepSetentas, 112) p. 122-132; Mariano Galván Rivera, Guía de forasteros en la ciudad de México para el año de 1854, México, Imprenta de Santiago Pérez y Cía, 1854, p. 287-325 y Marcos Arróniz, Manual del viajero en México o compendio de la historia de la ciudad de México, con la descripción e historia de sus templos, conventos, edificios públicos, las costumbres de sus habitantes, etc. y con el plan de dicha ciudad, París, Librería de Rosa y Bouret, 1858, p. 40-49.

### LOS HABITANTES

Las distinciones sociales están fuertemente marcadas en este país. Unos pocos arrogantes y lujosos sacerdotes, ricos comerciantes y adinerados descendientes de españoles, principalmente constituyen las clases superiores; y una multitud de infelices miserables y degradados indios, léperos y ladrones forman las inferiores<sup>94</sup>.

A principios del siglo XIX la ciudad de México contaba con 137 000 habitantes entre europeos, criollos, mestizos, indios, mulatos y negros. Luego de la independencia, la población capitalina ascendía, según Poinsett, a aproximadamente 160 mil almas en tanto que para 1842 Mayer consigna un aumento a 200 000, lo que evidencia un crecimiento demográfico estable del 12%.

George F. Ruxton dividió a la población en dos clases: la alta y la baja. A la mezcla de diversos grupos humanos se refirió Mason, quien calculaba que dos quintas partes de los habitantes se componían de indígenas, hombres y mujeres que desempeñaban las tareas más rudas; los mestizos de ambos sexos alcanzaban, a su vez, dos quintas partes del total, eran obreros en los obrajes de telas, algodón, lana, loza, tabaco y otros servían de cocheros, mozos, artesanos, arrieros, panaderos y léperos; en tanto que los blancos sólo alcanzaban una quinta parte.

---

94.- R. H. Mason, Pictures of life..., op. cit., Vol. I, p. 47.

Robert Anderson Wilson, por su parte afirmaba que como los indígenas no se habían mezclado con los blancos, esta raza elevaba lentamente su número, debido a que sufrían de enfermedades hereditarias y matrimonios promiscuos. De los mestizos decía que eran una raza menos vigorosa que la indígena, hijos del pecado, nacidos de relaciones ilícitas y, por tanto, una raza débil. Por último consideraba a los blancos, los más prósperos.

De entre estos habitantes se calcula que más de la mitad eran mujeres: "En efecto, desde el siglo XVIII el número de mujeres es mayor que el de hombres en todos los recuentos de la población, constituyendo el 57 por ciento de los habitantes de la capital en 1790, el 56 por ciento en 1811, el 55 por ciento en 1842 y el 59 por ciento en 1848"<sup>95</sup>. Esto es posible corroborarlo gracias al censo levantado en 1824 que dio a conocer el número de habitantes existentes en los 32 cuarteles capitalinos<sup>96</sup>:

---

95.- Silvia M. Arrom, Las mujeres en la..., *op. cit.*, p. 129.

96.- Cfr. "Estado de los habitantes que hay en los treinta y dos cuarteles en que se divide esta Ciudad. Estado del padrón general que se formó del orn. del Ecsmo. Hylo. y con intervención de los Sres. Síndicos Lic. Rafael Enríqz y D. Arcadio Villalva" en Hira de Gortari R., y Regina Hernández (comp.), Memoria y encuentros: La ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928), México, DDF/Instituto Mora, 1988, Vol. III, p. 268-269.



<u>Mujeres</u>		<u>Hombres</u>	
Casadas había	19 528		18 675
Viudas	12 414		2 108
Solteras	33 396		26 450
Religiosas	734		778
<b>Total:</b>	<b>66 072</b>		<b>48 012</b>

#### DE LO COTIDIANO

Los testimonios de los viajeros anglosajones durante la primera mitad del siglo XIX difieren de la sus antecesores porque ya no se contentan con generalizar a partir de datos dominantes, como lo solían hacer durante el periodo colonial. La atención es más precisa, las descripciones más detalladas, sin que se pierdan los habituales puntos de referencia comparativos. Ciertos personajes se han transformado en estereotipos: las fabricantes de tortillas, los aguadores, los cocheros, los borrachos, y, entre ellos, el típico de México, el lépero.

El aspecto pintoresco que la ciudad ofrecía quedó plasmado en la pluma de viajeros quienes narraron cómo, desde temprano, la población despertaba al repique de las campanas de las innumerables iglesias. Las calles se animaban con el bullicio de carros, carretas, jinetes, *tamemes*, léperos y trabajadores, que se encaminaban a cumplir con su diaria rutina. Mujeres que iban a misa, criadas que se dirigían a hacer su mandado, lavanderas que salían de las casas cargando atados de ropa menuda en cestos bajo el brazo, y también aquellos que acudían a edificios públicos y comerciales para entablar negocios.

Los pregones de los vendedores ambulantes impregnaban el ambiente ofreciendo a gritos sus mercaderías. Estaban los carboneros, los característicos aguadores, quienes con sus chochocoles "ollas esféricas colocadas a sus espaldas y suspendidas de las cabezas por una banda de cuero de la que cuelga otra olla más pequeña que sirve de contrapeso a la más voluminosa"<sup>97</sup>, repartían agua a las casas habitación y a algunos conventos. Los lecheros que se apostaban en plazas, plazuelas y lugares establecidos, proveyendo a los vecinos que formaban cola, de jarras de leche de vaca, cabra o burra además, los vendedores de lotería, los merceros y

Sigue luego el indio con una enorme jaula de pollos y pavos, o un huacal lleno de cacharros de alfarería, o un canasto de naranjas que lleva a la espalda como el aguador su vasija. Más allá viene una mujer con chícharos, o patos o pescado del lago; enseguida otra con papas; más tarde otra que tira del cabestro a un pobre burro cargado de rábanos y cebollas; y todos los individuos de esta abigarrada muchedumbre anuncian a voz en cuello su mercancía. ¡Es una Babel!<sup>98</sup>.

Había varios mercados como el del Parián<sup>99</sup> (que sería demolido en 1843), manejado por comerciantes españoles desde la Colonia:

97.- William Bullock, Seis meses..., *op. cit.*, p. 138.

98.- Brantz Mayer, México, lo que fue..., *op. cit.*, p. 66.

99.- Poinsett lo describe como muy bien provisto con caza en abundancia y profusión de frutas y legumbres e incluso nos proporciona los precios de algunos productos. Bullock afirma que valía la pena visitarlo por el espectáculo que significaba ver a los indios descargar sus mercancías y por los productos exhibidos. Ward enumera la variedad de artículos domésticos que allí se vendían y Penny menciona lo que allí se vendía. Latrobe dice que la renta de espacios



Además de los productos británicos y extranjeros de todas clases que pueden ser encontrados, el Parián es surtido con manufacturas domésticas, que consisten principalmente en cueros y pieles, sombreros, talabarterías, piezas de tela de algodón y lana [...], estampados, calicós británicos e indorientales de color azul-índigo y la importantísima prenda llamada rebozo<sup>100</sup>.

También subsistían desde la Colonia el mercado de La Cruz del Factor; el de la plazuela de la Paja que vendía tortillas y atole; el de la plazuela de Jesús, el situado en la plaza Villamil, el de Santa Catarina Mártir, el de la plaza del Volador, a orillas de la calle Real o Flamencos y uno nuevo, el de Iturbide en la plazuela de San Juan levantado en 1849. En ellos se vendían artículos de primera necesidad, toda clase de frutas y verduras, quesos, mantequillas y bizcochos, especias y semillas, carnes, aves, pescados, loza, petates, canastos y jarciería<sup>101</sup> y repartidos entre los puestos se encontraban los puestos de comida preparada. El precio de los artículos de venta en los

proporcionaba buenas rentas al gobierno. Hay que recordar que este sitio fue saqueado y destruidas las tiendas y almacenes en diciembre de 1828 durante el motín de La Acordada que Mason relata en las páginas 274-279. Además, Cfr., Harold D. Sims, La expulsión de los españoles de México (1821-1828), España, Fondo de Cultura Económica, 1974, 300p; Michael P. Costeloe, La primera República Federal de México (1824-1835), España, Fondo de Cultura Económica, 1975, 492 p.

100.- William T. Penny, en Zaguán abierto al..., op. cit., p. 97.

101.- Cfr., Marcos Arróniz, Manual del..., Op. cit., p. 40; Juan Nepomuceno Almonte, Guía de forasteros..., op. cit., p. 305 y Jesús Hermosa, Manual de geografía y estadística de la República mexicana. París, Librería de Rosa, Bouret y Co., 1857, p. 185-194.

mercados los proporciona Brantz Mayer, apuntando por ejemplo que, las carnes de buey costaban 12 1/2 centavos por 20 onzas, en tanto una gallina costaba 50 centavos. El arroz, 12 1/2 centavos la libra y el frijol lo mismo pero por media libra. La leche 6 1/4 centavos la pinta y la azúcar refinada 18 3/4 cts., la libra<sup>102</sup>.

Una peculiaridad del mercado es la gran cantidad de pequeños braseros que se acomodan en las orillas, mezclados con otras mercancías, cada uno bajo su humilde toldo de mantas o petates. Debajo de éste se sientan mujeres indias o criollas moliendo maíz o haciendo tortillas, friendo toda suerte de guisos de olor y sabor rancio, hirviendo frijoles negros, y vendiendo pulque a la multitud<sup>103</sup>.

El control político que se ejercía sobre la población, tenía una relación muy estrecha con la concesión de espacios exclusivos para ejercer algún oficio. La reglamentación del acceso al espacio urbano subsistió, también desde la época colonial, y se convirtió en un privilegio sostenido por medio de relaciones informales entre la población civil y los distintos niveles de gobierno, reforzada, además con la existencia de diferencias sociales sin medida<sup>104</sup>.

Acorde con lo anterior es posible suponer que las mujeres desempeñaban actividades que eran una extensión de

102.- Brantz Mayer, México, lo que fue..., op. cit., p. 501.

103.- G. F. Lyon, Residencia en..., op. cit., p. 211.

104.- Alejandra Moreno Toscano, "Un ensayo de Historia Urbana" en Alejandra Moreno Toscano (Coord.), Ciudad de México..., op.cit., p. 17-19.

Acorde con lo anterior es posible suponer que las mujeres desempeñaban actividades que eran una extensión de los espacios tradicionalmente femeninos, es decir, al incorporarse a la fuerza de trabajo realizaban tareas como cocinar, lavar, hacer tortillas y servir de comer. Los viajeros pusieron énfasis en el papel de comunicadoras y transmisoras de costumbres que desarrollaban en calles y mercados. La india o la mestiza observaba los vestidos, las costumbres y el lenguaje de su cliente de buena posición y procuraba imitar y la cliente aprendía los usos vernáculos y populares y terminaba gustando de los colores vivos que ostentaban las ropas de la gente del pueblo y de sus platillos favoritos. Las interacciones sociales daban la pauta para la conformación de vivencias que se incorporaban a lo cotidiano.

Además de los mercados había numerosos comerciantes establecidos y ambulantes. En las pulperías (tiendas de abarrotes) se vendía al menudeo lo necesario para el abasto diario y alimento de los habitantes. De éstas, en 1855, Wilson<sup>105</sup> mencionó que eran 538.

Las barberías estaban adornadas con diferentes utensilios del oficio, mezclados con vasijas doradas y pinturas de santos. También había carnicerías, tocinerías, bizcocherías y panaderías, y Bullock afirma que "en ningún lugar del mundo se hacía mejor pan que aquí"<sup>106</sup>.

105.- Robert A. Wilson, Mexico..., op.cit., p. 264.

106.- William Bullock, Seis meses..., op. cit., p. 137.

En cada cuadra había, además, estanquillos para la venta de tabaco, cigarros y cigarrillos donde las que atendían eran mujeres. Los expendios de bebidas embriagantes eran los más concurridos y Ruxton nos informa que "tan sólo en la ciudad de México el consumo del pulque alcanza[ba] la enorme cantidad de cuarenta y dos millones de litros anuales y el gobierno obtenía grandes ganancias por su venta"<sup>107</sup>.

En el mismo sentido Mason aseguraba que en 1851 había 379 pulquerías con licencia, que dejaban al fisco 65 297 pesos. Se les conocía como "Casillas" y estaban numeradas para facilitar el pago de instalación y derecho de patente. Eran inmensos jacales cuyos techos de dos aguas, formados de tejamanil, descansaban en pilares de madera o piedra. Las tinas de pulque se colocaban sobre armazones de madera gruesa que sostenían los vasos cónicos, de vidrio, lisos y acanalados así como los cajetes y jícaras y otras medidas usuales para servir la bebida. Las mujeres pobres, las prostitutas y las "chinas" tenían permitido entrar, beber y gozar de cierta autonomía en compañía de sus contrapartes masculinos.

La pulquería [decía Ruxton] era un sórdido lugar, atestado de hombres y mujeres de las clases bajas que consumían el popular licor y hablaban en un *slang* ininteligible<sup>108</sup>.

---

107.- George F. Ruxton, Aventuras en..., op. cit., p. 83.

108.- Para conocer el estado de la venta del pulque y las pulquerías se ha recurrido a: R. H. Mason, Pictures of life..., op. cit., p. 264; William Bullock, Seis meses..., op. cit., p. 137; George F. Ruxton, Aventuras en..., op.

Por otro lado, los almacenes más concurridos seguían siendo los situados en el Portal de Mercaderes, esquina de la Plaza Mayor y la calle de Tlapaleros, - que Penny consideraba como "un México en miniatura"<sup>109</sup> - donde se encontraban cajones de mercería, librerías -como la de Mariano Galván Rivera y la de Pedro Castro-, relojerías, joyerías, sombrererías, jugueterías y dulcerías y había dos cafés.

El Portal de las Flores, (frente al costado sur de la Plaza Mayor) se especializaba en lienzos, mantas e hilazas, sarapes, rebozos y ropa hecha en el país para gente pobre, además de flores frescas y de papel que servían para adornar las imágenes de los santos y de donde había tomado el nombre.

En el de los Agustinos había cristalerías, sombrererías, almacenes con toda clase de artículos y también librerías como la "Librería Megicana" de Hipólito Brown y la llamada "Antigua Librería" de José María Andrade.

El de Santo Domingo contaba con puestos de platería, bordaduría, tlapalería, etc, y ahí ofrecían sus servicios los evangelistas o escribientes públicos.

Los clientes de los cajones de ropa y de los almacenes gozaban de un plazo más o menos largo para hacer sus pagos; plazos que variaban de dos a dieciocho meses; lo común eran plazos de tres, seis y nueve meses. [Además] estas tiendas operaban

---

cit., p. 63 y 83 y Antonio García Cubas, El libro de mis recuerdos, México, Editorial Patria, 1960, p. 289-290.

109.- Zaquán abierto al..., op. cit., p. 94.

sobre el proverbial método arábigo del regateo...<sup>110</sup>.

Casas de comercio de ropa más elegante y exclusiva y objetos de lujo exhibidos en hermosos aparadores, tras enormes cristales, se encontraban establecidas en las calles de San Francisco, Plateros y Capuchinas, donde se hacían competencia franceses y mexicanos: "La Esmeralda" propiedad de Fernando Audiffred, "Ciudad de París" de M. Chabert, "Pabellón Mexicano" de Manuel Fernández, "Ciudad de Londres" de E. Gasier y Cía. "Arco Iris", "Museo de las Modas", "Tocador de las Damas"<sup>111</sup>.

Allí también lucen su habilidad en escogidas muestras las hábiles modistas francesas en tiendas notables por el buen gusto [Un ejemplo era Mme. Elisa Wollheim del cajón de modas de San Francisco]. Las peluquerías despliegan en la misma calle sus pomos abrigados de esencias y pomadas y todas las curiosidades propias del tocador, y también pertenecen a franceses. A cada rato cruzan por allí elegantes y estrepitosos carruajes en que graciosamente reclinadas muestran sus encantos nuestras graciosas paisanas, pero se pierden rápidamente como las ilusiones desvanecidas, de esperanza y amor<sup>112</sup>.

110.- Manuel Carrera Stampa, Planos de la ciudad de México. (Desde 1521 hasta nuestros días), México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1949, p. 316.

111.- Toda la información relativa a almacenes, propietarios, calles, mercados y mercaderías ha sido extractada de todos los viajeros que estamos manejando y de: Juan Nepomuceno Almonte, Guía de forasteros..., *op. cit.*, p. 455-469; Manuel Orozco y Berra, Historia de la ciudad de México, desde su fundación hasta 1854, México, SEP, 1973. (SepSetentas, 112) p. 122-132; Mariano Galván Rivera, Guía de forasteros en la ciudad de México para el año de 1854, México, Imprenta de Santiago Pérez y Cía, 1854, p. 287-325 y Marcos Arróniz, Manual del viajero..., *Op. cit.*, p. 40-49.

112.- Marcos Arróniz, Manual..., *op. cit.*, p. 40.

La separación entre lugar de trabajo y vivienda al interior de la estructura gremial que venía dándose desde fines del XVIII, aunada a la abolición de las leyes que reglamentaban la asignación del espacio urbano en 1814, dio como resultado un aumento de trabajadores libres disponibles para emplearse en talleres y fábricas durante el XIX y su consiguiente expulsión de las áreas centrales de la ciudad.

A pesar de que la configuración urbana sufrió las transformaciones impuestas por el crecimiento normal y la conurbación de los antiguos barrios indígenas, seguían persistiendo dentro de la traza central tiendas y talleres que daban a la calle, tenían una amplia entrada y en algunas, todavía, el artesano conservaba su casa habitación y vendía directamente al consumidor los productos que elaboraba. El tamaño minúsculo de dichos locales, en muchos casos propiciaba la ocupación de la vía pública con las consiguientes molestias para los transeúntes.

En éstos locales, también encontramos mujeres, casadas o viudas, realizando labores que les permitían un ingreso adicional, vendían comidas preparadas, cosían ajeno, manejaban pequeñas tiendas en sus propias casas, eran artesanas, "podían controlar su trabajo, comprando las materias primas, procesándolas y vendiendo los productos terminados directamente al público"<sup>113</sup>.

---

113.- *Cfr.*, Silvia M. Arrom, Las mujeres en la..., *op. cit.*, p. 239.

Los diversos grupos sociales -según su rango y actividad- ocupaban diferentes zonas de la ciudad: los indios, mestizos y castas, dedicados a actividades artesanales, residían en los barrios o se agrupaban por calles o plazas, lo que había dado origen al nombre de algunas: Plateros, donde se encontraban los mejores maestros del gremio de la orfebrería, que expendían vajillas, joyas, candelabros; Meleros, donde estaban las tiendas que vendían azúcar, panocha y miel; en la de Tlapaleros se podía comprar cobre, yesos y esponjas; la de Curtidores proveía de cueros, curtidos y azumbres para los zapateros; los de Mecateros vendían tejidos de pita, mecates, cuerdas, costales de fibras como el maguey, ixtle o tule.

En todos éstos oficios se encontraban las mujeres que, en 1848, alcanzaban alrededor de un 40 por ciento del total de la fuerza de trabajo ocupada en el comercio, oficios de servicio y preparación de comidas, en tanto que los hombres alcanzaban un 60 por ciento<sup>114</sup>. En este ordenamiento puede deducirse que compartían espacios urbanos antes vedados para ellas.

Sea lo que fuere, el misterio queda explicado porque la ley de la Iglesia prescribe que en tanto se oye la campanita la gente debe quitarse el sombrero; todo movimiento y ocupación deben cesar en tanto que el carruaje está a la vista; todo el mundo debe permanecer arrodillado y dos soldados siguen al coche para hacerla cumplir<sup>115</sup>.

114.- *Ibid.*, p. 204-205.

115.- William T. Penny, *Zaquán abierto al...*, *op. cit.*, p.88.



La Iglesia y la ciudad igualaban a ésta sociedad heterogénea, y sus calles eran escenario de peregrinaciones, ofrendas y festividades sacras, que impregnaban de religiosidad el espacio urbano cuando cruzaban llevando el "Santo Viático" o la imagen de la Virgen de los Remedios o a la de Guadalupe a quien también se la honraba en su santuario ubicado en la ladera del cerro del Tepeyac.

Su nombre 'MARIA DE GUADALUPE' se impone a la mitad de las hembras de la República, y cuyo santuario es uno de los más ricos del mundo. No hay morada de México donde no cuelgue una copia de este cuadro, diosa doméstica que les es tan cara como a los antiguos indios los idolillos de barro<sup>116</sup>.

Comercio y religión eran las actividades más importantes que se llevaban a cabo en la ciudad y en ambas participaban mujeres<sup>117</sup>, por tanto, en la apropiación de los espacios urbanos públicos éstas tenían un papel importante.

Ahora bien, para la población alegre y elegante, las tardes, a eso de las cuatro, se consagraba al paseo y esta costumbre no pasó desapercibida para ningún viajero. Se podía pasear por la Alameda, la Plaza de la Constitución, el paseo de Bucareli o el de la Viga, y para la hora del crepúsculo, por el aristocrático paseo de las Cadenas, rehabilitado en "la banqueta alrededor del cementerio de la Catedral,

116.- Brantz Mayer, México lo que fue..., Op. cit., p. 96.

117.- Cfr., Silvia M. Arrom, Las mujeres en la..., op. cit., p. 192-251. Ella afirma que para 1848 el porcentaje de mujeres empleadas en servicios, producción y venta de comidas, oficios y otros era del 36.3 por ciento.

realizada de trecho en trecho por unos postes redondos de mampostería, y enlazados por gruesas cadenas<sup>118</sup> suspendidas en los postes de cantería que marcaban el recinto.

A pesar de que por la noche en algunas zonas de la ciudad la situación se volvía riesgosa por la exigua iluminación, la acechanza de bandidos y malvivientes y la insuficiencia de guardas nocturnos, la población adinerada comenzó a aventurarse a salir más a menudo, aunque se recomendaba que "por los barrios no es muy acertado el andar sin armas a deshoras de la noche"<sup>119</sup>.

Para el esparcimiento la ciudad contaba con espectáculos de toda índole, acordes con los bolsillos de sus habitantes: circos, corridas de toros (en la plazuela de San Pablo y en el Paseo Nuevo), ascensiones en globo, peleas de gallos, juegos de azar, el juego de pelota (en el frontón de San Camilo), títeres, teatros (el Provisional o Teatro de los

---

118.- Marcos Arróniz, Manual del viajero..., Op. cit., p. 161.

119.- Manuel Payno, El fistol del diablo. Novela de costumbres mexicanas, 5a. ed., Texto establecido y estudio preliminar de Antonio Castro Leal, México, Editorial Porrúa, S.A., 1985, p. 39. Con ésta obra, se inició en México la novela de folletín publicada por entregas. Fue, además, la primera novela larga de autor mexicano que retrata los tipos y personajes que habitaban la capital. La obra es un verdadero archivo de la memoria que guarda el recuerdo de los usos sociales, del lenguaje, refranes y vestuario. De los personajes femeninos que menciona, todos están dotados de caracteres y condiciones estereotipados: la buena muchacha, se conserva siempre pura, limpia y santa, en tanto que las otras mujeres son malas, coquetas y casquivanas a causa de la mala educación que se les había inculcado.

Gallos, el Nacional, el de Oriente, el Principal, el de Nuevo México, Puerto Nuevo) y la Ópera.

Algunos de los pueblos cercanos servían para el veraneo de las familias pudientes, quienes mantenían residencias "campestres" en Coyoacán, Tacubaya, San Cosme, San Angel y Tlalpan.

La separación por clases sociales se agudizó. Se distinguieron límites entre la vida privada e íntima, en oposición con la vida pública. El espacio urbano se trató de definir jerárquicamente, a pesar de la renuencia de algunos sectores de la población que se negaban a ubicarse fuera del perímetro de calles reservadas para la elite. La configuración de la ciudad fue estableciendo los hábitos que se practicaban.

Los promotores del progreso pretendían uniformar a esta sociedad exaltando la idea romántica de la individualidad, a fin de establecer características nacionales que los incluyeran dentro de las naciones civilizadas. La conducta individual estaba regida por estrictas normas de carácter social y religioso y, dentro de la sociedad, la actuación del ciudadano en lo personal era posible, en general, sólo a través de las corporaciones existentes. Ahora prevalecería un modus vivendi que intentaba distanciarse del pasado colonial para entrar a la modernidad, a través de costumbres que, venidas de fuera, comenzaban a implantarse como rectoras de la cada vez más agitada vida social mexicana y que las clases pudientes anhelaban emular e imponer.

La ciudad se volvía más cosmopolita para aquellos que podían salir a disfrutar y para los turistas. Hacia 1850 se ofrecían 20 mesones, varios cafés, fondas, bodegones al aire libre y 132 pulquerías, según Mason. Se podía almorzar por dos reales y comer por tres reales<sup>120</sup>.

Hay una posada grande llamada "La Sociedad," que combina las características de cafetería y sala de juego, y los mesones son desagradables e incómodos. Fondas para otros que no sean arrieros o léperos son muy raras y un extranjero que se encontrase solo viviría peor en México que los pobres diablos que se zambullen para conseguir comida en las regiones de St. Giles<sup>121</sup>.

También se reacondicionaron algunos hoteles, entre los que destacaban el de Vergara, el de Iturbide y el más mencionado "La Gran Sociedad" -Hardy dice que comúnmente se le conocía como "La gran suciedad"- que estaba dividido en cuatro secciones: café, billares, nevería y hospedaje - gozando de la particularidad de ofrecer camas con colchones.

No encuentro nada sobresaliente o de algún atractivo en la apariencia exterior de la Gran Sociedad. No obstante, últimamente, grandes mejoras se han llevado a cabo siguiendo con la marcha de estar al día; por eso, ahora se ve más atractivo que en el periodo al que me he referido [...1825]. Es un edificio grande y cuadrado, de dos pisos de altura que

120.- Juan Nepomuceno Almonte, Guía de..., op. cit., p. 458-459. El almuerzo que se anunciaba para los turistas consistía en "huevos como los pidan, o algún guisado de chile, bistec, costillas o asado, frijoles fritos o corrientes, un vaso de pulque o café con leche." Las monedas eran de oro y de plata. Las hubo de 8 escudos (oro) y 8 reales (plata). 8 reales equivalían un peso.

121.- G. F. Lyon, Residencia en México..., Op. cit., p. 209.

tiene su entrada principal por la Calle del Espíritu Santo, a través de un doble portón por donde cabe un carruaje. En el interior, a una distancia de cerca de cinco yardas, hay una segunda puerta de fierro, parcialmente cerrada, [...] donde son admitidos sólo pasajeros a pié, en el centro hay una barra también de fierro para evitar que se introduzcan los porteros con el equipaje. Inmediatamente, cruzando esta segunda barrera, el visitante se encuentra en una plaza pavimentada de dimensión considerable, rodeada en tres lados por columnas, que sostienen un techo plano, que por debajo sirve para cubrirse o como vestíbulo y a lo alto para un balcón.[...] Bajo el portal a la izquierda, esta puesta una mesa larga y pintada, con un banco, igualmente largo, hacia la pared; y este sirve para acomodar a aquellos visitantes que desean tomar su café y fumar sus cigarrros con tranquilidad, fuera de las puertas. En ese mismo lado hay una puerta que conduce al cuarto más grande de la casa, sobre la que esta escrita "Café" y donde, por la tarde, todo el mundo de la belleza y la moda se da cita a saborear helados, etc<sup>122</sup>.

Por la ciudad transitaban carrozas y carruajes particulares, carros de alquiler, caballos, canoas y comenzaban a aparecer los tranvías de mulas. Habían 2500 coches entre particulares y de alquiler<sup>123</sup>. Estos últimos estaban situados en lugares accesibles al público y funcionaban dentro de un horario determinado: de siete a una de la tarde y de las tres a las diez de la noche. En el caso

122.- R. W. H. Hardy, Travels in the interior..., op. cit., p. 3-4.

123.- Cfr., Carlos González Peña, El nicho iluminado, México, editorial Stylo, 1947, 227p.; Guillermo Prieto, Memorias de mis tiempos (1828 a 1840), México, Tipografía de la Vda. de Francisco Díaz de León, 1906, 380p. y Jesús Romero Flores, México, Historia de una gran ciudad, México, Ediciones Morelos, 1953, 807p.

de que un hombre y una mujer se presentaran al mismo tiempo a solicitar los servicios de alquiler se disponía que la preferida fuese la mujer en razón de su sexo<sup>124</sup>.

Para aquellos que llegaban montados en sus propios caballos o mulas, las mejores pensiones estaban ubicadas en la calle de San Agustín, de San Felipe Neri, la de Balvanera y en la de las Damas, ofreciendo por 10 pesos (80 reales) mensuales pasturas y cuidado de los animales.

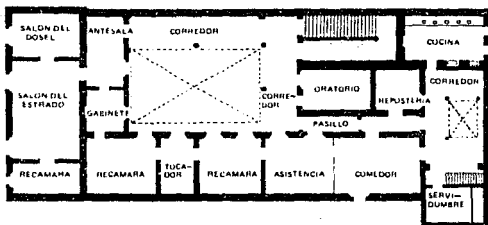
Toda familia de cierta respetabilidad posee uno o dos coches y dos pares de mulas. El gasto monta aproximadamente a ochocientos o mil pesos al año. Uno de estos coches esta siempre listo en el patio, con las mulas enganchadas, aunque a veces no es utilizado sino una vez a la semana. La forma de la caja del carruaje es hermosísima; están decoradas las cajas caprichosamente, aunque no con gusto, con dibujos, cuyos temas son, por lo general, de la mitología pagana, batallas o marinas<sup>125</sup>.

#### LOS CONTRASTES

La desigualdad en la distribución de la riqueza constituía una característica de la sociedad mexicana y ésta, aunada al modo de vida, habitación, educación y costumbres permite conocer la vida y prescripciones que se imponían, especialmente, a las mujeres. El sistema social que se establece se apega y solidifica en las relaciones de género que cambian en razón de la clase a la que se aplican.

124.- Ibid. Querrá decir esto que las mujeres andaban por la noche solas en la calle?

125.- William T. Penny, Zaguán abierto..., Op. cit., p. 89.



La ciudad y sus habitantes, los edificios civiles y religiosos, lo mismo que las distintas clases sociales se representan con una atención etnográfica aunque repetitiva, a través de la pluma de los viajeros. En todo caso, gracias a ellos, existe un verdadero archivo documental sobre la ciudad de México durante los primeros decenios de su independencia.

La ciudad de México resumía en su seno las grandes distancias sociales existentes en todo el país. En esta ciudad capital se congregaban los más ricos y los más pobres. Por un lado estaban los soberbios edificios de grandes zaguanes, anchos patios y largos corredores, con todas las comodidades que la vida moderna ofrecía. Por el otro, más allá, en los barrios, las humildes habitaciones estrechas, de miserable construcción, sin los muebles más indispensables. Era una ciudad de contrastes.

Los autores que la visitaron quedaron impresionados por la desigualdad de fortunas que había en ella y, por ello, destacaron la enorme cantidad de gente pobre que allí se congregaba. A este respecto, Robert Anderson Wilson la describe de la siguiente manera:

Una ciudad donde el presente y el pasado extrañamente se mezclan. En sus calles se ven 'penitentes' de aspecto deprimido, vestidos con costales y calzados con sandalias y una cuerda para imprimirse castigo, vagando entre soldados enfundados en nuevos uniformes franceses y señoras vestidas a la última moda parisina<sup>126</sup>.

126.- Robert Anderson Wilson, Mexico and its religion..., op. cit., p. 131.



Convivían en ella varios grupos más o menos identificables de acuerdo con su posición económica y con su participación social. El estilo de vida era uno de los indicios más evidentes de la desigualdad y el tipo de vivienda que tenían da una idea de su inserción en la sociedad:

Los sectores propietarios más importantes eran la iglesia y los particulares que en conjunto concentraban el 92% de la propiedad total. Los propietarios privados, poseían en conjunto el 44.5% del valor urbano y en su mayoría (80%) eran dueños de una sola casa, seguramente en la que vivían. Pertenecían a muy diversos estratos sociales, que iban desde el indio que poseía una choza en las afueras de la ciudad hasta el noble marqués que tenía treinta y siete casas ubicadas en manzanas cercanas a la plaza mayor, que era la zona de valores más altos.<sup>127</sup>

En los barrios aristocráticos la ciudad gozaba de amplias avenidas, iluminadas inclusive mejor que la ciudad de Nueva York - al decir de Brantz Mayer, las calles anchas, rectas y niveladas por las que transitaban majestuosos carruajes- fabricados en Estados Unidos o en Europa- "los cuales exceden en costo a los mejores de la corte de Madrid[...] porque no escatiman en ellos la plata ni el oro ni las mejores sedas de la China"<sup>128</sup>.

---

127.- María Dolores Morales, "La distribución de la propiedad en la ciudad de México, 1813-1848", en Historias, México, INAH, enero-marzo 1986, núm. 12, p. 81-82.

128.- William Bullock, Seis meses..., op. cit., p. 106.

Las casas estaban ordenadas en torno a un patio interior -algunas todavía contenían un espacio comercial y establos en los pisos bajos- eran enormes, cuadradas, con patios abiertos y corredores interiores -decía Poinsett- construidas de tezontle o pórfido dando idea de solidez y esplendor. Muchas tenían alas independientes con los dormitorios de la familia, gabinetes, tocadores, recámaras. Por el otro lado la cocina y la repostería se encontraban cercanas al comedor.

...el comedor que huele a humo y vapores de cocina, con las paredes amarillentas por la misma causa, con su falta de luz, su grasienta mesa de pino, sus sillas de tule y su sucio piso de ladrillo, contrasta con la sala, que esta adornada con gran magnificencia; asimismo la falta de sillas, mesas y de un lavabo en la alcoba contrasta con el pot de chambre que es de plata<sup>129</sup>.

En sitio privilegiado, con ventanas y balcones, estaban las estancias de recepción como el oratorio, las antesalas y el salón del dosel y el del estrado. Este último, lleno de almohadones, donde las mujeres acostumbraban recibir a sus visitantes y organizar las tertulias. Los espacios femeninos estaban claramente marcados. Las mujeres hacían uso de ellos y los incorporaban a su cotidianidad, la dualidad sala/cocina, biblioteca/salón de estrado, ayuda a corroborar las relaciones entre lo masculino y lo femenino.

---

129.- William T. Penny, Zaguán abierto..., Op. cit., p. 106.

La casa seguía siendo dominio exclusivo de las mujeres que administraban el trabajo doméstico<sup>130</sup> controlando y supervisando a un número crecido de sirvientes, al igual que disponían la elaboración de los alimentos, las compras en el mercado y las fiestas y reuniones para halagar a los maridos y relacionarse socialmente. El mundo del trabajo masculino había pasado al ámbito público y conservaban, dentro del hogar, sólo la oficina con su biblioteca.

La aristocracia citadina que vivía en estas casas estaba compuesta en su mayoría por criollos y, al igual que su contraparte europea, gozaba de múltiples diversiones y hacía alarde de su riqueza. La ostentación por demostrar el nivel social fue una obsesión que se expresó en la forma de vida.

Las casas se construían lujosas y se amueblaban con artículos de importación, se ubicaban en las calles principales como eran la de Plateros, Monterilla, Santo Domingo, San Francisco, Reloj, Escalerillas, Capuchinas y su prolongación la de la Cadena y la del Arzobispado. Llamaban la atención de los visitantes las hermosas residencias de los Marqueses de Guardiola, cerca de la Alameda, la casa de los Condes del Valle de Orizaba<sup>131</sup>, la de José de Borda y la de

130.- Cfr., Flora Salazar, "Los sirvientes domésticos" en Alejandra Moreno Toscano (Coord.), Ciudad de México..., op. cit., p. 124-132.

131.- Hay que mencionar que en la construcción de éstas casas se consideraron además de la vivienda principal, varias habitaciones independientes para alquiler incorporando un entresuelo al nivel inferior. Cfr., La vivienda comunitaria en México, México, Instituto Nacional de la Vivienda para los Trabajadores, 1988, p. 143.

los Marqueses de Prado Alegre. En la calle de San Francisco destacaba el lujo de la fachada y el gran patio de la casa de los Marqueses de Jaral de Berrio donde habitó Agustín de Iturbide durante su reinado. La de los Condes de Santiago Calimaya, de San Bartolomé de Xala y la de los Marqueses de Jaral<sup>132</sup>.

[La condesa de la Cortina] dueña de una casa magnífica, con una continuación de espaciosas habitaciones entre las que se distingue la sala por su hermosura y por su enorme tamaño, con las paredes exquisitamente pintadas con motivos religiosos, y en donde encontré uno de los mejores pianos de cola fabricados por Broadwood...gabinetes incrustados de oro, buenas pinturas y cientos de preciosos objetos<sup>133</sup>.

Una vida de lujo y ociosidad rodeaba a estos criollos privilegiados, que acumulaban riqueza a través de la explotación de grandes extensiones de tierra, minas, establecimientos comerciales e industrias manufactureras, dentro y fuera de la ciudad capital.

Hay que apuntar que con la independencia las clases dirigentes del país sufrieron un reacomodo. Una nueva generación sustituyó a la aristocracia colonial, no en costumbres ni en hábitos, sino en composición y poder. Pasaron a formar parte de ella militares, hacendados y

132.- Doris M. Ladd, La nobleza mexicana en..., op. cit., p. 94-97.

133.- Marquesa Calderón de la Barca, La vida en México..., op. cit., p. 47. Acerca de María Ana Gómez, condesa de la Cortina (1799-1846) véase Laureana Wright de Kleinhans, Mujeres notables mexicanas, México, Imprenta Económica, 1910, p. 78-80.

comerciantes que llegaron a incorporarse y mezclarse con los antiguos poseedores de la riqueza, que transigieron para no perder el poder que habían tenido. La Marquesa Calderón dio cuenta de este cambio de fuerzas refiriéndose a una noble dama:

Ella y sus contemporáneos, últimos recuerdos del virreinato, están desapareciendo muy aprisa. En su lugar ha surgido una nueva generación cuyas maneras y apariencias tienen bien poco que ver con la *vielle cour*; son, en su mayoría, según dicen, esposas de militares, producto de fermentos revolucionarios, ignorantes y llenos de pretensiones, como suelen serlo siempre los *parvenus* que se han elevado por un golpe de la fortuna y no por sus propios méritos, como parece que debería ser<sup>134</sup>.

Esta sociedad mexicana resulta compleja de comprender y aparece llena de contradicciones. Era una sociedad que oraba y jugaba al mismo tiempo. Su búsqueda de placer la impulsaba hacia el lujo, por lo que resulta difícil distinguir entre lo que hacía por placer y lo que era mera ostentación. Lo que queda claro es que fueron las mujeres de la elite las que se establecieron plenamente como árbitros de las costumbres y a ellas nos referiremos.

---

134.- Marquesa Calderón de la Barca, La vida en México..., op.cit., p. 62.



EL SALON DEL ESTRAÑO

## III.

## LA VIDA COTIDIANA DE LAS MUJERES

La sociedad que se pretendió establecer luego de la Independencia no tenía formas muy definidas de vida. Siguió conservando muchas costumbres heredadas del tiempo colonial que tardarían en cambiar. Sin embargo, la vida republicana iría moldeando algunas prácticas que por cotidianas y repetitivas influirían en la conducta de la población. Es posible decir que sólo las clases altas, las que se consideraban a sí mismas "gente decente", sabían cuál era su sitio y cuáles las normas que las regían y que procuraron conservar.

Las actividades que las mujeres de la elite mexicana llevaban a cabo con continuidad variaban de acuerdo con los requisitos que se esperaban de ellas y llegaron a conformar un estilo de vida que, por cierto, estuvo moldeado a partir de un patrón de conducta europeo, primero español y luego francés e inglés.

...la sociedad mexicana todavía en embrión, no presente hasta ahora sino una confusa mezcla de hábitos, usos y costumbres de la metrópoli, Francia e Inglaterra dominando en ciertas líneas los de una nación y en otras los de otra, sin que hasta ahora pueda decirse que han sido 'totalmente' nacionalizados los de ninguna, pues con la misma facilidad se adoptan y desechan alternativamente los de todas<sup>135</sup>.

135.- José María Luis Mora, México y sus..., op. cit., p. 110.

Al pugnar la Constitución por una sociedad de ciudadanos iguales, propietarios y letrados, reservó a los varones la actividad política. En lo privado se encontraba una aparente igualdad y una real desigualdad. Es el terreno de las relaciones con las mujeres, es su ámbito de influencia, donde se establece el contrato matrimonial, en donde lo que la mujer contratada era su capacidad reproductiva y su facultad para cuidar los bienes del marido y de la familia.

De ahí que los atributos para cada sexo se hayan ido reajustando: el hombre se realiza a través de su actividad laboral en el exterior y de su racionalidad, mientras que la mujer a partir de su pasión, emoción y apego a la familia. Las características que el modelo de mujer decimonónica habría de tener se estaban conformando.

A partir de la obra de Joaquín Fernández de Lizardi, La Quijotita y su Prima. Historia muy cierta con apariencias de novela, dedicada a la educación de las mujeres, ha sido posible trazar el modelo social que se aceptaba<sup>136</sup>. Empleando como recurso literario la sátira, el sermón y la moraleja, Fernández de Lizardi contrapuso dos conductas diametralmente opuestas: la de los padres disipados que comúnmente educaban a sus hijas de manera ridícula, afectada e inconciente y, por el otro, los que lo hacían concientemente inculcándoles las

136.- Para ahondar en las características de la obra de Fernández de Lizardi con respecto a las mujeres consúltese la Tesis de Francisca Carner, Las mujeres y el amor en el México del siglo XIX a través de sus novelas (1816-1868), México, El Colegio de México/Centro de Estudios Históricos, 1975, 2 Vols.



virtudes que las jóvenes decentes, honradas y virtuosas debían poseer, con el fin de demostrar la importancia que tenía la educación -que no la instrucción- en la vida de las mujeres.

Educadas las dos antitéticas primas, Pomposa y Prudenciana, de acuerdo con sus nombres -la primera, con vana pompa; la segunda, pudorosa, rectamente-, cada una llegará al desenlace previsto: para aquélla, la terrible muerte, después del prostíbulo y la cárcel; para ésta, la maternidad en feliz matrimonio<sup>137</sup>.

El origen de su tema didáctico y moralizante provenía de las obras pedagógicas de Fenelón (Tratado de educación de las hijas), de Mme. de Maintenon, del Emilio de Juan Jacobo Rousseau y de Joaquín Enrique Campe, La Eufenia o la mujer verdaderamente instruida. Sustentado en la observación, experiencia y conocimiento que el autor decía tener de las mujeres "se hallará la moralidad de la sátira, y en el paradero de ambas señoritas el fruto de la lectura, que será o deberá ser el temor del mal, el escarmiento y el apetito del buen obrar"<sup>138</sup>.

Esta novela es un documento curioso para la historia de las costumbres, ya permite conocer la manera como se concebía la educación femenina y acerca a los paradigmas de

---

137.- Francisco Monterde, Cultura mexicana. Aspectos literarios, México, Editora Intercontinental, 1946, p. 123.

138.- J. Joaquín Fernández de Lizardi, 4a. ed., La Quijotita y su Prima. Historia muy cierta con apariencias de novela, México, Editorial Porrúa, 1967, p. XXVII.

comportamiento de las mujeres -de una misma clase y origen social: criollas acomodadas- dentro y fuera del hogar.

Fernández de Lizardi hacía responsables a las madres de la conducta de sus hijas, por ser ellas las encargadas de su educación, y a los padres les imponía la tarea de vigilar y llamar la atención sobre los vicios que provocaban los mimos y la debilidad de carácter.

Intentó probar, como muchos otros, que la inferioridad de la mujer era producto de la ley natural, civil y divina y que entre el hombre y la mujer había campos de acción separados. Sus consejos morales estaban encaminados a preservar un estilo de vida de la clase privilegiada en la ciudad de México que giraba alrededor de la familia.

La mujer es una producción de la naturaleza que guarda un lugar entre la rosa y el ángel, según un poeta alemán; es la hembra de la especie humana, según los zoólogos; es en fin el consuelo de las amarguras de la vida, según los hechos y la experiencia<sup>139</sup>.

Ahora bien, las mujeres llegaban al mundo con reglas y prescripciones establecidas de antemano, es decir, los parámetros de conducta se ordenan de acuerdo al género sin que necesariamente tengan relación con las características específicas del individuo.

Las niñas estaban destinadas a ser adorno y felicidad de sus padres y servir para incrementar la fortuna familiar por

---

139.- "Qué es la mujer" en La semana de las señoritas mexicanas. México, Imprenta Juan R. Navarro editor, 1852, T. II, p. 137.

medio de la celebración de un buen matrimonio, en el caso de que fueran bonitas, ricas y estuvieran perfectamente educadas en las artes hogareñas. Los niños, por contraste, serían los herederos y administradores de la fortuna. Para ellos se preveía una carrera militar, religiosa o el estudio de las leyes.

No se da instrucción a las jóvenes generaciones más allá de enseñar a los muchachos las tareas de sus padres, y adiestran a las niñas en sus deberes domésticos<sup>140</sup>.

Las madres debían acatar ciertas reglas que entraban en vigor desde el momento en que quedaban embarazadas. Después de parir, los bebés eran entregados a las "chichiguas", amas de leche o nodrizas, para que los criaran y, cabe destacar, la íntima relación que entre clase y género se desarrollaba al seleccionar a éstas mujeres:

Las nodrizas deben ser de veinte a treinta y dos años; la leche no ha de pasar de cuatro a cinco meses; que no hayan tenido partos difíciles; que tengan sí puede ser el pelo negro o castaño; porque las rubias o azafranadas suelen tener la leche agria, dice Ballejerd, quien quiere que no tenga mal olor en la boca y la dentadura blanca y fuerte, pues ésta es señal de buena linfa y por consiguiente de leche muy buena<sup>141</sup>.

Las niñas, a diferencia de sus contrapartes masculinos, eran educadas desde pequeñas en las labores domésticas,

---

140.- G. F. Lyon, Residencia en..., op. cit., p. 259.

141.- J. Joaquín Fernández de Lizardi, La Quijotita..., op. cit., p. 6.

debían saber coser, cocinar, agradar y servir. Sus juegos también diferían ya que no era bien visto que treparan a los árboles o corrieran. Sin embargo, participaban activamente en los paseos, salían al parque y actuaban en las representaciones religiosas que se llevaban a cabo dentro del espacio familiar<sup>142</sup>.

Resulta extraño que los viajeros comenten sobre los infantes de uno u otro sexo. Las referencias, si acaso, mencionan niñas bien vestidas que aparecen en reuniones familiares, cantan o bailan o tocan el piano y son retiradas por las "nanas" a fin de que no molesten a los adultos.

A partir de los tres años, los padres comenzaban a pensar en enviar a sus hijas a la escuela para que aprendieran los rudimentos de la lectura, algo de aritmética y labores manuales. Más adelante, las alternativas que se les presentaban variaban entre enviarlas a un convento, a un colegio de monjas o a una "Amiga".

---

142.- Guillermo Prieto, Memorias de mis tiempos. 1828 a 1840, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1906.

### NIÑA, VIRGEN Y MARTIR

[eran] las mujeres criollas, amantes esposas, buenas madres, recogidas, hacendosas y el único defecto que solía imputárseles era, que por la benignidad de su carácter, contribuían no poco a los funestos extravíos de sus hijos<sup>143</sup>.

Hablar de educación en la mitad de la centuria pasada implica incluir también las últimas dos décadas del XVIII, porque fue desde entonces que se empezó a gestar la conciencia ilustrada cuya preocupación estuvo encaminada, entre otros aspectos, a mejorar la instrucción a través de la propagación de escuelas que contribuyeran a enriquecer los conocimientos de los educandos.

El pensamiento ilustrado distinguió entre educación e instrucción. La educación se concebía como el respeto a la persona, la virtud, la cortesía y los buenos modales, es decir introyección de valores morales, en tanto que en la instrucción se enfatizaba el aumento de los conocimientos, esto es, el aprendizaje de nociones modernas y de cosas útiles. Este cambio introdujo algunas peculiaridades en la forma de vida y en la concepción que se tenía de la comodidad en la vida urbana, en la moda, en las lecturas y en el pensamiento<sup>144</sup>.

---

143.- Lucas Alamán, Historia de México..., op. cit., Vol. I, p. 15.

144.- Cfr., Isabel Olmos Sánchez, La sociedad mexicana en vísperas de la Independencia (1787-1821), Murcia, Universidad de Murcia, 1989, p. 253.

Así, educación y vida cotidiana estaban estrechamente relacionadas, siendo una consecuencia de la otra. En lo que respecta a las mujeres este vínculo era aún más fuerte, ya que la función que se les atribuía era llegar a ser buenas esposas y madres de familia y se las educaba para cumplir este objetivo. A las niñas se les enseñaba a comportarse y actuar conforme a su género, mediante reglas establecidas que implicaban sometimiento a las conveniencias familiares y sociales.

La religión se concebía como parte integrante de la educación y de la vida cotidiana de las mujeres, se practicaba rezando las oraciones dentro del hogar, asistiendo puntualmente a los oficios religiosos y ejercitando la caridad.

Por ello, las mujeres llevaban a cabo una serie de actividades sociales íntimamente relacionadas con la Iglesia, que iban desde obras de caridad, organización de casas de cuna, hasta visitas a la cárcel de mujeres, pasando por labores de asistencia en hospitales y arreglos de la Iglesia en días festivos y procesiones<sup>145</sup>.

Antes de iniciarse la vida independiente la enseñanza estuvo reducida a materias consideradas de poca importancia. El Dr. José María Luis Mora, como buen liberal, al hablar de la educación femenina impartida durante la colonia hacía notar que había sido un aspecto muy descuidado por hallarse

145.- Marquesa Calderón de la Barca, La vida en México..., op. cit., p. 332-333.

limitada a lo indispensable para desempeñar las obligaciones domésticas. Añadía que la música, el dibujo, la lectura y escritura hasta fines del siglo XVIII

eran enteramente desconocidas a la mayor parte de las damas, reputándose por un fenómeno el que alguna supiese las cuatro reglas de aritmética, tuviese tal o cual conocimiento de geografía, pulsase con alguna destreza las teclas de un piano<sup>146</sup>.

Lo que señala Mora, al contrastarlo con lo que algunas autoras contemporáneas han investigado<sup>147</sup> permite conocer a grandes rasgos cuál era el estado de la educación y el resultado no es del todo similar a lo que este liberal relata.

A comienzos del siglo XVIII, de los 16 monasterios existentes en México, en 14 se recibían jóvenes para ser educadas. Destacaban entre ellos: los de Regina, Jesús María, la Encarnación y San Jerónimo. Las monjas trataron de armonizar clausura y enseñanza. Esta experiencia, que indica

146.- José María Luis Mora, México y sus..., op. cit., p. 104.

147.- Lo que dicen Pilar Gonzalbo, Dorothy Tank o Pilar Foz va en el mismo sentido de las aseveraciones de Mora ya que ellas sostienen que el humanismo no hizo gran cosa por mejorar la educación femenina ya que no se consideraba un valor apreciable. "Por eso el estudio siguió siendo, por mucho tiempo adorno caprichoso de algunas señoras y elemento de superación ignorado y ajeno a la mayoría", en Pilar Gonzalbo, Las mujeres en la Nueva España..., op. cit., p. 294. Véase también Pilar Foz y Foz, La revolución pedagógica en Nueva España 1754-1820. (María Ignacia de Azlor y Echevers y los Colegios de la Enseñanza), Madrid, Instituto de Estudios y Documentos Históricos, A.C./Instituto González de Oviedo, 1981 y Dorothy Tanck de Estrada, La educación ilustrada. 1786-1836, 2a. ed., México, El Colegio de México, 1984.

que la educación no se encontraba tan limitada, parece que no dio resultado, ya que terminó por Real Orden en 1774, cuando se prohibió la permanencia de niñas en los monasterios, quedando restringida la educación de la mujer a los conventos que tuvieran expresamente como fin la enseñanza.

Sin embargo, durante la colonia y en la primera mitad del siglo XIX las mujeres no podían acceder ni a los estudios superiores ni a la mayor parte de las profesiones. Las jóvenes, a lo mucho, podían aspirar a una escasa instrucción primaria que sólo era privilegio de una minoría, debido a las limitaciones impuestas a la condición racial y a la posición económica.

Entre los pocos centros entonces existentes en la ciudad de México encontramos el Colegio de Nuestra Señora de la Caridad o Colegio de Niñas, clausurado en 1861, y el de San Miguel de Belém, además de algunos monasterios, todos ellos con carácter más de recogimiento que de asilo. Estos pretendían formar cristianas más que mujeres instruidas. Al referirse a la instrucción que recibían las niñas, señalaban siempre "el santo temor de Dios, el camino a la virtud y cosas femeniles"<sup>148</sup>.

A partir de 1760 la influencia de la Ilustración española se hizo presente en el ambiente intelectual novohispano. El advenimiento borbónico, sin embargo, no se tradujo en cambios importantes en la educación para las

148.- Pilar Foz y Foz, La revolución pedagógica..., op. cit., p. 206.



mujeres aunque los ilustrados del XVIII se hallaran convencidos de que la transformación del mundo se lograría por medio de la educación. La educación femenina iniciada con la colonización estuvo desde el principio, como en el caso de los varones, dirigida y estimulada por la Iglesia.

Hasta 1755, las niñas que recibían educación en la capital, la obtenían, las más adineradas, en su propia casa o en las Amigas particulares, que aceptaban niñas y niños, desde los tres y hasta los once años. Las maestras eran solteras o viudas pobres que tenían que sostener a sus familias, se dedicaban a enseñar lo poco que sabían cobrando sumas diferentes de acuerdo con las posibilidades de sus educandas.

En régimen de pensionado se educaban niñas en los monasterios y en los colegios-recogimientos. Sin embargo, con la apertura de clases públicas en el convento-colegio de la Enseñanza o del Pilar, la instrucción se puso, por primera vez, al alcance de toda joven mexicana que la solicitase, de forma enteramente gratuita. Estas eran religiosas de la Compañía de María encabezadas por su fundadora María Ignacia de Azlor y Echeverz<sup>149</sup>. La gente distinguía a las monjas de este convento llamándolas madres de la Enseñanza y es de resaltar que el colegio continuaba funcionando todavía en 1833.

---

149.- Véase el interesante estudio de Pilar Foz y Foz acerca de este colegio y de su fundadora: La revolución pedagógica en Nueva España 1754-1820. (María Ignacia de Azlor y Echevers y los Colegios de la Enseñanza), op.cit.

Este proyecto de revolucionar la educación de la mujer tuvo opositores y también seguidores, como la cofradía de Aránzazu, que promovió en 1740 la apertura de otra escuela pública femenina: el Colegio de las Vizcaínas o Real Colegio de San Ignacio de Loyola donde por cierto, parece ser que se educó Josefa Ortiz. Este colegio sobrevivió a lo largo del siglo XIX e incluso del XX. De él queda la descripción que Ethan Allen Hitchcock hizo durante su estancia en la ciudad capital en 1848:

...fui y vi un establecimiento muy extraordinario, al cual se llama a veces por su santo patrono, Ignacio de Loyola, y a veces por el nombre de la calle en que está situado.[...] Su finalidad es la educación y el cuidado de huérfanas de padres españoles. Encontramos ahí mujeres de todas edades, algunas muy viejas que habían pasado voluntariamente toda su vida en el edificio. Las mujeres más viejas se convertían en maestras y conductoras de las niñas. Se les enseñan todos los misterios de la "superstición" católica... Además de eso, quizás como descanso, se les enseña bordado y música.

Al mismo tiempo, funcionaba el colegio-recogimiento de Nuestra Señora de Guadalupe o Real Colegio de Indias que, además de pensionado, tenía abierta una escuela pública para jóvenes. Este colegio fue convertido en convento-colegio de la Compañía de María en 1811. A partir de esta fecha, al primer convento del Instituto en México se le denominó Enseñanza Antigua y al segundo Enseñanza Nueva. Ambos

150.- México ante los ojos del ejército..., op. cit., p. 121. Véase también la descripción que hace la Marquesa Calderón durante su visita, La vida en..., op. cit., p. 80-82.

colegios tuvieron desde sus orígenes puntos comunes: sus pensionadas tenían la misma procedencia racial, el primero, para criollas, y el segundo, exclusivamente para indias. En cambio sus escuelas públicas eran para jóvenes de toda condición y raza.

El cabildo de la ciudad, por su parte, estableció la primera Amiga municipal, pública y gratuita sostenida por el ayuntamiento que duró hasta el fin de la colonia.

A principios del siglo XIX, Humboldt mencionó haber encontrado en la capital seis colegios para mujeres: el de Jesús María, La Enseñanza, Las Niñas, San Ignacio o Vizcaínas, Belém y el de Guadalupe o de Indias, que contaban con un total de 759 discípulas<sup>151</sup>.

En estos colegios se enseñaba doctrina cristiana, rudimentos de lectura y escritura, cuentas y costura, bordado, tejido y cocina, amén de lavado, planchado y encarrujado. A las niñas que asistían a estas instituciones se las capacitaba para que pudiesen dirigir un hogar, ganarse la vida en trabajos acordes a su sexo y a su clase, se las adiestraba en la elaboración de comidas para vender, lavar ropa, moler chocolate, o bien convertirse ellas mismas en maestras y enseñar lo que habían aprendido<sup>152</sup>. En el Colegio de Guadalupe, además, se formaban buenas cocineras y amas de

---

151.- Alejandro de Humboldt, Ensayo político..., op. cit., p. 576.

152.- Cfr., Josefina Muriel, Conventos de Monjas..., Op. cit., p. 459-500.

gobierno, ya que se entrenaba a las alumnas en el desempeño de las labores domésticas, en especial, las de la cocina: guisaban toda clase de viandas, hacían dulces, bizcochos, pasteles y molían chocolate. Con esto, las internas sufragaban sus gastos personales y prestaban al público un invaluable servicio porque con ellas se podía comprar comida barata, limpia y bien sazónada y, además algunas familias, conventos y colegios, encargaban sus moliendas de chocolate y de dulces u ordenaban banquetes.

A la llegada del siglo XIX la situación siguió siendo la misma. Las opciones para las niñas que se educaron radicaban en las "Amigas", "Migas" o escuelas de primeras letras, en algunos conventos, o bien en el hogar donde eran enseñadas por las mujeres de la casa.

La instrucción que se nos daba [en las Amigas] se reducía a la lectura, el catecismo del Padre Ripalda y al Fleury, que nos obligaban a aprender de memoria, como si fuéramos pericos, y sin hacernos la menor explicación. Poco o nada se aprendía allí, pues todo consistía en repetir de memoria lo que nos enseñaban y, como no nos hacían la menor explicación, no podíamos conservarlo fácilmente en la memoria<sup>53</sup>.

---

153.- Concepción Lombardo de Miramón, Memorias, 2a. ed., Preliminar y Notas de Felipe Teixidor, México, Editorial Porrúa, 1989. p. 4.  
Cabe añadir que para 1852 se consignaban cuatro casas de educación para niñas: la del teniente coronel Ignacio Serrano y su esposa situada en la 2a. calle de San Francisco; la de la sra. Múzquiz en Donceles 19; la de la srita. Saint-Vital en Puente del Espíritu Santo 6 y la de las sras. Rodríguez y Puebla junta a la ex Aduana. Cfr., Juan N. Almonte, Guía de...op. cit., p. 427-428.

Esta aseveración la trasmite una mujer que asistió a una "Amiga" y que por lo tanto conoció lo que en ella se aprendía. Las Memorias<sup>154</sup> de Concepción Lombardo de Miramón (1835-1925), también permiten recrear y recordar minucias, detalles, costumbres, modas y prescripciones a las que las mujeres estaban sometidas, todo desde una óptica femenina. Este "texto es el único hasta ahora conocido en el que una mujer de su clase y de su época se dedica a expresar, públicamente, sus juicios sobre los acontecimientos políticos del momento"<sup>155</sup>.

Estas Memorias trazan el ciclo de vida de una mujer desde su infancia hasta la madurez, capturan el proceso de vida con sus altas y bajas, entusiasmos y depresiones, sueños y frustraciones, comunican lo inmediato y la energía de lo cotidiano. A diferencia de los libros de viajes éste diario es introspectivo, el sentimiento, que no la objetividad, primaron al escribirlo, dejar para la posteridad sus recuerdos en tanto compañera de un hombre público al que en todo momento trató de justificar.

Pero volvamos al tema, decíamos que la instrucción era muy elemental y la educación para la mujer superficial y deficiente, ya que sólo reconocía como futuro para el género

---

154.- Concepción Lombardo de Miramón, Memorias, op.cit.

155.- Carmen Ramos Escandón, "Memoria de mujer. Concepción Lombardo de Miramón, testigo de sí misma", en Ana Rosa Domenella y Nora Pasternac eds., Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras nacidas en el siglo XIX, México, El Colegio de México, 1991, p. 276.

femenino el matrimonio, en la mayoría de los casos, o el ingreso en un convento, que ya no era muy común, y para lo cual no se pensaba que se necesitaran de mayores conocimientos. Debemos insistir en que la categoría social, la raza y la posición económica familiar también determinaban las normas que las mujeres en tanto género debían de asumir, de ahí que no todas ellas asistieran a la escuela y no todas supieran leer y escribir.

Entre las pertenecientes a la elite había quienes se educaban en el extranjero, sabían hablar varios idiomas, intervenían en las conversaciones sobre política y conocían de arte e historia<sup>156</sup>. Sin embargo, las demás jóvenes se educaban en el hogar al lado de sus madres y de las otras mujeres de la casa (tías, abuelas,) y se les enseñaba a comportarse de acuerdo con su posición y a lo que de ellas se esperaba, o sea, que llegaran a ser buenas madres de familia y esposas, a pesar de que muchas no cumplirían con el destino que les estaba prescrito y tendrían que optar por trabajar o emplearse en oficios escasamente remunerados.

[A las niñas sólo les era] permitido hacer comida con sus muñecas, ir a la iglesia con los ojos bajos, comer poco...rezar mucho y no ~~querer~~ jugar al merolico [...] sino ser monja<sup>157</sup>.

---

156.- Cfr, Marquesa Calderón de la Barca, La vida en México..., op. cit., p. 62, 64 y 85.

157.- Guillermo Prieto, Memorias de mis tiempos..., op.cit., p. 22.

Con lo anterior se negaba lo que en la realidad sucedía y esto tal vez fue la causa de que se comenzara a transformar el discurso de la educación, para que resultara congruente con el papel social que las mujeres desempeñaban, y que permanecía oculto tras los convencionalismos sociales.

Sabemos que en la sociedad novohispana tanto las mujeres ricas como las pobres participaban activamente en las empresas familiares, cuantimás si eran solteras o viudas y, a lo largo del siglo XIX, este patrón continuó.

A diferencia de las mujeres casadas que necesitaban del permiso de sus maridos, las solteras podían comprar, vender, alquilar, heredar, contratar, administrar propiedades de todo tipo. Podían prestar dinero y tomarlo prestado, actuar como administradoras de propiedades y entrar en sociedad de negocios...podían dedicarse a todos los trabajos y manufacturas compatibles con sus fuerzas y el decoro de su sexo<sup>158</sup>.

No obstante lo anterior, la educación de las mujeres mexicanas a principios del XIX dejaba mucho que desear, en relación a la que recibían los hombres, ya que se consideraba que la constitución desigual de los sexos no permitía una misma educación:

La elasticidad que el hombre tiene en el espíritu, la mujer la tiene en el corazón, y mientras el uno sube a las causas con más penetración, la otra sondea los efectos con más sensibilidad. Téngase este principio por base en el

---

158.- Silvia Arrom, Las mujeres de la ciudad de..., op. cit., p. 78-79.

sistema de educación, y no se tema, no dar a cada sexo la que le corresponde<sup>159</sup>.

De ahí que se recomendara el cultivo de los asuntos banales para las mujeres como parte de su naturaleza, en tanto que el estudio de las ciencias especulativas o profundas se reservaba para la solidez de los hombres.

La educación de la mujer fue materia de discusión durante el XIX. Los padres o madres de familia y a veces el clero se oponían o veían como inútil o contraproducente la ampliación de sus conocimientos. Pero a nivel político y como tema de discusión pública, el dotar de mayores conocimientos a las futuras madres era considerado indispensable por algunos pensadores ilustrados. Sin embargo, poco fue lo que se hizo para modificar esta situación. Y con la Independencia no hubo cambios considerables en este sentido.

Aquellos que favorecían la educación para la mujer afirmaban que una mujer débil, dependiente y sin educación no podría manejar un hogar, ni criar una familia. Además, mujeres abandonadas o viudas carecerían de las habilidades necesarias para mantenerse por sí solas y a sus dependientes y se encontrarían en el predicamento de que con su falta de preparación no podrían sostener a sus descendientes.

Los más progresistas, incluso, llegaron a sostener que se debía de preparar a la mujer para educar a sus hijos, ser compañera del marido, no aburrirse en tertulias y saber conservar o agrandar la fortuna del marido, todo ello sin

159.- "Educación Moral", en El Iris, periódico crítico y literario, México, sábado 27 de mayo de 1826, núm. 21.



perder de vista que por muy racional e inteligente que fuera la mujer su talento siempre sería menor que el de los hombres<sup>160</sup>. Razones como las aducidas hicieron que se formara el estereotipo de la mujer mexicana como hembra indefensa, indecisa, inepta, resignada y sumisa.

La necesidad de escuelas continuó siendo apremiante, durante la guerra de Independencia y poco fue lo que se hizo para remediar la situación debido al desorden que imperaba. Sin embargo, Dorothy Tanck informa que fue hasta las primeras décadas del XIX cuando la sociedad capitalina comenzó a preocuparse por la calidad de la educación femenina, criticando la enseñanza que se impartía y que no tomaba en cuenta "que las mujeres necesitan de otras luces [...] tanto para desempeñar en la casa el grave ministerio de madre de familia, como para manejarse en cualquiera otra situación que les destine la providencia divina en la sociedad"<sup>161</sup>.

Tocó aún a Fernando VII enfrentarse con la necesidad de abrir más escuelas en Nueva España y con la incapacidad económica por parte de la Colonia para solucionarlo. Por eso, en la Real Cédula del 20 de octubre de 1817 solicitaba que se abrieran escuelas gratuitas en todos los conventos. En México había escuelas gratuitas en la mayor parte de los conventos

160.-Cfr. Anne Staples, "Panorama educativo al comienzo de la vida independiente", en Josefina Z. Vázquez, Ensayos sobre historia de la educación en México, México, El Colegio de México, 1981, p. 144.

161.- Apud., Dorothy Tanck de Estrada, La educación ilustrada..., op. cit., p. 166-167.

masculinos desde 1786, sin embargo, sólo dos conventos femeninos las tenían: el del Pilar o Enseñanza Antigua y el de Guadalupe o Enseñanza Nueva. "Un informe realizado en 1829, constata que en la diócesis de México 'no llegó a tener efecto la disposición de dicha cédula, existiendo sólo los 2 colegios de los conventos de la Enseñanza',"<sup>162</sup>.

Consciente de que enseñar a las mujeres debía ser una prioridad, en 1820 la maestra Vicenta Vetancourt expuso la conveniencia de educar ampliamente a las mujeres, dando por sentado que a ellas, por naturaleza, se les confiaba la educación de los hijos pequeños, por lo que era necesario que se las preparase a través de una formación moral, civil y científica para que pudieran llevar a cabo la misión que la sociedad les estaba encomendando:

Las mujeres deben estar educadas para vivir con sus maridos en compañía racional y porque sin educación no sabrán dirigir sus casas y familias, además de que su conversación se vuelve dulce y agradable en vez de hablar de 'bagatelas' y de cosas frívolas y ridículas<sup>163</sup>.

En el mismo sentido otra mujer, Ana Josefa Caballero de Borda, en 1823 solicitó al gobierno que centrara su atención en el establecimiento de escuelas para mujeres que elevaran al "sexo amable" por encima de los defectos que presentaban,

162.- Pilar Foz y Foz, La revolución pedagógica..., op. cit., p. 374.

163.- Vicenta Vetancourt, "Reflexiones sobre la educación de las jóvenes", s.p.i. [1820] reproducido en Pilar Gonzalbo, (Comp.) La educación de la mujer en la Nueva España, México, SEP/Ed. El Caballito/Dirección General de Publicaciones, 1985, p. 145-147.

ya que sin educación las mujeres no podían ni llevar un hogar ni mucho menos educar a sus hijos<sup>164</sup>.

Pese a estos alegatos, no llegó a traducirse en hechos el propósito explícito por elevar el nivel educativo de las mujeres, aunque los hombres ilustrados de la época reconocieran la imperiosa necesidad de extender la enseñanza de las primeras letras por todos los confines de la patria, debido a que comprendían que no era posible crear un Estado moderno que no incluyera al pueblo y no difundiera, a otros grupos sociales, la cultura humanista de las minorías letradas. Esto, por supuesto, incluía extender la educación primaria en forma masiva para así "ver surgir un pueblo alfabetizado, instruido en sus derechos civiles, industrial, con plena conciencia de sus obligaciones y comprometido con el gobierno republicano y dispuesto a defenderlo. El nuevo ciudadano vencería los vicios heredados de la colonia"<sup>165</sup>.

Se fundaron escuelas que, bajo el sistema Lancasteriano o de enseñanza mutua, se propagaron rápidamente en la capital y en algunos estados. Con ello, más niñas tuvieron la oportunidad de ingresar al sistema escolarizado<sup>166</sup>. Sin

---

164.- Cfr. Ana Josefa Caballero de la Borda, "Necesidad de un establecimiento de educación para las jóvenes mexicanas", México, 1823, en Ibid, p. 149-151.

165.- Cfr. Anne Staples, "Panorama educativo al...", op. cit., p. 118-119.

166.- Dorothy Tank de Estrada nos proporciona datos de dichas escuelas en la ciudad de México apuntando que asistían 892 alumnas a 40 escuelas establecidas durante los años 1820-1822. Cfr., Dorothy Tank de Estrada, "Las escuelas Lancasterianas en la ciudad de México", en Historia Mexicana,

embargo, hay que recordar que este discurso estaba encaminado a protagonistas masculinos y que las pocas niñas beneficiadas no ejercerían poder político sino a través de la influencia que pudieran tener sobre sus padres, maridos o hermanos y que su papel en la sociedad siguió considerándose dentro del ámbito doméstico. Lyon se dio cuenta de esta carencia:

El establecimiento de escuelas ayudará mucho en este sentido; pero, sobre todo, el mejoramiento y la educación social ayudarán a corregir la estimación en que ahora se tiene a las mujeres; y me alegra ver que ellas empiezan a asumir su posición adecuada en la sociedad. Su educación <sup>se</sup> halla ahora mejor atendida...167.

Todo ello da cuenta de que la educación femenina formaba parte del proyecto hacia el progreso que el nuevo Estado mexicano o por lo menos su élite liberal proponía y que éste viajero apoyaba plenamente, tal vez imbuído de lo que en su país estaba sucediendo, aunque no mencione, cuál debía ser la "posición adecuada" para la mujer.

La adopción del sistema federativo no vino acompañado de un incremento considerable en el número de establecimientos educativos porque los asuntos políticos siempre demandaron mayor atención que los concernientes a mejorar los conocimientos de la población.

---

México, El Colegio de México, abril-junio de 1973, Vol. XXII, núm. 4, p. 497.

167.- G. F. Lyon, Residencia en..., op. cit., p. 254.

La introducción de las ideas ilustradas y liberales llegó acompañada de la insistencia en la importancia de la educación de todos los habitantes. Fue así como se inició un programa para enseñar a leer a las niñas que mostraran disposición para aprender.

La educación femenina no estuvo pensada para facilitar la movilidad social, sino para reforzar los valores existentes y servir a los objetivos nacionales. Las instituciones educativas para mujeres mediante sus limitados programas de estudio enfocados a la preparación de buenas amas de casa, contribuyeron a la perpetuación de prejuicios y supersticiones que impedían la incorporación de la mujer a la vida en igualdad de condiciones.

Partiendo de lo anterior habría que analizar si lo que cambió fue el papel de las mujeres o el discurso intentó acoplarse a las nuevas necesidades y en otro aspecto, si este discurso, en esos momentos estaba encaminado a moldear una imagen de mujer más doméstica.

Durante la segunda década del siglo pasado fueron escasos los intentos por defender el derecho de la mujer a la instrucción, y este asunto no pasó desapercibido para los viajeros:

Se pide tan poco a las mujeres en la metrópoli, que sería injusto esperar una superioridad intelectual muy grande entre sus descendientes. Las damas mexicanas (con algunas brillantes excepciones, a quienes tal vez resultara odioso nombrar) leen y escriben más o menos en la misma proporción que las de Madrid; por lo general no hablan otro idioma que el propio y no tienen mucha afición por la música, ni conocimiento de ella como arte<sup>168</sup>.

La educación continuó siendo una preocupación tanto para liberales como para conservadores, quienes valoraban con justicia la importancia de la educación como fuerza modeladora de una mentalidad capaz de acoplarse a los designios sociales. Las críticas iban en el sentido de que la educación en general se hallaba muy descuidada y la de la mujer, en particular, confinada al manejo de la aguja y al cultivo del adorno.

Edward Thornton Tayloe hacía notar que la política educativa para las mujeres no se había modificado:

A las niñas se les enseña a leer y a coser, y a escribir de un modo ilegible, por algunas monjas ignorantes en pocos de los conventos. Fue una política española excluir a las jóvenes de alcanzar la educación a fin de impedir que conspiraran; aunque esta política ya no es la misma, no ha habido cambios<sup>169</sup>.

Fue en 1833 cuando se llevaron a cabo las primeras reformas educativas incorporadas por el vicepresidente Valentín Gómez Farías. Se suprimió la Universidad creándose

168.- Henry George Ward, México en 1827..., op. cit., p. 716.

169.- México 1825-1828..., op. cit., p. 59.

la Dirección General de Instrucción Pública, mediante la cual el gobierno adquirió el control total de la educación.

Así, se propuso la creación de 2 escuelas normales, una para mujeres y otra para varones, en las que se enseñaría mediante el sistema de enseñanza mutua o lancasteriano, gramática castellana, aritmética y los catecismos político y religioso.

Para 1834 se decretó que en cada parroquia del distrito y ciudad federal se debía establecer una escuela de primeras letras para niños y niñas. A éstas se les enseñaría lectura, escritura, cuentas, catecismo religioso y político, además de coser, bordar y otras labores propias de su sexo. Se fundaron trece escuelas primarias para niños de ambos sexos. En todas, la enseñanza seguiría el método lancasteriano. A ellas asistieron 1 285 niños, de entre los cuales 300 fueron mujeres. Para 1838 se encontraban matriculadas 3 280 niñas en 82 instituciones conventuales, parroquiales, municipales y privadas de la ciudad de México<sup>170</sup>.

Brantz Mayer añadía que hacia 1840 el presupuesto destinado para educación había sido de \$110 000 y consideraba que la regeneración de México estaba en sus escuelas. El gobierno debía preocuparse por elevar su cultura y la de sus

---

170.- Cfr., Abraham Talavera, Liberalismo y educación. Surgimiento de la conciencia educativa, México, SEP, 1973, Vol. I, (SepSetentas, 103), p. 123 y Dorothy Tanck, La educación ...op. cit., p. 197. La Guía de forasteros en la ciudad de México para el año de 1854 consignó 55 establecimientos de enseñanza primaria todos a cargo de preceptoras mujeres.

hijos para que el país pudiera alcanzar la prosperidad y la felicidad que anhelaba, incluso debía atenderse la instrucción de las clases menos favorecidas:

En las prisiones, así para varones como para mujeres, y asimismo en la casa correccional para jóvenes delincuentes, he sabido que también se han fundado escuelas; y de ninguna manera es rasgo triste de este cuadro de naciente progreso el que ofrecen las damas de México que más se distinguen por su talento, riqueza y cultura, las cuales han aprovechado felizmente la ocasión que se les presentaba de consagrar una parte de su tiempo a instruir a sus desdichadas hermanas de las prisiones<sup>71</sup>.

R.H. Mason también se refirió a la educación apuntando que, además de las escuelas primarias sostenidas por el gobierno, había escuelas particulares para niños y niñas en muchas de las parroquias, administradas por los ayuntamientos proporcionaban a los alumnos, libros y útiles sin costo. Sostenía que la enseñanza era muy elemental: se incluía catecismo político y religioso para ambos sexos y a las niñas se las iniciaba en los misterios de la costura. Por su parte, Robert Anderson Wilson complementa la información mencionando que en 1853 el gasto de las escuelas Lancasterianas era de \$3 600 pesos y \$4 812.00, constituía la cantidad que se pagaba por concepto de salarios a los maestros y renta de los inmuebles que servían de escuelas<sup>172</sup>.

171.- Brantz Mayer, México, lo que fué..., op.cit., p. 392-395.

172.- Cfr., R. H. Mason, Pictures of life..., op. cit., Vol. I, p. 51 y Robert Anderson Wilson, Mexico and its..., op. cit., p. 265.



Para los liberales, las reformas debían promover un cambio apreciable en la sociedad y en lo que respecta a las mujeres consideraban que con el alcance de esta educación ya no requerirían apoyarse en

los atractivos fugaces de su hermosura sino por la cultura de su entendimiento, las prendas de su corazón y el ornato exterior de sus habilidades. En el día la música, el dibujo, la lectura y las amistades que sobreviven a las gracias de la juventud y a la pérdida de la hermosura son para la edad avanzada de nuestras damas una fuente inagotable de placeres y si aún se dejan sentir algo los tristes resultados de una educación viciosa, es seguro que no pasarán de la generación presente, y que las virtudes propias del bello sexo ya muy adelantadas en México, recibirán su complemento en la futura<sup>173</sup>.

Las reflexiones que hacía Mora descansan en las mismas recomendaciones que aparecen en los manuales de buena crianza, que se publicaban en México y que deben considerarse parte importante de la vida diaria de las familias, al presentar de manera ordenada y agradable las prácticas sociales que configuraban el destino de las mujeres, además de disponer la mejor manera de alcanzarlo. Se les consideraba complemento indispensable en la formación de las jóvenes y se aconsejaba su lectura a fin de que aprendieran buenas costumbres, a comportarse según los cánones y exigencias de la sociedad y a observar modos, virtudes y moralidad intachable.

---

173.- José María Luis Mora, México y sus..., op. cit., p. 104-105.

Uno de estos Eufemia, o la mujer verdaderamente instruida<sup>174</sup>, cuyo autor fue escritor, pedagogo, lexicógrafo, ministro protestante alemán y preceptor de los hermanos Guillermo y Alejandro de Humboldt: Joaquín Enrique Campe (1746-1818), quien partidario de las nuevas ideas educativas, preconizadas entre otros por Rousseau, sostenía que la instrucción debía marchar al lado de la educación. Campe alcanzó gran popularidad con sus obras pedagógicas y morales y también se le considera el fundador de la literatura dedicada a la infancia.

Eufenia es un manual prescriptivo, cuyo objetivo era diseñar un arquetipo de mujer que fuera acorde a los requerimientos exigidos por la sociedad de entonces. Este "deber ser" impuesto a las mujeres estaba pensado por los hombres, de ahí que pueda parecer irreal, pero el hecho de que los consejos de Campe hayan persistido por tanto tiempo - la edición data de 1881- permite suponer que el libro fue utilizado por padres y maestros en la construcción de un género femenino adecuado.

---

174.- México, Imprenta de C. Bouret, 1881, 176p. (Biblioteca de la Juventud).

Sonia Corcuera en su libro Entre gula y templanza. Un aspecto de la historia mexicana, México, UNAM, 1981, menciona que el libro original se intituló Elisa, pero al traducirse al español se le cambió el nombre por el de Eufemia. Además dice que se anunciaba como "obra utilísima para la educación de las señoritas mexicanas". Sabemos poco de ésta obra ya que no encontramos cuándo se tradujo al español y cuándo se editó por vez primera en México aunque suponemos que si Fernández de Lizardi la utilizó como modelo para su novela La Quijotita y su prima de 1818, debió ya estar traducida alrededor de 1810.

Las recomendaciones giran alrededor de un ideal de mujer perfecta, virtuosa y sumisa: ¿qué es lo que una mujer debía saber para triunfar en la vida como madre y esposa y cómo alcanzar ésta perfección?, ¿cómo debía educarse?, ¿cómo comportarse y cómo elegir marido?.

El manual está armado con base en los consejos que un padre da a su hija. Este hombre respetuoso, de rígidos principios morales, charla con su hija adolescente acerca de lo que la sociedad espera de ella y le trasmite las reglas sociales que debe acatar.

Este libro ayuda a constatar cómo los ordenamientos sociales continuaron siendo mas fuertes que los buenos intentos de los pensadores ilustrados, ya que aquéllos determinaban que la educación de la mujer debía girar alrededor de sus virtudes naturales y que cualquier tipo de instrucción que fuera más allá iría en contradicción no sólo con la naturaleza femenina, sino contra el orden social.

Los periódicos dedicados a las mujeres contribuyeron a reforzar la imagen que la mujer debía asumir. De ahí que, Vicente García Torres en la introducción al Panorama de las señoritas, escribiera que su objetivo era dar a las mujeres "un libro de puro entretenimiento, que no las fastidie sino que al contrario, les sirva de distracción en sus ocios"<sup>175</sup>.

---

175.- Panorama de las señoritas. Periódico pintoresco, científico y literario, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1842.

En el mismo sentido, un artículo de La semana de las señoritas mexicanas intitulado "la educación femenil" muestra cómo se comenzaba a conformar un modelo de mujer más doméstica, ya que se criticaba la educación que daba brillo a las señoritas, pero se descuidaban los conocimientos provechosos y morales, al cuestionarse ¿para qué eran útiles semejantes señoritas?:

Para nada, para nada que yo sepa, sino es para que se tengan guardadas como muñecas de cera en un nicho de cristal. ¡Desdichado del hombre que llega a verse unido a una de ellas! Si la mitad del dinero que consumen en música, baile y bordado se empleara en enseñarles las artes útiles de hacer camisas y componer medias y dirigir con provecho e inteligencia los asuntos caseros, sus dotes como esposas y como madres aumentarían en la proporción de un cuádruplo<sup>176</sup>.

A las mujeres se les recomendaba no vivir para leer, sino leer para aprender a vivir, porque su fin en la vida no era adquirir un vano saber, ni tampoco llenar la memoria de nombres inútiles sino de conocimientos beneficiosos cuya aplicación sirviera a los usos de la vida. Se aconsejaba leer con mucha economía obras literarias y sólo pasajes escogidos, ya que dichas obras se consideraban inmorales para el sexo débil porque podían arruinar las costumbres públicas al acalorar la imaginación e introducir en el corazón el dulce veneno de la galantería. De tal forma, el aprendizaje de idiomas extranjeros no se consideraba ni conveniente, ni

176.- La semana de las señoritas mexicanas, México, Imprenta Juan R. Navarro editor, 1852, T. IV, p. 279.

necesario, por el tiempo que se requería invertir en él, el cual sería más fructífero de ser empleado en adquirir otros talentos de buena esposa y madre<sup>177</sup>.

La Marquesa Calderón de la Barca, que convivió con muchas mujeres, hizo el siguiente comentario que comprueba la poca importancia que se le daba a la educación femenina. En términos generales apuntaba que:

las Señoras y Señoritas mexicanas, escriben leen y tocan un poco, cosen y cuidan de sus casas y de sus hijos. Cuando digo que leen, quiero decir que saben leer; cuando digo que escriben no quiero decir que lo hagan siempre con buena ortografía, y cuando digo que tocan no afirmo que posean en su mayoría, conocimientos musicales<sup>178</sup>.

Sus observaciones también desmienten la premisa que se sustentaba en los deseos de progreso a través de la educación, ya que muestran que no todas las mujeres se instruían y que, aún en 1842, se continuaba con la idea de que la mujer poseía facultades intelectuales inferiores al hombre y que "era pasiva sin facultad creadora, poco fecunda de ideas y de una esfera limitada. Las prendas y defectos de la imaginación mugeril (sic) dependen de su constitución

---

177.- Cfr., Joaquín Enrique, Campe, Eufemia..., op. cit., p. 46-50.

178.- Marquesa Calderón de la Barca, La vida en México..., op. cit., p. 167. La Marquesa cambió de opinión, luego de un tiempo de haber tratado a las mujeres a las que al final de su estancia consideraba más intruidas e inteligentes de lo que a primera vista parecían.

física; y por tanto la educación podrá modificarlos algún tanto, pero no destruirlos"<sup>179</sup>.

Por ello se sugería que se las educase en temas relativos a la historia y a la teoría de los deberes y obligaciones domésticas, que estaban más a su alcance y les permitirían ser virtuosas, pudorosas y caritativas. La literatura prescriptiva continuó reforzando la domesticidad para las mujeres y los escritores ilustrados mantuvieron la imagen de éstas como seres sumisas y dependientes a quienes la instrucción traería mas problemas que beneficios.

Y es Manuel Payno quien vuelve a corroborar esta idea a través de un curioso texto<sup>180</sup> que pretende guiar, en 1843, el comportamiento de las mujeres casadas a fin de que cumplieran con los requisitos necesarios para que sus maridos las quisieran y permanecieran a su lado.

La serie de relatos incluidos en la edición son también de gran utilidad para comparar el ideal de mujer que seguía imperando durante la cuarta década del siglo pasado. De entre los artículos que se incluyen destaca "Memorias de un matrimonio", en donde Payno explica que era un manual educativo -al mismo tiempo que prescriptivo- para las mujeres casadas, en el cual se ofrecían consejos para que las mujeres triumfasesen en el matrimonio, en el caso de mantener una 179.- "De la influencia del bello sexo" en *Panorama de las...*, op. cit., p. 36.

180.- "Memorias sobre el matrimonio" (reproducido del Museo Mexicano en Sobre mujeres, amores y matrimonios, Tlahuapan, Puebla, Premiá editora S.A., 1984, p. 19-31.

conducta acorde a los requerimientos de sus maridos y de la sociedad.

Junto a la novela de Fernández de Lizardi y al manual de Campe ésta parodia sarcástica del comportamiento de las mujeres ofrece una descripción minuciosa de las costumbres de la vida cotidiana en el XIX. Al reseñar una sociedad en transición, en la que subsistían moldes y usos coloniales entre las clases altas, mostraban cómo a partir de la independencia se habían hecho más patentes los conflictos y desigualdades sociales.

Payno dice que si bien leer era una buena ocupación, en lo que respecta a las mujeres ésta actitud debía sufrir modificaciones, debido a que algunas obras literarias las empujaban a "buscar una febril exaltación de sentimientos que las [hacían] perder el contento y tranquilidad de la vida doméstica y ver a su marido como un poltrón e insufrible clásico"<sup>181</sup>.

Intentaba convencer a las mujeres que leían indiscriminadamente toda clase de escritos que evitasen "caer forzosamente en el crimen o en el ridículo", por lo que incluso recomendaba los libros que podían leerse sin peligro: El Quijote, el Gil Blas, Lazarillo de Tormes, El Diablo cojuelo, Guzmán de Alfarache, etc., y autores como Walter Scott o Fenimore Cooper que las harían pasar alegremente sus horas de ocio sin causarles daño.

---

181.- Ibid. p. 29.

De las obras escritas por mexicanos argumentaba que aunque eran pocas "no encontrarán en ellas nada que perjudique a su moral: las poesías de [Fray Manuel de] Navarrete y [Anastasio] Ochoa, las de [José Joaquín] Pesado y [Francisco] Ortega, y los semanarios El Año Nuevo, El Recreo de las familias (1837) el Mosaico Mexicano (1837) entre otros<sup>182</sup>.

Una joven que se permite la lectura de toda clase de novelas, debe hacerse muy triste a la sociedad, porque en ella no encontrará nada que le recuerde sus quimeras; mientras que una mujer que en la soledad eleva su alma al Creador, estudia sus deberes y cultiva su razón, encontrará en el mundo el uso y la práctica saludable de las reflexiones que ha hecho anticipadamente<sup>183</sup>.

Las mujeres, por el solo hecho de asistir a la escuela, no modificaron sus patrones de vida. Se encuentran constantes referencias al aislamiento a que estaban sometidas:

...el paseo no es digno de tan espléndida ciudad y pierde mucho interés a los ojos de los extranjeros por la casi total ausencia de mujeres, exceptuando aquéllas que pasean en sus carruajes. Efectivamente sólo en las procesiones o yendo o viniendo de las iglesias es como pueden ser vistas en la calle las mujeres de la clase alta. En estas procesiones, congestionadas de gentes, participan mujeres de toda la escala social<sup>184</sup>.

182.- Para información sobre los autores citados vid., Julio Jiménez Rueda, Letras mexicanas en el siglo XIX. La crítica literaria en México, Pról. Emmanuel Carballo, México, UNAM/Universidad de Colima, 1988, 177p. Para los semanarios vid., María del Carmen Ruiz Castañeda, et.al., El periodismo en México. 450 años de historia. México, UNAM, 1974, 396p.

183.- "Consejos morales", en La semana de las..., op. cit., Tomo I, p. 59.

184.- William Bullock, Seis meses..., op. cit., p. 95.



Los estereotipos impuestos a las mujeres, así como la creencia casi unánime de que eran inferiores por naturaleza, impidió por mucho tiempo el avance educativo del "sexo débil". La concepciones y prácticas sociales establecidas para las mujeres en la primera mitad de la centuria pasada giraron en torno a instruir las, a fin de que auxiliaran a los ciudadanos en la edificación de nuevas relaciones sociales, que permitieran a los ciudadanos hacer progresar a la nación. Pero no estuvieron encaminadas a mejorar su situación en tanto género, ya que se continuó relegándolas al espacio doméstico, lo que naturalmente se reflejó en la educación escolar.

A pesar de que las mujeres continuaron sometidas al mundo masculino tuvieron que aprender a defender sus derechos y a cumplir con sus obligaciones. Hábitos, prejuicios y actitudes siguieron predominando en la educación, lo que motivó que el papel femenino no se alterara significativamente en la primera mitad del XIX sino en momentos de crisis sociales. La "moda" por instruir a las mujeres en aspectos prácticos de la vida, no llegaría al país sino hasta años después.

---

### MATRIMONIO Y MORTAJA DEL CIELO BAJA

[Las mujeres] Han nacido, las que no son llamadas al estado del celibato, para ser esposas, buenas madres y prudentes gobernadoras de sus casas y familias: funciones augustas y merecedoras de la más alta consideración. Como esposas deben con el interés más íntimo, con el amor más tierno, con sus desvelos y trabajos suavizar la vida de los hombres, templar el rigor de nuestras desgracias, llenar de consuelos nuestros días desventurados, y hacernos olvidar los amargos pesares y las fatigas que son el patrimonio de nuestro sexo. Como madres, no sólo deben dar hijos al Estado y a la Patria, sino que deben imprimir en ellos las primeras semillas de su inteligencia[...]. Como amas, o gobernadoras de su casa y familia, deben, mientras que el esposo se entrega a los negocios de su destino, asegurarle su honor y su sosiego, presidir la sociedad doméstica, emplear una vigilancia activa para mantener el buen orden, la limpieza más esmerada, la economía más prudente, y coadyuvar con sus desvelos al bienestar de toda la casa, y que sea la morada común de la paz, de la alegría y de la más pura felicidad<sup>185</sup>.

Las sociedades humanas se han reproducido, en lo general, dentro de un marco de estructuras estables que aseguran la reproducción no sólo de los individuos sino del sistema cultural que une y ordena sus relaciones.

En este sentido, las prescripciones acentúan un código de comportamiento colectivo que reparte funciones y poder a cada sexo. "En el centro de estos mecanismos de regulación,

---

185.- Joaquín Enrique Campe, *Eufemia...*, op. cit., p. 11-12.

cuya función social es primordial, se sitúa el matrimonio<sup>186</sup>.

La unión conyugal se considera una asociación que se asegura mediante contrato -en el que cada género tiene deberes y obligaciones para con el otro-. Es, además, el componente clave de la reproducción biológica, una garantía para la moralidad social y la base de la organización política.

En la evolución de la organización familiar<sup>187</sup> en México se continuaron observando costumbres instituidas durante el reinado de los Borbones, plasmadas en la "Real pragmática de matrimonios" de 1776, cuyo objetivo era la preservación de los intereses de las familias acomodadas.

El hogar era el espacio de reclusión donde se cumplía el destino natural de las mujeres: ser madres y esposas. Su función consistía en producir hijos legítimos que transmitieran los atributos familiares de generación en generación. Mientras que la función de los hombres era mantener a la unidad doméstica y administrar el patrimonio familiar. Este modelo concebía una mujer doméstica cuya

---

186.- El amor en la Edad Media y otros ensayos, Trad. Ricardo Artola, España, Alianza Editorial, 1988, p. 14

187.- El estudio de la historia de la familia no es tema de este trabajo por tanto nos apoyamos sólo en los relatos de los viajeros y en los manuales prescriptivos. A fin de ver los cambios que ha tenido la familia en la Nueva España y luego en el México independiente véase: Pilar Gonzalbo A., (Coord.) Familias novohispanas. Siglos XVI al XIX, México, El Colegio de México, 1991. (Seminario de Historia de la Familia, Centro de Estudios Históricos).

esfera de influencia se concretaba a lo privado y su papel social se limitaba a ser madre y esposa que inculcara normas sociales, mantuviera la armonía familiar y vigilara conductas desviantes<sup>188</sup>. Por lo que Campe advertía que la joven que daba su mano al hombre que amaba no podía saber si el día de mañana tendría en él un amigo, un amo o un tirano<sup>189</sup>.

En lo que se refiere a las relaciones de género este modelo de familia propiciaba una posición más ventajosa para los varones que para las mujeres. Al confinarse al ámbito privado la carga doméstica se atribuía a la mujer, siendo ella la encargada de perpetuar los valores que la sociedad imponía. De ahí que las mujeres se relacionen en la desigualdad y requieran de otros -esposos, hijos, parientes- para ser consideradas mujeres de acuerdo con el esquema dominante de femineidad.

Las leyes sociales que nos excluyen de las grandes escenas de la vida pública, nos dan la soberanía de la doméstica y privada. Esta autoridad, como todas las humanas, tiene derechos y obligaciones inseparables de su ejercicio nace el uso libre e inalterable de los derechos. La familia es nuestro imperio; nosotras cuidamos de satisfacer sus ocupaciones, de mantenerla en paz, y de conservar en ella el sagrado depósito de las buenas costumbres. De aquí la importancia de

---

188.- Cfr., Mary P. Ryan, The empire of the mother. American writing about domesticity 1830- 1860, New York, Harrington Park Press, 1985.

189.- Joaquín Enrique Campe, Eufemia..., op.cit, p. 16.

enseñar a las niñas todo lo que requiere el desempeño de estas atribuciones<sup>190</sup>.

El papel femenino se manifiesta mediante el dominio de la práctica cotidiana, que es donde se tejen las relaciones sociales y afectivas. La existencia de un orden social determinado y rígido no excluye la posibilidad de que la mujer ejerza un poder sobre su entorno, tal vez invisible y difícil de sustentar con éstos documentos, pero a todas luces fundamental para que la sociedad en su conjunto se reproduzca acorde con las necesidades y conveniencias del momento histórico.

[La familia en México] tuvo como base legal el matrimonio cristiano monógamo e indisoluble (salvo condiciones de anulación que el propio derecho fija. La finalidad del matrimonio fue la unión de los cónyuges para amarse, procrear hijos y educarlos cristianamente, dejándoles libertad para escoger el estado<sup>191</sup>.

Los mecanismos de control social que se aplicaban a las mujeres durante el siglo XIX se manifiestan por medio de los manuales de buena crianza, que intentaban dirigir su conducta y atribuir caracteres de género a comportamientos sociales. Tanto a la sociedad como a los varones les convenía que permanecieran sumisas por el enorme poder de desorden social que representaban, mismo que se puede confirmar a través de las prescripciones que se les imponían y que constituyen, a

190.- Una señora americana, Cartas sobre educación del bello sexo por..., Veracruz-Puebla, Librerías "La Ilustración", s.f., p. 58.

191.- Josefina Muriel, "La transmisión cultural en la familia criolla novohispana" en Pilar Gonzalbo A., (Coord.) Familias novohispanas..., op. cit., p. 109.

fin de cuentas, una parte de los contenidos de la actividad cotidiana.

De ahí la importancia por establecer un inventario de las funciones propiamente femeninas en la sociedad e intentar comprobar que las mujeres tenían en el conjunto de las relaciones sociales un lugar muy considerable. Eso no quiere decir que la mujer no haya estado subordinada, sino que en la multiplicidad de tareas asignadas se encuentra el fundamento social de su gestión en el espacio doméstico, de la feminización de la casa y del control de la vida cotidiana.

Los viajeros, con excepción de algunos, no se detuvieron en examinar con detalle la composición familiar. Por lo tanto, se cuenta con poca información que apoye lo referente a usos matrimoniales, pero con la ayuda de las novelas costumbristas y los manuales de urbanidad, se puede reconstruir cómo se esperaba que fuera la mujer casada, cómo se consideraba que debía ser el matrimonio y cómo se debía elegir al marido. Para efectos de este análisis, lo que se está suponiendo es una situación ideal y no real, ya que no todas las mujeres seguían las normas de conducta que los manuales prescribían.

Las mujeres de la elite eran las que estaban bajo mayor presión social por lo que ofrecían hacia afuera, una imagen congruente con el ideal que de ellas se esperaba, mientras que en la intimidad se comportaran de otra manera. Aquellas de estratos socioeconómicos más bajos, no tenían que ajustarse a las reglas, sino simplemente cumplir con todos

los deberes asignados. Las mujeres según su clase social presentan diferentes formas de subordinación y dependencia. Todas reproducen relaciones sociales, concepciones del mundo y modos de vida que conforman lo que se conoce como cultura.

El modelo difundido por los escritores didácticos provenía de las normas impuestas y aceptadas por las autoridades eclesiásticas y se transmitía como estereotipo de conducta en los sermones dominicales o durante la confesión para todas las mujeres, independiente de su clase social.

De ahí que la clase social haya sido un factor determinante para examinar los matices de adhesión a los modelos de conducta social. Los moralistas expresaron la visión del mundo de las clases aristocráticas que defendían un orden social masculino y patriarcal.

Para reaccionar en un cierto ambiente, el particular debe conocer estas reglas de comportamiento y observarlas por término medio. Lo único que la vida cotidiana exige de cada uno es que someta, en las eventuales situaciones conflictivas, las aspiraciones particulares a las exigencias de la costumbre<sup>192</sup>.

La familia mexicana de esa época continuaba siendo patriarcal por el control que el padre ejercía sobre sus dependientes, siendo éste el responsable del bienestar físico, económico y social de la esposa, hijos y descendientes directos. La identidad familiar determinaba el lugar que ocupaba un individuo en la sociedad y la lealtad al grupo se consideraba el bien mayor.

192.- Agnes Heller, Sociología..., op. cit., p. 152-153.

La familia monogámica extensa era común en las distintas clases. En la casa vivían los parientes pobres, hermanas o tías solteras. Además, con la elite convivían, sirvientes, cocheros, cocineras, costureras, recamareras, guardianes, lacayos y, en ocasiones, hasta los capellanes.

Al interior de la familia se establecían normas morales rígidas donde las mujeres tenían asignadas más funciones que responsabilidades. El papel de las mujeres, como educadoras y formadoras de individuos que vivieran de acuerdo a lo que se determinaba como "ideal", resultaba muy importante, de ahí que se les inculcasen los principios que debían transmitir para cumplir con los requerimientos esperados.

El matrimonio entre la elite era considerado la única posibilidad lícita de relaciones entre un hombre y una mujer y en torno a ésta institución giraban los conceptos de virtud, honor y reputación, valores fundamentales que debían preservar las mujeres. Sin embargo, la mayoría de los mexicanos no cumplían con esta disposición por lo caro que resultaba, como lo apunta Ward:

Por ejemplo, en los estados donde el sueldo diario de un trabajador no excede de dos reales y donde se puede construir una choza por cuatro dólares, los infortunados habitantes están obligados a pagar veintidós dólares como estipendio por su matrimonio<sup>193</sup>.

El matrimonio continuaba estimándose como base de la familia y era sobre todo entre la elite criolla, una alianza

---

193.- Henry George Ward, México en..., op.cit. p. 221.



entre iguales que establecía lazos de parentesco que servirían para estructurar redes de poder, en el que cada cónyuge tenía derechos y deberes hacia el otro y la honra y la riqueza se consideraban de gran importancia y peso social. Las consideraciones sociales y económicas, más que el amor, primaban para efectuar los enlaces. Por ello, las filiaciones familiares y de negocios entre este grupo se concertaban a través de matrimonios entre el mismo círculo y las fortunas se unían<sup>194</sup>.

La elección social del cónyuge era un asunto de gran importancia ya que permitía acumular riqueza, relaciones y poder político. Eran frecuentes los matrimonios a edad temprana, y no era raro que se arreglaran los enlaces desde los trece años, como dice Poinsett. Laureana Wright de Kleinhaus dice, por ejemplo, que Soledad Lafragua contrajo matrimonio con José María Montoya en septiembre de 1853 cuando apenas había cumplido 13 años de edad<sup>195</sup>.

Las hijas resultaban instrumentos necesarios para que la maquinaria económica siguiera funcionando, ya que se las utilizaba para concertar alianzas ventajosas.

Dícese que las mujeres tienen dos épocas críticas en su vida: la una es cuando las solicitan y no saben a quién admitirán;

---

194.- Ejemplos de estas sociedades familiares las encontramos en Ciro F. S. Cardoso, (Coord.), Formación y desarrollo de la burguesía en México. Siglo XIX, México, Siglo XXI eds., 1978.

195.- Mujeres notables mexicanas. México, Tipografía Económica, 1910, p. 530.

la otra cuando solicitan y no saben quién las admitirá<sup>196</sup>.

En general, las recomendaciones iban dirigidas a las jóvenes adolescentes que llegaban a la edad de casarse, a fin de que internalizaran la importancia que significaba ser mujer y el papel que debían desempeñar en la vida al lado del hombre y, sobre todo, qué es lo que se esperaba de ellas en lo que respecta a aumentar el patrimonio familiar.

Esto hacía que los usos y costumbres fueran muy parecidos en todas las clases, aunque el intercambio de dinero y de prestigio se hiciera en proporción a la situación de los futuros cónyuges y de sus familias. Además, entre sus obligaciones se encontraba el procurar la maternidad, ya que ésta exaltaba su condición de mujer y, al mismo tiempo, se acompañaba del recato y del pudor para ser considerada respetable a los ojos de su marido y de la sociedad.

Lo que no se sabe hacer,  
no se sabe mandar.

La madre<sup>197</sup> era la encargada de guiar a su hija adolescente para que la elección del marido fuese satisfactoria y era el padre quien daba finalmente su

---

196.- "Epocas de las mujeres", en La semana de..., op. cit., Tomo III, p. 171.

197.- Se supone que la facultad de preparar a las hijas se delegaba a la madre, pero en los manuales los consejos siempre eran dados por los hombres a los que se consideraba más sensatos y "conocedores" de la naturaleza femenina y, por tanto, de las características que los futuros cónyuges debían cumplir para ser buenos maridos.

consentimiento, basado en la fortuna, el buen nacimiento o las relaciones que podía aportar el pretendiente<sup>198</sup>.

Las hijas debían ser modelo de virtud, pudor, recato, honestidad, dulzura, religiosidad y de ser posible belleza. Se las debía preparar desde la niñez para saber llevar una casa, respetar al marido y cumplir con sus obligaciones domésticas. Una buena educación y modales refinados complementaban los requisitos.

La elección del marido era un asunto que implicaba gran seriedad, al grado que manuales y novelas le otorgan un espacio preponderante. Debía ser de profesión conocida, de veinte a cuarenta años de edad, de familia honrada y de posición análoga a la de la novia, de aspecto varonil, bondad y dulzura de carácter, no muy guapo, de trato caballeroso y jovial, conversación fluida, lenguaje correcto, urbanidad sin afectación y soltura de modales, modesto e instruído. Respetuoso a la casa y familia de la novia y debía mostrar cierta seriedad mezclada con la pasión, en la correspondencia epistolar. Valor para respetar su honra y la de su esposa, su casa y su patria<sup>199</sup>.

198.- Sin embargo, la exigencia de una buena reputación y honor en la mujer no siempre se cumplían. Hay algunos casos, poco documentados para esta época de mujeres que habían tenido hijos previos al matrimonio. La Marquesa Calderón apunta que el trato que se daba a una dama que se hallaba en ese caso y que "la mujer más estricta de México, la colmaba de atenciones y cariños" por ser esposa de un conde. Lo que podría demostrar que el dinero y el título de nobleza hacían maravillas. Cfr. La vida en México..., op. cit., p. 170.

199.- Cfr. "Cualidades de un marido"; "Cartas a Amelia sobre el Matrimonio" y "La elección de marido" en La Semana de las Señoritas, Tomo I, p. 20 y Tomo II, p. 408-418 y Tomo III,

Elegir un marido constituía un esfuerzo considerable no sólo de parte de la novia sino también de la familia, que tenía que indagar por los antecedentes del pretendiente, preguntando al párroco del lugar y a las personas cercanas si lo conocían y respondían por su honestidad, además de comprobar ¿cuál era el estado de su fortuna?

La Marquesa Calderón<sup>200</sup> se asombraba de que la juventud dispusiera de pocas oportunidades para reunirse y no se explicaba cómo se concertaban los matrimonios. Lo que pasa es que la Marquesa no indagó más a fondo, para saber que eran los padres los que finalmente decidían la suerte de los contrayentes, sobre todo, cuando se necesitaba incrementar el patrimonio familiar con capital, relaciones y habilidades comerciales de un próspero hombre de negocios.

José María Luis Mora decía que el galanteo -hábito francés muy en boga en la capital- debía estar reservado a las jóvenes doncellas y no a las casadas por el peligro que implicaba para la paz doméstica. Lo que demuestra que sí existía y las novelas costumbristas constatan esta costumbre al relatarnos fiestas y reuniones y paseos donde la juventud se relacionaba, aunque la coquetería -deseo de llamar la atención de los hombres- era acremente censurado ya que se decía que "no hay doncella que haya hecho un feliz matrimonio

---

p. 122.

200.- Cfr. La vida en México..., op. cit., p. 121.

por medio de la coquetería". R. H. Mason, por su parte nos describe como se cortejaba:

El noviazgo entre los mexicanos, en promedio, es breve en comparación con otros países; no obstante, la devoción pasional de parte del aspirante galán no falta; y entre los de la gran vida el insulso galanteo y las afectaciones sentimentales entre los sexos, que se dan en público, son absolutamente desagradables. Las mujeres pierden su predominio una vez casadas; y como consecuencia, apenas hay que decirlo, se llevan a cabo singulares arreglos matrimoniales...<sup>201</sup>.

Entre la clase acomodada los pretendientes eran recibidos en la casa y estrechamente vigilados por algún miembro de la familia o por la "nana", mientras platicaban en la estancia con la señorita de la casa. Las relaciones duraban aproximadamente un año, luego de lo cual se fijaba la fecha de la boda, el lugar dónde se efectuaría y se arreglaban los demás detalles.

A la novia le correspondía tener preparado su ajuar que consistía en ropa de cama, manteles, servilletas, generalmente bordados por ella misma con las iniciales de ambos cónyuges y el trousseau, o sea, la ropa especialmente mandada a hacer para que contara con un vestuario digno en los primeros meses de casada y con la ropa de casa y mesa necesaria por varios años. "Unas cuantas miradas tiernas, un paseo, un baile, un apretón de mano, una propuesta hecha de

---

201.- Pictures of life..., op. cit., vol. 1, p. 77-78.

sopetón, la compra de una cuantas varas de raso blanco, un anillo, un coche y todo esta concluido"<sup>202</sup>.

La dote de matrimonio y la costumbre de las dar las "arras" subsistía entre algunos sectores de la clase alta<sup>203</sup>, pero no se encontraron menciones de ello en las fuentes. Sin embargo, la posición económica, los antiguos títulos de nobleza y las propiedades influían más en las decisiones de hombres y mujeres para celebrar un enlace decoroso y acorde al status social y, en ocasiones, sólo se establecía como un medio para revitalizar a la familia cuando ésta carecía de liquidez. En el caso de que se entregara la dote, el esposo podía invertirla en sus negocios, si la malgastaba, la esposa podía retirar su parte. Las propiedades adquiridas durante el matrimonio les pertenecían a ambos y, en caso de quiebra, las esposas disfrutaban de preferencia con respecto al capital invertido en el matrimonio<sup>204</sup>.

Ahora bien, según la Marquesa Calderón, nadie que se considerase por encima de un lépero se casaba sin ofrecer a su novia por lo menos unos aretes de diamantes o un collar de perlas. Concepción Lombardo, por su parte, relata que,

---

202.- La Semana de las Señoritas..., op. cit., Tomo III, p. 185.

203.- Para una discusión más profunda de las implicaciones de la dote en el siglo XIX, Cfr., Silvia Arrom, Las mujeres de la ciudad de..., op. cit., p. 177-184.

204.- Apud., David Walker, Parentesco, negocios y política. La familia Martínez del Río en México..., op. cit., p. 94 y John E. Kicza, "La mujer y la vida comercial en la ciudad de México..." op. cit., p. 42-43.

Miramón le envió como regalo un día antes de su boda "un hermoso abanico de concha nácar, un collar, un aderezo y una rica pulsera de brillantes" y tres mil pesos para comprar lo que fuera necesario "no entendiéndose él en compras de señoras"<sup>205</sup>.

Detengámonos un momento para conocer las dificultades que enfrentaban los extranjeros de otras religiones para casarse con una mujer mexicana: éstos tenían varias alternativas, podían pagar una exorbitante suma de dinero para conseguir el permiso, salir a casarse fuera del país para evitarse problemas con la Iglesia, o bien, presentar el expediente de su conversión a la fé católica. Sin embargo:

Entre dos extranjeros, ambos de la Iglesia reformada, se permite que se celebre el rito del matrimonio en la casa de la legación del país al que pertenezcan y se registra como válido para las autoridades eclesiásticas mexicanas mediante la transmisión de un certificado apropiado<sup>206</sup>.

205.- Concepción Lombardo de Miramón, Memorias..., op. cit., p. 142.

206.- Henry George Ward, México en..., op.cit. p. 231 y Robert Wilson, Mexico and its religion..., op. cit., p. 60-63. Josefina Vázquez apunta que durante el México independiente llegaron individuos de todas las nacionalidades y dado que gran parte venían solos fueron frecuentes los matrimonios entre aquéllos y mexicanas luego de una dispensa papal. David Bradburn (norteamericano), Adrian Woll (belga) o Juan José Holzinger (alemán) se casaron con mexicanas, al igual que los cónsules británicos Charles O'Gorman quien lo hizo con Ana Noriega, Ewen C. Mackintosh con Tercia Villanueva y Eustaquio Barrón con Cándida Añorga. El propio Richard Pakenham, sucesor de Ward, sostuvo largas relaciones con una señorita de buena sociedad, aunque no llegó a casarse. Concepción Lombardo obtuvo la autorización de Roma para casarse con un inglés, Mr. Perry, pero la presión social y el qué dirían provocó que optara por cancelar su matrimonio. Apud, "Algunas consideraciones sobre la mujer en

Los esponsales o promesa de matrimonio se firmaban ante el cura y testigos:

...se presentó en casa el cura de nuestra parroquia con dos testigos para tomarme el dicho, y (no tuve más remedio, que poner) estampé mi firma, en un libro que puso a mi vista, prometiendo en ese acto, ser la esposa del general don Miguel Miramón<sup>207</sup>.

La ceremonia de matrimonio se verificaba en familia en ocasiones, temprano por la mañana, ya fuera en la casa de la novia o en la iglesia donde se celebraba la misa de velación y la bendición de los anillos.

Luego de solemnizado el enlace los contrayentes tenían la obligación de hacer partícipes del matrimonio a todos sus conocidos y amigos a través de una esquila impresa: "en un casamiento las personas de estimación de la novia dan el bollo<sup>208</sup> y los guantes en tanto que al novio toca dar el anillo nupcial y pagar los derechos de la iglesia"<sup>209</sup>.

El general A... y Ana R..., se permiten informar a usted que han contraído

---

el siglo XIX", en Patricia Galeana (Coord.), Seminario sobre la participación de la mujer en la vida nacional, México, UNAM, 1989. p. 60; David Walker, Parentesco, negocios y ..., op. cit., p. 91 y Jean Meyer, "Barron, Forbes y Cía. El cielo y sus primeros favoritos" en Nexos, abril 1981, núm.40, p. 27-35.

207.- Concepción Lombardo de Miramón, Memorias..., op. cit., p. 141.

208.- El bollo era el pastel de bodas. Según esta cita, resulta una costumbre que no ha permanecido entre la clase alta, pero que entre las otras clases aún se estila.

209.- La semana de las señoritas..., op. cit., Tomo II, p. 249.



matrimonio, y tienen la honra de ofrecerse a sus órdenes.  
Calle de M..., número 24. México, 1840<sup>210</sup>.

Para el almuerzo de boda se recomendaba servir: gallinas y caza, fiambres, pasteles y empanadas de masa fina formando fuentes; pernil, lengua, fruta. A un lado de la mesa debía ponerse el té y el café. Se esperaba que los asistentes entregaran el regalo a la novia y lo acompañaran de una esquila que debía estar firmada por la pareja que lo regalaba<sup>211</sup>.

Aquí, lo mismo que en España, una señora conserva después de casada su nombre de soltera, y aún cuando también añade el de su esposo, es siempre más conocida por el suyo propio<sup>212</sup>.

Quedarse soltera no significaba ningún pecado y parece que no era mal visto. Y esto sucedía más comunmente de lo que se cree. Las razones aducidas para no casarse giran alrededor del temor que significaba la partición de la herencia familiar o, también, de la escasez de una pareja adecuada entre el limitado número de candidatos que cumplieran con los requisitos económicos y sociales de la familia.

Las mujeres de la elite no desarrollaron actividades asalariadas pero intervinieron activamente en los negocios familiares. En cambio, las pertenecientes a otros estratos

210.- Marquesa Calderón de la Barca, La vida en..., op. cit., p. 75.

211.- La semana de las señoritas... op. cit., T.II, p. 155 y 174.

212.- Marquesa Calderón de la Barca, La vida en..., op. cit., p. 75.

sociales, medios o bajos, fueron activas y emprendedoras comerciantes, manejaron talleres, se dedicaron a la costura, trabajaron en el servicio doméstico, fueron obreras, vendedoras en los mercados o de puerta en puerta<sup>213</sup>.

Los manuales aconsejaban a las jóvenes casarse, ya que juzgaban que el no hacerlo las desviaba del fin prudente de la naturaleza que nunca deja impunes las infracciones de sus leyes. De ahí que Campe afirmara al mencionar el tema de la soltería en la mujer:

¿Y qué ganarías en librarte de la dependencia conyugal para someter tu vida al duro y pesado yugo que imponen a una mujer los hombres, las preocupaciones y los usos? El casamiento es el estado en que hallarás protección en el mundo, consistencia, estabilidad y toda la medida de libertad que puede disfrutar la mujer<sup>214</sup>.

En contradicción con lo que Campe recomendaba, Manuel Payno se burlaba, a su vez del matrimonio y hacía un retrato de la sociedad romántica en la que vivía ridiculizando a ambos cónyuges, al afirmar que el matrimonio era la tumba del amor y que, al paso del tiempo, el marido iría descubriendo todas las fallas de su esposa con lo que las primeras ilusiones se desvanecerían y aquél comenzaría a desear ser viudo:

213.- Cfr., Edith Couturier, "Las mujeres de una familia noble: Los condes de Regla de México, 1750-1830", en Asunción Lavrin (Comp.), Las mujeres latinoamericanas..., Op. cit., p. 153-176 y John E. Kicza, "La mujer y la vida...", op. cit., p. 39-59.

214.- Joaquín Enrique Campe, Eufemia..., op. cit., p. 19.

MANEJO DE UN ESPOSO CON SU ESPOSA

PRIMER AÑO. Amor frenético, delicias en todas las horas, placeres sin cuentos, goces domésticos de todo género.

SEGUNDO AÑO. Cariño filosófico - alguna tibia, síntomas de inconstancia- y mal humor con frecuencia.

TERCER AÑO. Ya la carga comienza a pesar. Divagación. Es frecuente el mal humor. Se acude para distraerse a diversiones. El hogar doméstico cansa y fastidia.

CUARTO AÑO. Algunas enfermedades, cuya causa se atribuye al matrimonio. Las ocupaciones no le dejan tiempo para cumplir con sus obligaciones domésticas. Algunas noches por compromiso permanece hasta las 4 de la mañana en los bailes, mientras la esposa queda solitaria en vela dentro de la casa.

QUINTO AÑO. La carga matrimonial pesa como un mundo sobre los hombros del marido. Los recursos escasean, y los gastos aumentan. Controversias acaloradas por esta causa. Las disputas resultan en provecho de la cocinera, pues los dos esposos se quedan sin comer muchos días.

SEXTO AÑO. Indiferencia completa.

SEPTIMO AÑO. Los chiquillos molestan, pero distraen y divierten con sus gracias y malas crianzas.

OCTAVO AÑO. La amante idolatrada, la esposa querida no es más que una nodriza a quien se conserva por necesidad.

DECIMO AÑO. Las cosas continúan así, y el marido busca una Dorila que lo divierta, y la mujer un Tirsi o Damon que la entretenga.

UNDECIMO AÑO. A la mejor de espadas viene la muerte y se lleva a la mujer. El marido llora con los ojos y se alegra con el corazón. El cura gana treinta o más pesos <sup>215</sup>.

La visión que los viajeros tenían del matrimonio en México tampoco favorecía a esta institución, ya que lo que destacaron más a menudo fueron las relaciones extramaritales,

---

215.- "Memorias sobre el..., op. cit., p. 19-20.

como se puede ver en el siguiente comentario, donde se señalan los vicios que habitualmente se cometían:

La ley que oculta la existencia civil de la esposa en el marido, y que impone a éste la responsabilidad de avalar las deudas y pecados de su esposa, es en ocasiones estigmatizada como dura, antinatural y tiránica. Si aquellos que así lo consideran, disfrutaran por un tiempo, la libertad matrimonial que hay en México, pronto descubrirían abundantes razones para alabar la sabiduría de nuestros antepasados al haber compensado con tantas incapacidades una institución que al mismo tiempo es la salvaguarda de la moral pública y de nuestro gobierno.[...] En México, viejas relaciones familiares no se interrumpen con nuevos matrimonios.[...] La esposa posee propiedades e intereses separados de los de su marido, los cuales administra con ayuda de un "amigo cercano". El marido también, tiene sus intereses aparte, y también "una amiga cercana" que es la esposa de su vecino<sup>216</sup>.

Comentarios parecidos hizo Poinsett de las mujeres casadas, afirmando que eran fieles a sus amantes en turno y que una intriga de esa naturaleza no empañaba su reputación<sup>217</sup>. Ward, por su parte añadía en relación a los indígenas, que éstos cohabitaban con su futura esposa hasta dejarla embarazada y sólo entonces, el cura aceptaba casarlos<sup>218</sup>. Por lo tanto, es posible decir que según la

---

216.- Robert Wilson, Mexico an its religion..., op. cit., p. 289-290.

217.- Notas sobre..., op. cit., p. 177.

218.- Henry George Ward, México en..., op.cit. p. 221.

clase social el acercamiento hacia la institución matrimonial se consideraba de diversa manera.

Se debe puntualizar que la opinión de estos viajeros no siempre coincide con las exigencias genérico-sociales que la sociedad mexicana prescribía y donde se manejaba una doble moral, al considerarse que en la mujer de la elite las indiscreciones hacían peligrar la honra de su marido, en tanto que las cometidas por éste no tenían gran trascendencia y se las toleraba como inocentes pecadillos:

El pecho de una esposa debe ser el sepulcro de las faltas de su esposo, debiendo ella estimar el buen concepto de este en más valía que su propia vida de ella. Cuando no es así la mujer quebranta el voto matrimonial<sup>219</sup>.

La exigencia de que la mujer permaneciera fiel a su marido se consideraba un requisito obligatorio y una conducta desviada podía poner en peligro la institución matrimonial además de que destruía su esencia como mujer al afectar su papel de madre y esposa. De ahí que tuvieran que tolerar las aventuras extramaritales de su cónyuge, ya que de no hacerlo se coartaba la libertad a la que el hombre por naturaleza tenía derecho<sup>220</sup>.

---

219.- "La discreción conyugal", en La Semana de..., op. cit., Tomo II, p. 130.

220.- "El deseo de posesión y de dominación exclusiva son atributos masculinos y la mujer que los manifiesta se pone en cierta forma en una posición varonil y dominadora que no le sienta ni conviene a su estado de mujer, ni tampoco es aceptado por el esposo" Francisca Carner, Las mujeres y el amor..., op. cit., p. 188.

Deshacer el matrimonio no era cosa fácil para las mujeres que se enfrentaban a la moral social que las condenaba, porque habían alterado su asignación de género al incumplir con sus obligaciones. El divorcio eclesiástico era el único recurso legal existente y significaba la separación de cuerpos permanente de los cónyuges, mas no la disolución del vínculo matrimonial. Implicaba que la pareja no haría más vida en común, dividiría a los hijos, así como los bienes generados durante el matrimonio. La mujer era depositada en una casa honesta, generalmente de un pariente, que se comprometía a cuidarla a fin de salvaguardar su honra y la de su marido<sup>221</sup>.

#### **COSTUMBRES, HABITOS, NORMAS.**

**Los hábitos forman,  
una segunda existencia,  
una ley tanto más fácilmente obedecida  
cuanto es menos explícita.**

Hubo un tiempo, gracias a nuestros dominadores, en que se tenía en México por sumamente feliz a la mujer que nada hacía en su casa, y que entregada al ocio pasaba los días y los años en la inacción y el tedio, en que decía, nada hago ni nada sé, porque soy una señora: desde nuestra independencia, la educación y las costumbres van cambiando notablemente, y el bello sexo, cuya dignidad e importancia se estima en lo que vale desde entonces, se ocupa de lo que es útil o agradable; se dedica a las tareas domésticas; dirige el orden y ocupaciones de la familia con acierto, se entretiene con la música, con el bordado y con el

221.- Apud., Silvia M. Arrom, La mujer mexicana ante el divorcio eclesiástico (1800-1857), México, SEP, 1976. 223p. (SepSetentas, 251).

cultivo de las flores, aprende algunos idiomas; se consagra a lecturas provechosas y amenas y llena de delicias a la sociedad con su trato y conversación<sup>222</sup>.

Una vez casada la mujer cambiaba no sólo de status sino de obligaciones. Las prescripciones exigían que las mujeres tuvieran conocimientos y capacidades específicas, que se estimaban de su exclusivo patrimonio y se determinaban de acuerdo con la época y el estrato social: "Las mujeres debían apropiarse de conocimientos distintos de los de los hombres. No obstante, los conocimientos obligatorios y los posibles divergen notablemente según el lugar en la división del trabajo"<sup>223</sup>.

Los relatos viajeros y los manuales pedagógicos proporcionan valiosa información relativa a las costumbres de las mujeres de la elite mexicana, mientras que de las demás clases sociales sólo ofrecen algunos trazos. No se puede afirmar a ciencia cierta si las pautas de conducta prescritas eran acatadas por todas ellas, no obstante, por intermedio de estas fuentes es posible conocer lo que se consideraba el paradigma de conducta para las mujeres. De hecho, se intuye que las críticas a la manera de ser no aceptada expresan que las mujeres no siempre actuaban conforme a la norma.

[Las mujeres] en sus propios hogares y entre ellas mismas, son vivaces, y agradables en sus actitudes y en su conversación; y en todas las clases puede

222.- "Consejos a las señoritas", en La Semana de..., op. cit., Tomo II, p. 326-328.

223.- Agnes Heller, Sociología de la..., op. cit., p. 318.

advertirse un corazón amable y una simpatía que gana para las mujeres de México el respeto y la estima de todos los extranjeros<sup>224</sup>.

Por un lado, los manuales prescriptivos ofrecen una imagen de la mujer dedicada por entero a las tareas domésticas, que contradice algunas de las opiniones que los viajeros transmitieron. Como éstos tuvieron mayormente contacto con la elite, describen un modelo de mujer que llevaba a cabo actividades que los manuales no consignan.

¿Querrá decir esto que en la realidad las mujeres se ocupaban poco de sus hogares? ¿presentaban conductas distintas a la norma y contradictorias a lo que por género se les exigía?

El matrimonio y la familia determinaban la asignación de las tareas domésticas como único espacio de acción de las mujeres. La exclusión de éstas de la esfera pública se justificó ideológicamente a través del culto a la domesticidad que ganó fuerza a lo largo del XIX<sup>225</sup>.

Las obligaciones de las mujeres son muchas, fastidiosas y continuas; no hay un hombre capaz de cumplirlas<sup>226</sup>.

224.- George F. Ruxton, Aventuras en..., op. cit., p. 66-67.

225.- Para una discusión más amplia acerca de esta problemática Vid., Mary Goldsmith, Female Household workers in the Mexico city area, Tesis de doctorado de la Universidad de Connecticut, 1990, 2 vols. y Verena Stolcke, "Women's labours: the naturalisation of social inequality and women's subordination" en Kate Young et al., 2a. ed., Of marriage and the market. Women's subordination internationally and its lessons, Londres, Inglaterra, Routledge & Kegan Paul, 1984, p. 159-177.

226.- "De la influencia del bello sexo", en Panorama de... op. cit., p. 40.



**FAROL DE LA CALLE, OSCURIDAD DE SU CASA**

cuando tu conciencia te haya dicho es obligación, hazlo, por más obstáculos que te presenten tus inclinaciones y deseos<sup>227</sup>.

La unidad doméstica que se establece por medio del matrimonio para formar una familia se constituye como el espacio de la reproducción de la especie y el espacio del poder. Dentro de la familia se reproducen las relaciones de dominio que se dan de manera ampliada en la sociedad. Es también, el ámbito de la afectividad y donde se transmiten los valores educativos y las prácticas sociales reguladas para cada género. El control que ejerce el marido y la sociedad determinan, en última instancia, las prescripciones que se aplican a la mujer. Tomando en cuenta lo anterior, es posible analizar cómo las normas que se impusieron a las mujeres en tanto género, se expresaron en su práctica socio-cultural.

El trabajo doméstico que se asigna como exclusivo del género femenino estaba, durante la etapa de estudio, perfectamente regulado para las mujeres casadas o no. Puesto que era el terreno de dominio femenino por antonomasia, resultaba inadmisibles que el marido se entrometiera en los asuntos del hogar, en caso de hacerlo -lo que significaba una vergüenza para la esposa- debía ser para señalar errores y malos manejos, recomendar enmiendas o rectificaciones a

---

227.- Joaquín Enrique Campe, Eufemia..., op. cit., p. 69.

conductas desviadas o simplemente corregir imprecisiones cometidas por la mujer y que afectaban el manejo de la casa y de las mutuas finanzas.

El triple mérito de la mujer casada residía en su destino de esposa, madre, ama y gobernadora de su casa y de su familia, y con este carácter debía cumplir un sinnúmero de tareas que, como resultado las confinaba al hogar.

**Amor a su casa [...]** Consiste en aquella disposición dominante de ánimo, por la cual la mujer prefiere la mansión de su casa, el gobierno de ella, la educación de sus hijos, los entretenimientos inocentes, y la franca comunicación con los que habitan en la misma casa, a todas las disipaciones, a toda distracción y a cada concurrencia que no exijan imperiosamente la decencia y las relaciones de tu estado. Primero tu destino, que exige seas el alma del gobierno de tu casa; ¿y cómo lo serás si tus inclinaciones te sacan de tu esfera y te llaman a disipaciones fuera de tu morada<sup>228</sup>.

**La mujer que poco hila,  
siempre trae mala camisa.**

A partir de la lectura de manuales y novelas, es posible inferir que, las madres eran las encargadas de enseñar a sus hijas a coser, bordar y cocinar, a conocer los objetos y mercancías que servían para la elaboración de los alimentos, a ser modestas, ahorrativas y por tanto buenas administradoras del gasto familiar.

Es menester que sepa escribir y contar bien, que se ejercite en contar de

228.- Ibid., p. 118.

memoria, para que no la engañen en las compras y pueda pagar pronto a sus criados y jornaleros: que sepa llevar un libro de cargo y data o de entrada y salida, en donde conste lo que recibe, y los gastos todos, disponiendo con orden los asientos, y con exactitud, puntualidad y limpieza para ponerse fácilmente en estado de darse cuenta a sí misma y a su esposo del estado de la casa...<sup>229</sup>.

Pero no sólo se les señalaban tareas administrativas, sino también de organización y buen funcionamiento del hogar: que supieran escoger a los criados, darles órdenes y supervisarlos<sup>230</sup>. A este respecto, la Marquesa Calderón afirmaba que los criados hombres eran más limpios que sus contrapartes femeninas, sin embargo, destacaba que cuando se lograba encontrar una ama de llaves adecuada la dueña de casa se podía desatender de las ocupaciones que implicaba su tarea:

Las criadas mexicanas tienen algunas muy buenas y nunca desmentidas cualidades. Son modelo de cortesía, humildes, serviciales, de muy buen carácter, y con facilidad se aficionan a quienes sirven;

229.- Ibid., p. 43-44.

230.- Las casas de los ricos para su mantenimiento requerían de entre diez y veinte sirvientes de ambos sexos. Otras casas tenían seis y la clase media por lo menos contrataba uno. Cfr., Doris Ladd, La nobleza..., op. cit., p. 98 y Edith Couturier, "Las mujeres de una familia...", op. cit., p. 167. Esta última informa de los sueldos que se pagaban: la cocinera y el ama de llaves ganaban 6 pesos al mes; la costurera, 2 pesos y 4 reales y la galopina 2 pesos y medio. La Marquesa también proporciona algunos ejemplos: las galopinas y las recamareras de cinco a seis pesos; las costureras alrededor de tres reales diarios, Cfr., La vida en..., op. cit., p. 141. Brantz Mayer añade que, al cochero se le pagaban de cuatro a seis pesos por mes, a la galopina entre tres y cuatro pesos y al ama de llaves entre ocho y diez pesos, Cfr., México, lo que fué..., op. cit. p. 501.

y si, rara avis, se logra conseguir una buena ama de llaves, aun cuando por experiencia me consta, que es posible encontrarla, entonces todas las molestias del tráfigo de la casa descansan sobre sus espaldas, y, acostumbrada como está a la amable debilidad de sus "compatriotas", nunca la sorprenden ni la perturban <sup>231</sup>.

Se les imponían otras labores: ocuparse del cuidado de los hijos y de su educación religiosa, mantener en todo momento el orden y aseo de la casa y por supuesto complacer y hacer felices a sus maridos, evitándoles problemas y disgustos<sup>232</sup>.

Era evidente que las normas que regían el destino de las mujeres no tenían la misma vigencia en los diferentes sectores sociales. Las mujeres de la clase media se acercaban más al ideal que los manuales propugnaban, mientras que las mujeres de la clase alta observaban conductas más permisivas, tal como lo hace saber la intuitiva Marquesa Calderón, quien refiriéndose a la elite escribió:

...mientras una mujer asista a la iglesia asiduamente patrocine alguna institución de caridad y no cause escándalo en su conducta exterior, bien puede hacer lo que le venga en gana<sup>233</sup>.

Por su parte, los viajeros varones, no fueron tan dados a examinar puntualmente la vida de las mujeres y consideraban

231.- Marquesa Calderón de la Barca, La vida en..., op. cit., p. 141.

232.- Cfr., Madama Cora Millet, "Manejo y gobierno de una casa" en La Semana de..., op. cit., Tomo II, (en 5 entregas); Joaquín Enrique Campe, Eufemia..., op. cit.; Manuel Payno, "Memorias sobre el...", op. cit., p. 25-28.

233.- La vida en..., op. cit., p. 170.

como un indicador del bajo desarrollo social de los mexicanos el poco aprecio que tenían por las mujeres. A este respecto dice R.H. Mason:

gran parte de la sociedad tiene poco respeto por el carácter femenino, de ahí que los modales hacia ellas sean repulsivos y groseros. La costumbre prevalociente de que los hombres vivan y tomen sus alimentos en las mejores habitaciones de la casa, mientras sus esposas e hijas permanecen por debajo, es como puede suponerse muy perjudicial para ambas partes: los hombres comportándose groseros entre ellos, y las mujeres hundiéndose en un estado de negligente degradación<sup>234</sup>.

#### MODOS Y MODAS

Salud y alegría  
belleza cría,  
Atavío y afeitado  
cuesta caro y miente.

Entre las clases altas, las mujeres disponían de su tiempo dedicándose a una intensa vida social: visitas, tertulias, paseos, teatros y bailes, sin descuidar la oración y el culto religioso. Los viajeros acuerdan que éstas damas participaban poco en trabajos útiles que se dejaban en manos de sirvientas, cocineras, lavanderas, nodrizas y costureras. Aunque se les recomendaba conceder algo de su tiempo para supervisar la casa y la educación de los hijos.

Es costumbre entre las señoras de buena sociedad ocuparse en labores que solo tienden a adornar sus personas y sus casas; estos trabajos si bien son verdaderamente agradables y exigen esmero

234.- R. H. Mason, Pictures of life ..., op. cit., p. 75.

e inteligencia para ser ejecutados con perfección no son de utilidad alguna y sí muy costosos por los materiales que en ellos se emplean; por lo que creemos que deben ser reservados solo a las jóvenes ricas que pueden dedicarse a ellos asiduamente. Sin embargo, no desaprobamos el ocuparse de ellos, ya sea por pasar agradablemente algunos ratos de ocio, ya por enseñar a los demás; pero nadie debe abandonar por estos trabajos otros que aunque menos delicados, son más útiles y necesarios a la economía doméstica<sup>235</sup>.

Las mujeres de clase social acomodada, además del vestido y los adornos, se distinguían de las demás por el estilo de vida que llevaban: disponían las comidas, daban instrucciones para que se cuidara a sus hijos, asistían a la iglesia y ayudaban con donativos a los conventos para los que organizaban fiestas de caridad, recibían visitas y las correspondían, salían de paseo, iban al teatro y acompañaban a sus maridos a las recepciones. Su conducta estaba determinada por la fortuna de sus maridos y por ello debían fungir como adorno y enlace social para sus cónyuges.

La vida de una elegante dama mexicana parece estar dividida entre la asistencia a misa por la mañana, para lo cual se engalana de manera muy elegante y elaborada; chismear y pasear a medio día por la Alameda, u otros paseos públicos; y exhibirse, por la noche, con el mayor esplendor y coquetería posibles, en el teatro o en la ópera<sup>236</sup>.

Gracias a las descripciones que los viajeros legaron y a que observaron de cerca los usos y costumbres de la sociedad

235.- José T. Cuellar, "Pensamientos", en La semana de..., op. cit., Tomo I, p. 174.

236.- R. H. Mason, Pictures of life in..., op. cit., p. 52-53.

decimonónica, en la que las mujeres de la elite sentaban el ejemplo al que aspiraban las otras clases sociales, ha sido posible recuperar esa vida diaria y repetitiva que llevaban a cabo. Los hábitos que se describen conforman un modo de vida que parece fue común a todas ellas:

Me levanto a las ocho u ocho y media, por lo regular; de esta hora a las nueve me desayuno; de las nueve a las diez me visto y me aseo para salir; a las diez tomo el coche y me voy a la Alameda a hacer ejercicio, o al Parián a comprar algunas cosas o a casa de alguna amiga. En estas y las otras dan las doce y me vengo a almorzar; después en tomar la lección de baile y recibir algunas visitas se va el tiempo hasta las dos o dos y media que viene mi marido y nos ponemos a comer; después de esto, a las tres y media o las cuatro, me acuesto a dormir siesta hasta las seis; a las seis me levanto tomo chocolate, me voy al paseo o me entretengo en vestirme hasta las siete, hora en que me voy a algún baile o al Coliseo; acabada la comedia o el baile, que es bien tarde, me retiro a casa, ceno y me acuesto<sup>237</sup>.

Las damas de posición, no salían solas sino que eran seguidas por su sirvienta, aya o dueña. Las que asistían a misa iban temprano por la mañana: ninguna familia de bien debía omitir sus deberes matutinos y eran las mujeres el principal sostén de la Iglesia ya que mantenían el culto vivo y actuante. La parte religiosa era esencial en la vida

---

237.- J. Joaquín Fernández de Lizardi, La Quijotita v..., op. cit., p. 49-50. Con este texto el autor ilustró el extremo al que una mujer podía llegar y lo contrapuso con el modelo ideal de la bien educada que cumplía con las prescripciones. La Marquesa dice que eran pocas las señoras que iban a la Catedral para sus devociones y, por otro lado, describe los ejercicios religiosos que la elite acostumbraba.

hogareña y nadie mejor que Guillermo Prieto para dar a conocer cuál era el ritmo de esas conmemoraciones:

en enero rifas de santos y compadrazgos; en cuaresma función los viernes, confesiones, comuniones por intención, y paseos con motivo de la Semana Mayor a sus procesiones. Ejercicios, desagravios, romerías, posadas, Noche Buena, Nacimiento... Con tan variadas atenciones apenas quedaba tiempo para tomas de hábito y cantamisas, rejas y libertades moniles... Las luces de la Merced, del Carmen, de San Agustín, de Regina eran divinas<sup>238</sup>.

Durante la misa debían permanecer arrodilladas o sentadas en el piso, a diferencia de los varones quienes se podían sentar en sillas o en bancas, como informa la Marquesa Calderón<sup>239</sup>. Llegaban a la iglesia vestidas de negro, se cubrían la cabeza con un velo ya que no se podía entrar con sombrero; peinaban con gran cuidado su cabellera y ponían particular esmero en el aseo de sus pies y usaban medias de seda con ornamentados cuadritos; calzaban zapatos de tacón bajo que, en opinión de los viajeros, les quedaban chicos, razón por la cual no eran muy dadas a caminar.

El zapato negro indica recato, seriedad y compostura. El carmelita indica amor, y deseo de matrimonio, voluntad de agradar. El verde oscuro, melancolía, encogimiento, pasión oculta. El blanco, voluptuosidad y enajenamiento amoroso. El azul celeste, lo usan las cocineras los domingos. El verde claro y color de rosa, lo acostumbran las maromeras y las

238.- Memorias..., op. cit., p. 16.

239.- Marquesa Calderón de la Barca, La vida en..., op. cit., p. 103.



mujeres que tienen la locura de vestirse de moras en tiempo de máscaras. Entre los tres primeros colores puede alternar la mujer casada. Sin embargo, podría ceñirse a salir de mantilla siempre con zapato negro. Para visitas en la tarde, carmelita muy oscuro. Para baile, y algunas veces dentro de casa, zapato blanco. El uso de la media calada y de una ligera cáliga cruzada en la garganta del pie, es especial para mantener la ilusión del sexo brusco y feo<sup>240</sup>.

Pocas cosas eran consideradas como más vulgares que caminar a pie por las calles. El coche se utilizaba aún en distancias cortas. En un artículo aparecido en El Iris, en 1826, se comentaba con aprobación el hecho de que algunas señoras habían empezado a "honrar la lozana Alameda con su presencia pedestre"<sup>241</sup> aunque lo hacían tapadas con espesas mantillas, pañuelos y velos, ocultando su efigie a los ojos de los curiosos. Esta costumbre, por lo visto, no prosperó ya que en 1848 Mason hacía notar que seguía considerándose prosaico caminar por las calles. Aunque, en el supuesto caso de que un caballero se topara de frente con alguna dama, que por casualidad caminaba por la calle, se esperaba que se descubriese la cabeza para saludarlas.

---

240.- Manuel Payno, "Memorias sobre el...", op. cit., p. 23.

241.- "Variedades" en El Iris..., op.cit., 7 de junio de 1826, núm. 24.

De vez en cuando, puede uno cruzarse con una mujer soltera seguida por su vigilante 'dueña'; impregnando vuestro olfato de una delicada bocanada de humo emanada de un cigarrillo prendido; encubierto entre su amplia mantilla; aunque esta no es una escena habitual...<sup>242</sup>

Las clases sociales se distinguían unas de otras por su vestuario y, debido a la estratificación social heredada desde la colonia, no se consideraba lícito apoderarse del traje que por norma no correspondía, ya que mediante el traje se juzgaba y reconocía a la persona<sup>243</sup>.

Los miembros de la elite frecuentaban las recepciones que ofrecían las embajadas extranjeras o las que el gobierno mexicano organizaba para agasajar a personajes llegados al país -éstas quedaron registradas en la memoria- por la fastuosidad con que se celebraron. Una fue la ofrecida en 1824 a los señores Ward, Hervey y O'Gorman, enviados especiales de Inglaterra y, la otra, el baile de caridad en el teatro del Coliseo, que fue de disfraces y preparado a la llegada del enviado español Don Angel Calderón de la Barca y su esposa.

Este causó gran revuelo entre la sociedad capitalina porque la Marquesa manifestó su intención de ir vestida de China poblana. Como se consideraba que el traje era de una mujer de dudosa reputación y baja estirpe el escándalo no se

---

242.- Charles Latrobe, The Rambler in..., op. cit., p. 147.

243.- Los viajeros describieron el vestuario según la clase social destacando precisamente las diferencias en telas y adornos.

hizo esperar, llegando al grado de que tres ministros del gabinete fueron a aconsejar al marido que la hiciera desistir de su idea, por lo que se tuvo que vestir de "virtuosa CONTADINA romana". Carlos María de Bustamante relató sarcásticamente el evento:

Comenzó este a ejercitarse a las 9 de la noche del 8 de enero [1840] y concluyó a las 6 de la mañana del 9. Las damas se presentaron ricamente alhajadas, sobresaliendo las mujeres de los agiotistas que abundan en dinero y brillantes; una se dejó ver vestida a la turca, otra a la María Stuard (sic), otra a la escocesa y otras de pastoras, pero no de las que bailaron en Belén; esta extraña mescolanza de caricaturas nos trasladó sin querer al país de las Monas, sin que retrajese a las señoras de asistir a esta concurrencia y en tales trajes, el que tres noches antes se había representado allí una comedia francesa en que se censuraba con ironía pizante lo mismo que entonces se efectuaba<sup>244</sup>.

Después de misa consagraban una parte de su tiempo para poner en orden sus asuntos personales: algunas escribían cartas, otras tocaban el piano, cosían, se encargaban de organizar obras de caridad o tomaban clases particulares de canto o baile<sup>245</sup>.

244.- Continuación del Cuadro Histórico. El gabinete mexicano durante el segundo periodo de Bustamante hasta la entrega del mando a Santa Anna, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, Vol. 7, p. 6

245.- En 1830 los esposos Pautret eran los profesores de baile más respetados y solicitados de la ciudad capital. En 1843, llegaron de España los hermanos Pavía con la idea de establecer una academia de baile. Estos maestros esperaron en vano que posibles discípulos se presentaran a su local, en cambio recibieron recados para que fuesen a los domicilios de las señoritas o señoras a impartir de manera particular sus conocimientos, pues era mal visto que las damas asistieran a

**Almuerza bien, come más  
cena poco y vivirás.**

La disposición de las comidas era otra actividad que ocupaba el tiempo de las mujeres. Debían supervisar que la cocinera tuviera listas, muy temprano, las tazas del chocolate - en agua o en leche- para cuando la familia se despertara. El almuerzo se servía a las diez y la comida entre la una y las dos de la tarde. Otro chocolate, entre cuatro o cinco de la tarde, un refrigerio para la merienda y la cena alrededor de las diez. "Cada familia mexicana tenía un libro o cuando menos un cuaderno manuscrito, en donde conservaba la tradición de los usos y costumbres culinarias"<sup>246</sup>.

Se guisaba en cocinas de carbón, el fuego se mantenía prendido utilizando aventadores de palma, en las hornillas se colocaban las ollas de barro o los cacharros de cobre. Los utensilios que se podían encontrar variaban, desde loza vidriada, cucharas y molinillos de madera, cedazos y ralladores de metal, la pala de hierro para sacar la ceniza, etc. En el trastero se encontraban los botellones de vidrio donde se guardaba el aceite, la manteca y los condimentos, y allí se desplegaba la vajilla para el diario que podía ser de talavera de Puebla o de barro de Guadalajara.

---

este tipo de establecimientos. Cfr., Luis Reyes de la Maza, Circo, aroma y teatro 1810-1910, México, UNAM, 1985, p. 48.

246.- Cfr., José Luis Cossío, Del México Viejo, México, Publicación del autor, 1934, p. 61 y Salvador Novo, Cocina mexicana o historia gastronómica de la ciudad de México, México, Editorial Porrúa, 1967, p. 109-124.

Por contraste, el comedor -de clara influencia francesa- presentaba otra imagen, formado por la mesa, cubierta por mantel de lino, las sillas y el cristalero o trinchador que exhibía lujosas piezas de plata como candelabros, porcelanas francesas y cristalería de Bohemia. Las paredes se adornaban con cuadros y tapices.

Las costumbres alimenticias no habían quedado estáticas. La Independencia, la entrada indiscriminada de extranjeros, los viajes a los países "civilizados", hasta los desórdenes políticos influían en las transformaciones que se operaban en la cocina criolla de ricos y pobres. Algunos visitantes hacen saber cómo se habían introducido nuevas costumbres en el comer, y afirman que demostraban una nueva actitud en la sociedad mexicana que dejaba a un lado su herencia colonial y se elevaba por encima de su nivel de vida, adoptando nuevos modos y nuevas modas que la llevarían a alcanzar el progreso necesario para ser considerados entre las naciones modernas, hasta en la cocina.

El chocolate autóctono continuaba siendo la bebida por excelencia al igual que los atoles, pero ahora se alternaban con el café o con el té. Lo mismo sucedía con el pulque, en su lugar se comenzó a preferir el vino que se traía de España. Las carnes y aves se preparaban a la francesa tal y como aparecen en el Diccionario de Cocina y las frutas y legumbres también se bautizaban en otros idiomas y ni qué decir de los postres que ahora se conocían como "confituras".

Al momento de despertar el mexicano bebe una taza pequeña de chocolate, con un pedazo de pan y un vaso de agua. A las 10 se toma lo que aquí se considera el desayuno -que es equivalente a una comida, que no consiste ni en café ni en té sino carnes, confituras y vino. Alrededor de las 3 de la tarde, se sirve la comida. A las 6 o 7 beben otra vez chocolate; y a las 10, se sirve una enorme cena -de carnes calientes etc., que equivale a una tercera comida. Los servicios en estas comidas consisten en 3 o 4 platos guisados con carne y muy pocas verduras, -seguidos invariablemente de frijoles- y finalmente los postres, a los que son muy afectos<sup>247</sup>.

La comida de todos los días no había sufrido grandes variaciones pues seguía consistiendo en sopa, guisado de varias carnes, verduras, garbanzos, arroz y especias -que se conocía con el nombre de "olla podrida" y que se podía servir seco o con caldo-, los tradicionales frijoles en caldo o chinitos, acompañados por tortillas recién hechas y frutas, pasteles y confituras de postre.

El enorme consumo de tortillas no dejó de admirar a la mayoría de los viajeros quienes las consideraron el alimento por excelencia de los mexicanos, sin importar la clase social a la que éstos pertenecieran. Las tortillas, por su flexibilidad, podían utilizarse en lugar de las cucharas, por lo que Ward dice que se conocían como "cucharas de Moctezuma".

La hechura de las tortillas es un arte de tanta importancia, que en las casas de gente respetable una mujer, llamada por su oficio 'tortillera', se tiene para

247.- Edward Thornton Tayloe, Mexico 1825-1828..., op. cit., p. 70.

este único propósito; y para el oído de un extranjero suena muy extraño, durante las comidas, el rápido palmoteo que se lleva a cabo en la cocina hasta que todas las demandas son satisfechas<sup>248</sup>.

Si bien las recetas para cocinar se modificaban al introducirse nuevos condimentos, la preferencia milenaria por el chile permaneció y fue un tema que encontró cabida en los testimonios de los viajeros. Algunos describieron con disgusto y molestia su sabor, mientras que otros llegaron a paladearlo con delicia luego de haberse visto sorprendidos por el "picor tan grande que produce entre los no iniciados...pero el paladar se acostumbra y el hábito se hace indispensable"<sup>249</sup>.

Las invitaciones a cenas formales cayeron en desuso porque los espectáculos terminaban muy tarde, después de la media noche, y a esas horas no era adecuado agasajar. No obstante, las que se organizaban cuidaban estrictamente la etiqueta y en los menús se incorporaban los nuevos sabores y platillos.

La cena se distinguía de la comida porque no se servían ni sopa ni cocidos pero "los helados son aquí de estricta obligación" como apuntaba el Diccionario de Cocina. Un detalle que los viajeros destacan era el que en la mesa no se usaban los cuchillos, sí acaso se ponía uno en el medio de la mesa que no se utilizaba regularmente. Los mexicanos comían con cuchara, tenedor y con los dedos.

248.- G. F. Lyon, Residencia en..., op. cit., p. 72.

249.- Henry George Ward, México en..., Op. cit., p. 58.

Las mujeres son más amables en la cena que en cualquier otra época del día, y parece que mientras más se acerca el momento de ejercer su dulce imperio, se vuelven más tiernas y seductoras: la noche es para ellas el tiempo de la soberanía y de la irresistible seducción, y lo saben tan bien, que muchas se han divorciado del sol<sup>250</sup>.

#### PARA MATAR EL TIEMPO: LA TERTULIA

Dispuestas las comidas para el día las señoras se aseaban y arreglaban para recibir o devolver visitas domiciliarias. Estas formaban parte de la gestión del tiempo de una mujer de la buena sociedad. La Marquesa Calderón de la Barca hacía notar que, a su llegada varias mujeres dejaron de lado los cumplimientos sociales y fueron a visitarla.

Entre los usos y costumbres que la sociedad mexicana estaba adoptando, aquellas provenientes de Francia e Inglaterra, se disputaban la preeminencia. José María Luis Mora afirmaba que:

En los primeros años después de la Independencia, Inglaterra dio el tono a la sociedad mexicana: los trajes, las modas, los muebles, las comidas, las tertulias, todo, todo era por entonces a la inglesa [...]. Pero empezaron a introducirse los franceses, y como sus hábitos y modas están más en conformidad con los antiguos de México, desde luego fueron preferidos a los primeros que apenas empezaban a crearse<sup>251</sup>.

250.- Mariano Galván Rivera (publ), Diccionario de cocina o el Nuevo Cocinero mexicano en forma de diccionario, México, Imprenta de I. Cumplido, 1845, p. 16.

251.- México y sus..., op. cit., p. 110.



Las visitas tenían fechas señaladas -debían hacerse desde las doce del día hasta las dos o tres de la tarde, o bien desde que oscurecía hasta muy entrada la noche- excedían en tiempo y ocupaban buena parte de la jornada cotidiana. En ellas se acostumbraba ofrecer refrescos acompañados de confitados y conservas, chocolate, café y té, bizcochos, vinos y licores<sup>252</sup>. Muchos viajeros mencionan que, no eran frecuentes las invitaciones a comer, sin embargo, como los convites se alargaban, a los anfitriones no les quedaba otro remedio que invitar a sus huéspedes a la mesa.

La vida de la mujer casada se regulaba minuciosamente. Giraba alrededor del marido, de ahí que, a fin de no destruir la primera impresión, causada durante el noviazgo, y seguir conservando su interés, se les aconsejaba que siempre lucieran bellas y al acicalarse pensaran en ellos todo el tiempo. La prescripción llegaba incluso al grado de determinar hasta los colores que las mujeres debían utilizar:

Al ponerse al tocador, la esposa hará reminiscencia del capricho que tenía el marido cuando era novio. Si en el principio de los amores la vio con un traje blanco, con una rosa al pecho y un

---

252.- Gran parte de los dulces que se ofrecían provenían de los conventos de religiosas establecidos en la ciudad de México cuyas especialidades hacía que fueran visitados por todas las clases sociales. Las monjas de la Concepción hacían empanadas; las de San Bernardo toda clase de dulces y conservas además de bizcochos y tostadas para los enfermos; las de Santa Catalina elaboraban dulces y empanadas; San Jerónimo, calabazates; San Lorenzo, alfeñiques y caramelos y las de Santa Teresa eran famosas por sus panes rosa o marquesates. Cfr. Josefina Muriel, Cultura femenina Novohispana, México, UNAM, 1982, y Jesús Romero Flores, México. Historia de una gran ciudad..., op. cit.

jazmín en los cabellos, no deberá omitir presentarse al descuido a su marido con esos mismos adornos. El traje será sencillo, pero elegante y bien arreglado al cuerpo, sin que sea tan largo que oculte los pies y el garboso andar, ni deje descubierta la pierna, sino en una pequeña parte. Los colores de los vestidos deberán acomodarse al del rostro y pecho, haciendo al descuido pregunta sobre esto al marido, y prefiriendo los géneros que más le agraden. En este punto aconsejo a las mujeres sacrifiquen enteramente sus caprichos y aún los de la moda, con tal de no dar el más pequeño disgusto a su dueño querido. Un vestido azul celeste en una trigueña es un sarcasmo horrible que lleva adherido a su cuerpo. Un vestido nácar o negro en una mujer blanca, es un título para que su marido la idolatre. El azul celeste y amarillo fuerte deberían suprimirse enteramente<sup>253</sup>.

Las mujeres de clase acomodada, aunque no eran un modelo acabado y perfecto de todas las virtudes domésticas, como decían los viajeros, poseían modales dulces, suaves, comedidos y atractivos. Lo elegante de sus trajes para la visita, el gusto en la elección de los adornos, la gallardía de su talle y lo hermoso de sus formas, hacían la delicia de los asistentes en reuniones públicas y privadas.

Durante los primeros años de vida independiente las tertulias más concurridas eran, por un lado, las que organizaba María Ignacia Rodríguez de Velasco, la Güera Rodríguez, donde asistían iturbidistas, borbonistas, mineros, canónigos y republicanos y, por el otro, las de María Petra Teruel de Velasco, "el ángel guardián" como se la conocía, por la protección que había manifestado a los insurgentes.

253.- Manuel Payno, "Memorias sobre el...", op. cit., p. 22.

Para la cuarta década del siglo pasado, además de la Güera Rodríguez -que seguía recibiendo, junto con sus hijas- la tertulia más concurrida, era la que solía organizar María Ana Gómez de la Cortina, condesa de la Cortina<sup>254</sup>.

Bailes, reuniones o asambleas de cualquier género jamás se efectúan entre ellos; las amigables TARDES DE TE (tea and evenings) se buscarán en vano fuera de Inglaterra; pero tenemos un sustituto de ellas, en México, el cual aunque no tan pulido, resulta más amistoso y se adapta de modo perfecto al clima y a las costumbres de aquí; la reunión es llamada TERTULIA. Uno se siente en ellas como si estuviera en casa y se le recibe como si se tratara de un conocido de años<sup>255</sup>.

En las tertulias menos estiradas se jugaba malilla o tresillo y las polluelas cantaban y bailaban, se divertían con juegos de prendas, salían al campo o preparaban posadas, rifas de compadres y loterías. El baile casero era característico de la clase media, dice Prieto, y se desarrollaba dentro de la casa de vecindad con motivo de algún nacimiento, cantamisa" o llegada de pariente foráneo. En éstos bailes las mujeres vestían carranclán o muselina, usaban peinetas y calzaban mahón (tela de algodón) o raso

---

254.- 1779-1846. Fue la fundadora de la comunidad de las Hermanas de San Vicente de Paul. Al respecto de ésta, la Marquesa hace notar la suntuosidad en la decoración de la casa, empero se sorprende "ante las numerosas impropiedades en el vestir, en los criados etc., en todo lo cual se observa una ausencia de esmero en el buen cuidado de la casa", La vida en México,..., op. cit., p. 47.

255.- William T. Penny, Zaguán abierto..., op. cit., p. 105.

con media de seda o hilo. Circulaban platones con puchas, rodeos y queso, copitas de rompope y licores, se bailaban jarabes.

Por regla general, el que quiera en México distinguir a la primera ojeada un baile de gente bien educada y uno de cierto pelo, fijese un momento: si la gente platica, rie o se comunica, es gente fina. El bailarador de cierto pelo toma el baile como por tarea, suda y se afana<sup>256</sup> como leñando o dándole a una bomba<sup>256</sup>.

Las diversiones para las distintas clases eran las mismas, aunque variaban en fastuosidad y elegancia de acuerdo al bolsillo de los jefes de familia, lo que hacía que las mujeres pudieran o no asistir al teatro, a los toros o salir al campo. Sin embargo, casi todas eran asiduas visitantes a la iglesia, participaban en las festividades religiosas, así como a posadas o fiestas como la de San Agustín de las Cuevas.

Al negárseles la participación en el mundo político<sup>257</sup>, las mujeres de la elite dominaban el privado por medio del sistema de etiqueta. Eran, por lo tanto, líderes de la sociedad, las que decidían a quién aceptaban recibir y a quién rechazaban. Con ello demostraban que podían ser útiles

---

256.- Esta recreación la hemos tomado de Guillermo Prieto quien es el mejor cronista de la vida de la clase media mexicana, Memorias de..., op. cit., p. 107.

257.- La Marquesa cuenta haber asistido en 1840 a la apertura del Congreso: "No había señoras en la Cámara, excepción hecha de mí, y me alegro de no haberlo sabido antes, pues de saberlo, quizás me habría abstenido de concurrir". La vida en..., op. cit., p. 53.

a sus maridos, al alternar con las esposas de prominentes hombres de negocios.

Nadie podía ser recibido si no se le conocía personalmente o era presentado en la casa por un pariente o allegado, como era el caso de los viajeros. La vida social era exclusiva y privada y se desarrollaba en el hogar de los ricos donde sólo los conocidos podían entrar. En las tertulias las mujeres seguían encerradas, reproduciendo el poder patriarcal en los espacios y actividades a ellas adjudicados.

Es posible observar un traslape de actividades en las que se evidencia que la línea divisoria entre lo público y lo privado resulta difícil de separar. Las mujeres se movían entre ambos debido a su posición social y a su esfera de influencia, que iban más allá de lo que las prescripciones definían. Sus relaciones eran imprescindibles para que la familia siguiera manteniendo privilegios económicos y sociales.

No obstante que los manuales aconsejaban la manera en que las mujeres debían vestir para agradar al marido, cómo comportarse y, además, se les sugería permanecer en casa y ocuparse de las labores intradomésticas. Los viajeros, por contraste, ofrecen una imagen diferente, en la que admiten que éstas mujeres salían regularmente de visita ataviadas con lujosos trajes y demasiado maquillaje, se excedían en joyas, sedas, gasas, tafetanes y muselinas, atuendo que, en ocasiones, discrepaba de manera evidente con la "dejadez" de

la indumentaria de la dueña de casa que recibía por la mañana, como comenta la Marquesa Calderón y Latrobe lo confirma asombrado:

Un conocido me describió el resultado de una visita hecha por la mañana, a una dama noble a la cual había conocido la noche anterior durante la función de la Opera, en donde brillaba entre encajes y diamantes. Al llegar de visita por la mañana, la encontró enfundada en su bata de casa, toda su finura francesa hecha a un lado; sin medias y comiendo tortillas con chile en un plato común de barro<sup>258</sup>.

No siempre salían de compras y cuando lo hacían no se apeaban del coche. Los comerciantes establecidos de las calles de Plateros y San Francisco acostumbraban poner una tabla de madera entre el coche y la acera para acercarse a mostrar sus mercancías. Encontramos también múltiples referencias de que las costureras acudían a las casas o vivían en ellas.

Un formulismo mexicano consistía en que todo el que se establecía en la ciudad de México, cualquiera que fuese su rango, debía dar cuenta de su llegada y poner su casa a la disposición de las familias de cierta consideración de la capital, a través de tarjetas impresas como las siguientes:

Don Y.Z. (sigue el título), y su Esposa, Doña X.Y.Z.- participan a su llegada a este (sic) Capital, y se afrecen (sic) a su disposición en la calle de \_\_\_\_, No. \_\_.

Don Y.Z. \_\_\_\_, y su esposa, Doña X.Y.Z. \_\_\_\_ informan a uds. de su llegada a esta

258.- Charles Joseph Latrobe, *The Rambler...*, op. cit., p. 150.

capital, y se ponen a vuestro servicio,  
 en la calle de\_\_\_, No.\_\_\_\_. <sup>259</sup>

En las tertulias las damas según la costumbre, no se levantaban para recibir ni para despedir sino a las visitas de su mismo sexo. William Bullock señala que entre ellas se saludaban con gran afecto, se abrazaban y besaban en encuentros y despedidas. La Marquesa Calderón, por su parte, dice que se llamaban familiarmente entre sí por su nombre de pila y este hábito, que se extendía también a los hombres, le parecía bastante impropio y de mal gusto.

Con los hombres permanecían sentadas, sea cual fuera la dignidad del que se presentaba. Además, en visitas mixtas, las mujeres sólo mantenían conversación con sus compañeros, sin dirigirse a nadie más, cosa que a José María Luis Mora le parecía "una falta de urbanidad y una regla chocante hija del orgullo necio y mal entendido y en diametral oposición con todos los usos establecidos por las naciones civilizadas"<sup>260</sup>.

Otra regla de urbanidad imperante para el género femenino era la prohibición de que visitaran a hombres sin familia. No obstante, parece ser que esta disposición no se acataba del todo, ya que protegidas por el secreto asistían a citas de amor en vecindades de los barrios pobres, tal como Payno lo plasmó en sus relatos.

Nuevos modos y nuevas modas se establecieron en la capital por el contacto con los extranjeros. Una sociedad

259.- R. H. Mason, Pictures of life in..., op. cit., p. 79.

260.- México y sus..., op. cit., p. 113.

hastada y ávida de imitar costumbres ajenas y "frívolas", vio con buenos ojos la llegada de los anglosajones que incorporaron, entre otras cosas, la modalidad de las pequeñas soirées por las noches, luego de realizado el paseo. Consistían en veladas informales que reunían a un grupo selecto, ya sea para bailar o escuchar música y cantos. A las personas de edad se les organizaban juegos de cartas como el "tresillo que es semejante a la OMBRE de los franceses y a la QUADRILLE de los ingleses"<sup>261</sup>. Como no había que cuidar la etiqueta y las buenas costumbres se acostumbraba ofrecer sólo refrescos o vasos de jarabe con algunas pastas.

A pesar de todo, los extranjeros encontraban que las prácticas sociales mexicanas distaban mucho de reunir las características de protocolo que se esperaba en personas de rancio abolengo. Edward Thornton Tayloe critica esta manera de ser como poco propia y egoísta, y no comprende las cortesías de la etiqueta mexicana, ni trata de hacerlo:

Esta gente no acostumbra entretener; y su hospitalidad consiste en: poner su casa y sus posesiones a vuestra disposición, y se muestran siempre contentos si uno los visita, pero es raro, si acaso, os ofrecen algún refrigerio. Dicen que estarán honrados si una cena con ellos informalmente, pero no le extienden una invitación para tal efecto<sup>262</sup>.

En lo tocante a compromisos sociales las reglas establecían que había que corresponder en los cumpleaños.

261.- William T. Penny, Zaguán abierto..., op. cit., p. 105.

262.- México 1825-1828..., op. cit., p. 86.



Mora, por ejemplo, dice que "los parientes y aquellos que les son más adictos o tienen interés en conciliarse sus favores son los más puntuales en pagar este tributo social y rendir este homenaje a sus patrones, protectores o allegados"<sup>263</sup>.

Se consideraba un deber "felicitar los días". Sin embargo, esta costumbre se volvía un fastidio para el agasajado -sobre todo si éste/a eran gente de elevada posición social y tenían relaciones con el gobierno- por la cantidad de gente que acudía a agasajarlos. Para evitar recibir y obsequiar a los que llegaban, algunos decidieron, colocar en la puerta de la calle una mesa con avíos de escribir, a fin de que los que asistieran y no encontraran al festejado dejaran su nombre en la lista o bien una tarjeta de presentación. La Marquesa Calderón menciona los "engorros" que causaba atender y recibir a las personas que llegaban a felicitar, "pero no hacerlo se considera una falta de educación"<sup>264</sup>.

Ward, por su parte, comenta desconcertado el episodio, que les sucedió a él y a su esposa, cuando pidieron a los condes de Regla que fungieran como padrinos de su hija recién nacida. Los condes accedieron con la condición de que se les dejara hacer los arreglos:

...se preparó una espléndida ceremonia en la iglesia, con cientos de velas y música y multitud de asistentes y esto a su vez

263.- José María Luis Mora, México y sus..., op. cit., p. 114.

264.- La vida en ..., op. cit., p. 214.

fue seguido al otro día por una cena para veinte personas, y por regalos de diamantes, a los que era imposible que nosotros correspondiéramos adecuadamente, mientras el rechazarlos <sup>se</sup> habría considerado una ofensa mortal<sup>265</sup>.

Después de este comentario no asombra que el ministro Ward considerara que los mexicanos echaban la casa por la ventana cada vez que organizaban fiestas, por ello era impracticable (e incosteable) hacerlas con frecuencia. Es posible enlazar esta descripción con la de Concha Miramón, quien también comentó el lujo extremado con que se celebró su propio bautismo, en el que el padrino ¡"dio los bolos de cuatro y ocho pesos en oro a cada uno!"(de los asistentes)]<sup>266</sup>.

#### PARA PASAR EL RATO: JUEGOS Y APUESTAS

Hemos dicho que la capital ofrecía a sus moradores variados entretenimientos, los había para todos los gustos y todos los bolsillos.

¡Otra corrida de toros ayer por la tarde!  
Es como el pulque, al principio le tuerce uno el gesto, y después se comienza a tomarle el gusto<sup>267</sup>.

---

265.- Henry George Ward, México en..., op. cit., p. 714. Resulta interesante el recuento que Antonio García Cubas proporciona del nacimiento y fiesta de bautizo Vid, El libro de mis recuerdos, México, Editorial Patria, 1960, p. 237-243.

266.- Memorias..., op.cit., p. 1.

267.- Marquesa Calderón, La vida en..., op. cit., p. 119.

Los viajeros anglosajones se refieren a estas diversiones con desprecio cuando relatan las corridas de toros o las peleas de gallos.

De las primeras decía Penny que se llevaban a cabo de cuatro a seis de la tarde y eran la "diversión seductora de la que hombres y mujeres se muestran apasionadamente gustosos y a la cual, por ningún motivo, dejarían de acudir", en tanto que Poinsett comentaba, no poder concebir un espectáculo más alegre que el que se ofrecía en un día soleado, cuando la plaza se hallaba plétórica de damas bien vestidas "que demuestran mayor interés por el tormento y muerte de un toro, del que vos, con vuestros prejuicios habrías de considerar como decoroso en el sexo débil". Brantz Mayer, por su parte, las consideraba un mal ejemplo sobre todo para los léperos, ya que el espectáculo los animaba a "llevar a cabo hazañas de la más atrevida criminalidad"<sup>268</sup>.

A las peleas de gallos las equiparaba Poinsett con una carnicería, aunque hacía notar que con ellas se obtenían considerables ganancias. Penny con disgusto comentaba "que eran diversiones muy corrientes donde ambos sexos se mostraban sin modestia alguna" y Brantz Mayer creía que eran groseras y ruines, indignas "y en modo alguno podían

---

268.- Cfr., William T. Penny, Zaguán abierto..., op. cit., p. 110; Joel R. Poinsett, Notas..., Op.Cit., p. 138 y Brantz Mayer, México lo que fue..., op. cit., p. 91.

sancionarse sino era invocando las viejas costumbres tradicionales" que se habían heredado de padres a hijos<sup>269</sup>.

Otro asunto que fue motivo de asombro y constante recriminación y que aparece en la mayoría de los viajeros era que las mujeres, independientemente de su clase social, fueran aficionadas a los juegos de azar, por ello, registran su presencia en peleas de gallos y juegos de naipes y fandangos:

Me impresionó sobremanera el cambio que observé en tan poco tiempo entre las personas del grupo; de un ruidoso pero inocente gozo se había pasado al despliegue de pasiones del peor género, en las cuales las damas representaron un papel mucho más desagradable que en los juegos anteriores. Aquellos negros y refulgentes ojos que apenas unos pocos minutos antes habían brillado con viveza y alegría estaban ahora ensombrecidos y abatidos con expresiones de avaricia y discordia...<sup>270</sup>.

El Monte, sin embargo, fue el juego de azar que más llamó la atención de éstos visitantes, quienes se lamentaban de que las mujeres fueran aficionadas a ésta detestable pasión ya que, "era un negocio lícito que gustaban manejar los banqueros", por el placer que sentían al apostar y ganar o perder decía Mayer. Mientras que para Lyon, era "una de las ocupaciones más importantes y favoritas de la vida de los mexicanos".

---

269.- Cfr., Poinsett, Notas..., op. Cit., p. 138; William T. Penny, Zaguán abierto..., op. cit., p. 108 y Brantz Mayer, México lo que fue..., op. cit., p. 113.

270.- William Bullock, Seis meses..., op. cit., p. 76.

Los viajeros describen el monte cuando visitan la fiesta de San Agustín de las Cuevas, indicando que se verificaba en casas particulares, unas para los más ricos exclusivamente y otras abiertas para todo público. Las sumas que se arriesgaban eran millonarias y en ocasiones se perdían fortunas. La comidilla entre la sociedad, cuenta la Marquesa Calderón, era conocer las noticias de las "fluctuaciones de las bancas, de las pérdidas y ganancias de tal o cual persona o sobre el resultado de una VACA (especie de bolsa en común en la cual cada uno de los jugadores pone dos o tres onzas). Henry George Ward, da una idea de lo que se apostaba:

Hay montes de plata para las clases bajas, pero en todas las mesas respetables no se ve más que oro y no se permiten apuestas de menos de un doblón. La banca de éstas varía de 1500 a 3000 doblones. Cincuenta o sesenta de éstos es una apuesta ordinaria al voltear una carta; pero he visto arriesgar y ganar hasta seiscientos veinte. No hay límite para la apuesta, y aunque no se puede pensar en trampas, las probabilidades a favor de la mesa son tantas, que pocas personas continúan de ganadores por mucho tiempo<sup>271</sup>.

La prohibición que había en Europa y Estados Unidos por los juegos de azar, hizo que éstos visitantes vieran con más interés y morbo la costumbre mexicana del juego. Si bien lo critican y hablan muy mal de aquéllos que apostaban, no dejaron de participar a la menor oportunidad. Además, no

271.- Las citas corresponden a: Brantz Mayer, México lo que fue..., op. cit., p. 112; George Francis Lyon, Residencia en..., op. cit., p. 261; Marquesa Calderón, La vida en..., op. cit., p. 283 y Henry George Ward, México en..., op. cit., p. 484-485. El doblón valía 8 pesos.

perciben el desafío que significa en tiempos de inestabilidad política y económica el hecho de perder o ganar grandes cantidades de dinero y lo que simboliza "apostar el todo, por el todo". En todas sus opiniones, los viajeros proyectaban velados sermones morales, la riqueza -que posiblemente excitaba su envidia- estaba presentada como el origen de todos los vicios. La visión de la capital, que desde la Colonia habían difundido, no cambiaba.

#### HAY QUE DEJARSE VER: EL PASEO.

Un juicio distinto a los anteriores, fue el que emitieron al referirse a los tradicionales paseos, que por ser una costumbre arraigada en sus países de origen no fue censurado.

Al caer la tarde era la hora en que las principales calles de la ciudad se engalanaban con la presencia de carruajes, llenos de señoras y señoritas acompañadas por caballeros montados a caballo. Largas filas de coches, rodeaban lentamente las avenidas y senderos que ofrecían los tres paseos que había en la ciudad.

Los viajeros describen estos "caminos para pasear" comparándolos, como hace Ruxton, con el "Hyde Park de México", o la Marquesa con los "jardines de Kensington". Los más frecuentados eran el de la Alameda, el Paseo de la Viga y el de Bucareli.

Muchos elegantes jóvenes bien montados y vestidos pasean sobre sus hermosos pequeños caballos y exhiben sus personas

y maestría ecuestre a la primera oportunidad. [...] La mayor parte de los coches van tan cerca unos de otros que impiden a los ocupantes ver más allá de la ventana del carruaje que va casi pegado a su lado. Estos coches van ocupados por lo general con damas, que a causa de esta ridícula costumbre no tienen ocasión de ser admiradas y lucir su buena figura y belleza<sup>272</sup>.

Las señoras asistían al paseo lujosamente vestidas sin mantilla, las cabezas descubiertas, coiffés con flores y joyas<sup>273</sup>. Pero como la mayoría de los coches eran cerrados, sólo permitían ver a medias a los que iban en el interior cuando pasaban intercambiando saludos con un movimiento de los dedos o con el abanico. Era en estas ocasiones cuando se concertaban los noviazgos e incluso se arreglaban las citas secretas.

Sentadas, fuman sus cigarrillos hasta que se hace de noche (porque no hay crepúsculo), reciben visitas de los caballeros, quienes trepan a los estribos del carruaje y meten la cabeza por las ventanillas, pasan sus críticas y les traen nuevas...<sup>274</sup>.

La Alameda era un hermoso conjunto de árboles de varias clases (fresnos, sauces, alamos) plantados en unos diez acres de suelo húmedo y fértil. El bosque, amurallado y protegido por puertas que se cerraban cada noche, estaba surcado de

272.- William Bullock, Seis meses..., op. cit., p. 123.

273.- Ejemplos de vestuario se encuentran en los periódicos de la época, que tenían una sección dedicada a las últimas modas de París donde se daban a conocer las innovaciones de los modistos más famosos. Para cada ocasión recomendaban distintos trajes y los describían minuciosamente a través de hermosas viñetas.

274.- William T. Penny, Zaguán abierto..., op. cit., p. 110.

avenidas y circundado por un asiento de mampostería; a ambos lados de las calles enlosadas quedaban los jardines divididos con rejas de madera. Tenía varias fuentes, la más llamativa era la que estaba en el centro coronada con una figura dorada de la Libertad, reformada en 1852, a cuyas plantas vertían agua unos leones dorados. Por la mañana se podían ver a los niños jugando, vigilados de cerca por las nanas y a estudiantes paseando. La rutina consistía en pasear por las tardes en los caminos del bosque o ponerse en fila a observar a los demás.

El Paseo de la Viga, reservado para los sábados y domingos, lo describen Bullock y Lyon: estaba plantado por una doble hilera de árboles que terminaban de pronto cerca de un puente y exclusiva, bajo el cual pasaba el Canal de Chalco, y desde donde se podía observar a los indios que empujaban sus canoas cargadas con productos para el mercado. Este paseo ofrecía un espectáculo más placentero y agradable y, al igual que en la Alameda, los coches se deslizaban por los caminos en largas hileras.

Poinsett nos describe el Paseo Nuevo o de Bucarelli, como una ancha calzada que se levanta a unos tres pies sobre las praderas que rodeaban la ciudad y plantada a ambos lados con huejortiles, árboles altos tiesos y cónicos, y donde alrededor de la glorieta, en medio de la calzada, en 1852 se trasladó la estatua de Carlos IV. En éste también las señoras se



divertían viendo desfilar a los carruajes y admirando la gallardía de los jinetes<sup>275</sup>.

La clase media, por su parte, invertía su tiempo viendo el recorrido que hacían los coches elegantes a lo largo de las avenidas arboladas o bien asistían ellos mismos a los paseos de la Pradera o de la Retama donde podían disfrutar de maromas y meriendas. "Otras MAROMAS, o sean los lugares en que los cirqueros y volantines lucían su destreza, existían en la cuarta calle del Reloj y en la esquina del Puente del Santísimo". Allí el público bebía pulque, jugo de lima o de naranja, compraba a los dulceros que ofrecían su mercancía: cartuchos de almendra, garapiñados, acitrone, calabazates...<sup>276</sup>.

Para los fines de semana estaban Santa Anita e Itxacalco. Contaban también con diversiones como el juego de pelota y los gallos de San Camilo, o los títeres para el público infantil.

Cabe hacer notar que José María Luis Mora asentaba, a diferencia de los viajeros, que las mujeres que asistían a los paseos pertenecían a la clase ínfima de la sociedad y añade que los usos y costumbres estaban cambiando, ya que se

---

275.- Todos los visitantes consideraron imprescindible ofrecer su descripción de éstos paseos y a partir de esas narraciones hemos reconstruido la nuestra.

276.- Cfr. Guillermo Prieto, Memorias de mis..., op. cit. y Antonio García Cubas, El libro de mis..., op. cit., p. 476.

podía admirar a mujeres paseando a pie, cosa que los relatos viajeros no asientan<sup>277</sup>.

#### TODAS FUMAN?

Opinión que aparece mencionada siempre en los diarios de los viajeros es la costumbre de fumar que tenían las mujeres mexicanas. Todos la encuentran detestable, lo que hace pensar que ni en Inglaterra ni en el país del Norte se permitía a las mujeres fumar, o que éste hábito era considerado no prudente ni elegante para el género femenino y, como dice Poinsett,

Yo sabía que era costumbre de las señoras fumar, pero me había supuesto que sólo lo hacían en la intimidad. A mí me parece una costumbre detestable tratándose de señoritas, pero supongo que mi delicadeza es el resultado de prejuicios añejos. Según parece no les repugna a los caballeros mexicanos y se susurran declaraciones amorosas y se cambian votos de fidelidad entre nubes de humo...<sup>278</sup>.

#### ¿Cómo fumaban las mujeres?

Las personas de distinción para fumar llevaban a cabo toda una parafernalia en la que empleaban una serie de objetos finos, que ponían en evidencia su fatuidad.

Usaban cigarreras de oro y plata -que las mujeres ponían entre sus senos-, acomodaban el tabaco con un pequeño punzón y para no mancharse los dedos tomaban el "cigarrito" con unas

277.- José María Luis Mora, México y sus..., op. cit., p. 108.

278.- Joel R. Poinsett, Notas..., op.cit., p. 114.

tenacillas de plata u de oro que tenían una argolla, por donde se introducía el dedo a fin de sujetar el cigarro. Estas tenacillas pendían de una cadenita de oro que las mujeres colgaban en su cuello o en el cinturón.

Para fumar en casa tenían previstos unos braceros pequeños prendidos, que se colocaban sobre una bandeja, en la que estaban dispuestos los cigarrillos que ofrecían a los visitantes<sup>279</sup>.

La costumbre de fumar estaba tan arraigada que los manuales prescriptivos y los periódicos femeninos se referían a ella mediante consejos para evitarla en público, concedían la razón a los viajeros, al tiempo que prescribían una conducta que empezaba a no ser aceptada.

Este hábito, que tan común, puede quizás explicar el manejo de una cierta autonomía en las mujeres, que con esto demostraban una conducta que iba contra las normas establecidas y que les importaban muy poco las prescripciones.

Sin embargo, para evitar que los dientes se pusieran amarillos se recetaban polvos: "una onza de magnesia calcinada, un adarme (179 centígramos) de cochinilla en polvo mezclado con diez gotas de esencia doble de menta"<sup>280</sup>.

279.- Esta excelente descripción de los objetos para fumar con corrección la encontramos en Ma. Concepción Amerlinck, et. al. Historia y cultura del tabaco en México, Pról. Fernando Benítez, México, TABAMEX/Sría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, 1988, p. 127. La autora menciona que estos objetos se pueden admirar en el "Museo Franz Mayer".

280.- La Semana de..., op. cit., Vol. II, p. 44.

**PARA PRESUMIR: TEATRO POR LA NOCHE**

Como en todos los otros lugares la audiencia va [al teatro] a ver y a ser vista; pero aquí hay menos gusto y crítica acerca de la ejecución que de los que he sido testigo en cualquier otra parte; la danza sólo de vez en cuando se granjea aplausos<sup>281</sup>.

El teatro era una diversión de la que no podía prescindir una mujer acomodada y, desde 1832, la ópera se convirtió en el espectáculo favorito de la capital. De ahí que Latrobe apuntara que todo el mundo asistía a la ópera. Brantz Mayer, por su parte, censuraba el hecho de que las mujeres salieran fuera de la casa y se dejaran ver:

No puedo menos de pensar que esta costumbre de asistir al teatro es nociva para los mexicanos. Hace que las mujeres se habitúen a vivir fuera de casa y se les acrecienta el deseo de ser admiradas. A la prosaica mañana casera sigue el paseo vespertino, y a éste la acostumbrada función de ópera o de teatro, en que oyen repetir las mismas piezas, coquetean con los mismos galanes o hacen preciosidades con sus abanicos<sup>282</sup>.

Las funciones teatrales, además de entretener, servían para dirimir diferencias entre partidos o bien para criticar la manera en que se manejaban los asuntos políticos internos o incluso los externos. Las obras que se estrenaban apoyaban a uno u otro bando y se suspendían cada vez que había disturbios, manifestaciones, invasiones y golpes armados.

281.- William T. Penny, Zaguán abierto..., *op. cit.*, p. 111.

282.- Brantz Mayer, México, lo que fue..., *op. cit.*, p. 375-376.

Al examinar que se han dado por la noche en el teatro principal, observamos que continúa el furor de representar mal zurcidos dramas de la escuela francesa corrompida, en olvido del teatro español, que si tiene defectos, también abunda en bellezas de primer orden, y nos ofrece por todas partes bellos versos y sentimientos tiernos, delicados y sublimes<sup>283</sup>.

Las obras y comedias españolas eran las preferidas del público y se representaban con gran éxito, pero con la expulsión de los españoles y luego con la invasión de Barradas en 1829 el público dejó de favorecerlas, aunque después se repusieron y el asunto se olvidó.

Se acostumbraba incluir canto, música y baile durante los intermedios, provocando una disminución en el interés por el drama que se escenificaba.

Luis Reyes de la Maza<sup>284</sup>, confirma lo que decían los viajeros acerca de las puestas en escena: que la sociedad mexicana estaba a la zaga de los gustos europeos. Cuando en Europa los compositores pasaban de moda, aquí eran la sensación y los que allá triunfaban aquí se desconocían.

Las óperas se traducían al castellano, porque el público no gustaba que estuvieran en italiano. Las más concurridas y que los viajeros mencionan eran "Norma" de Bellini, "El

283.- "Teatro" en El Iris..., op.cit., sábado 1 de abril de 1826, núm. 9.

284.- Toda la información que presentamos esta tomada además de los viajeros de: Enrique Olavarría y Ferrari, 3a. ed., Reseña histórica del Teatro en México 1538-1911, Pr61. Salvador Novo, México, Editorial Porrúa, 1961, 727p. y Luis Reyes de la Maza, Cien años de teatro en México, 1810-1910, México, SEP, 1972, 161p. (SepSetentas, 61).

barbero de Sevilla" de Rossini, "Lucía de Lamemúr" (sic) de Donizetti, "Hernani" de Verdi y "Don Giovanni" de Mozart, entre otras.

Además de las escenificaciones teatrales u operísticas, los locales se podían acondicionar para bailes y fiestas o para agasajar al presidente en turno y a sus ministros, quienes rodeados de los dignos representantes de la elite celebraban bailes de caridad, de máscaras, funciones literarias, conciertos de beneficio.

En el teatro al igual que en la Iglesia se mezclaban las clases sociales. Las salas eran locales reducidos, oscuros, ruinosos, estrechos e incómodos para los vestidos ampones de las señoras, que salían manchadas no sólo del aceite que escurría de los quinqués del techo, sino de los escupitajos, cáscaras de naranja y pulque que aventaba la nada respetable concurrencia de la galería.

Seguramente era muy molesto permanecer en el teatro con los espectadores fumando, las lámparas de aceite escurriendo y los sanitarios despidiendo emanaciones asquerosas, que hacían que los asistentes tuvieran que llevar pañuelos empapados con perfume para poder soportar la pestilencia durante las representaciones.

La mejor clase de audiencia alquilaba los palcos y la mayor parte de la luneta por el tiempo que duraba la temporada -Tayloe dice que por un año<sup>285</sup>- y asistían noche

---

285.- Mexico, 1825-1828..., op. cit., p. 70.

tras noche, organizando corrillos para charlar y visitarse entre sí. El ruido de los espectadores, en ocasiones, era superior al que hacían los actores en la escena, ya que se conversaba sin ningún respeto o se insultaba a los actores cuando olvidaban sus líneas. Lo que provoca una áspera crítica de parte de los viajeros y, por contraste, los cronistas como Prieto o García Cubas lo disfrutaban enormemente<sup>286</sup>.

Las mujeres no salían a pasear fuera de los palcos por temor a pisar las inmundicias tiradas y ensuciarse los zapatos. Permanecían sentadas recibiendo los saludos de los caballeros con la misma etiqueta que en casa.

Algunas noches los cafés cercanos se encargaban de enviar, a los palcos, bocadillos para picar. En ocasiones, al terminar el espectáculo, iban a los cafés que permanecían abiertos hasta tarde, pero por lo general viajeros y cronistas no consignan esta costumbre de las mujeres y más bien dicen que eran los hombres quienes salían a cenar.

Mayer menciona los teatros que funcionaban durante su estancia en 1842:

El Principal, en donde se daba cita la antigua aristocracia, era el teatro serio; el Nuevo México atraía a la gente más nueva que menospreciaba el 'drama legítimo' y toleraba el entusiasmo de las innovaciones y novedades; el Puente Quebrado, [...] donde se regocijaba 'el pueblo' con los chistes un tanto burdos y

---

286.- Cfr., Guillermo Prieto, Memorias de mis..., op. cit., y Antonio García Cubas, El libro de mis..., op. cit.

las escenas más libres de un espectáculo ad libitum<sup>287</sup>.

Las damas se vestían elegantemente, se adornaban con joyas y se acomodaban peinetas, mantillas o flores en el pelo, y como el ambiente estaba enrarecido, a causa del humo de los cigarros, se trataba de hacerlo desaparecer con el movimiento constante de los abanicos femeninos<sup>288</sup>. Marie Giovanni relata su impresión acerca de la "música de los abanicos" durante una función de ópera a la que asistió: Figuras algunas centenas de mujeres tocando este instrumento, [se refiere al abanico] que tiene algo de la carraca en sordina, y tocando con una gracia y desenvoltura que dejarían atónita hasta a una española<sup>289</sup>.

Los espectáculos teatrales y la ópera pronto comenzaron a dividir a esta sociedad jerarquizada al poner en escena, obras que pretendían ilustrar y moralizar, ahuyentando a la clase media y baja hacia los locales considerados como "populacheros", cuyas entradas eran más económicas.

287.- Brantz Mayer, México, lo que fue..., op. cit., p. 374. El Principal constaba de tres pisos de palcos, bancas de lunetas, "el mosquete", lugar destinado a los espectadores que quedaban de pie y la galería dividida en dos partes incommunicables: una para hombres y otra para mujeres. El Teatro de la Unión, Mayer lo nombra como Puente Quebrado, por estar ubicado en esa calle. Además, en 1844, fue inaugurado el Nacional, también llamado de Santa Anna.

288.- En 1853 se expidió el Primer Reglamento de Teatros que incluía entre sus artículos la prohibición a los espectadores de fumar dentro de la sala, así como el permanecer con el sombrero puesto mientras estuviera levantado el telón, pudiendo cubrirse en los entreactos para no pescar un resfriado: Cfr. Luis Reyes de la Maza, Circo, Maroma y Teatro, México, UNAM, 1985, p. 106.

289.- Alexandre Dumas, Diario de Marie Giovanni. Viaje de una parisienne, Introd. Jacqueline Covo, Trad. Juan José Utrilla, México, Banco de México, 1981, p. 477.



El teatro era un ámbito en donde las mujeres podían participar, aunque la elite no las considerara dignas de respeto por la actividad que desempeñaban. Sin embargo, los "petimetres" las cortejaban tras bambalinas y se les asignaba una posición secundaria en la escala social. Eran despectivamente llamadas "cómicas". No obstante, servían para representar modelos ideales de mujer con los que se pretendía "educar" a la población.

Por ejemplo, en 1825 se anunciaba a la "graciosa bailadora de boleras Manuela García Gamborino" que desempeñaba a la perfección papeles de "joven franca, natural viva, ya sea juiciosa o coqueta".

Entre las cantantes de ópera, destacaba Rita González de Santa Marta quien, además, dar lecciones de canto en su domicilio a muchas señoritas de familias distinguidas, en 1826 encarnó al Tancredo de Rossini. La crítica a su papel se encaminó a señalar el hecho de que había trastocado su papel genérico:

Más debemos tener en consideración la turbación en una señorita que por la primera vez se presenta en la escena y se ve vestida de hombre delante de un pueblo inmenso. Además, la finura de sus formas, la delicadeza de su talle, no podían presentar a los ojos el terrible campeón a quien representaban<sup>290</sup>.

Fue hasta finales de los años treinta y principios de los cuarenta cuando el romanticismo hizo su entrada en los gustos del público y algunos autores mexicanos comenzaron a

290.- "Teatro" en El Iris,..., op.cit., sábado 15 de abril de 1826, núm. 11.

descollar en este campo, escribiendo dramas dirigidos al público femenino, ávido de emociones y desventuras en los que pintaban tipos humanos con sentimientos elevados.

En los papeles protagónicos las actrices Soledad Cordero y María Cañete fueron las predilectas por un largo periodo de tiempo. Esta última no quedó muy bien parada en el gusto del público por haber aceptado, en 1847, la invitación del ejército de ocupación norteamericano para organizar una función en el Teatro Nacional, que atrajera a la "gente decente" que se resistía a salir de sus casas, por la presencia del ejército en la capital.

En éste asunto Enrique de Olavarría y Ferrari disculpa a la actriz, argumentando que sus intenciones eran granjearse el favor del General Scott y así evitar que los soldados norteamericanos continuaran cometiendo tropelías contra la gente de teatro, que participaba activamente en la defensa de la ciudad de México. El mismo incidente, con otra óptica, lo consigna John James Peck:

Sabíamos que en México había dos estrellas de primera magnitud Cañete y otra actriz de carácter [Rosa Peluffo]. Esta última fue invitada, pero declinó actuar frente a los YANKEES. Temía la indignación de los mexicanos, cuando al partir nosotros y sin duda obraba con fines egoístas. Cañete, dijo que era actriz de profesión y para ella no había diferencia si actuaba para mexicanos o norteamericanos. El dinero de éstos últimos era tan bueno y sus opiniones, estaba segura, mejores. Actuaría con mucho gusto. Además, pensó que debía actuar en beneficio de los treinta o cuarenta subordinados despojados de su empleo en el teatro. Ella era rica mientras los otros eran pobres. Este

comportamiento nos agradó y por ello quedó dentro de nuestros corazones<sup>291</sup>.

Otros entretenimientos comunes eran también los días de campo y la tradicional feria de San Agustín de las Cuevas (hoy Tlalpan). Los miembros de la elite, se trasladaban durante el verano a sus haciendas o a sus casas de campo cercanas a la ciudad de México: recibían numerosas visitas, se ordenaban almuerzos y cabalgatas, paseos y meriendas, se jugaban juegos a la luz de la luna. San Angel era considerado el lugar de veraneo por excelencia, por su abundancia de flores, frutos y aves. En sus vacaciones repetían la misma rutina a la que estaban acostumbrados.

Tiene San Angel muy buenas casas y hermosos jardines, y gran número de familias de México están aquí pasando la temporada...[...] debo decirles que generalmente nos levantamos a eso de las seis y salimos a dar un paseo por el huerto, o bien nos sentamos con un libro en una bonita glorieta que se encuentra al final de uno de los caminos bordeados de rosales [...]. Desayunamos a eso de las ocho, y a las nueve el sol es tan fuerte que nos impide salir de casa. A las cuatro de la tarde es la hora del almuerzo. Después de comer nos vamos al pueblo [...] o nos paseamos por el jardín hasta que oscurece<sup>292</sup>.

Estas actividades resultaban a todas luces repetitivas y constituían el hacer cotidiano de las mujeres de la elite. Dejan traslucir ciertas características: al no tener motivos de preocupación, éstas mujeres parece que se dedicaban al doce far niente como modo de vida. Empero, tras de éste, hay

291.- The sign of..., op. cit., p. 142.

292.- Marquesa Calderón, La vida en..., op. cit., p. 280-281.

un modo prescrito, mismo que acataban porque les resultaba muy cómodo y les concedía gran flexibilidad de conductas. No respetaban al pie de la letra las normas ni se les exigía que las cumplieran, sin embargo, era su deber transmitir valores sociales específicos que correspondían a su clase e imponer su modo de ser a sus descendientes y servir de modelo a las demás clases sociales.

Con la independencia, esta clase sufrió altibajos en su status, con los levantamientos y las guerras civiles muchos de sus integrantes dejaron de pertenecer a ella, en tanto que otros, al resultar favorecidos, se relacionaron ya sea por negocios o por matrimonio con lo que resultó ser una mezcla que conservó los títulos y consiguió dinero. Sin embargo, en conjunto, esos avatares de fortuna no incidieron en sus hábitos, en cuanto podían volvían a mostrarse arrogantes y ostentosos. Continuaron mirando hacia Europa y siguieron su moda, costumbres y cultura como lo habían hecho sus abuelos coloniales y los advenedizos aprendieron pronto.

Fueron los árbitros del buen gusto y la moda, y lo que hicieran solía convertirse en un modelo para quienes soñaban con el paraíso inalcanzado de Londres y París. ¿Quién más elegante que una modista francesa? ¿Quién más rico que un importador inglés? Para ambos había un sitio en las tertulias aristocráticas, en las que, por lo demás, se hablaba de modas y negocios.<sup>291</sup>

**EL RESTO: MEDIO PELO, OBRERAS Y LEPERAS.**

Los imitadores de las personas de alta categoría son malos copistas de las gentes de distinción: ridículamente se afanan por imitar y asemejarse a éstas. Lo que más maravilla es que esta especie de gentes no copian por lo común sino lo más defectuoso y ridículo de los grandes a los cuales quieren imitar<sup>294</sup>.

Aunque fue poca la atención que los viajeros prestaron a las mujeres de la clase media, a las obreras o a las indígenas, ya que por la naturaleza de su estancia sólo trataron a las ricas a las que con mayor frecuencia describen, parece pertinente intentar examinar a "las otras", con el material al alcance.

Las mujeres de clase media eran esposas de quienes vivían de ejercer una profesión como la abogacía o la medicina, comerciantes en pequeño, maestros de los gremios de artesanos y dependientes de comercio. Estos constituían la clase industriosa y amante del orden, los que estaban atentos a lo que sucedía a su alrededor y los que sabían leer -según Poinsett-. Mientras que Brantz Mayer, apuntaba que en esta clase campeaban más a lo vivo las verdaderas virtudes y los rasgos más nobles de un pueblo. No obstante, sus integrantes se empeñaban en imitar las formas de vida y los hábitos propios de las familias distinguidas.

Los miembros de esta clase y sus esposas ocupaban casas alquiladas, cuartos destartalados o habitaciones anexas a los

294.- La Semana de..., op. cit., Tomo II, p. 399.

negocios, cerca de los barrios aristocráticos. El modelo típico de vecindad consistía en un espacio libre o patio central, alargado y con viviendas a ambos lados. Este patio remataba en algún elemento decorativo, fuente o altar, punto en el que se colocaba la escalera para aumentar un segundo nivel.

En el ámbito social propició la unidad familiar al proporcionar una habitación cercana o adjunta a los lugares de trabajo, facilitando la convivencia.

con su empinada escalera, su corredor a la entrada, su sala, recámara, comedor y cocina, con su heregía de azotehuela y su excusado como posdata minúscula de la habitación...La cocina, por pobre que fuera, tenía en sus paredes labores, rúbricas y caprichos formados con ollas, cazuelas, comales, flores hechas con aventadores y cucharas y juguetes, todo guarnecido con cenefas y labrados de colorines que le daban aspecto vistoso<sup>295</sup>.

El ideal de mujer para esta clase era aquella que se encargaba del gobierno de la casa: el cuidado de la comida, la ropa, el aseo y las sirvientas (en caso de poderlas pagar). La dignidad y autoestima de estas mujeres radicaban en la correcta realización de las tareas que por su género se les imputaban.

---

295.- Guillermo Prieto, Memorias de mis..., op. cit., p. 281-283.

El pueblo, teniendo pocas necesidades diferentes que las animales, puede satisfacerlas con el producto de su trabajo; pero la clase media, sin tener la prodigalidad de la aristocracia, tiene casi sus mismas necesidades y gana con su trabajo muy poco más que el pueblo<sup>296</sup>.

Estas mujeres, en ocasiones, trabajaban por dinero y cuando lo hacían se aceptaba que realizaran trabajos que constituirían una extensión de su papel femenino natural. Cuando las señalan observan que eran ellas las que manejaban pequeños negocios, preparaban alimentos, eran las maestras o atendían los establecimientos comerciales de ropa en el Parián, el Portal de Mercaderes, o en el Portal de las Flores.

Esta fuerza de trabajo femenina refleja las divisiones de clase de la sociedad mexicana e inclusive las relaciones que se establecían entre mujeres de distintas clases y, según Mayer:

ese juste milieu de la sociedad, en que tienen su asiento la virtud y el talento del país (...) fue donde de continuo pude ver las más hermosas muestras de piedad filial y amor materno llevados hasta el cariño apasionado<sup>297</sup>.

El trabajo ocasional de estas mujeres "virtuosas" se regulaba por las exigencias familiares, era intermitente a causa de la maternidad y además proporcionaba un complemento al salario del marido. Para esta clase media las

296.- Juan Díaz Covarrubias, La clase media (novela de costumbres mexicanas), México, UNAM, 1989, (Biblioteca del Estudiante Universitario, 110), p. 64.

297.- Brantz Mayer, México, lo que fue..., op. cit., p. 112

prescripciones resultaban diferentes. Si trabajaban complementando el salario del padre o del marido, no era necesario pedir permiso, ni hacerse acompañar por la sirvienta.

Parte de la literatura prescriptiva iba dirigida a esta clase, que se la suponía más dócil en seguir los consejos y recomendaciones de los manuales y de conformar el ideal de mujer que las normas exigían cumplir. La identidad de género se va conformando cuando se distingue lo que comparten todas las mujeres, independientemente de su clase social y aparecen las distintas maneras de ser mujer.

Las mujeres de la elite controlaban a través de la etiqueta muchas de las costumbres que imperaban. La clase media, por su parte, estaba ávida de seguir los criterios impuestos por aquéllas a fin de ascender de status social.

Para ello nada mejor que educar a las hijas bajo las disposiciones sociales en boga a fin de hacerlas virtuosas, respetables, complacientes, dulces y sumisas y, por tanto perfectas candidatas, si eran bonitas, a que un noble o de perdida un rico comerciante pusiera sus ojos en ellas y deseara unirse en un matrimonio por conveniencia. Se tienen infinitos ejemplos en las novelas costumbristas, de las madres que se endrogaban o empeñaban sus pertenencias para vestir a la hija adolescente con majestuosidad, para que asistiera a tal o cual baile en el que alternarían con la gran sociedad.



Las mujeres tienen rasgos agradables aunque sus semblantes son achatados, tienen manos y pies pequeños; su cabello cae a la cintura, en largos bucles o está recogido por cintas y trenzas numerosas; son muy aficionadas a vestir alegres y coloridas enaguas, vestidos y joyas. Un rebozo de algodón o una mantilla (el algodón es preferido por sobre la seda en este país), es lo que usan como tocado; las medias sólo van en los pies de las damas elegantes<sup>298</sup>.

El abaratamiento de los efectos europeos había hecho que hasta las mujeres menos acomodadas y aún las de infima clase tuvieran la oportunidad de vestirse con decencia, gusto y limpieza y presentaran a los ojos de la sociedad una mayor finura, decoro y regularidad de sus modales. De lo que se infiere que las prescripciones sociales imponían costumbres republicanas a ciertos sectores, a fin de equipararlos democráticamente.

Sin embargo, en una ciudad tan abigarrada es imposible concebir que las distintas clases sociales no se relacionaran entre sí, en calles, procesiones, paseos o en la Iglesia. Ello hacía que los hábitos se mezclaran y se influyeran. Los escritores costumbristas ponían énfasis en aspectos que demuestran que a pesar de que la elite intentara preservar costumbres y valores, la sociedad en su conjunto era un mosaico en donde todo cabía.

Sin embargo, como las distinciones sociales se expresaban a través de la indumentaria, éste fue uno de los aspectos que más llamó la atención y la mayoría de los

298.- R. H. Mason, Pictures of life..., op. cit., vol. I, p. 5.

viajeros la describió, tal vez, debido al colorido de las telas y al aspecto "pintoresco" y "autéctono" con que se les presentaban las mujeres: las vendedoras en los mercados, por ejemplo, vestían falda y camisa corta, peinaban su cabello trenzándolo con cintas rojas en ambos lados de la cabeza, su apariencia era limpia y su comportamiento modesto.

De las indígenas que llegaban a la ciudad a vender en los mercados también dieron cuenta los viajeros, a quienes asombraba la diversidad de productos y la manera de intercambiarlos. Si pensamos por un momento en la exigua variedad de frutas y verduras que tenían los viajeros en sus países de origen, no es difícil imaginar su sorpresa ante el colorido y abundancia que aquí encontraron.

Bullock y Poinsett, por ejemplo, hacen mención de las canoas cargadas con productos animales y vegetales que diariamente entraban a la ciudad por el Canal de Chalco rumbo a los mercados:

En el frente de la canoa las mujeres indias, muy ligeramente vestidas y con sus trenzas de negro cabello que les llega con exuberancia hasta la cintura, frecuentemente con un nene atado a las espaldas, impelen a las canoas con delgadas y largas pértigas<sup>299</sup>.

Las mujeres indígenas tienen facciones toscas y como trabajan mucho y se exponen al sol se marchitan y arrugan a una edad muy temprana. La expresión de ellas es melancólica y son dóciles y obedientes<sup>300</sup>.

299.- William Bullock, Seis meses de..., op. cit., p. 129.

300.- Joel R. Poinsett, Notas..., op. cit., p. 130.

A las mujeres de clase media se las cargaba con mayores imposiciones. Se les recomendaba que en lugar de adornar sus personas y sus casas, como lo hacían las mujeres de buena sociedad, se ocuparan de otras labores que, aunque menos delicadas, eran más útiles y necesarias a la economía doméstica, tales como aprender a coser y a planchar ya que una mujer que no sabía coser y bordar era como un hombre que no sabía leer y escribir:

La joven que hace por sí misma sus vestidos y que no se ve en la necesidad de recurrir aún para los más insignificantes detalles al auxilio de las modistas; es digna de elogio. Esto es una grande economía, si se atiende a que el valor de los géneros de un vestido es frecuentemente igual al de su hechura<sup>301</sup>.

Al mismo tiempo, a estas mujeres se les aconsejaba que supervisaran el trabajo de las criadas para evitar que estas hicieran desmanes en el hogar, que podían llegar a ocasionar disgustos que pudiesen "echar al diablo la vida matrimonial"

donde hay mujer de por medio, se sobreentiende que hay un conserje minucioso y eficaz que cuida que las sillas no tengan polvo, de que los espejos no estén manchados, de que ni un popote ensucie el suelo, ni ningún mueble este fuera de lugar<sup>302</sup>.

Los viajeros critican los modos en que esta clase trataba a sus criados:

301.- José T. Cuéllar, "Pensamientos", en La Semana... op. cit., Vol. I, p. 174.

302.- Manuel Payno, Sobre amores y ..., op. cit., p. 25.

Los hábitos de la clase media mexicana hacia sus empleados domésticos son despóticos, dominantes y tiránicos. Los sirvientes de ambos sexos se eligen entre las castas despreciadas de la sociedad - los más pobres mestizos, indios y zambos; y consecuentemente son tratados casi como esclavos, nacidos así o comprados. Constantemente son golpeados y abofeteados; el látigo siempre pende, in **terrorem**, sobre sus cabezas; y son tan pasivos al yugo al que están sometidos que nunca piensan en pelear u oponer resistencia<sup>303</sup>.

No faltó el vasto sector popular sumido en el desaliento causado por la miseria. Los pobres llamaron la atención de cuanto viajero recorrió la ciudad de México y en los relatos de éstos o en las descripciones costumbristas, incluso en los grabados y dibujos, quedó testimoniada la presencia de este grupo social.

Las mujeres pobres eran mayoritarias. Los viajeros destacan la pobreza en que vivían y el hecho de que "eternamente estuvieran haciendo tortillas"<sup>304</sup>. En la percepción genérica se les atribuían las mismas características de domesticidad que a las demás, sin embargo, se les imponía un papel adicional: el trabajo extradoméstico.

Por ello, casadas o no, realizaban múltiples tareas entre las cuales sobresalía traer al mundo, mantener y cuidar a sus hijos pequeños, y además se empleaban en el cuidado de otros. Por lo general, ellas amamantaban a sus hijos, a

303.-R. H. Mason, Pictures of life..., op. cit., vol.I, p. 79-80.

304.- Ethan Allen Hitchcock, México ante los ojos..., op.cit., p. 52.

diferencia de las mujeres acomodadas o algunas de la clase media que las contrataban como nodrizas, amas de leche o chichiguas.

Su segunda función consistía en el mantenimiento de la familia, o sea las labores domésticas: cocinar, lavar, planchar, remendar, etc. Aunado a estas estaba su aportación salarial proveniente de actividades propias de lo que hoy conocemos como el sector de servicios: trabajos por horas, costura, lavado de ropa, ventas callejeras, servicio doméstico o bien les quedaba el recurso de emplearse en fábricas y manufacturas. Por estos motivos no podían dedicarse por entero al gobierno interior de la casa y tenían que distribuir su tiempo entre las diferentes actividades que desempeñaban.

La información más abundante que existe se refiere a las mujeres que trabajaban en las fábricas de tabaco. A partir de 1769, en que se estableció como monopolio de la corona, desaparecieron las cigarrerías independientes. Los trabajadores pasaron entonces a depender del Estado, que reunía a miles de trabajadores bajo el mismo techo.

El edificio de la fábrica de tabaco se terminó de construir en 1807 y hoy lo conocemos como "La Ciudadela", tenía un patio de labores para hombres y otro para mujeres, alrededor de éste último estaban 11 oficinas con adecuada ventilación, con cupo para 250 personas en cada una; había además una purería de menores dimensiones que podía albergar

a 200 trabajadoras más; es decir, la construcción permitía dar cabida a 3000 trabajadoras en este patio simultáneamente.

La fábrica no estaba mecanizada y la organización del trabajo era claramente artesanal, con todas las trabajadoras en un horario fijo. Casi todas las mujeres trabajaban en el nivel más bajo y se les pagaba por pieza<sup>305</sup>.

La industria de elaboración más lucrativa de México es la del tabaco. Las fábricas más extensas de éste artículo se encuentran en las ciudades de México y Querétaro. En la segunda de ellas hay empleadas unas 3 000 personas de las que 1 900 son mujeres...<sup>306</sup>

La vida para estas mujeres brindaba pocas oportunidades para avanzar en la escala social. Podían emplearse también en el servicio doméstico que, a pesar de estar mal remunerado, ofrecía para ambos sexos, la posibilidad de obtener un cuarto limpio y comida o bien eran las típicas vendedoras ambulantes:

---

305.- Cfr., María Amparo Ros T., "La real fábrica de puros y cigarros: organización del trabajo y estructura urbana" en Alejandra Moreno T., (Coord.), Ciudad de México..., op. cit., p. 47-55.

306.- Joel R. Poinsett, Notas..., op. cit., p. 156.

¿Hay sebo-o-o-o-o? Esta es la prolongada y melancólica nota de la mujer que compra las sobras de la cocina, y que se para delante de la puerta. Luego pasa el cambista, algo así como una india comerciante que cambia un efecto por otro, [...] A eso del atardecer se escucha el grito de: ¡Tortillas de cuajada!, o bien: ¡Quién quiere nueces!, a los cuales le sigue el nocturno pregón de: ¡Castaña asada, caliente!, y el canto cariñoso de las vendedoras de patos: ¡Patos, mi alma, patos calientes!<sup>307</sup>.

Los viajeros observan a las mujeres subrayando las habilidades prácticas que el cocinar, lavar, limpiar y criar niños llevaban implícitas. La dignidad y la autoestima de una mujer radicaban en la correcta realización de estas tareas que por la división generica les correspondía. Asimismo consideraban normal que asistieran a la iglesia, atendieran fondas y mesones o vendieran artículos en los mercados. Apuntan la activa participación de estas mujeres en la producción, el comercio y los servicios ya que muestran a las vendedoras, tortilleras, atoleras, fruteras, tamaleras, trajineras y a las que molían y preparaban el chocolate.

La parte más desagradable de la ciudad de México era la población de léperos y ésta es opinión unánime de todos los viajeros. Los léperos convertían los suburbios de la capital en una escena continua de miseria y suciedad, "no llevaban vestido alguno: una cobija llena de agujeros para el hombre y unas enaguas andrajosas para la mujer, constituían todo el atuendo"<sup>308</sup>.

307.- Marquesa Calderón de la Barca, La vida en..., op. cit., p. 48.

308.- Henry George Ward, México..., op. cit., p. 63.

Miles de mendigos pululaban por las calles, algunos lucraban con sus defectos a fin de obtener algunas monedas para ir pasando o bien para comprar aguardiente o pulque. Estos, a los que se consideraba como la escoria de la sociedad, acabarían sus días acuchillados en algún oscuro callejón, sin que nadie los reclamase. Aquí también se encuentran mujeres borrachas, limosneras, peleoneras, de sucias y harapientas enaguas, con aspecto miserable. Mayer, la Marquesa Calderón y Mason visitaron la cárcel de la Acordada y el primero encontró que durante el año de 1842 las mujeres confinadas ascendían a 2236 mientras que los presos hombres eran 6 055.

De aquéllas, 649 mujeres estaban presas por prostitución, adulterio, incesto y robo, en contraste con 1 812 hombres; 1548 mujeres se hallaban allí por riñas y heridas y por el mismo delito 2 741 varones; 17 y 70 respectivamente por homicidios; 21 y 65 por faltas a la moral y por falsificación una mujer y siete hombres <sup>309</sup>.

Los grandes sufrimientos causados por las guerras civiles caen sobre los pobres; y entre ellos, las mujeres son las más sufridas. Si beben más que los hombres, es a causa de sus desventuras, que las han empujado a buscar consuelo fugaz en

---

309.-Cfr., Brantz Mayer, México, lo que fue..., op. cit., p. 355-356.

R. H. Mason por su parte, da otras cifras para los años 1848-1849: de un total de 3038 presas, 590 estaban allí por robo; 1805 por riñas; 203 por bigamia; 42 por homicidio; 37 por libertinaje; 3 por falsificación y 358 por golpes y penas menores. vid Pictures of..., op. cit., p. 193.



el pulque. El escaso control que ejercen sobre sus maridos es la causa de sus celos y si toman parte en asuntos sangrientos, se debe a que están bajo la influencia del alcohol, y no por ninguna inclinación inherente a la crueldad<sup>10</sup>.

Las mujeres pobres que trabajaban fuera de la casa no podían dedicarse únicamente al ideal prescrito y esto sólo se podía aplicar a las mujeres de la clase media (algunas) o de la elite.

Con estas descripciones es posible hacer una comparación entre las distintas visiones sobre las mujeres. En la primera, a las ricas, se las elogia en razón de su origen, se les permiten comportamientos más abiertos, tales como el socializarse y participar e incluso, decidir con quienes desean relacionarse. Se comentan sus conductas poco propias e indolentes, salir de noche, asistir a bailes y diversiones, pero la censura no va más allá.

Ella, la condesa [de Regla] platicó lo bastante para convencerme de que era una mujer de sano sentido común y de mucha reflexión; pero de maneras vulgares y carente de instrucción. [...] me hizo partícipe de todas sus simples ideas y conocimientos acerca de la sociedad y topografía de su país natal. sus observaciones fueron por lo general lugares comunes en su relato de los hechos; sin embargo, cuando llegó a estar un poco interesada en el asunto, sus simples ideas se sucedieron una tras otras con tal rapidez y fueron asentadas con tal sencillez y tan plena naiveté y confianza, que me pusieron al descubierto su propio ingenuo carácter, al paso que condenaba el de sus compatriotas<sup>311</sup>.

310.- Robert A. Wilson, Mexico and its..., op. cit., p. 289.

311.- William T. Penny, Zaguán abierto..., op. cit., p. 103.

A las otras, se las examina en razón de su virtud y de la manera con que desempeñan las actividades específicamente impuestas a su género. Eran importantes porque en ellas descansaba el ideal republicano de un pueblo industrial y trabajador. Son un modelo y al mismo tiempo un estereotipo.

Mientras haya patriotismo, virtudes domésticas y talento, ningún pueblo ha de desesperar, y el voto de todo republicano ha de ser porque en México quede todavía lo bastante de estos elementos como para reconstruir tanto su gobierno como su sociedad<sup>312</sup>.

Por último, la plebe, son las pobres, las borrachas, las presas, por lo general, habitan los alrededores de la ciudad donde no son vistas por los extranjeros.

Un vicio corriente entre las mujeres y hacia el cual son extraordinariamente propensas es disputar y reñir, en lo que se muestran furiosísimas, utilizando navajas, empuñando piedras y con niños a las espaldas; pero la característica común entre ambos sexos es, sin lugar a dudas, la borrachera<sup>313</sup>.

Estos comentarios demuestran el poco interés que estos escritores tuvieron por explicarse la realidad a la que se enfrentaban. Su herencia puritana les impidió ver más allá de sus preconcepciones y lo único que miraron fue lo que sus prejuicios culturales y raciales les permitieron. Su afán por describir lo que a su paso encontraban estuvo en todo momento definido a priori, no trataron de comprender el universo que tenían frente a sus ojos.

312.- Brantz Mayer, México, lo que fue..., op. cit., p. 386.

313.- William T. Penny, Zaguán abierto..., op. cit., p. 93.

Estos diarios parecen haber sido escritos para probar las hipótesis con las que estos viajeros llegaron. A fin de cuentas los viajeros se encontraron, con el país que querían ver y del que nada o poco aprendieron.

FUENTE DEL SALTO DEL AGUA  
GRABADO DE CASIMIRO CASTRO



## CONCLUSIONES

Comparémoslas con las mujeres españolas, y así juzgaremos con menos severidad a las que heredaron su FARNIENTE<sup>314</sup>.

El recorrido realizado para rescatar la vida cotidiana del género femenino en México, durante la primera mitad de la centuria pasada, permitió asomarnos a conocer la manera en que se determinaba su papel en la sociedad. Se ha visto cómo los viajeros anglosajones describieron a las mujeres y cómo ellos con su imaginario masculino y puritano representaron la vida cotidiana y la relación entre los sexos.

La función particular asignada a la mujer en la sociedad hacía que su vida se viera orientada a regular sus relaciones con los hombres, mientras que los hombres dedicaban tiempo y atención a las mujeres, pero también a la vida pública. De ahí la importancia que tienen las relaciones entre los sexos para explicar la vida de las mujeres, sobre todo cuando éstas han sido calificadas como "seres para otros".

Los viajeros anglosajones de paso por el país elaboraron un esquema mental, no sólo de las mujeres sino de la sociedad en general, destacando los aspectos que más llamaron su atención. El acercamiento frente al "otro" provino de las ideas preconcebidas con la que venían influidos. El desafío que significó el encuentro les propocionó material para

---

314.- Marquesa Calderón de la Barca, La vida en ..., op.cit., p. 167.

escribir sus diarios o cartas, aunque la experiencia adquirida no siempre haya producido una imagen favorable.

Su percepción se vio empañada por el desprecio ante lo que consideraron salvaje, exótico e incomprensible. Pocos fueron los viajeros que se dejaron deslumbrar o influir ante lo que presenciaron, pocos también, se identificaron o quisieron relacionarse y comprender a la sociedad que observaron.

La perspectiva recogida en sus diarios muestra individuos ajenos, que tomaron distancia y evitaron involucrarse con costumbres que les resultaban extrañas. Consignaron lo que querían que fuera la sociedad que visitaron y en sus escritos no reflejaron la experiencia que significa acercarse a otra realidad.

¿A qué vinieron a México?: Viajaron no sólo por conocer y describir sino para entablar negocios, vivir aventuras, incrementar relaciones políticas, ello acaso ¿los obligó a autocensurarse en aquello que escribieron? o temían acaso ¿la crítica de sus coterráneos para quienes finalmente estuvieron dedicados sus escritos?

La comparación que en todo momento mantuvieron con sus países de origen, idealizados a la distancia, les impidió ser objetivos. Todo aquello que descubrieron estuvo matizado por la subjetividad y la mayor parte de las veces no admitió parangón.

Los temas que abordaron se asemejan. Unos y otros se leyeron, consultaron e influyeron por lo que fue posible

rastrear los paralelismos y también las animadversiones heredadas de sus lecturas.

En lo que respecta a las mujeres, tema de este estudio, el acercamiento de los viajeros siguió muchas de las características mencionadas. Las concibieron y retrataron dentro del ámbito de la casa y de la familia y no las juzgaron adecuadas para lo público. Desde el punto de vista funcional sólo servían para criar hijos y la cualidad que buscaron ensalzar giró alrededor de sus virtudes domésticas.

Como se observó, el mundo se presentaba en forma distinta para mujeres que para hombres, a cada uno se les preparaba para un destino propio. Las mujeres solo tenían la posibilidad honesta para desarrollarse en sociedad a través del matrimonio, como esposas y madres virtuosas.

La vida privada era el ámbito de acción de las mujeres, desde ahí se irradiaba su intervención hacia lo público. En momentos es difícil percibir qué tanto de privado tenían sus actividades, ya que bien mirado, ambas se entretajan y confunden. En cambio para el hombre, sus acciones se fundamentaban a partir de su superioridad en la familia, en el matrimonio y en su actividad pública.

El parámetro de lo femenino que se comenzó a configurar, giró alrededor de las representaciones que éstos viajeros transmitieron, ya que incorporaron en sus escritos el modelo de mujer que prevalecía en sus sitios de origen.

Los anglosajones describieron a las mujeres a través del espejo mental que traían bien aprendido y mezclaron esa

percepción con lo que encontraron en México. El resultado fue una mujer "arquetipo" que no se ajusta a la realidad, pero que también, aparece dentro del relato de los escritores costumbristas y de los manuales prescriptivos.

La representación que los viajeros elaboraron de las mujeres es fácilmente detectable. La dirección de la mirada masculina sobre el sexo opuesto partió de un modelo preconcebido por donde claramente desfiló el "deber ser", los valores sociales -que forman un conjunto en que todo va unido-, la lealtad familiar y los valores domésticos. Los viajeros describieron lo que ellos creían que eran las mujeres y lo que debían de hacer y las definieron a partir del lugar que ocupaban en la escala social.

En todo momento, la percepción que ofrecen parte de un modelo de mujer que es creación masculina y que se aviene a sus requerimientos. Este modelo concebía una mujer doméstica cuya esfera de influencia se concretaba a lo privado y su papel social se limitaba a ser madre y esposa que inculcara normas sociales, mantuviera la armonía familiar y vigilara conductas desviantes<sup>315</sup>.

Sin embargo, el examen y descripciones que ofrecen no sostienen sus aseveraciones. Las mujeres participan con mecanismos de compensación que las incluyen en los asuntos familiares y económicos, con poder de decisión. Se ha visto

---

315.- Cfr., Mary P. Ryan, The empire of the mother. American writing about domesticity 1830- 1860, New York, Harrington Park Press, 1985.



su papel como agentes en la concertación de relaciones sociales que beneficiaban los negocios de sus maridos. Asimismo, su clara intervención en la compra y venta de mercancías y elaboración de alimentos, su papel como sostén de sus casas y como empleadas en comercios y servicio doméstico, en el teatro y la ópera.

La producción de formas de comportamiento culturales, apropiadas para hombres y para mujeres, resultó una práctica central de la autoridad y estuvo mediada por una compleja red de interacciones que pasaron a través de instituciones económicas, sociales, políticas y religiosas.

Por eso, al contraponer los relatos escritos con los manuales, -mecanismos de control social destinados a las mujeres durante el siglo XIX-, cuyo objetivo era diseñar un modelo de mujer que se comportase como lo exigía la sociedad, fue posible conocer cómo se fue moldeando la conducta de las mujeres y cómo se atribuyeron caracteres de género a conductas consideradas exclusivamente "femeninas". Las prescripciones añadieron una expresión codificada de comportamiento colectivo que repartió funciones para cada sexo.

Entre los aspectos que se pudieron conocer de la vida de las mujeres, se puso de manifiesto que las diferencias entre roles y comportamientos tienen mucho que ver con la raza y el sector social al que pertenecen. De ahí que la clase social haya sido un factor determinante para constatar las expectativas de adhesión a los modelos de conducta social y

los moralistas expresaran la visión del mundo de las clases superiores que defendían un orden social masculino y patriarcal.

Sin embargo, los viajeros no comentaron suficientemente, un aspecto que es importante destacar y que se refiere a las relaciones que establecieron éstas mujeres unas con otras y con la ciudad de México. El mercado, los paseos, la vida en las calles, las procesiones y funciones religiosas dieron pauta a que se intercambiaran hábitos y costumbres, que al incorporarse a lo cotidiano resultaron en una mezcla de conductas donde las fronteras de clase se desdibujaron, al igual que el rígido lindero de aislamiento que se esperaba de las mujeres.

Para reaccionar en un cierto ambiente, el particular debe conocer estas reglas de comportamiento y observarlas por término medio. Lo único que la vida cotidiana exige de cada uno es que someta, en las eventuales situaciones conflictivas, las aspiraciones particulares a las exigencias de la costumbre<sup>316</sup>.

Las descripciones obtenidas corresponden a mujeres de clase acomodada y como tales sus hábitos y costumbres no coinciden del todo con los de las demás mujeres. Sin embargo, es posible generalizar apuntando que, las atribuciones de género fueron las mismas. Todas reprodujeron relaciones sociales, concepciones del mundo y modos de vida prescritos que conforman lo que conocemos como cultura.

---

316.- Agnes Heller, Sociología de la..., op. cit., p. 152-153.

Para unas, las ricas, era fundamental dar una imagen, aparecer en sociedad como un adorno educado, bien vestido y agradable, se consideraba que su sola presencia daba lustre a su marido y a los lugares que frecuentaban. Su lugar de residencia dentro de la ciudad se ubicaba alrededor de la plaza central, en calles bien iluminadas y pavimentadas, podían viajar y poseían casas para vacacionar en los veranos. Tenían una vida activa al participar en eventos sociales, caritativos y de entretenimiento. Se puede afirmar que, en razón de su extracción de clase, vigilaban el capital de sus herencias y controlaban su inversión.

Las demás -en el caso que se las mencione- aparecen como amas de casa, buenas madres de familia, generalmente abnegadas, de las que se acepta desempeñen actividades fuera de la unidad familiar sin menoscabo de su feminidad. Ocupaban las casas localizadas en la periferia y en los antiguos barrios indígenas. Imitaban los modelos de comportamiento de la elite a fin de equipararse con ella por matrimonio o amasiato. Buscaban al igual que las mujeres de la elite, aumentar los bienes familiares pero mediante un salario complementario.

Las mujeres que los viajeros pintaron encajan en varios tipos: las que permanecían en su hogar dedicadas a labores de su sexo, cuidar la casa, coser, bordar, rezar y practicar la caridad, o sea, que practicaban el ideal prescrito. Las que se quedaban a leer novelas o poesía, cantaban y tocaban algún instrumento, producto de la imaginación romántica.

Finalmente, aquellas que salían a reuniones, tertulias y bailes, al teatro, a la ópera, seguían los dictados de la moda al adornarse con joyas, sedas y tafetanes, constituían el tipo social más común en los relatos y también el más criticado porque no acataban las prescripciones.

Además, estas mujeres fueron concebidas como el eslabón para que la riqueza material, el status y el honor de una familia pudieran ser transmitidos de generación en generación. El modelo de mujer que aparece en el discurso de los viajeros asume rasgos de domesticidad al asignarle funciones específicas dentro de la familia, como son la reproducción no sólo biológica sino ideológica.

Por costumbre, a hombres y a mujeres, desde que nacen, se les imponen normas de comportamiento que están basadas en prescripciones genéricas y que se legitiman a través de la repetición, convirtiéndose en reglas. La educación, la familia, el entorno social está definido para ambos sexos, no sólo por el lugar que ocupan dentro de una clase social sino por atribuciones meramente genéricas.

En el caso que examinamos, las prescripciones y el "deber ser" configuraron el comportamiento y los hábitos de vida de las mujeres, aunque dejaron espacio para maniobrar, los viajeros hacen saber de casos en que las reglas no se acataban. Fue posible constatar que las mujeres, a pesar de las prescripciones impuestas, recurrieron a poderes alternativos, a subterfugios para escapar de los rígidos papeles en que se las encasillaba.

Así, estas fuentes muestran mujeres que escapan al rol que les corresponde según la norma establecida: su gusto por las diversiones y la tendencia a salir de su hogar, dicen mucho de la oposición existente, ya que contraponen la visión doméstica y abnegada que se esperaba de ellas, con un afán por salir y ser vistas, por encabezar las actividades sociales, incluso, llegan a señalar que la asistencia a la Iglesia se debía más al afán por salir que a una inclinación piadosa.

Al analizar esa vida cotidiana se encontró que la existencia de las mujeres giraba alrededor de una serie de actividades repetitivas y que, la dependencia de ellas al padre, marido o hermano no se alteró significativamente y que la dicotomía entre su adscripción al ámbito privado/público adquirió como de ha dicho, características paradójicas.

Las obligaciones de las mujeres son muchas, fastidiosas y continuas: no hay un hombre capaz de cumplirlas<sup>317</sup>.

Además, como el culto a la domesticidad fue una de las condiciones imperantes que hizo que la mujer fuera empujada a permanecer en el hogar, su actuación no fue evaluada en toda su complejidad y los viajeros creyeron justificarlo ideológicamente en sus relatos. El matrimonio y la familia determinaron la asignación de las tareas domésticas como espacio de acción socialmente considerado para las mujeres.

---

317.- "De la influencia del bello sexo", en Panorama de las señoritas. Periódico pintoresco, científico y literario. México, Imprenta de Vicente García Torres, 1842, p. 40.

Carente de derechos políticos, su participación se constriñó a acciones aisladas relacionadas con el clero y con la educación.

La vida cotidiana varía para cada sociedad, clase y grupo y cambia más lentamente que el ámbito político, sin embargo, estas mujeres, en estos momentos, estaban dando forma a un mundo propio, particular, en tanto que se afirmaban en sus papeles prescritos de esposas, madres y amas de casa. No obedecen las normas, ni se les exige cumplirlas al pie de la letra, pero transmiten sus valores e imponen su estilo a sus descendientes. El patrón de mujer que representaron trascendió, por lo tanto, como un estereotipo.



LA REY AMARA

APENDICE

UNA MIRADA A LOS VIAJEROS

El norteamericano Joel Roberts Poinsett (1779-1851) fue un personaje que dejó huella en la política mexicana. Calvinista y viajero infatigable, sus travesías previas a Sudamérica le permitieron aprender español, idioma que hablaba con perfección.

Era orador claro, conciso y enérgico y gozaba de buena reputación literaria. Había sido un leader intrépido y hábil en las luchas parlamentarias y políticas y era un fanático de la Constitución de los Estados Unidos y de las Instituciones de su país<sup>318</sup>.

Fruto de su primera visita al país fue el libro: *Notas sobre México, 1822*, "escritas por un ciudadano de los Estados Unidos", estructuradas en forma de cartas a un amigo no identificado<sup>319</sup>. Las siguientes ediciones de la obra ya aparecieron firmadas con el nombre completo del autor.

El diario manifiesta la desfavorable opinión que Poinsett tenía acerca de México a pesar de haber estado, en esta primera ocasión, escasos dos meses, del 18 de octubre al 23 de diciembre de 1822. Sus *Notas* -tomadas como modelo por otros viajeros norteamericanos durante la primera mitad del XIX-, "fueron escritas en los momentos de ocio que el autor disfrutó en la ciudad de México y durante su viaje por el

---

318.- Francisco Javier Gaxiola, *Poinsett en...*, *op. cit.*, p. 35.

319.- Joel R. Poinsett, *Notas sobre...*, *op. cit.*,



país y, exceptuando el Breve Bosquejo Histórico que contiene el apéndice, la información que encierran fue escrita en el momento mismo de obtenerlas<sup>320</sup>.

Poinsett fue un observador directo de la realidad y se consideraba a sí mismo como objetivo e informado. Manifiesta haberse servido de las obras de Francisco Antonio de Lorenzana, José Antonio Ramírez de Alzate, Francisco Javier Clavijero, Lorenzo Boturini, el Padre Servando Teresa de Mier, y de sus antecesores William Davis Robinson y en particular la del multicitado Humboldt.

Poinsett había viajado por Sudamérica antes de venir a México y había salido mal parado por sus juicios atropellados y maliciosos sobre la conducta de las damas y damitas criollas y, en general, sobre las torpezas de las mujeres hispanoamericanas<sup>321</sup>.

Su estancia previa en el país, aunada al conocimiento obtenido en sus viajes, le valieron el nombramiento de ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en 1825, iniciándose con ello la rivalidad entre Inglaterra y ese país por el predominio comercial y político, en el que Poinsett jugaría un papel central al punto que su presencia se volvió intolerable y se solicitó su expulsión.

Zavala, gran amigo de Poinsett, publicó un folleto intitulado Manifiesto de los principios políticos del Excmo.

320.- Ibid., p. 33-34.

321.- Juan A. Ortega y Medina, Zaguán abierto..., op. cit., p. 8.

Sr. D.R. Poinsett, en 1828, por lo que fue severamente criticado cuando al defenderlo dijo que:

...este ministro ha inspirado una confianza tan profunda a los verdaderos patriotas, que a pesar de su carácter público, que en el diccionario de los tiranos equivale a espía honrado, es mirado entre nosotros como un elaborador en consolidar el edificio social, levantado a costa de tantos sacrificios

322.

Así como Poinsett fue el primer norteamericano en viajar al México independiente, William Bullock fue el primer británico que desembarcó en tierras mexicanas en el otoño de 1822. Coleccionista de novedades botánicas, mineralógicas y zoológicas, Bullock había alcanzado notoriedad al haber organizado una exhibición -mostrada primero en Liverpool y luego en Londres- de las curiosidades recopiladas por el capitán James Cook en sus viajes por los mares del Sur.

El éxito logrado influyó para que un grupo de inversionistas le financiara un viaje a la república mexicana con el fin de dar cuenta de sus riquezas, actualizar la información reunida por Humboldt y de paso reunir piezas para montar un museo de curiosidades mexicanas, de ahí que su libro detalle el México prehispánico además del que le tocó observar.

---

322.- Manuel González Ramírez, "El historiador y el representante popular" en Lorenzo de Zavala, Obras, México, Biblioteca Porrúa, 1969, citado por Horacio Labastida, "Prólogo", en Lorenzo de Zavala, Ensayo Histórico..., op. cit., p. XXXVII.

Bullock zarpó en compañía de su hijo, William Bullock Junior<sup>323</sup>, de Forstmouth, en diciembre de 1822, a bordo del buque mercante "Rawlings" y desembarcó en Veracruz el 2 de marzo del año siguiente. Su estancia fue de seis meses tal como lo consigna el título de su libro: Seis meses de residencia y viajes en México, con observaciones sobre la situación presente de la Nueva España. Sus producciones naturales, condiciones sociales, manufacturas, comercio, agricultura y antigüedades, etc.<sup>324</sup> Retornó por cierto en compañía de Patrick Mackie, que no de su hijo, el 31 de agosto de 1823.

El relato de Bullock abarca todos los temas que se han mencionado como objeto de los viajeros: costumbres, hábitos, descripciones arqueológicas, naturalistas, mineras, económicas, sociológicas. Leyó a Humboldt y a Thomas Gage, a Hernán Cortés, a Bernal Díaz y a Clavijero.

La afición del autor lo llevó a recopilar durante su recorrido artesanías, muestras de flora y fauna, antiguas y modernas que sirvieron para montar dos exposiciones, una sobre el México prehispánico y otra sobre las novedades que ofrecía la nueva república al concierto de las naciones que quisieran invertir en ella. El éxito de estas dos muestras

---

323.- De entre los dibujos que este William Bullock Jr. realizó, dos de ellos, coloreados fueron exhibidos por J. y R. Burford en su Panorama, de la Plaza Leicester en la ciudad de Londres y luego en otras ciudades. Cfr., México según el panorama de Burford, México, Editorial Olimpo, 1959.

324.- William Bullock, op.cit.

cumplieron con mucho las expectativas de los mecenas que financiaron el viaje.

Las excelentes perspectivas que Bullock descubre en el sector minero, lo llevaron a invertir en una mina de plata en Temascaltepec, negocio que resultó un fiasco y en 1827 tuvo que regresar a traspasarla y finiquitar la operación.

Bullock consideraba que los males de México eran atribuibles a la nefasta herencia española que no había permitido el pleno desarrollo de las potencialidades de la nación, al mantenerla aislada de los adelantos que los países europeos le hubieran podido proporcionar. Su interés por la historia natural, sin embargo, no lo hace perder la oportunidad para referirse a las relaciones comerciales que se podían instaurar entre este mundo descubierto para los británicos.

Describe aspectos de la vida cotidiana pero no repara específicamente en las mujeres, cuando lo hace las mira como una curiosidad, reseñando su vestuario o algunas de las actividades en que intervienen. Contempla a los indígenas y destaca la presencia de las "mujeres nativas con sus familias" en las canoas cargadas de fruta y verdura que venían de Chalco rumbo a los mercados de la capital. Al criticar el alcoholismo y la inclinación al juego de los hombres manifiesta "apenado" que,

cuando están acalorados por el pulque o el aguardiente e irritados por la mala fortuna del día, descargan su frustración

como meros cristianos, sobre sus  
inocentes e inofensivas esposas<sup>325</sup>.

Otro británico, Henry George Ward (1797-1860) llegó a México, por primera vez, en 1823, formando parte de la comisión encargada de estudiar las condiciones económicas y políticas del país con el propósito de decidir un eventual préstamo del gobierno inglés. Permaneció en México hasta 1824. Al igual que Poinsett, el éxito de su misión le valió ser nombrado, en 1825, encargado de negocios de la Gran Bretaña en México, cargo en el que se mantuvo hasta 1827.

Su segunda estancia fue provechosa, ya que escribió el excelente libro México en 1827<sup>326</sup>, en el que amplió las observaciones de Humboldt poniendo al día la información referente a la extracción minera y al ramo de los textiles.

El libro, al ser escrito para proporcionar información a sus compatriotas acerca de las posibilidades de inversión en México, está ordenado de distinta manera a los otros viajeros. Ward lo estructuró partiendo de temas generales: economía, política y sociedad, pasando por la estructura geológica, el clima, la población, la religión y producciones principales hasta la historia desde la colonia, la guerra de independencia, complementándolo con su narración personal en donde el diplomático-comerciante retoma otra vez la

---

325.- Ibid. p. 132.

326.- Henry George Ward, op.cit. Este diplomático viajó con su esposa y sus hijas y por cierto ésta fue quien realizó los dibujos que ilustran el libro.

literatura viajera para hacernos partícipes de sus recorridos y experiencias personales.

El hecho de que Ward residiera con su familia en México imprime a su relato una perspectiva cotidiana distinta de la que tuvieron otros viajeros que recorrieron el país solos. La vida en familia da pie para conocer usos y costumbres de la sociedad con la que el matrimonio se relacionó. Dice que las mujeres son educadas a la usanza española y resalta, como luego lo hará la Marquesa Calderón de la Barca, que poseen poca cultura, no hablan otro idioma, no son aficionadas a la música, fuman en demasía y son muy concientes de su comportamiento moral y el de sus familias. Pero, por otra parte,

no son afectadas ni altivas; son bondadosas y modestas en grado sumo, y hacen los honores de sus hogares con naturalidad y corrección perfectas<sup>327</sup>.

El capitán de la marina Real inglesa George Francis Lyon estuvo en México en 1826 comisionado por las compañías Real del Monte y Bolaños. Su viaje tuvo dos propósitos, por un lado, aquilatar qué tan ciertas resultaban las riquezas preconizadas por Humboldt y, por el otro, describir con afán educativo los usos y costumbres de un país lejano y misterioso que despertaba la curiosidad del mundo anglosajón.

Residencia en México, 1826. Diario de una gira con estancia en la República de México<sup>328</sup> comprende ocho meses de

327.- *Ibid.*, p. 717.

328.- George Francis Lyon, op.cit.

permanencia en el país al que Lyon entró por Tampico, el 10 de marzo de 1826, para embarcarse de regreso por Veracruz en la fragata "Brown" el 4 de diciembre del mismo año.

Lyon es el único de los viajeros de religión judía, esta distinción, sin embargo, no le dio una visión diferente y su percepción de los acontecimientos siguió los mismos cánones puritanos que distinguieron a los demás viajeros anglosajones.

Su cultura y educación se evidencian a lo largo del relato y sus lecturas previas lo remiten a comparar la realidad con la idea preconcebida que lo guiaba. Sus fuentes fueron Humboldt, Robinson, Basil Hall y Bullock. Y para conocer al país consultó a Hernán Cortés, Clavijero y Solís y revisó a Carlos María de Bustamante.

Sus observaciones estuvieron influidas por el pensamiento eurocéntrico que consideraba que lo que no era como ellos no valía la pena de tomarse en cuenta, de ahí que el autor ofrezca una visión parcial de las cosas que observa y achaque los males de México no sólo a la herencia española sino también a la indolencia, despotismo, arrogancia e ignorancia de aquellos que estaban a cargo de los asuntos públicos. Consideraba, al igual que los demás viajeros, que el país y sus habitantes podían mejorar bajo la influencia benéfica de los extranjeros, en especial de sus compatriotas.

Divide a la sociedad por razas, clase social y ocupación y en cada una describe el lugar que ocupan las mujeres. De las criollas ricas espera se beneficien con el trato de

extranjeros. A las demás las percibe aisladas y encerradas desempeñando el papel de esposas e hijas encargadas de hacer tortillas, hilar y a veces tejer, con pocas oportunidades de salir sino es a la iglesia o a los fandangos.

Lyon critica la poca estimación que los mexicanos manifiestan a sus mujeres y confía en la educación como remedio para corregir este comportamiento. Considera al criollo ciudadano como el menos estimable entre los habitantes del país por su despotismo y arrogancia.

cuando se introduzca el empleo de corsés y bañeras y se prohiban los cigarros al sexo débil, los modales de los hombres cambiarán radicalmente<sup>329</sup>.

**Edward Thornton Tayloe** (1803-1876) nació y murió en Washington D.C. Miembro de una próspera y numerosa familia sureña relacionada con los líderes políticos norteamericanos y asiduos asistentes a la iglesia Episcopal. Estudió en Harvard historia americana y lenguas romances y aprendió el español.

El padre de Tayloe, queriendo que su hijo hiciera carrera diplomática, ofreció costear su estancia para que el joven de 22 años aprendiera los manejos de la política exterior bajo la guía de Joel R. Poinsett, recientemente nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en México. El trato acordado fue que

---

329.- Ibid, p. 25.



Edward Thornton fungiría como secretario privado sin sueldo y pagando sus gastos.

La misión norteamericana que viajó a México a bordo de la fragata "U.S.S. Constellation" zarpó el 30 de marzo de 1825. Viajaban con el joven Tayloe, además de Poinsett, el secretario de la Legación, John Mason Jr. y un doctor George Frick que venía con el propósito de ejercer la medicina en México. Anclaron en Veracruz, luego de 22 días de viaje, el 5 de mayo de 1825. Tayloe permaneció tres años en México (33 meses y una semana) y regresó en 1828 por la ruta de Tampico para tomar el buque "Courier" que realizaba la travesía hacia Nueva Orleans en seis días, luego abordó el vapor "Lady of the Lake" que lo transportó en veinte días a Washington.

México 1825-1828. The journal and correspondence of Edward Thornton Tayloe<sup>330</sup> es la relación cotidiana de un capítulo de su vida, una memoria que, enriquecida con las cartas que envió desde México, sirve para conocer su pensamiento acerca del país donde vivió.

Tayloe leyó y consultó las Cartas de Relación de Hernán Cortés, a Herrera, a Torquemada, a Solís y a Clavijero, de sus contemporáneos se apoyó en Poinsett y en Bullock y por supuesto leyó a Humboldt a quien critica en sus errores o confirma sus aciertos.

Hay que hacer notar que su postura oscila entre un ardiente federalismo y una acendrada fe en la democracia, a

---

330.- Edward Thornton Tayloe, op.cit.

la que considera la carta fuerte que tiene su país para exportar a la América española. Esto lo motiva a emitir juicios que no siempre resultan favorables ni objetivos para el país que lo acogió. Critica a las instituciones republicanas mexicanas afirmando que sólo habían producido miseria en el país. Otro factor que coadyuvó a que sus juicios perdieran valor fue el examen prejuiciado de las prácticas de la Iglesia católica. Su cercanía con Poinsett, a quien admiró al punto de bautizar a su primer hijo con el nombre de su antiguo jefe, le obstruye el entendimiento, sobre todo en torno a la relación tan tormentosa habida entre Gran Bretaña y su país por el dominio del mercado mexicano.

En sus cartas admite haber encontrado más vicios que virtudes entre los mexicanos y aunque dice que son adictos al republicanismo -sistema que él favorece- añade que mientras persista el dominio de la aristocracia y de la Iglesia poco podrán cambiar.

Con respecto a las mujeres observa que se continuaba con la política implantada por los españoles, que consideraban que se debía mantener a las mujeres al margen de la educación para preservarlas de la intriga. Por ello dice que eran enseñadas a leer, a coser y a escribir mal, por algunas monjas ignorantes, lo que las empujaba a quejarse de aburrimiento y a matar el tiempo:

No hacen nada más que comer, dormir,  
fumar o hablar, o asistir al teatro<sup>331</sup>.

331.- Ibid., p. 116.

Gracias al trabajo minucioso y erudito del Dr. Juan A. Ortega y Medina, se conoce el diario de viaje del comerciante británico William T. Penny A Sketch of the customs and society of Mexico in a series of familiar letters; and a journal of the travels in the interior during the years 1824, 1825, 1826<sup>332</sup>, resultado de las andanzas de este viajero a través del territorio nacional.

Penny llegó al país el 14 de mayo de 1824 y luego de permanecer en él un año diez meses y 6 días regresó a Inglaterra en marzo de 1826. Dedicado al comercio de telas y trotamundos con roce social y amplia cultura, lo hace notar a través de sus dieciocho cartas, cada vez que la ocasión lo precisa. Su objetivo era dibujar a la sociedad que visitó para dar a conocer lo que de exótico y diferente encontraba en ella.

Sus descripciones son de gran importancia debido a que detalla la vida cotidiana en México durante los años veinte de la centuria pasada. Su estancia en la ciudad capital ocupa una buena parte del contenido de sus misivas y en ellas sus retratos y opiniones sobre las mujeres con las que convivió son un capítulo útil.

Penny leyó a los viajeros que le precedieron y en ocasiones los cita para ahorrarse repetir lo que aquéllos ya habían dicho y él encuentra que aún persisten. Entre sus

---

332.- William T. Penny, op.cit.

lecturas encontramos a Humboldt; Poinsett, Basil Hall y Bullock.

De las mujeres admira su refinamiento, talento y educación, que considera se deben a la relación mantenida con los extranjeros. No obstante, cae en la cuenta que las conversaciones de las mujeres -cuando no halagan a los extranjeros y las "ventajas" que ellos han traído al país- se tornan insulsas y carentes de interés.

Penny se concibe a sí mismo como un romántico y cuando describe el paisaje rezume de ello. Sin embargo, su tono cambia con lo que respecta a la población a la que denigra y cree sin futuro. Sus quejas acerca del hospedaje y la comida son constantes, así como la censura a los ritos de la Iglesia católica que también ocupan un lugar preponderante en su relato. Por un lado critica la liturgia pero asiste a misa con tal de conseguir el favor de la población para que le compren la mercancía que fue a vender.

El teniente británico Robert William Hale Hardy llegó al país comisionado por la Asociación Londinense de Pesca de Corales y Perlas, a fin de investigar las posibilidades de establecer un negocio de extracción en este ramo. Su tiempo de permanencia fue de dos años, comprendidos entre el 7 de mayo de 1825 y el 7 de mayo de 1828.

Escribió un diario de aventuras Travels in the interior of Mexico in 1825, 1826, 1827 & 1828<sup>333</sup> donde presenta 333.- Robert William Hale Hardy, op.cit.

información de regiones poco atendidas por los viajeros, con lo que imprime un sello original a su recorrido. Salpicado de reflexiones, introduce sus opiniones acerca de los sucesos y personajes que va conociendo, entremezclando sentimientos con descripciones. A lo largo de su narración, Hardy deja entrever que aprendió el español y menciona palabras y expresiones en este idioma.

Estructura cronológicamente su relato y hace saber que lo revisó y ordenó para publicarlo. Hardy consultó a Humboldt y se quejó del profundo optimismo con el que dio cuenta de su travesía:

sí hubiera realizado su examen bajo la óptica de un filósofo humanista y hubiera representado a la ciudad de México sin tanto adorno ¡cuánta desilusión hubiera ahorrado a los viajeros y a Europa!<sup>334</sup>.

Asimismo conoció las *Notas* de Poinsett y menciona con orgullo que Ward lo había citado en su obra.

Más que ningún otro viajero hizo alarde de los hombres importantes a los que conoció y frecuentó, a quienes describe con lujo de detalles. Asistió a las tertulias y bailes que, en abierta competencia, por ganarse el favor del gobierno y sus representantes, ofrecieron los diplomáticos de Estados Unidos (Poinsett) y de la Gran Bretaña (Ward).

A diferencia de los otros viajeros que desde que se embarcan relatan sus aventuras, el teniente Hardy avisa que no lo hará, ahorrándole al lector la retahíla de

---

334.- Ibid, p. 9.

tribulaciones habidas en su viaje de Veracruz a la ciudad de México, ya que considera que es un tema bastante trillado entre sus predecesores.

Considera que el federalismo no era la forma de gobierno más acertada para los mexicanos, porque estos carecían de tradición democrática. Al elegir dicha forma de gobierno,

México actuaba como si quisiera hacer encajar el traje de un niño en un adulto sin hacerle alteraciones. Por ello recomendaba que el sistema político tenía que estar hecho para el pueblo y no el pueblo para el sistema<sup>335</sup>.

El inglés Charles Latrobe (1801-1875) visitó México en 1834 luego de haber recorrido los Estados Unidos y los Alpes. Su relato The Rambler in Mexico. 1834<sup>336</sup> deja ver el peculiar afán de aventura que inspiraba a este trotamundos. Latrobe salió de Nueva Orleans en la goleta "The Halcyon" y desembarcó en la barra de Tampico el 15 de enero de 1834. El 1 de mayo de aquel año emprendió el regreso rumbo a Nueva York en el paquete "Mexicano", en cuya travesía vio morir a un joven francés atacado del famoso "vómito negro".

La obra está estructurada con base en nueve extensas cartas a un amigo del que sólo conocemos sus iniciales: "F.B.L." Como Latrobe viajó en compañía de dos franceses, M'Euen y Des Pourtales, en sus cartas siempre utiliza el plural nosotros. Sigue llamando al país "Nueva España" tal

335.- Ibid, p. 517.

336.- Charles Latrobe, op.cit.

como lo hacía Humboldt. De la lectura inferimos que el autor no hablaba el español y que sobre la marcha aprendió algunas palabras. Su visión no es todo lo objetiva que pretende debido a que se relacionó únicamente con extranjeros, entre quienes se sentía más a gusto porque compartía sus opiniones. Latrobe mismo informa acerca de sus lecturas, consultó a Humboldt, a Poinsett, a Ward, y a Bullock. Además, en México leyó a Antonio de León y Gama, al padre Las Casas, a Sahagún y a Boturini a fin de empaparse en la historia prehispánica y colonial y así poder comparar y describir las ruinas que visitó.

Su viaje de regreso lo realizó de distinta manera que otros viajeros, ya que tomó el camino por Cuernavaca para de ahí entroncar con el de Puebla y luego Jalapa, Cofre de Perote y, por último, Veracruz.

Como protestante convencido arremetió en contra de la Iglesia católica, sus ritos y su fanatismo, contra la nefasta herencia española y contra el ilusorio republicanismismo que veía difícil de alcanzar.

A las mujeres las observa en reclusión. Dice que es raro que salgan a las calles sino es para asistir muy temprano a misa o por las tardes al paseo, dentro de los carruajes.

En alguna ocasión tuvimos el gusto de ofrecer a una gentil Dama o Signorita de ojos negros, un cigarita; y recibirlo de nuevo de su mano delicada, luego de haber sido consagrado por una fumada antes<sup>337</sup>.

Frances Erskine Inglis (1806-1882), mejor conocida como la Marquesa Calderón de la Barca, es la única mujer que se utilizó dentro del espectro viajero que visitó el país en la primera mitad del siglo pasado. Su excelente relato conocido como La vida en México durante una residencia de dos años en ese país<sup>338</sup> es una muestra palpable de que la visión femenina adopta una perspectiva distinta alrededor de la vida cotidiana. El ojo atento de esta mujer descubrió para sus lectores un universo de posibilidades en México y, aunque mal comprendida por muchos mexicanos a lo largo del tiempo, basta leerla para darse cuenta que su opinión se fue moldeando a partir del conocimiento del país y de su gente.

Su origen escocés, su vida en los Estados Unidos y su matrimonio con un español le confirió características particulares que supo verter en su narración. La Marquesa, acompañando a su marido recién nombrado primer representante de España en México, llegó a fines de 1839. El interés por dar una buena imagen y quedar bien con el ministro hicieron que se la atendiera con extremada cortesía y, de esa manera, pudo visitar las principales atracciones que la ciudad de México y sus alrededores ofrecían. La Marquesa, una incansable lectora y mujer ilustrada, leyó a Humboldt, a Poinsett y a Ward. Además consultó algunos pasajes de Clavijero, Mora, Zavala, Prescott y leyó los periódicos con avidez. Su libro está estructurado a partir de cincuenta y

---

338.- Marquesa Calderón, op.cit.



cuatro cartas originalmente enviadas a miembros de su familia, que dan comienzo el 27 de octubre de 1839 y finalizan el 28 de abril de 1842.

De las mujeres dice todo, las describe en sus hábitos cotidianos, en la cocina, en la visita y en la tertulia. Habla de las campesinas, de las obreras y de las empleadas domésticas. Pero no sólo eso, describe las casas habitación, el vestuario y la comida. Todo ello a través de vívidos retratos que ofrecen la oportunidad de transportarnos a la época. Se debe mencionar que la Marquesa cambió su opinión sobre el país una vez que convivió en él y es la única que lo dice, al haberse compenetrado con forma de vida mexicana le resultó más fácil vivir de acuerdo con los hábitos de sus habitantes.

Otro de los viajeros que legó una buena narración de su residencia en México fue el norteamericano Brantz Mayer (1808-1879) secretario de la legación de su país. Arribó al puerto de Veracruz a principios de noviembre de 1841 permaneciendo en el cargo sólo un año.

Mayer, abogado de profesión, poseía una experiencia viajera previa a su llegada a México pues conocía Europa, India, China, Sumatra y Borneo.

Producto de su estancia es el libro México, lo que fue y lo que es <sup>339</sup> en el que volcó su interés arqueológico así

---

339.- Brantz Mayer, op.cit.

como su visión del México de entonces. No escapó de emitir juicios valorativos acerca de la situación del país y el cargo que ostentaba le dio oportunidad para conocer los asuntos políticos que se estaban debatiendo. Hizo alusión a la creciente ingerencia británica en las cuestiones económicas y políticas mexicanas y muestra temor a que los franceses volvieran a intervenir en los negocios internos.

Acerca de las mujeres es bastante explícito y las contempla en diversos ambientes. En lo general las trata con benevolencia, ya que las considera base de la estructura social en razón de las labores que realizan. Mayer se refiere a las mujeres de distintas clases sociales aunque prioriza a las criollas acomodadas a quienes da mayor atención.

El británico George Frederick Ruxton (1820-1848) fue uno de los viajeros que más a disgusto estuvo en México y no perdió ocasión para criticar acremente al joven país y a su gente.

Aventuras en México<sup>340</sup> es la narración de la jornada que el autor realizó desde Veracruz hasta Nuevo México durante 1846. Los pocos datos que aporta son producto de su memoria, ya que perdió gran parte de sus notas al cruzar el río Arkansas. Su objetivo es describir lo que otros viajeros no consignaron sobre esta tierra. Sin embargo, repite lo que ha oído y opina sin conocer.

---

18.- George Frederick Ruxton, op.cit.

Poco dice acerca de las mujeres a las que les atribuye belleza y buen corazón, cualidades genéricas que las hacen ser un adorno para su sexo y para cualquier nación. Su visión prejuiciada no le permite observarlas más que dentro del marco doméstico o como pareja de los hombres en fiestas y fandangos o bien borrachas en las pulquerías.

Ethan Allen Hitchcock (1798-1870) capitán del ejército norteamericano, egresado de West Point, sirvió como artillero en varias guarniciones de su país, hasta que en 1836, fue asignado a la Florida en la campaña contra los indios seminoles "por quienes desarrollaría una gran simpatía por la triste situación de los indios norteamericanos y aplicaría su extraordinario talento para el análisis legal a repetidos intentos de obtener mayor justicia para éstos"<sup>341</sup> Esta actitud, seguramente, le valió estar al frente del *Indian Bureau*, en 1841.

Hacia 1845 pasó a las órdenes del general Zachary Taylor, comandante del ejército de ocupación que entonces se encontraba en Texas. Fue en 1847 cuando Hitchcock fue comisionado por Winfield Scott como inspector general de la fuerza expedicionaria y jefe del estado mayor del general en jefe norteamericano.

Pero además de militar, curiosamente, Hitchcock tuvo "el tiempo, la visión y la inquietud intelectual necesarias para

---

341.- George Baker, México ante los..., op.cit.

la investigación y publicación de once estudios de filosofía esotérica". Por ello, su biógrafo le atribuye una doble vida: "como pluma del ejército y como un norteamericano del siglo XIX que contribuiría profundamente a la comprensión europea del siglo XX de la historia de la cultura"<sup>342</sup>.

El libro fue rescatado por George Baker y es el diario personal de este inquieto personaje y consigna su estancia en México del 15 de diciembre de 1846 al 12 de septiembre de 1848<sup>343</sup>.

Hitchcock considera "abominable" la guerra con México aunque dice estar obligado a trabajar en ella. El diario está impregnado de reflexiones filosóficas y referencias a sus lecturas. Relata las vicisitudes de la guerra y describe los lugares por los que su ejército va pasando. Sus juicios muestran el poco contacto que estableció con la población de ahí que sus opiniones carezcan de sustento real. Dice, por ejemplo, que las mujeres eternamente están haciendo tortillas y que todos los mexicanos aceptan dinero por cualquier motivo. Critica también a la religión diciendo que a las mujeres se les enseñan todos los misterios de la 'superstición' católica".

El diario no aporta muchos detalles de la vida cotidiana pero su visión ayuda a tratar de entender las distintas

---

342.- Ibid., p. 137.

343.- Ibid.

posturas políticas asumidas por los norteamericanos en el triste episodio en el que México se vio envuelto.

El teniente norteamericano egresado de West Point, **John James Peck** (1819-1878), fue testigo presencial de los acontecimientos relativos a la confrontación habida entre México y el vecino del Norte por los afanes expansionistas de este último. Su itinerario, entre 1845 y 1847, fue el mismo que siguieron las tropas norteamericanas en su entrada al país: Matamoros, Monterrey, Veracruz y Jalapa, Puebla y la ciudad de México.

El libro The sign of the eagle. A view of Mexico -1830 to 1855<sup>344</sup> fue publicado a partir de las cartas que Peck envió durante la guerra a familiares y amigos. Esto lo hace diferir de los libros de viajeros que se analizan aquí y cuyo objetivo final era la publicación de sus apuntes.

Las mujeres le causan admiración por su gracia y belleza, aunque no por su color de tez, asimismo, consigna en varias de sus cartas el vestuario y sus buenos modales. Al compararlas con sus paisanas encuentra que no eran tan frías y petulantes como aquellas sino sencillas y virtuosas y sus rostros expresivos mostraban sus sentimientos y emociones<sup>345</sup>.

---

344.- John James Peck, op.cit.

345.- Ibid, p. 98.

La descripción que ofrece de la ciudad de México en tiempos de guerra es muy útil para conocer la manera en que la capital se comportó durante el conflicto.

Otro norteamericano que visitó el país luego de la guerra fue el periodista del periódico *Tribune*, novelista y traductor, Bayard Taylor (1825-1878) su relato esta incluido en un libro escrito por encargo acerca de la fiebre del oro en California: Eldorado or Adventures in the path of empire<sup>346</sup>.

Taylor desembarcó en Mazatlán en diciembre de 1849, de allí viajó a San Blas, luego a Guadalajara, León, Guanajuato, Querétaro y así llegó a la ciudad de México, la que describió brillantemente. Se embarcó de regreso en Veracruz el 19 de febrero de 1850.

Su relato es considerado como una "pieza narrativa y descriptiva que dejó un valioso retrato del México desconocido que sobrevivió a la guerra de 1846-48 contra los Estados Unidos"<sup>347</sup>.

Su visión de las capitalinas no es muy favorecedora ya que al compararlas con las mujeres que había encontrado en Guadalajara, dice que mientras que aquéllas son muy bellas, éstas tienden a ser muy robustas, lo que destruye la lozanía

---

346.- Bayard Taylor, op.cit.

347.- Ibid., p. XIX.

y gracia que tienen durante la juventud, por lo que su belleza es más efímera incluso que la de las norteamericanas.

Otro de los británicos que visitó México después de concluida la guerra contra los Estados Unidos fue R. H. Mason. Su obra esta sustentada en la observación directa de los sucesos al igual que en las pesquisas que el autor realizó para conferir mayor exactitud a su relato.

Pictures of life in Mexico<sup>348</sup> es producto de los apuntes que el autor recopiló durante su estancia, con el objetivo de dar a conocer a sus conciudadanos información que él consideraba que no se conocía hasta entonces. La obra entremezcla historias características del país con anécdotas que permiten conocer hábitos y costumbres de la gente de una manera más vivida de lo que una mera descripción podría haberlo hecho.

Este extenso libro, fue escrito con el propósito de ofrecer una visión integral del país y sus habitantes, de ahí que su autor trató de recorrer y describir gran parte del territorio, ciudades populosas, paisajes, escenarios y población. Los cuarenta y un capítulos que componen la obra permiten remontarnos con la imaginación a los escenarios que describe y que afirma haber presenciado y nos sirven, además, para conocer cómo funcionaba aquella sociedad.

---

348.- R.H. Mason, op.cit.

Si bien sus descripciones pretenden ser auténticas, en ocasiones se nublan por la valoración que Mason incorpora, lo que les resta, de inmediato, autenticidad. El autor considera que el país está marcado por distinciones sociales y añade que los mexicanos son una nación de envidiosos que están en contra de la introducción de mejoras e innovaciones. Dice que el estado de atraso y falta de prosperidad del comercio y la agricultura del país son atribuibles a la debilidad física y mental de sus habitantes. De ahí que proponga como remedio para alcanzar el progreso, la aceptación de la entrada masiva de los extranjeros.

Con respecto a las mujeres, de quienes dice que los mexicanos no tienen en alta estima, él afirma que poseen buen corazón, son sociables, hospitalarias y sinceras y no encuentra imperfección en sus sentimientos, aunque en ocasiones las considere impulsivas: "ciertamente esta cualidad debe mucho a la excelencia, que es irregular dentro de la sociedad mexicana"<sup>349</sup>.

El abogado norteamericano Robert Anderson Wilson viajó durante los años comprendidos entre 1851 y 1854 y escribió con el objetivo de evaluar los rasgos que la cultura mexicana podía ofrecer al conocimiento de los extranjeros, así como para desacreditar la herencia que la Inquisición y, por

---

349.- Ibid, p. 77.



consiguiente, la religión católica habían dejado en el país y el daño que habían causado en la mentalidad de los mexicanos.

El libro Mexico and its religion with incidents of travel in that country during parts of the years 1851, 52, 53, 54, and historical notices of events connected with places visited<sup>350</sup> conformado por treinta y cuatro capítulos y cinco apéndices es, además, del diario de viaje de este autor, un intento de presentar eventos históricos para el conocimiento y entretenimiento de sus posibles lectores.

Wilson justifica la veracidad de su diario y de la empresa que acometió, apuntando que viajó por el país a sus propias expensas, sin estar empleado por ninguna compañía, por lo que no tiene compromiso de quedar bien con nadie. Añade que posee ventajas sobre los escritores que le precedieron, su posición independiente y un íntimo conocimiento del carácter de los indios norteamericanos, lo que favorece su percepción. Permaneció en el país por tres años, sin haber satisfecho su gusto por la aventura.

Si bien leyó a Humboldt, su fuente principal es el libro de Thomas Gage<sup>351</sup> a quien cita constantemente. Compara a los cronistas de la conquista con Bartolomé de las Casas e intenta llevar a cabo una especie de análisis historiográfico al mencionarlos y describir sus opiniones. No pierde ocasión

---

350.- Robert Anderson Wilson, *op.cit.*

351.- Nueva relación que contiene los viajes de Thomas Gage en la Nueva España, Habana, Cuba, Casa de las Américas, 1980, 247p.

en criticar a España por haber impedido bajo censura que los cronistas dijieran la "verdad" acerca de la conquista. Pretende hablar de las riquezas minerales en estados como el de Sonora, Coahuila, Chihuahua y Baja California.

El momento mismo de su arribo al país le hace justificar la guerra que acababa de suceder, por la necesidad que sus conciudadanos tenían de territorio. Además, demuestra las bondades de la religión protestante como afin a la democracia cuyo exponente máximo eran los Estados Unidos.

A las mujeres las considera libertinas porque fuman y apuestan en juegos de azar al mismo tiempo y con la misma intensidad que los hombres y espera que las norteamericanas no lleguen a tener los mismos derechos que las mexicanas por la degradación que esto implicaría.

Estos escritores viajeros permitieron adentrarse en el conocimiento de la vida de la población de la ciudad de México durante la mitad centuria pasada. Sus relatos proporcionaron la información que se requerían y ofrecieron esa visión personal que algo tenía de verdad a pesar de la subjetividad con la que fueron escritos. La lectura de estos textos abrió una ventana donde fue posible mirar lo que otros pensaban sobre el país y cómo percibieron a las mujeres en su quehacer cotidiano.

## BIBLIOGRAFIA:

ADLER Lomnitz, Larissa y Marisol PEREZ-LIZAUER,  
A Mexican elite family. 1820-1980. Kinship, class and culture.  
Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1987,  
294p.

ALAMAN, LUCAS,  
Historia de México desde los primeros movimientos que  
prepararon su independencia el año de 1808 hasta la época  
presente. México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de  
Cultura Económica, 1985, 5 Vols.

ALBERRO, Solange y Serge CRUZINSKI,  
Introducción a la historia de las mentalidades. Seminario de  
historia de las mentalidades y religión en el México  
contemporáneo. México, INAH, 1979, 319p. (Cuaderno de  
trabajo, 24)

ALMONTE, Juan Nepomuceno,  
Guía de forasteros y repertorio de conocimientos útiles,  
México, Imprenta de I. Cumplido, 1852, 638p.

ALTAMIRANO, Ignacio Manuel,  
Historia política de México (1821-1882), México, Empresas  
Editoriales S.A., 1947, 241p. (Col. El Liberalismo mexicano  
en pensamiento y acción)

AMERLINCK, Ma. Concepción, et.al.  
Historia y cultura del tabaco en México. Pról. Fernando  
Benítez, México, TABAMEX/Sría de Agricultura y Recursos  
Hidráulicos, 1988, 294p.

ARIES, Philippe y Georges DUBV, (Dir.)  
Historia de la vida privada, Trad. Francisco Pérez G. y  
Beatriz García, Madrid, Taurus Ediciones, 1989, 5 Vols.

ARIZPE, Rafael R.,  
El alumbrado público en la ciudad de México. Estudio  
histórico seguido de algunos datos técnicos acerca de las  
principales instalaciones destinadas a ese servicio  
municipal, México, Tip. y Lit., "La Europea, 1900, 200p.

ARNOLD, Linda,  
Burocracia y burócratas en México. 1742-1835, México,  
CONACULTA/Grijalbo, 1991, 262p. (Col. Los Noventa, 69)

ARROM, Silvia M.,  
La mujer mexicana ante el divorcio eclesiástico (1800-1857),  
México, SEP, 1976, 223p. (SepSetentas, 251)

ARROM, Silvia M.,  
Las mujeres en la ciudad de México, 1790-1857, Trad. Stella Mastrangelo, México, Siglo Veintiuno Editores, 1988, 382p.

ARRONIZ, Marcos,  
Manual del viajero en México o compendio de la historia de la ciudad de México con la descripción e historia de sus templos, conventos, edificios públicos, las costumbres de sus habitantes, etc y con el plan de dicha ciudad, París, Librería de Rosa Bouret, 1858, 298p.

ARTETA, Begoña,  
Destino manifiesto: Viajeros anglosajones en México (1830-1840), México, UAM-A/Gernika, 1989, 146p. (Col. Ensayos)

ASTELARRA, Judith,  
Las mujeres podemos: otra visión política, Barcelona, Icaria Editorial, 1986, 78p.

BAKER, George,  
México ante los ojos del ejército invasor de 1847 (Diario del coronel Ethan Allen Hitchcock), México, UNAM/Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1978, 150p.

BALMORI, Diana, et al.,  
Notably family networks in Latin America, Chicago & London, The University of Chicago Press, 1984, 290p.

BARBIERI, M. Teresita de,  
Mujeres y vida cotidiana, México, Secretaría de Educación Pública/Fondo de Cultura Económica, 1984, 283p. (SEP/80, 60)

BAZARTE Martínez, Alicia,  
Las cofradías de españoles en la ciudad de México (1526-1869), México, UAM-A, 1989, 278+XIIP.

BEAUVOIR, Simone De,  
The Second Sex, Trad. H.M.Parshley, Gran Bretaña, Penguin Books, 1979, 762p.

BENERIA, Lourdes y ROLDAN Martha,  
Las encrucijadas de clase y género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la ciudad de México, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 1992, 222p.

BENITEZ, José R.,  
El traje y el adorno en México, 1500-1910, Guadalajara, Jal., Imprenta Universitaria, 1946, 224p.

- BLOCH, Marc,  
Introducción a la Historia, 4a. ed., México, 1965, 159p.  
(Breviarios, 64).
- BOCANEGRA, José María,  
Memorias para la Historia de México Independiente, 1822-1846,  
México, Imprenta del Gobierno Federal en el Ex-Arzobispado,  
1982, 2 Vols.
- BOSCH García, Carlos,  
Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos,  
1819-1848, México, Escuela Nacional de Ciencias Políticas y  
Sociales, UNAM, 1961, 297p.
- BRAUDEL, Fernand,  
La historia y las ciencias sociales, 6a ed., Trad. Josefina  
Gómez Mendoza, España, Alianza Editorial, S.A., 1982, 222p.  
(Sección Humanidades, 139)
- BULLOCK, William Jr.,  
Seis meses de residencia y viajes en México con  
observaciones sobre la situación presente de la Nueva España.  
Sus producciones naturales, condiciones sociales,  
manufacturas, comercio, agricultura y antigüedades, etc.  
Edición, estudio preliminar, notas, apéndices, croquis y  
revisión del texto, Juan A. Ortega y Medina, Trad., Gracia  
Bosque de Avalos, México, Banco de México, 1983, 286p.
- BUSTAMANTE, Carlos María de,  
Mañanas de la Alameda de México publicadas para facilitar el  
estudio de la Historia de su país, México, Imprenta de la  
Testamentaria de Valdés a cargo de José Ma. Gallegos, 1835,  
2 vols.
- BUSTAMANTE, Carlos María de,  
Continuación del Cuadro Histórico. El gabinete mexicano  
durante el segundo período de Bustamante hasta la entrega del  
mando a Santa Anna, México, Instituto Cultural Helénico/FCE,  
1985, 8 Vols.
- CAMPE, Joaquín Enrique,  
Eufemia. La mujer verdaderamente instruida, México, Librería  
de C. Bouret, 1881, 176p. (Biblioteca de la Juventud)
- CARDOSO, Ciro F.S. (Coord.),  
Formación y desarrollo de la burguesía en México. Siglo XIX,  
México, Siglo XXI eds., 1978, 525p.
- CARNER, Francisca,  
Las mujeres y el amor en el México del siglo XIX a través de  
sus novelas (1816-1868), México, Tesis de Maestría, El  
Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1975,  
2 vols.

CARRERA Stampa, Manuel.

Planos de la ciudad de México (desde 1521 hasta nuestros días), México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, Vol. LXVII, núm. 2-3, 1949, p.269-427 + mapas.

CARRERA Stampa, Manuel,

Guía artística de la ciudad de México y sus delegaciones, México, Secretaría de Educación Pública, 1955, 124p. (Biblioteca Enciclopédica Popular, 220)

CARTAS sobre educación del bello sexo por una señora americana, Veracruz, Puebla, Librerías "La Ilustración", s.f. 202p.

CASANOVA, Rosa y Marco BELLINGERI,  
Alimentos, remedios, vicios y placeres. Breve historia de los productos mexicanos en Italia, México, Dirección de Estudios Históricos INAH/Organización de Estados Americanos, 1988, 251p.

CASANOVA, Martha, et.al.,

Ser mujer. La formación de la identidad femenina, México, UAM-X, 1989, 138p. (Col. Modular)

CASTILLO del, Adelaida R. (ed.),

Between borders: essays on mexicana/chicana history, Estados Unidos, Floricanto Press, 1990, 563p. (La Mujer Latina Series)

CASTRO GUTIERREZ, Felipe,

La extinción de la artesanía gremial, México, UNAM, 1986, 188p.

CERTEAU, Michel de,

La escritura de la historia, México, Universidad Iberoamericana, 1985, 372p.

CHAPMAN, Arnold,

México y el señor Bryant. Un embajador literario en el México liberal, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 183p.

La Ciudad. Concepto y obra (VI Coloquio de Historia del Arte), México, UNAM, 1987, 289p. (Instituto de Investigaciones Estéticas. Estudios de Arte y Estética, 19)

COLAIZZI, Giulia, (ed.),

Feminismo y teoría del discurso, España, Ediciones Cátedra, 1990, 167p. (Col. Teorema)

CONEJO, María Angeles, et. al.,

La mujer de habla inglesa: autora y protagonista, Málaga, Servicio de Publicaciones Diputación provincial de Málaga, 1989, 203p.

CORCUERA, Sonia,  
Entre gula y templanza. Un aspecto de la historia mexicana,  
 México, UNAM, 1981, 261p. (Col. Opúsculos, Serie  
 Investigación)

CORREA Zapata, Dolores  
La mujer en el hogar. Nociones de economía doméstica y  
 deberes de la mujer, México, Imprenta de Eduardo Dublán,  
 1898, 180p.

COSSIO, José L.,  
Del México viejo, (Trabajos leídos en la Sociedad Mexicana de  
 Geografía y Estadística), México, Publicación del Autor,  
 1934, 190p.

COSTELOE, Michel P.,  
La primera República Federal de México, (1824-1835), España,  
 Fondo de Cultura Económica, 1975, 492p.

COVARRUBIAS, Juan Díaz,  
El diablo en México y otros textos, Edición Clementina Díaz y  
 de Ovando, México, UNAM, 1989, 207p. (Biblioteca del  
 Estudiante Universitario, 110)

DE GORTARI, R. Hira y Regina HERNANDEZ, (Comps.)  
Memoria y encuentros: La ciudad de México y el Distrito  
 Federal (1824-1928), México, DDF/Instituto Mora, 1988,  
 4 Vols.

DEGLER, Carl N.,  
At odds women & the family in America from the revolution to  
 the present, Estados Unidos, Oxford University Press, 1981,  
 527p.

DELPHY, Christine,  
Por un feminismo materialista: el enemigo principal y otros  
 textos, 2a. ed., Trad. Mirela Bofill, et.al., Barcelona,  
 LaSal ediciones de les dones, 1985. 126p.

DIAZ Covarrubias, Juan,  
El diablo en México y otros textos, México, UNAM, 1989, 207p.  
 (Biblioteca del Estudiante Universitario, 110).

DIBIE, Pascal,  
Etnología de la alcoba, (El dormitorio y la gran aventura del  
 reposo de los hombres), Trad. María Renata Segura, Barcelona,  
 Gedisa editorial, 1989, 227p.

DUBOIS, Ellen Carol,  
Feminism and suffrage. The emergence of an independent movement  
 in America. 1848-1869, Estados Unidos, Cornell University  
 Press, 1982, 220p.

DUBY, Georges y Michelle PERROT,  
Historia de las mujeres en Occidente, Trad. Aurelio Galmarini, Madrid, Altea, Taurus, Alfaguara S.A., 1991,  
 Vol. I.

DUBY, Georges,  
El caballero, la mujer y el cura. El matrimonio en la Francia feudal. 2a. ed., Trad. Mauro Armíño, España, Taurus Ediciones, 1984, 245p.

DUBY, Georges,  
El amor en la Edad Media y otros ensayos, Trad., Ricardo Artola, Madrid, Alianza Editorial, 1990, 228p.

DUMAS, Alexandre,  
Diario de Marie Giovanni. Viaje de una parisiense, Introd. Jacqueline Covo, Trad. Juan José Utrilla, México, Banco de México, 1981, 527p.

EICHLER, Margrit,  
Nonsexist research methods. A practical guide, 2a. ed., Boston, Unwin Hyman, 1989, 182p.

ELIAS, Norbert,  
La sociedad cortesana, Trad., Guillermo Hirata, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, 401p.

ERSKINE Inglis, Francis, (Marquesa Calderón de la Barca),  
La vida en México durante una residencia de dos años en ese país. 8 ava.ed., Trad. y pról., Felipe Teixidor, México, Editorial Porrúa S.A., 1987, 426p. (Sepan Cuántos...74)

ESTES Holroyd, Mary Caroline,  
American travelers in Mexico. (1910-1940), Master's Thesis, University of Texas, 1961, 106p.

FEBVRE, Lucien,  
Combates por la Historia, Trad. Francisco J. Fernández B. y Enrique Argullol, México, Editorial Ariel, 1983, 247p.

FERNANDEZ Ledesma, Enrique,  
Viajes al siglo XIX. Señales y simpatías en la vida de México, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1933, 99p.

FLANDRIN, Jean-Louis,  
Orígenes de la familia moderna, Trad. Marco Aurelio Galmarini, España, Editorial Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, 1979, 350p.

FLORES Salinas, Berta,  
México visto por algunos de sus viajeros, México, Editorial Botas, 1964, 2 Vols.



FLORESCANO, Enrique, (Coord.)  
Orígenes y desarrollo de la burguesía en América Latina. 1700-1955, México, Editorial Nueva Imagen, 1985, 662p.

FOZ y Foz, Pilar,  
La revolución pedagógica en Nueva España 1754-1820. (María Ignacia de Azlor y Echevers y los colegios de la Enseñanza), Madrid, Instituto de Estudios y Documentos Históricos A.C./Instituto González de Oviedo, 1981, 2 Vols.

FRANKLIN, Penelope,  
Private pages. Diaries of american women 1830s-1970s, Nueva York, Ballantine Books, 1986, 491p.

FROMM, Erich, et.al.,  
La familia, Introd. Ralph Linton, Trad. Jordi Solé-Tura, Barcelona, ediciones península, 1986, 296p.  
 (historia/ciencia/sociedad, 57)

GALINDO y Villa, Jesús,  
Historia sumaria de la ciudad de México, México, Editorial Cultura, 1925, 256p.

GALVAN Rivera, Mariano (ed.),  
Diccionario de cocina o el nuevo cocinero mexicano en forma de diccionario que contiene todos los procedimientos empleados en la alta, mediana y pequeña cocina, la lista normal de los platillos que deben componer las distintas comidas, que con variedad de nombres se hacen en el día, el método de aderezar los platos y de disponer los diferentes servicios de una mesa, y lo más selecto de las artes del pastelero, del bizcochero, del confitero, del destilador y del nevero, con todo lo relativo a la repostería. Encontrándose en él todos los artículos importantes de las obras de esta clase que se han publicado en castellano, y otros nuevos, relativos tanto a la cocina mexicana como a la francesa tomados estos últimos del cocinero real de las obras de Beauvilliers, de los tratados de careme, del diccionario de Mr. Burnet, de la nueva cocina económica, y de otros autores, México, Imprenta de I. Cumplido, 1845, 960p.

GALVAN Rivera, Mariano,  
Guía de forasteros en la ciudad de México para el año de 1854. Contiene las partes política, judicial, eclesiástica, militar y comercial, México, Imprenta de Santiago Pérez y Co., 1854, 350p.

GARCIA Canal, María Inés,  
El loco, el querrero, el artista. Fabulaciones sobre la obra de Michel Foucault, México, UAM-X/Plaza y Valdés Editores, 1990, 190 p.

GARCIA Cubas, Antonio,  
El Libro de mis recuerdos. Narraciones históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas, México, Editorial Patria, 1960, 825p. (Col. México en el siglo XIX)

GAXIOLA, Francisco Javier,  
Poinsett en México. (1822-1830). Notas de un libro inconcluso.  
 Pr61. José Elguero, México, Editorial Cultura, 1936, 113p.

GAYON Córdova, María,  
Condiciones de vida y de trabajo en la ciudad de México en el siglo XIX, México, Dirección de Estudios históricos/TNAH, 1988, 154p. (Cuaderno de trabajo, 53)

GLANTZ, Margo, (Sel., Trad. e Introd.),  
Viajes en México. Crónicas extranjeras, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, 2 Vols. (SEP/80, 33-34)

GOLDSMITH, Mary,  
Female Household workers in the Mexico city area, Tesis de doctorado de la Universidad de Connecticut, 1990, 2 Vols.

GONZALBO Aizpuru, Pilar, (Comp.)  
La educación de la mujer en la Nueva España, México, SEP/Ediciones El Caballito/Dir. Gral. de Publicaciones, 1985, 155p. (Biblioteca Pedagógica).

GONZALBO Aizpuru, Pilar,  
Las mujeres en la Nueva España. Educación y vida cotidiana, México, el Colegio de México, 1987, 323p.

GONZALBO Aizpuru, Pilar,  
Historia de la educación en la vida colonial. La educación de los criollos y la vida urbana, México, El Colegio de México, 1990, 395p. (Serie Historia de la educación)

GONZALBO Aizpuru, Pilar, (Coord.)  
Familias novohispanas. Siglos XVI al XIX, México, El Colegio de México, 1991, 399p. (Seminario de Historia de la Familia)

GONZALEZ Obregón, Luis,  
La vida en México en 1810, Pachuca, Hgo., Editorial Eran, 1943, 108p.

GONZALEZ, Obregón, Luis,  
México visto (época colonial). Noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres, México, Editorial Patria, 1945, 739p.

GONZALEZ Peña, Carlos,  
El nicho iluminado, México, Editorial Stylo, 1947, 227p.

GONZALEZ Peña, Carlos  
Historia de la Literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días, 2a. ed., México, Editoriales Cultura y Polis S.A., 1940, 327p.

GRIMOD de La Reynière, Alexandre Balthazar,  
Manual de anfitriones y guía de golosos, Pról. Xavier Domingo, Trad. Lola Gavarrón, Barcelona, España, Tusquets editores, 1980, 166p.

GUNN, Wayne D.,  
Escritores norteamericanos y británicos en México. 1556-1973, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1977, 371p.

HALPERIN Donghi, Tulio,  
Reforma y disolución de los imperios ibéricos. 1750-1850, Madrid, Alianza Editorial, 1985, 383p. (Historia de América Latina, 3)

HAREVEN, Tamara y Maris A. VINOVSIS, (eds.),  
Family and population in nineteenth century America, Estados Unidos, Princeton University Press, 1978, 250p.

HARDY, Robert William Hale,  
Travels in the interior of Mexico in 1825, 1826, 1827 & 1828. London, Henry Colburn and Richard Bentley, 1829, 540p.

HARTMAN, Mary S. y Lois BANNER (eds.),  
Clio's consciousness raised. New perspectives on the history of women, Nueva York, Harper Torchbooks, 1974, 253p.

HELLER, Agnes,  
Sociología de la vida cotidiana, Trad. José Francisco Ivars y Enric Pérez N., Barcelona, Ediciones Península, 1977, 418p. (Historia/Ciencia/Sociedad, 144)

HELLER, Agnes,  
La revolución de la vida cotidiana, Trad. Gustau Muñoz, Enric Pérez N. e Iván Tapia, Barcelona, Ediciones Península, 1982, 203p. (Historia/Ciencia/Sociedad, 175)

HELLER, Agnes,  
Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista, Trad. Manuel sacristán, México, Editorial Grijalbo, 1985, 166p. (Col. Enlace)

HELLER, Agnes,  
Teoría de la Historia, 3a. ed., México, editorial Fontamara, 1989, 280p.

HERMOSA, Jesús,  
Manual de geografía y estadística de la República mexicana, París, Librería de Rosa, Bouret y Cía, 1857, 256p. (Enciclopedia popular mexicana)

HERNANDEZ, José Luis, (Presentación, recop. y versiones), Baladas de la guerra de Independencia, México, INBA, 1985, 108p.

HIERRO, Graciela, De la domesticación a la educación de las mexicanas, México, editorial fuego Nuevo, 1981, 122p.

HIERRO, Graciela, Ética y feminismo, México, Dirección General de Publicaciones/UNAM, 1985, 138p.

HUMBOLDT, Alejandro de, Ensayo político sobre el reino de la Nueva España, 4a.ed., Estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina, México, Editorial Porrúa, 1984, 696p. (Sepan Cuantos...39)

ITURRIAGA de la Fuente, José, Anecdotario de viajeros extranjeros en México. Siglos XVI-XX, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, Vol. I, 326p. (Sección Obras de Historia)

JIMENEZ Rueda, Julio, Letras mexicanas en el siglo XIX, Pról. Emmanuel Carballo, México, UNAM/Universidad de Colima, 1988, 175p. (La crítica literaria en México, 1)

KATZMAN, Israel, Arquitectura del siglo XIX en México, México, Centro de Investigaciones Arquitectónicas/UNAM, 1973, Vol. I.

KICZA, John E., Empresarios coloniales. familias y negocios en la ciudad de México durante los borbones, Trad. José Luis Luna G., México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 285p.

KOSIK, Karel, Diléctica de lo concreto (Estudio sobre los problemas del hombre y su mundo), Versión al español y prólogo de Adolfo Sánchez Vázquez, México, Editorial Grijalbo, 1967, 269p.

LADD, Doris M., La nobleza mexicana en la época de la independencia, 1780-1826, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 354p.

LAGARDE, Marcela Cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas, México, Coordinación General de Posgrado/Facultad de Filosofía y Letras/Centro de Estudios sobre la Universidad, 1990, 851p. (Col. Posgrado)

LAMEIRAS, Brigitte B. de,  
Indios de México y viajeros extranjeros (siglo XIX), México,  
 Secretaría de Educación Pública, 1973, 198p (SepSetentas, 74)

LATROBE, Charles Joseph,  
The Rambler in Mexico: 1834, Londres, R.B. Seeley and  
 Burnside, 1836, 309p.

LAVRIN, Asunción, (Comp.),  
Las mujeres latinoamericanas. Perspectivas históricas, Trad.  
 Mercedes Pizarro de Parlange, México, Fondo de Cultura  
 Económica, 1985, 384p.

LAVRIN, Asunción, (Comp.),  
Sexualidad y matrimonio en la América hispánica. Siglo XVI-  
 XVIII, Trad. Gustavo Pelcastre, México, CONACULTA/Grijalbo,  
 1991, 376p. (Col. Los Noventa, 67)

LE GOFF, Jacques y Pierre NORA (Dir.),  
Hacer la historia, Barcelona, Editorial Laia, 1980, 3 Vols.

LEFEBVRE, Henri,  
La vida cotidiana en el mundo moderno, 3a. ed., Trad. Alberto  
 Escudero, Madrid, Alianza Editorial, 1984, 255p.

LERNER, Gerda,  
The creation of patriarchy, Nueva York, Oxford University  
 Press, 1986, 318p.

LIRA, Andrés,  
Comunidades indígenas frente a la ciudad de México.  
 Tenochtitlán y Tlatelolco, sus pueblos y barrios 1912-1919,  
 México, El Colegio de México/El Colegio de Michoacán, 1983,  
 426p.

LOMBARDO de Miramón, Concepción,  
Memorias, 2a. ed., Preliminar y Notas Felipe Teixidor,  
 México, Editorial Porrúa, 1989, 1008p.

LOS mexicanos pintados por sí mismos, México, Biblioteca  
 Nacional y Estudios Neolítico, 1935, 285p.

LOZANO Armendares, Teresa,  
La criminalidad en la ciudad de México. 1800-1821, México,  
 IIH/UNAM, 1987, 368p. (Serie historia novohispana, 38)

LUKACS, Georg,  
La novela histórica, 3a. ed., Trad. Jasmín Reuter, México,  
 Ediciones Era, 1977, 452p.

LYON, George Francis,  
Residencia en México, 1826. Diario de una gira con estancia  
 en la República de México, Trad. y Pról. María Luisa Herrera  
 Casasús, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 298p.

MACIAS, Anna,  
Against all odds. The feminist movement in Mexico to 1940,  
EUA, Greenwood Press, 1982, 195p. (Contributions in women's  
studies, 30)

MACUNE Jr, Charles W.,  
El estado de México y la federación mexicana. 1823-1835,  
México, Fondo de Cultura Económica, 1978, 276p.

MARROQUI, José María,  
La ciudad de México, México, Tip. y Lit. La Europea, 1900,  
3 Vols.

MARTIN Gaité, Carmen,  
Usos amorosos del dieciocho en España, 3a. ed., Barcelona,  
Editorial Anagrama, 1988, 324p.

MARTIN Hernández, Vicente,  
Arquitectura doméstica de la ciudad de México. (1890-1925),  
México, UNAM, 1981, 269p.

MARTINEZ, José Luis,  
La Expresión Nacional, México, Editorial Oasis, 1984, 459p.  
(Biblioteca de las decisiones, 7)

MASON, R.H.,  
Mexico and its religion: with incidents of travel in that  
country during parts of the years 1851- 52- 53- 54. and  
historical notices of events connected with places visited.  
Nueva York, Harper & Brothers publishers, 1855, 406p.

MAYER, Brantz,  
México lo que fue y lo que es, Pról., y Notas de Juan A.  
Ortega y Medina, Trad. Francisco A. Delpiane, México, Fondo  
de Cultura Económica, 1953, 518p. (Biblioteca Americana,  
Serie Viajeros)

MAYER, William,  
Early travelers in Mexico. 1534-1816, México, Editorial  
Cultura, 1961, 175p.

MEMORIAS para la historia de la virtud sacadas del diario de  
una señorita. Madrid, Imprenta de la Real Universidad,  
MDCCXCII, Vol. II, 326p.

MENESES Morales, Ernesto, et al.,  
Tendencias educativas oficiales en México. 1821-1911, México,  
Editorial Porrúa, 1983, Vol. I.

MÉXICO en 1823 según el panorama de Burford, Introd. y Trad.,  
de Manuel Romero de Terreros, México, editorial Olimpo, 1959,  
39p.

MIRANDA, José,  
Vida colonial y albores de la Independencia, México,  
Secretaría de Educación Pública, 1972, 252p. (SepSetentas,  
56)

MONTERDE, Francisco,  
Cultura mexicana. Aspectos literarios, México, Editora  
Intercontinental, 1946, 325p.

MORA, José María Luis,  
México y sus revoluciones, en Obras completas de José María  
Luis Mora. Obra Histórica, Investigación, recopilación,  
selección y notas de Lillian Briseño, et.al, México,  
SEP/Instituto Mora, 1987, Vol. 4.

MORENO, Amparo,  
El arquetipo viril protagonista de la historia. Ejercicios de  
lectura no androcéntrica, Barcelona, LaSal, edicions de les  
dones, 1986, 118p.

MORENO Toscano, Alejandra, et.al,  
Investigaciones sobre la Historia de la ciudad de México,  
México, INAH, 1974, 174p. (Cuadernos de Trabajo del  
Departamento de Investigaciones Históricas, INAH)

MORENO Toscano, Alejandra,  
Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia, 2a.  
ed., México, SEP/INAH, 1978, 234p. (Col. Científica, Historia  
61)

MURIEL, Josefina,  
Conventos de monjas en la Nueva España, México, Editorial  
Santiago, 1946, 548p.

MURIEL, Josefina,  
Los recogimientos de mujeres. Respuesta a una problemática  
social novohispana, México, IIH/UNAM, 1974, 260p. (Serie de  
historia novohispana, 24)

MURIEL, Josefina,  
Cultura femenina novohispana, México, UNAM, 1982, 548p.

MURIEL, Josefina,  
Hospitales de la Nueva España, 2a. ed., México, UNAM/Cruz  
Roja Mexicana, 1990, 2 Vols. (Instituto de Investigaciones  
Históricas, Serie Historia Novohispana, 12)

NASH, Mary (Ed.),  
Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la  
mujer, Trad. Roser Berdagé, España, Ediciones Serbal, 1984,  
405p.

NICHOLSON, Linda J.,  
Gender and history. The limits of social theory in the age of the family, Nueva York, Columbia University Press, 1986, 238p.

NOVO, Salvador,  
Cocina mexicana o historia gastronómica de la ciudad de México, México, Editorial Porrúa, 1967, 361p.

OLAVARRIA y Ferrari, Enrique de,  
Episodios históricos mexicanos (Novelas históricas nacionales), México, J.F. Párres y C.A. editores, 1887, Vol. II.

OLMOS Sánchez, Isabel,  
La sociedad mexicana en vísperas de la Independencia. 1787-1821, España, Universidad de Murcia, 1989, 346p.

OROZCO y Berra, Manuel,  
 "La ciudad de México" en Lucas Alamán, et.al, Diccionario Universal de Historia y de Geografía, México, Imp. de F. Escalante y C./ Librería de Andrade, 1854, Vol. V.

OROZCO y Berra, Manuel,  
Historia de la ciudad de México, desde su fundación hasta 1854, México, SEP, 1973, 189p. (SepSetentas, 112)

ORTEGA, Sergio,  
De la santidad a la perversión. O de porqué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana, México, Editorial Grijalbo, 1986, 290p.

ORTEGA y Medina, Juan Antonio.  
México en la conciencia anglosajona, México, Porrúa y Obregón, 1953, 118p. (México y lo mexicano, 13)

ORTEGA y Medina, Juan Antonio,  
México en la conciencia anglosajona, México, Antigua Librería Robredo, 1955, 160p. (México y lo mexicano, 22)

ORTEGA y Medina, Juan Antonio,  
Zaguán abierto al México republicano. 1820-1830, México, IIH/UNAM, 1987, 216p. (Serie historia moderna y contemporánea, 18)

ORTIZ de Ayala, Simón Tadeo,  
Resumen de la estadística del imperio mexicano. 1822, Estudio prel, revisión de texto, notas y anexo de Tarcisio García Díaz, México, UNAM, 1968, 105p.

PALMERO, Arturo,  
Elementos de obstetricia para la enseñanza de las señoras, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1897, 295p.



PAYNO, Manuel,  
Sobre mujeres, amores y matrimonios, Tlahuapan, Puebla, Premia editora, 1984, 115p. (La Matraca, 2a. serie, 3)

PAYNO, Manuel,  
El pistol del diablo. Novela de costumbres mexicanas, 5a. ed., Texto establecido y estudio preliminar de Antonio Castro Leal, México, Editorial Porrúa, 1985, 894p. (Sepan Cuantos...80)

PECK, John James,  
The sign of the eagle. A view of Mexico. 1830-1855, Introd. Richard F. Pourade, California, Copley Book, 1970, 168p.

PENNY, William T.,  
Zacuján abierto al México Republicano (1820-1830), Estudio preliminar, traducción y recopilación de Juan A. Ortega y Medina, México, UNAM, 1987, 216p.

PERROT, Michelle (Ed.),  
Une histoire des femmes, est elle possible?, Paris, Rivages, 1984, 39p.

PAYNO, Manuel,  
Memorias e impresiones de un viaje a Inglaterra y Escocia, Presentación Napoleón Rodríguez, México, Distribuciones Fontanamara, 1988, 477p.

PIERINI, Margarita,  
Viajar para (Des)conocer. Isidore Lowenstern en el México de 1838, México, UAM-I, 1990, 166p. (Cuadernos Universitarios, 32).

POINSETT, Joel R.  
Notas sobre México. 1822, Pról. y Notas, Eduardo Enrique Ríos, Trad., Pablo Martínez del Campo, México, Editorial Jus, 510p.

POVEDA, Ana María,  
Manual de las señoritas ó arte para aprender cuantas habilidades constituyen el verdadero mérito de las mujeres. París, Librería de Rosa y Bouret, 1859, 360p. (Enciclopedia Popular)

PRIETO, Guillermo (seud. Fidel),  
Memorias de mis tiempos (1828-1840), México, Tipografía de la Vda. de Fco Díaz de León, 1906, 380p.

PRIETO, Guillermo,  
El placer conyugal y otros textos similares, México, INBA/Premia editora, 1984, 89p. (La Matraca, segunda Serie, 6)

RAMOS, Carmen (Ed.),  
Presencia y Transparencia: La mujer en la historia de México,  
 México, El Colegio de México, 1987. 189p.  
 REYES de la Maza, Luis,  
Circo, maroma y teatro. 1810-1910, México, UNAM, 1985.

REYES de la Maza, Luis,  
Cien años de teatro en México. 1810-1910, México, SEP, 1972,  
 160p. (SepSetentas, 61)

REYES Heróles, Jesús,  
El liberalismo mexicano en pocas páginas, selección de textos  
 A. Castañón y O. Granados, México, Fondo de Cultura  
 Económica/Cultura SEP, 1985, 482p. (Lecturas Mexicanas, 100)

RIVERA Cambas, Manuel,  
México pintoresco, artístico y monumental, México, Editora  
 Nacional, 1967, Vol. 1, 515+18p. (Col. "Obras famosas  
 ilustradas")

ROMERO de Terreros, Manuel, (marqués de San Francisco),  
Bocetos de la vida social en la Nueva España, Pról. Luis  
 González Obregón, México, editorial Porrúa, 1944, 229p.

ROMERO Flores, Jesús,  
México. Historia de una gran ciudad, Pról. Guillermo Ibarra,  
 México, Ediciones Morelos, 1953, 807p.

ROMERO, José Luis,  
Latinoamérica: las ciudades y las ideas, 2a. ed., México,  
 Siglo XXI editores, 1976, 396p.

RUEDA Smithers, Salvador,  
El diablo en Semana Santa. El discurso político y el orden  
 social en la ciudad de México en 1850, México, INAH, 1991,  
 335p. (Col. Divulgación)

RUIZ Castañeda, María del Carmen, et.al.  
El periodismo en México. 450 años de historia, México, UNAM,  
 1974, 396p.

RUXTON, George F.,  
Aventuras en México, Trad. Raúl Trejo, México Ediciones El  
 Caballito, 1974, 245p.

RYAN, Mary P.  
The empire of the mother. American writing about domesticity.  
 1830-1860, New York, Harrington Park Press, 1985, 170p.

RYBCZYNSKI, Witold,  
Home. A short history of an idea, USA, Penguin books, 1987,  
 257p.

SAU, Victoria,  
Ser mujer: el fin de una imagen tradicional, Barcelona, Icaria Editorial, 1986, 78p.

SCOTT, Joan Wallach,  
Gender and the politics of history, Nueva York, Columbia University Press, 1988, 242p.

SEED, Patricia,  
To love, honor and obey in colonial Mexico. Conflicts over marriage choice, 1574-1821, California, Stanford University Press, 1988, 322p.

Seminario de Historia de las Mentalidades  
Familia y poder en Nueva España. Memoria del Tercer Simposio de Historia de las Mentalidades, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1991, 193p. (Serie Historia, 228)

SIMS, Harold D.,  
La expulsión de los españoles de México (1821-1828), España, Fondo de Cultura Económica, 1974, 300p

SINUES, María del Pilar,  
La mujer en nuestros días. Obra dedicada a las madres y a las hijas de familia, Madrid, Agustín Jubera, 1878, 218p.

SOTOMAYOR, Arturo,  
México donde nació... Biografía de una ciudad, México, Librería de Manuel Porrúa, 1968, 358p.

STAPLES, Anne,  
La Iglesia en la primera república federal mexicana (1824-1835), México, Secretaría de Educación Pública, 1976, 166p. (SepSetentas, 237)

STONE, Lawrence,  
Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra. 1500-1800, Trad. María Guadalupe Ramírez, México Fondo de Cultura Económica, 364p. (Sección Obras de Historia)

TANK de Estrada, Dorothy,  
La educación ilustrada 1786-1836. Educación primaria en la ciudad de México, México, El Colegio de México, 1984, 304p.

TALAVERA, Abraham,  
Liberalismo y educación. Surgimiento de la conciencia educativa, México, Secretaría de Educación Pública, 1973, 231p. vol. I. (SepSetentas, 103)

TAVERA Alfaro, Xavier,  
Viajes en México. Crónicas mexicanas, México, Secretaría de Obras Públicas, 1964, 448p.

- TAYLOR, Edward Thornton,  
México 1825-1828. The journal and correspondence of...  
 Harvey Gardiner editor, EUA, Chapel Hill/The University of  
 North Carolina Press, 1959, 212p.
- TEIXIDOR, Felipe,  
Viajeros mexicanos (Siglos XIX y XX), 2a. ed., México,  
 Editorial Porrúa, 1982, 231p. (Sepan Cuantos...350)
- TODOROV, Tzvetan,  
La conquista de América. El problema del otro, 3a. ed., Trad.  
 Flora Botton B., México, Siglo XXI editores, 1991, 277p.
- TOUSSAINT, Manuel,  
Paseos coloniales. México, Imprenta Universitaria, 1939,  
 219p.
- TRAMAR, condesa de,  
La mujer en el hogar. Guía moderna de la señora en su casa y  
 en la sociedad, Trad. Marquesa de Fermorán, París, Garnier  
 Hermanos, Libreros-Editores, s.f. 347p.
- URIA, Paloma, et. al.  
Polémicas feministas, Madrid, Editorial Revolución, 1985,  
 141p.
- VALLE Arizpe, Artemio del,  
La guerra Rodríguez, 9a. ed., México, Librería de Manuel  
 Porrúa, 1960, 303p. (Biblioteca mexicana, 2)
- VARIOS AUTORES  
Familia y sexualidad en Nueva España. (Memoria del primer  
 simposio de Historia de las mentalidades: familia, matrimonio  
 y sexualidad en Nueva España), México, Fondo de Cultura  
 Económica, 1982, 327p. (SEP/80, 41)
- VAZQUEZ, Josefina Zoraida,  
Nacionalismo y educación en México, 1a, reimpresión, México,  
 El Colegio de México, 1979, 331p. (Centro de Estudios  
 Históricos, Nueva Serie, 9)
- VAZQUEZ, Josefina (Dir.)  
Historia de la lectura en México. Seminario de historia de la  
 educación en México, México, El Colegio de México/Ediciones  
 El Ermitaño, 1988, 383p.
- VERA Ocampo, Silvia,  
Los roles femeninos y masculino ¿Condicionamiento o  
 biología?, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1987,  
 249p. (Col. Controversia)

VIDAL Hernández, María Teresa,  
Revisión crítica a los comentarios mexicanos en torno a los viajeros extranjeros en México, Tesis para obtener el grado de licenciada en Historia, UIA, Facultad de Historia, 1969, 334p.

VIGIL, Mariló,  
La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1986, 261p.

VIQUEIRA Albán, Juan Pedro,  
¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las Luces, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, 302p.

VIREY, Julio José,  
La mujer, bajo los puntos de vista fisiológico, moral y literario. 2a. ed., Traducida y aumentada con nuevas notas por Amancio Peratoner, Barcelona/Madrid, 1881, 279p.

WALKER, David W.,  
Parentesco, negocios y política. La familia Martínez del Río en México, 1823-1867, Trad. Manuel Arbolí, México, Alianza Editorial, 1991, 331p. (Raíces y Razones)

WARD, Henry George, esq.,  
México en 1827, Estudio Preliminar Maty F. de Sommer, Trad. Ricardo Haas, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, 788p. (Biblioteca Americana).

WILSON, Robert Anderson,  
Pictures of life in Mexico, London, Smith Elder & Co., 1851, 2 Vols.

WRIGHT de Kleinhans, Laureana, Mujeres notables mexicanas, México, Tipografía Económica, 1910.

YOMA Medina, María Rebeca y Luis Alberto MARTOS López,  
Dos mercados en la historia de la ciudad de México: El Volador y La Merced, México, Secretaría General de Desarrollo Social/ DDF/INAH, 1990, 253p. (Col. Divulgación)

ZAVALA, Lorenzo de,  
Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830, pról. Horacio Labastida, México, Instituto Cultural Helénico/Fondo de Cultura Económica, 1985, 349p.

## ARTICULOS:

ALATRISTE, Oscar,  
 "El capitalismo británico en los inicios del México independiente", en Estudios de historia moderna y contemporánea de México, México, UNAM/IIH, 1977, Vol. VI, p. 9-42.

ALMADA, Francisco R.,  
 "La reforma educativa a partir de 1812", en Historia Mexicana, México, El Colegio de México, julio 1967 -junio 1968, Vol. XVII, núm. 65, p. 103-125.

BARBIERI, M. Teresita de,  
 "Los ámbitos de acción de las mujeres", en Revista Mexicana de Sociología, México, IIS/UNAM, ene-mar 1991, año LIII, núm. 1, p. 203-224.

BAZARTE Martínez, Alicia,  
 "Las dotes de huérfanas y las cofradías en el siglo XVIII" en A Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, México, UAM-A, sept-dic. 1987, Vol. VIII, núm. 22, p. 99-120.

BERNARD, Carmen y Serge GRUZINSKI,  
 "Los hijos del apocalipsis: la familia en mesoamérica y en los Andes", en André Burguière, et.al., Historia de la familia, Pr61. Jack Goody, Trad. Julián Viejo, Juan Antonio García, Madrid, Alianza Editorial, 1988, Vol. II.

BLANCO, José Joaquín,  
 "Los viajeros y la tradición externa" en La Cultura en México, Suplemento de Siempre!, México, noviembre 30, 1976, núm. 772.

BOCK, Gisela,  
 "El lugar de las mujeres en la historia", Sociológica, México, UAM-A, mayo-agosto 1989, año 4, núm. 10. p. 219-239.

BRENA, Ingrid,  
 "Los regímenes patrimoniales del matrimonio en el siglo XIX en México", en Memoria del IV congreso de historia del derecho mexicano, México, UNAM, 1988, Vol. 3, p. 185-202.

CARNER, Françoise,  
 "Estereotipos femeninos en el siglo XIX" en Carmen Ramos (coord.), Presencia y transparencia. La mujer en la historia de México, México, El Colegio de México, 1987, p. 95-109.

JIMENEZ Codinach, E. Guadalupe  
 "Las etapas económico-políticas inglesas en relación con la Independencia de México (1805-1824)", en Anuario de Historia, México, UNAM, año X, 1978-1979.

DE GORTARI, R., Hira,  
 "¿Un modelo de urbanización? La ciudad de México de finales del siglo XIX" en Secuencia, Revista Americana de Ciencias Sociales, México, Instituto Mora, mayo-agosto de 1987, núm. 8, p. 42-52.

DOUGHERTY, John N.,  
 "México, manzana de discordia entre Gran Bretaña y Estados Unidos" en Historia Mexicana, México, El Colegio de México, oct-dic 1969, Vol. XIX, núm. 2, p. 159-188.

DUBOIS, Ellen Carol,  
 "The nineteenth-century woman suffrage movement and the analysis of women's oppression" en Zillah R. Eisenstein (ed.), Capitalist patriarchy and the case for socialist feminist, Nueva York, Monthly Review Press, 1979, p. 137-150.

GARCIA Barragán, Elisa,  
 "La ciudad republicana. Siglo XIX", en La ciudad. Concepto y Obra. (VI coloquio de Historia del arte, México, UNAM, 1987, p. 127-145.

GILMORE, Ray N.,  
 "The condition of the poor in Mexico, 1834", en The Hispanic American Historical Review, (HAHR), mayo 1957, Vol. XXXVII, núm. 2, p. 213-226.

GONZALEZ y González, Luis,  
 "El siglo mágico", en Historia Mexicana, México, El Colegio de México, jul-sept. 1952, Vol. II, núm. v. 1, p. 66-86.

HOBSBAUM, Eric,  
 "Inventando tradiciones", en Historias, México, Dirección de Estudios Históricos del INAH, octubre-marzo 1988, núm. 19, p. 3-15.

HIMMELFARB, Gertrude,  
 "Some reflections on the New History", en The American Historical Review, vol. 94, núm. 3, junio 1989. (American Historical Association), p. 661-670.

KELLY-GADOL, Joan,  
 "The social relation of the sexes. Methodological implications of women history" en Feminism and methodology. Social science issues, Estados Unidos, Indiana University Press, 1987, p. 15-28.

KICZA, John E.,  
 "La mujer y la vida comercial en la ciudad de México a finales de la colonia" en A Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, México, UAM-A, sept-dic 1981, Vol. II, núm. 4, p. 39-59.

LAMAS, Marta,  
 "La antropología feminista y la categoría de 'género'", en Nueva Antropología, México, nov. 1986, Vol. VIII, núm.30, p. 173-198.

LAVRIN, Asunción y Edith Couturier,  
 "Dowries and wills: A view of women's socioeconomic role in colonial Guadalajara and Puebla.1640-1790", en The Hispanic American Historical Review, (HARH), mayo 1979, Vol. 59, núm. 2, p. 280-304.

LAVRIN, Asunción y Edith Couturier,  
 "Las mujeres tienen la palabra. Otras voces en la historia colonial de México", en Historia Mexicana, México, El Colegio de México, oct-dic 1981, vol. XXI, núm. 2, p. 278-313.

LAVRIN, Asunción,  
 "Los conventos de monjas en la Nueva España", en A. J. Bauer (Comp.), La iglesia en la economía de América Latina, siglos XVI al XIX, Trad. Paloma Bonfil, México, INAH, 1986, p. 193-222. (Serie Historia)

LAVRIN, Asunción,  
 "La mujer en México: Veinte años de estudio, 1968-1988. Ensayo historiográfico" en Memorias del Simposio de Historiografía mexicana, México, Consejo Mexicano de Ciencias Históricas, 1990, p. 545-579.

LERNER, Gerda,  
 "Placing women in history: definitions and challenges" en Feminist Studies, Vol.III, núm. 1-2, autumn 1975, p. 5-14.

MACEDO, Graciela,  
 "Supervivencia del derecho colonial en el regimen matrimonial de bienes en la codificación civil mexicana", en Memoria del IV Congreso de Historia del Derecho mexicano, México, UNAM, 1988, Vol.2, p. 635-654.

MALDONADO Celia,  
 "El control de las epidemias: modificaciones en la estructura urbana" en Alejandra Moreno Toscano (Coor.), Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia, 2a. ed., México, INAH/Departamento de Investigaciones Históricas, 1978, p. 148-152. (Col. Científica, Historia, 61)

MORALES, María Dolores,  
 "Viajeros extranjeros y descripciones de la ciudad de México, 1800-1920", en Historias, Revista de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, México, julio-septiembre 1986, núm. 14, p. 105-143.



MUÑOZ DE ALBA, Marcia,  
 "La condición jurídica de la mujer en la doctrina mexicana del siglo XIX", en Memoria del IV Congreso de Historia del Derecho Mexicano, México, UNAM, 1988, Vol. 2, p. 811-822.

RAMOS Escandón, Carmen,  
 "Memoria de mujer. Concepción Lombardo de Miramón, testigo de sí misma", en Ana Rosa Domenella y Nora Pasternac cds., Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras nacidas en el siglo XIX, México, El Colegio de México, 1991, p. 265-315.

ROS, María Amparo,  
 "La real fábrica de puros y cigarros: organización del trabajo y estructura urbana", en Alejandra Moreno Toscano, (Coor.), Ciudad de México. Ensayo de construcción de una historia, 2a. ed., México, INAH/Departamento de Investigaciones Históricas, 1978, p. 47-55. (Col. Científica, Historia, 61)

ROS, María Amparo,  
 "El estanco del tabaco y el Estado", en Patricia Arias (coord), Industria y Estado en México, México, El Colegio de Michoacán, 1990, p. 91-100.

ROSSANDA, Rossana  
 "Nuestras perlas escondidas", en Debate Feminista, México, año I, Vol. 2, septiembre 1990, p. 123-144.

RUBIN, Gayle,  
 "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política del sexo'", en Nueva Antropología, México, nov. 1986, Vol. VIII, núm. 30, p. 95-145.

SALADINO García, Alberto,  
 "La función social de las mujeres entre los liberales latinoamericanos", en Siglo XIX. Revista de Historia, Nuevo León, Universidad Autónoma de Nuevo León, jul-dic. 1986, año 1, núm. 2, p. 175-187.

SCOTT, Joan W.,  
 "Gender: a useful category of historical analysis", en American Historical Review, Vol. 91, núm. 5, diciembre de 1986, p. 28-50.

SEED, Patricia,  
 "Memoria de la herencia étnica: La élite criolla del siglo XVIII mexicano", en La memoria y el olvido. Segundo simposio de historia de las mentalidades, México, INAH/Dirección de Estudios Históricos, 1985, p. 99-106.

SEGURA Graiño, Cristina,  
 "La incidencia de la mujer en la ciencia histórica", en María Angeles Durán (ed.), Liberación y Utopía, Madrid, AKAL Editor, s.f., 233p.

STAPLES, Anne,  
"Diversiones femeninas, 1842", en FEM. Publicación femenina,  
México, nov-dic 1979, Vol. III, núm. 11, p. 35-41.

STAPLES, Anne,  
"Panorama educativo al comienzo de la vida independiente" en  
Josefina Z. Vázquez, Ensayos sobre historia de la educación  
en México, México, El Colegio de México, 1981, 234p.

STOLCKE, Verena,  
"Los trabajos de las mujeres", en Magdalena León (comp.),  
Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe:  
Discusión acerca de la unidad producción-reproducción,  
Bogotá, Asociación Colombiana para el Estudio de la  
Población, 1982, p. 11-33.

STOLCKE, Verena,  
"Women's labours: the naturalisation of social inequality and  
women's subordination" en Kate Young et.al, 2a. ed., Of  
marriage and the market. Women's subordination internationally  
and its lessons. Gran Bretaña, Routledge & Kegan Paul, 1984,  
p. 159-177

TANK de Estrada, Dorothy,  
"Las escuelas Lancasterianas en la ciudad de México: 1822-  
1842", en Historia Mexicana, México, El Colegio de México,  
abril-junio 1973, Vol. XXII, núm. 4, p. 494-513.

VAZQUEZ, Josefina Z.,  
"Fracaso de la republica central", en Historia de México,  
México, Salvat editores, 1974, Vol. VII.

VAZQUEZ, Josefina Z.,  
"Algunas consideraciones sobre la mujer en el siglo XIX", en  
Patricia Galeana (Coord.), Seminario sobre la participación  
de la mujer en la vida nacional, México, UNAM, 1989, 587p.